

LUCIANO
DE CRESCENZO
Helena, Helena,
amor mío

NOVELA



Lectulandia

Después de haber dedicado dos volúmenes a la historia de la filosofía griega, Luciano De Crescenzo dedica a la mitología este libro, que adopta la forma de una novela en torno a la guerra de Troya.

Con gracia cautivadora, De Crescenzo lleva a buen término la difícil tarea de escribir un libro que es de la mayor eficacia como introducción a la mitología (y contiene incluso un breve diccionario mitológico en apéndice) y al mismo tiempo constituye una verdadera novela de aprendizaje y de aventura.

Helena, Helena, amor mío narra la epopeya desde el punto de vista del joven Leonte, simpático y sensato, que vive en Troya su iniciación a la realidad y el desencanto y también su educación sentimental.

Lectulandia

Luciano de Crescenzo

Helena, Helena, amor mío

ePub r1.0

kraken61 14.09.13

Título original: *Elena, Elena, amore mio*
Luciano de Crescenzo, 1991
Traducción: Atilio Pentimalli Melacrino
Retoque de portada: kraken61

Editor digital: kraken61
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Hay un hombre ciego, aquí, con una frente
grande y blanca como una nube,
y todos nosotros, los músicos,
desde el mejor hasta el más humilde,
autores de música y juglares,
nos sentamos a sus pies
y le oímos cantar sobre la caída de Troya.

De la *Antología de Spoon River*,
de EDGAR LEE MASTER

PROEMIO

Pertenezco a una generación que nunca jugó a indios y vaqueros. No sabría decir por qué motivos: quizá porque en los años cuarenta todavía no habían llegado las películas de John Wayne, o que Mussolini nos dirigía más hacia él «mundo clásico» que hacia el Far West, pero de hecho nosotros, los balilla, cuando teníamos que montar alguna gresca, preferíamos dividirnos en griegos y troyanos y no en sioux y soldados del Séptimo de Caballería.

La primera guerra entre chiquillos que guardo en mi memoria fue la que enfrentó a cuarto B y cuarto C del Liceo Ginnasio Umberto I de Nápoles en el Parque Municipal, en ese trecho que va de Piazza Vittoria a la llamada Cassa Armónica (que en aquella circunstancia perdió toda la colorida cristalera de la planta inferior). Teníamos espadas de madera y nos valíamos de las tapas de los cubos de la basura a manera de escudos, tras haberles escrito la leyenda «MUERAN LOS HIJOS DE TROYA».^[] Por qué razón nosotros éramos los griegos y ellos los troyanos es cosa que nunca supe explicarme; probablemente porque a nosotros, los del cuarto B, se nos ocurrió primero. En realidad, todos hubiéramos querido ser Aquiles, pero se daba el caso que para afirmarlo en voz alta había que echar cuentas con un tal Avallone; un bisonte, compañero mío de clase, que tenía dos manos como jamones.*

Los papeles de Diómedes, Áyax Telamón, Áyax Oileo e Idomeneo fueron en seguida asumidos por los chicos más fornidos de cuarto B, razón por la cual tuve que conformarme con ser Epístrofo, un héroe focense que incluso Homero había desdeñado, mencionándolo sólo una vez en la lista de los capitanes. Pero para entender hasta qué punto el azar intervenía en la distribución de los nombres bastará con tener en cuenta que Cotecchia, el peor alumno de la clase, individuo conocido por su bonhomía, encarnaba al astuto Ulises por el mero hecho de ser amigo de Avallone.

Inútil decir que nadie quería ser Menelao. Que el hermano de Agamenón gastaba cuernos era cosa demasiado sabida para que alguien pudiese llevar con desenvoltura su nombre. Sin embargo, pensándolo bien, justamente yo habría tenido que asumir ese ingrato deber, puesto que acababa de darme calabazas una tal Helena Ceravolo, chiquilla de tercero A que hasta tenía el nombre adecuado para asumir el papel de adúltera.

Cierto día, a la una, la esperé inútilmente a la salida del colegio. Vi desfilar, una tras otra, a todas sus compañeras, y, cuando por fin le pedí información a una rubita de gafas, ella, no sin una pizca de maldad, me contestó: «Helena ha hecho novillos con Giorgio, ese alto de cuarto C». Quedé aniquilado: acababa de escribir una poesía titulada «Helena, Helena, amor mío» y me moría de ganas de leérsela

mientras la acompañaba hasta su casa. Pasé todo el día vagabundeando como atontado y al día siguiente me vengué de la manera más abyecta: fui a contarle a Avallone que los de cuarto C lo habían apodado «bola de sebo». Eso fue suficiente para que estallara la primera gran guerra entre aqueos y troyanos.

Avallone, es decir Aquiles, era un auténtico camorrista: a cada compañero de clase le exigía un cigarrillo al mes, y pobre del que no fuera puntual. En cierta ocasión, tan sólo por haber intentado un conato de rebelión, recibí una soberana paliza. De todas maneras, durante la clase de griego me desquité. Cuando el energúmeno me pidió que le pasara la traducción, contesté valientemente: «Me llamo Epístrofo y soy un mísero focense: no sé griego. Si realmente no sabes escribir, ¡que te ayude tu amigo Ulises!»

Estimulado por estos recuerdos, casi por un incontenible deseo de volver a vivir aquellos días, traté de relatar yo también, modestamente, la guerra de Troya, pero vista con los ojos de Leonte, un muchacho de dieciséis años que parte hacia el frente, en compañía de su maestro Gemónides, con nueve años de retraso respecto al comienzo de las hostilidades.

Leonte va en busca de su padre, el rey de Gaudos, dado por desaparecido unos cinco años atrás; ninguno de los aqueos sabe si ha muerto en combate o si es prisionero de los troyanos. Entre las distintas hipótesis también cuenta la de un complot tramado por su tío Antifinio para apoderarse del trono de Gaudos, pequeña isla situada un poco al sur de Creta.

Apenas desembarca el muchacho conoce a Tersites, el guerrero contrahecho que todos aborrecen por su maledicencia. Según él, Agamenón es un vulgar aprovechador, Aquiles un feroz asesino y Ulises un emérito bribón. Al principio Leonte intentará defender a sus ídolos, pero más tarde deberá rendirse ante la evidencia de los hechos.

La novela empieza más o menos en el mismo año que la *Iliada* (esto es, cuando estalla la célebre disputa entre Agamenón y Aquiles, disputa que «innumerables duelos aportó a los aqueos») y concluye con el episodio del caballo de madera y la subsiguiente matanza. Leonte, a fuerza de buscar noticias sobre su padre, termina por conocer (y enamorarse de ella) a una troyana llamada Ekto, mujer extrañamente parecida a Helena. «¿Será ella o no será ella?», se pregunta ansiosamente el muchacho. «No es ella», le responde con dureza Tersites, «e incluso si lo fuese jamás sería una mujer de carne y hueso: ¡Helena es un fantasma, una nube con formas femeninas, construida por Hera sólo para destruir Troya!».

Personaje ambiguo, siempre oscilante entre la pasión y el remordimiento, Helena nos contempla. Víctima o culpable, ella es el único motor del mundo. En sus *Perfiles homéricos* (Profili omerici, ed. Viscontea) Lidia Storani Mazzoleni traza un sugestivo y polifacético retrato de Helena. Ella es la esencia de la femineidad. Quien haya

amado alguna vez en la vida sabe de qué estoy hablando. Sabe, por ejemplo, que nunca ha logrado poseerla de veras, ni siquiera un instante: incluso cuando creía estrecharla entre sus brazos, incluso cuando ella le juraba entre lágrimas que lo amaba para siempre.

¡Ah, Helena, Helena, amor mío! A ti es a quien dedico este libro, con la esperanza —y el temor— de volver a encontrarte.

I. RUMBO A ILIÓN

Donde conocemos a Leonte, joven cretense de dieciséis años, en viaje hacia Troya en busca de su padre dado por desaparecido, y donde, llegada la ocasión, también se relatan los mitos de Talos e Ifigenia.

—¡No tan cerca de la orilla, maldito Estenobio, no tan cerca! —rugió Filótero—. ¿Quieres que realmente Talos me reviente la nave? ¿No ves que la montaña se nos está echando encima? ¿Ves o no ves que la montaña se nos está echando encima?

Estenobio no repuso: se limitó a elevar la mirada al cielo, como para solicitar el testimonio de Zeus ante las estupideces que le tocaba oír.

—No me fío de Talos. ¿Quieres meterte en la cabeza que no me fío de Talos? —seguía chillando el comandante—. Oye bien lo que te digo: tarde o temprano me va a destrozar la nave. ¡Tú sigue aproximándote a la costa y verás luego cómo me destroza la nave!

—Por todas las hijas de Taumas —juró Estenobio en voz baja—, ¿será posible que yo, primer discípulo de Fereclo, tenga que estarme aquí oyendo a un viejo lelo como Filótero? ¡Es el único comandante del mundo que todavía cree en la leyenda del siervo de bronce!

Pero lo que más le fastidiaba era que Filótero repitiese cada frase por lo menos dos veces. Para no seguir oyéndolo despotricar, bajó entre los *zughitai*^[1] y dio órdenes al cómitre para alejarse de la costa. Por último, disgustado, decidió echar el ancla^[2] justamente en el centro de la bahía de Zakros, a fin de estar a la misma distancia de cualquier punto de la orilla.

La de Talos era una historia que por entonces ya sólo se contaba a los novatos en su primera navegación. Al parecer, cierto día Minos, rey de Creta, abrumado por las continuas correrías de los piratas sardos, pidió ayuda a Hefestos y éste le regaló un sirviente de bronce llamado Talos (en la actualidad hubiéramos dicho un robot), que cada noche recorría tres veces el perímetro de la isla y arrojaba grandes rocas contra toda nave que se acercase. Se dice que con los sardos, Talos era realmente implacable: llegaba al extremo de calentar su propio cuerpo hasta volverlo incandescente, para después abrazar a cuantos se le pusieran a tiro, y, mientras los desdichados chillaban, él, riendo,^[3] los contemplaba morir. Se dice también que tenía una sola vena que le cruzaba todo el cuerpo, de la nuca al talón, y que un día la maga Medea, tras haberlo seducido con un filtro amoroso, le dio muerte quitándole el clavo

que le servía de tapón.

Sentado en proa sobre un rollo de cuerdas estaba un joven guerrero de cabellos rojizos y ojos verdes: era Leonte, el único hijo de Neópulo, rey de una pequeña isla llamada Gaudos, situada a unas veinte millas de Creta. El chico oyó cómo Estenobio mascullaba algo. Se dio cuenta de que el piloto estaba enfadado, pero, dada su inexperiencia, no pudo menos que darle razón al comandante: incluso no dando crédito a la leyenda de Talos, ¿por qué arriesgarse a sufrir la caída de alguna roca cuando esa noche, dada la absoluta ausencia de olas, podían echar el ancla mar adentro? ¿Tan sólo por ahorrar unos metros de cuerda? ¿Qué necesidad había? A fin de cuentas, al día siguiente, cuando hubiera que izarla se encargarían los esclavos.

Sólo habían transcurrido dos días desde que partieran de Gaudos y ya le parecía estar en viaje desde quién sabe cuándo. Salvo aquella visita a Festos con su tío Antifinio, era la primera vez que Leonte salía de su isla. Y, aunque excitado por la idea de combatir codo a codo con héroes de la envergadura de Áyax Telamón y Aquiles —para él similares a los dioses—, sentía no obstante cierto temor al encaminarse a conocer el mundo precisamente en tiempos de guerra. Acababa de cumplir apenas dieciséis años, y sólo desde hacía pocos días vestía el *quitón amfimáscalos*, la breve túnica que los muchachos acomodados de Gaudos llevaban a partir de la mayoría de edad. De su padre Neópulo conservaba un recuerdo muy vago, una imagen difuminada en el tiempo: lo había visto marcharse nueve años atrás, y no había vuelto a saber de él.

«Levántate, Leonte, ya ha salido el sol», le había dicho su madre. «Tu padre parte hacia la lejana Troya. Dentro de poco empezará un sacrificio».

¡El sacrificio! Al recordar aquel día, Leonte volvió a sentir que se le oprimía el corazón. Su cabrita, su cándida cabrita, a la que incluso había puesto un nombre, con la que había jugado hasta pocas horas antes de la ceremonia, ¡había sido sacrificada con la única finalidad de propiciar la benevolencia de Poseidón! Su madre se lo había advertido: «Leonte», le había dicho, «no juegues con los animales de los sacerdotes, ya sabes que tarde o temprano acaban en el altar». Pero él, tozudo, igualmente había querido jugar. Poseidón no debía de ser un dios bondadoso, si para calmar un poco el mar pretendía nada menos que la muerte de un animal tan bueno. También el viaje que estaban llevando a cabo en ese momento había sido encomendado al sacrificio de un ternero.

—Oh, Gemónides —dijo Leonte dirigiéndose a un anciano que estaba sentado frente a él—, tú que has viajado por el mundo y sabes más cosas de las que jamás podré saber yo, así llegase a ser más viejo que el viejo Titón, ¿encuentras que es justo degollar bestias inocentes con la única finalidad de aplacar las iras de un dios?

—¿Qué quieres decir con «justo»? —repuso Gemónides, que acostumbraba contestar con otra pregunta—. Si por «justo» entiendes «lo sagrado», entonces todo

lo que los sacerdotes hacen es justo. Si, en cambio, por «justo» entiendes «lo útil», has de saber que nada hay en el mundo más útil que un sacrificio. Con el humo se alimentan los sacerdotes y con la carne los pobres, que, de no ser por los sacrificios y un poco de suerte en los sorteos, nunca la comerían.^[4]

—Lo que quiero decir —aclaró Leonte— es que nosotros, antes de emprender el viaje, hemos sacrificado un ternero. Yo estaba presente, lo he visto. El pobre animal se defendió con todas sus fuerzas; aunque lo cubrieron de flecos y borlas, y lo pintaron, supo que iban a matarlo e hizo todo lo posible por librarse. Pateaba, reculaba, se enfadaba, pero no logró nada: los esclavos lo arreararon con cuerdas y lo arrastraron punzándole los flancos. El Gran Sacerdote le abrió la garganta de oreja a oreja. Vi los ojos del animal nublarse a medida que la muerte entraba en su cuerpo. Vi al Gran Sacerdote hundir sus manos cubiertas de anillos en la horrible herida. Lo vi todo, y lloré.

Entonces me pregunté: ¿de qué le sirve esto al dios? Y también: ¿qué mal le hemos hecho a Poseidón para que tenga que torturarnos con tempestades y marejadas?

—Oh, joven Leonte —repuso Gemónides, un tanto sorprendido por el desahogo de su discípulo—, tu ánimo es más tierno que el de una virgen recién asaeteada por Eros, y se conmueve por el destino de un animal que en cualquier caso hubiera acabado en el matadero, aunque sólo fuese para que lo comieran mortales como tú y yo. ¿Qué hubiera tenido que decir, entonces, Clitemnestra cuando le arrancaron de los brazos a su hija preferida para sacrificarla en honor de Artemisa?

—¿De qué hija estás hablando?

—De Ifigenia, que fue inmolada en Áulide.^[5]

—¿Y por qué la inmolaron?

—Para castigar a Agamenón, que había ofendido a Artemisa con una frase no precisamente feliz.

—¿Qué dijo, que resultase tan ultrajante?

—La verdad, nada. Al parecer, tras haber herido a un ciervo en medio de la frente, exclamó: «¡Ni siquiera Artemisa sería capaz de igualarme!»

—¿Y luego?

—Luego, nada. ¿Qué más quieres que dijese?

—¿Y por semejante tontería se ofende una diosa? —protestó Leonte indignado—. Tal vez al decir esa frase simplemente bromeaba... en un momento de buen humor... ¡Sin embargo, la diosa se ensañó con una doncella inocente!

—Hijo mío —lo interrumpió Gamónides—, cómo se nota que no conoces a Artemisa: es la diosa más quisquillosa. A la pobre Níobe, por haber dicho mucho menos, ¡le mató, en su presencia, los catorce hijos! De todas maneras, hasta el día de hoy nadie sabe si realmente Ifigenia ha muerto. Hay quienes afirman haberla visto en

la remota Táuride.^[6]

—Cuéntame cómo ocurrió todo aquello.

—Cuando estalló la guerra contra los troyanos, las flotas aqueas se concentraron en Áulide y allí quedaron varadas a la espera de vientos favorables. Todas las noches los guerreros encendían hogueras en la playa y miraban hacia Oriente esperanzados en que mejoraran las condiciones del mar. Los más ávidos no veían la hora de pisar el suelo troyano: confidencialmente hablaban de tesoros de oro y plata, de jóvenes mujeres a las que violar. Pero ocurrió que durante días y días los vientos soplaron en dirección contraria a sus deseos y el mar mugía sombríamente, poniendo en peligro incluso las naves que estaban en seco, en la ribera. Cansado de esperar, Agamenón le preguntó al adivino Calcas por qué los elementos eran tan adversos, y el sacerdote le dijo que la diosa Artemisa había sido gravemente ofendida y que los vientos no se calmarían en tanto no se sacrificase a la hija primogénita de Agamenón. Éste palideció: Ifigenia era su preferida, y, además, ¿quién osaría comunicárselo a la madre, la aprensiva Clitemnestra? Como de costumbre, Ulises se encargó de desenredar la madeja. El astuto ítaco le sugirió a Agamenón que enviase un mensajero a Micenas para comunicarle a la reina Clitemnestra que el más prestigioso de los aqueos, Aquiles el de los pies veloces, se había enamorado repentinamente de Ifigenia y quería casarse con ella. «Ya verás», dijo, «cómo su madre la enviará de inmediato y hasta se sentirá feliz».

—Así pues, ¿Ifigenia ignoraba que estaba yendo al encuentro de la muerte? —preguntó Leonte, conmovido.

—Lo ignoraba, por cierto —confirmó Gemónides—. Creía ir a celebrar su boda.

—... y quizá, para complacer a su prometido, ese día se embelleció más aún de lo que por naturaleza era —prosiguió Leonte, irritándose a medida que imaginaba la escena—. Y las amigas la habrán abrazado y con mal disimulada envidia le habrán dicho: «¡Oh, afortunada de ti, que tan noble matrimonio te ha tocado!» Y tal vez ella pensó: «¡Oh! ¡Preferida soy de los dioses, ya que tendré por esposo al más fuerte y leal de los héroes!» Y ahora, por favor, oh maestro, contesta mi pregunta: ¿podemos seguir llamando «héroe» a un hombre que de tal suerte engaña a una doncella?

—Aquiles ignoraba la celada —puntualizó Gemónides—, y cuando la supo se enfureció grandemente...

—¡No era para menos! —ironizó Leonte.

—... y hubiera querido valerse de la fuerza para liberar a Ifigenia, pero ella misma aceptó sacrificarse por el bien de la patria. Estaba tan hermosa, ofrendada sobre el ara del sacrificio, con sus larguísimos cabellos rubios esparcidos sobre el gélido mármol, que, cuando el sacerdote le abrió la túnica color azafrán para hundirle el cuchillo en el pecho, todos los guerreros, y antes que nadie su padre, apartaron la mirada. En ese momento Artemisa, veloz como una saeta, la raptó, sustituyéndola por

una cierva ensangrentada. Hay quienes juran haberla entrevisto en vuelo, tiernamente abrazada a la diosa, y otros juran haberla visto officiar en paños de sacerdotisa, en la bárbara Táuride. No sabría decir si todo esto es verdad, pero no excluyo que los propios aqueos hayan divulgado esa historia para enmascarar tan horrible delito. Ahora tú, empero, muchacho, deja de afligirte y piensa en tu padre, que del pobre no sabemos verdaderamente nada: si aún vive o si ya ha bajado a la oscura morada de Hagesilao.^[7]

Cada vez que alguien le mencionaba a su padre intentaba recordar su rostro, pero nunca consiguió enfocar bien la imagen. De él sólo recordaba pequeños detalles: la silueta imponente, la voz bien timbrada para el mando, la fluyente barba y los colmillos del Jabalí Calidonio que colgaban de su collar.

Aquella mañana, la muchedumbre que coreaba su nombre, «¡Ne-ó-pu-lo! ¡Ne-ó-pu-lo! ¡Ne-ó-pu-lo!», le había dirigido varias frases augurales: «¡Que llegues a convertirte en el más famoso de los aqueos!», «¡Que el nombre de Gaudos resuene más allá de los mares!», «¡Que los dioses guíen tus naves hasta la lejana Troya!». A partir de entonces, todos le habían hablado de su padre como de un ser superior, el mejor entre los varones mortales, Neópulo *el Probo*, Neópulo *el Sabio*, Neópulo *el Justo*, y así sucesivamente.

En realidad, Leonte no conocía a su padre en lo más mínimo. Sabía tan sólo que nueve años atrás había partido hacia la guerra y que desde hacía unos cinco años no tenía de él la menor noticia. De vez en cuando alguien regresaba del frente y relataba su heroica muerte. «Lo mató Deicoonte; estaba en primera fila, a punto de superar la muralla de Ilión, cuando un dardo del troyano le traspasó la garganta». «Nada de eso», exclamaba otro, «lo mataron los tracios: le tendieron una celada no lejos de Padasa. Nuestro rey combatió contra nueve enemigos y cayó cuando uno de ellos, el vil Piroo, lo atacó por la espalda. Y el propio Piroo, tras robarle las armas y el collar, arrojó su cadáver al turbulento Escamandro». No había tiempo ni de preparar las honras fúnebres y ya llegaba de Troya otro veterano: «¡Quietos, Neópulo está vivo! Lo han visto en Mileto. Iba en una de las naves de Anfímaco, rey de los Carios, encadenado al banco de los remeros. Se comportaba como un humilde esclavo». El único dato seguro era que su cadáver nunca había sido encontrado, ni sus armas, ni el precioso collar con los colmillos de jabalí.

Ahora Leonte se dirigía a Troya, en parte para averiguar la verdad sobre su padre, en parte porque desde hacía un año el aire de Gaudos le resultaba irrespirable. Su tío Antifinio había asumido la regencia y la ejercía de manera despótica y cruel. Bastaba que alguien se le opusiera, aunque fuese mínimamente, para que al otro día lo encontrasen muerto en alguna hondonada. Antifinio tenía informadores por todas partes, en la ciudad como en la campiña, y se desplazaba siempre rodeado de una docena de mercenarios que había hecho venir expresamente de Creta. Y Leonte, dada

su calidad de pretendiente al trono, representaba una amenaza para su tío. No tenía nada de extraño, pues, que de vez en cuando alguien tratase de eliminar al joven. Una noche, durante una festividad dionisiaca,^[8] un hombre disfrazado de sátiro lo había atacado por la espalda; pero, gracias a la intervención de unos viandantes, había logrado salvarse. El loco fue reducido y enviado a la cárcel, pero antes que pudiese pronunciar el nombre de su mandante ya Antifinio lo había apuñalado. «¡Que así muera quien atente contra la vida de mi sobrino!», había sentenciado el tirano.

A esas alturas, la madre de Leonte comprendió que la vida del chico pendía de un hilo y esa misma noche lo hizo embarcar hacia Troya. «Mejor los troyanos», dijo, «que los parientes». Para mayor seguridad, le hizo acompañar por un viejo amigo de la familia, preceptor y maestro de armas, para que lo protegiera de los enemigos y, sobre todo, de los amigos. De joven, Gemónides había sido un famoso auriga y había triunfado en muchas carreras celebradas en el bosque de Onquesto.^[9]

—Oh, Gemónides —le preguntó Leonte—, ¿es cierto que el sabio Néstor quería que tú fueses su auriga y que rechazaste veinte minas de plata con tal de no alejarte de Gaudos?

—Así es; yo era todavía un muchacho y en la isla había una chica de Festos que después, para mi desdicha, murió en la flor de sus años. Pero dejemos ahora esos recuerdos; ya está dispuesta tu yacija y es hora de que vayamos a dormir.

—No tengo el menor deseo de irme a dormir. Además, en una noche como ésta, en la que hasta Bóreas ha decidido atenuar sus furores, los dioses se ofenderían si no durmiese al aire libre.

—La noche parece más tibia que la caricia de una madre, pero puedes estar seguro que al amanecer te sentirás calado hasta los huesos.

Gemónides, además de maestro, era también ayuda de cámara, cocinero, probador de comidas y «niñero»: todas las noches acondicionaba un colchón relleno de hojas secas en el interior de la toldilla, exactamente al lado del que usaba el comandante. Por otra parte, el muchacho, en tanto hijo de rey (y rey él mismo en caso de haber muerto su padre), tenía derecho a la cama más cómoda del navío.

Leonte era un demócrata: los privilegios de casta no le gustaban. ¿Será posible, se decía, que por el mero hecho de ser hijo de rey tenga que dormir bajo cubierta, cuando en esta nave hay hombres mucho más viejos que yo, obligados a dormir a la intemperie? Será por eso que todos anhelan el poder: para dormir bajo techo. Hasta hay quienes están dispuestos a matar a cambio de un sitio más cálido. Antifinio, por ejemplo, sólo deseaba su muerte por temor a que algún día pretendiese la devolución del trono de su padre.

—Dime, Gemónides —preguntó Leonte—, ¿qué motivo impulsa a los hombres a ansiar el poder?

—Porque no han comprendido que es más conveniente confiar en la bondad —

repuso Gemónides con frío cinismo—. Para chantajear a nuestros semejantes, cada uno de nosotros tiene dos armas: el amor y el poder. Con el primero nos apoyamos en la necesidad de afecto; con el segundo, en el miedo. Se puede hacer trabajar a una mula atrayéndola con una zanahoria o amenazándola con un bastón. Y casi todos los reyes e hijos de reyes prefieren valerse del bastón y no de la zanahoria.

No, él no era así. A él no le interesaba el poder en lo más mínimo. Probablemente era hijo de rey sólo por una distracción del Hado. Él amaba a Calimnia, una doncella de Gaudos: una bella, suave, etérea, dulcísima doncella de Gaudos; y no había en el mundo reino, ni siquiera el de Cnosos, ni siquiera el de Agamenón, pero qué digo, ni siquiera el de Zeus, que él estuviera dispuesto a aceptar a cambio de su amor. Sin embargo, por culpa de la política se veía obligado a alejarse de ella. Pero regresaría lo antes posible para casarse. ¡Ah, si en los últimos días se hubiese atrevido a hablar de eso con su tío Antifinio, con el corazón en la mano! ¡Así, sencillamente, exteriorizando sus sentimientos!

«Escucha, tío mío», le habría dicho, «me parece justo que seas el soberano de Gaudos. Eres viejo, eres feo, estás maltrecho, no puedes pretender que una mujer joven y hermosa se enamore de ti. Quédate, pues, con mi reino, y sé feliz. Yo, en cambio, me quedaré con Calimnia, la rubia, la sublime, la cándida Calimnia de labios de coral. Nada quiero del mundo más que a ella. Nosotros jamás te molestaremos. Acudiremos a tus simposios con la frente adornada de flores y con nuestra presencia embelleceremos tu corte. Estaremos a tu lado cuando mueras y cuidaremos de tu prole».

Hubieran sido palabras al viento: Antifinio jamás le habría creído. Aunque sólo fuese porque, siendo un malvado como era, consideraba que los demás eran como él: embusteros, ávidos y traicioneros. Por culpa de hombres así existen las guerras. Y, puestos a ello, ¿por qué había estallado la guerra de Troya?

II. EL CASUS BELLI

Donde escuchamos un desahogo de Eris, la diosa de la discordia, e indagamos en las causas de la guerra de Troya, empezando por las lamentaciones de Gea y siguiendo por el nacimiento de Helena y las bodas de Peleo y Tetis.

«Me llamo Eris y soy la diosa de la discordia. Todos me tienen inquina porque pretenden que fui yo quien provocó la guerra de Troya. Pero, seamos sinceros, ¿quién empezó primero? ¿Yo, o ellos? ¿Que quiénes son ellos? Pues los dioses, naturalmente. ¿Queréis sus nombres? Ahí van: el primero que sembró cizaña fue Momo. ¿Qué? ¿No sabéis quién es Momo? Entonces os diré quién es Momo: un petulante quisquilloso que sólo vive para criticar a los demás y en la cara tiene siempre una expresión de desagrado. Él le sugirió a Zeus que no me invitara a la boda de Peleo y Tetis. "Por favor", le dijo (casi me parece estar oyéndolo), "a ésa no la invites. ¡Probablemente te arruinará la fiesta! La última vez que acudió a un simposio le contó a Adonis que el día anterior había visto a Afrodita con Boutés, el argonauta, en el monte Lilibeo. Adonis se abalanzó sobre Boutés empuñando un cuchillo, y de no ser por Hestia que se interpuso, ¡a saber cómo hubiera acabado el asunto!".»

Eris tenía razón: Momo era verdaderamente un chismoso, no por casualidad lo consideraban el dios del reproche y la maledicencia. Todo le causaba curiosidad y nada le caía bien. En cierta ocasión Atenea le mostró una casa confortable, y él encontró que no lo era del todo: «Será muy cómoda», dijo, «pero para mis gustos es demasiado inmóvil: no es posible desplazarla según el humor». Entonces Hefestos le mostró un hombre bello e inteligente, y él en seguida le encontró un defecto: «Más hermoso sería si tuviera en la frente una ventanilla para poder leer sus pensamientos ocultos». Por último, Afrodita le enseñó una mujer de extraordinaria belleza y él tuvo que admitir, casi de mala gana, que era fascinante. Pero de inmediato agregó: «Eso sí, ¡lleva un calzado horrendo!»

«¡Qué mala gente, los dioses!», siguió rezongando Eris. «Cuando nos cruzamos por la calle fingen no haberme visto. Pero lo que más me cabrea es que nunca me inviten a las fiestas. Eso sí, cuando me necesitan no dejan de suplicar: "Eris, cariño, provoca a los tracios, que su prepotencia ya no se aguanta", "Eris, Ares se queja porque ya no hay guerras", "Eris, haz que los Locrios riñan con los Abantes", "Eris, Hades protesta porque ya nadie llega a los Infiernos". Y yo, imbécil de mí, venga a ocuparme de generar rencillas de fronteras entre pobres gentes que acaso no tengan la

menor gana de llegar a las manos. Y luego, cuando de lo que se trata es de pasarlo bien, de comer y beber a gusto, todos dicen lo mismo: "¿Quién? ¿Eris, la Discordia? ¿Por favor, ni en pintura!" ¿Acaso no tengo yo también derecho a alguna diversión?»

¿Cómo no darle razón? No obstante, ella no hacía nada para ganarse la simpatía de los otros: uno no puede aparecer en un simposio con un centenar de víboras en lugar de cabellos, una venda ensangrentada alrededor de la frente y ocho hijos ingobernables adheridos a las faldas y a cual más feo. Para entendernos, estamos hablando de los siguientes chiquillos: Hambre, Pena, Olvido, Dolor, Dificultad, Mentira, Blasfemia e Injusticia.

«Las responsabilidades de la guerra», concluyó Eris, «han de buscarse mucho más lejos. A mi entender, la primera culpable ha sido Gea, la madre tierra. En cierta ocasión me la encontré quejándose ante Zeus. "Haz algo", le decía, "porque yo ya no sé cómo ir tirando: aquí todo el mundo consigue pareja, todos tienen hijos, todos viven de lo que les ha sido concedido y ya no aguanto tanta gente a costas. Las Moiras me han dicho que los mortales son cinco millones y que si no actuamos oportunamente, dentro de diez años serán ocho millones". "¡Ocho millones!", exclamó Zeus, "¿Adonde querrán ir a parar?" Y a continuación creó a Helena, la mujer más hermosa del mundo. Pero, digo yo, ¿será posible que para que estalle una guerra sea necesario recurrir a una puta? Y aunque así fuera, ¿no las hay ya suficientes, tanto en la Tierra como en el Olimpo? ¿Era realmente necesario crear otra?»

Acerca del nacimiento de Helena se cuentan las más dispares versiones: unos sostienen haberla visto salir de un huevo de plata que cayó de la luna y luego fue empujado hacia la orilla por unos peces y abierto por unas palomas. Otros dicen que Zeus, fingiendo ser un cisne perseguido por un águila, se refugió en el regazo de Némesis y, una vez situado, por así decirlo, en zona, la poseyó. El huevo resultante de tal unión fue posteriormente depositado por Hermes entre los muslos de Leda, la esposa de Tíndaro, un día en que ella estaba sentada y abierta de piernas. Para celebrar la empresa, Zeus puso en el firmamento las constelaciones del Cisne y el Águila. Qué es lo que había que celebrar, él sabrá. La versión más amable habla de simple estupro: disfrazado de cisne, Zeus viola a Leda y la deja embarazada. Nacen así Helena, Clitemnestra, Cástor y Pólux, quienes, sin embargo, no son todos necesariamente hijos de Zeus, dado que aquel día la señora había yacido también con su marido.

Pero volvamos a la boda de Tetis y Peleo, a la que, como hemos visto antes, nadie había invitado a Eris, diosa de la discordia.

Tetis había sido siempre un quebradero de cabeza para los dioses. Dado que era hermosísima (tal vez tanto como la propia Afrodita), también era apetecida por

muchos, particularmente por Zeus y Poseidón. Más aún, ambos bergantes habían incluso reñido para establecer quién sería el primero en gozar de sus favores. Escudado en su *jus primae noctis*, Zeus apartó a su hermano y ya casi estaba por consumir la enésima violación, cuando Temis lo retuvo.

—En tu lugar, no la tocaría —exclamó la diosa de la sabiduría.

—¿Y eso por qué? —preguntó Zeus, asombrado de que alguien osara interrumpirlo en el ejercicio de sus funciones—. Ésta, a fe mía, es la más explosiva de las hijas de Nereo.

—Será explosiva, como dices —replicó Temis—, pero sobre ella pesa una profecía de las Moiras.

—¡Las Moiras, las Moiras! —masculló Zeus—. ¡Serán hijas mías, esas malditas Moiras, pero la verdad es que no las aguanto! ¡Siempre vaticinando cosas horribles! ¡Siempre anunciando irreparables desventuras! —Después, con aire de preocupación, añadió:— ¿Qué han dicho las Moiras?

—Que el primogénito será más poderoso que su padre. Ahora que lo sabes, prosigue, si te atreves.

Aterrorizado ante la idea de engendrar un futuro pretendiente al trono del Olimpo, Zeus no solamente soltó a la ninfa, sino que le prohibió yacer con ningún otro dios. Luego, para mayor seguridad, le asignó como marido un mortal, un tal Peleo, sobre el que pesaban algunos delitos consumados en el ámbito familiar.^[11] Pero Tetis se opuso: ¿por qué razón ella, ninfa inmortal, tenía que ser la única entre las cincuenta hijas de Nereo que se casara con un mortal? Protestó a todos los niveles, pero en vano: en aquel entonces las mujeres, diosas incluidas, contaban muy poco; y si además había una concreta voluntad de Zeus, menos todavía. Por último, en lo que atañe al consentimiento de las doncellas, cuando un hombre deseaba poseer a alguna no se lo pensaba dos veces: iba a la casa de la desdichada y se la llevaba a buenas o a malas.

Peleo no fue menos que nadie: se ocultó en las proximidades de una gruta marina (donde sabía que la ninfa solía dormir la siesta) y aguardó. Tras una media hora la vio llegar por mar, cabalgando un delfín, desnuda y con la cabellera al viento. ¡Debía ser excepcional! El héroe ni se movió: esperó hasta que estuvo dormida, y después, genuino bribón cual era, se le echó encima. El combate fue duro. Tetis, entre las garras del muy bruto, se transformó sucesivamente en fuego, agua, león, serpiente y sepia. En esta última versión le soltó un buen chorro de tinta: sin embargo él, sepia o no sepia, la violó igualmente (cómo lo consiguió mientras ella hacía de sepia, es cosa que ni siquiera me atrevo a imaginar). Pero he aquí que, tras unas horas de retorcerse, arañar y morder, Tetis fue vencida por el deseo y se abandonó entre sus brazos besándolo apasionadamente. El cuerpo de Peleo, empapado de mar, sudor y sangre, escocido y salpicado de tinta de sepia y, sin embargo, ardorosamente deseado por

Tetis, es una de las imágenes más emocionantes de nuestra historia.

La boda fue excepcional. Se celebró delante de la gruta de Quirón, sobre el monte Pelio, entre una muchedumbre de centauros pifantes. Los dioses mayores participaron en el banquete, sentados en doce troncos constelados de diamantes, y Ganimedes no paró de ir y venir entre las mesas llenando de néctar las copas. Las Musas cantaron, Pan tocó la siringa, Orfeo la lira, Apolo la flauta, y las cuarenta y nueve hermanas de Tetis, las Nereidas, danzaron y lanzaron rosas y lirios sobre los invitados, mientras miles de palomas revoloteaban sobre sus cabezas. La mismísima esposa de Zeus, Hera, llevó la antorcha nupcial. A continuación, presentados por Iris, la mensajera, todos los dioses pasaron ante los esposos, cada uno con un regalo: Atenea ofreció una lanza cuya punta había sido forjada por Hefestos y cuya asta provenía de un fresno abatido por Quirón. Poseidón les obsequió con dos caballos inmortales, Balio y Janto, este último, además, poseedor del don de la palabra. Dionisos aportó un líquido de color rojo oscuro que hasta entonces nadie conocía y que posteriormente se llamó «vino».

Como en las crónicas mundanas, consideramos que es nuestro deber ofrecer la lista de los presentes. Además de los ya mencionados, estaban: Artemisa, la cazadora; Hestia con la cabeza velada; el indefectible Zeus; la sabia Temis; Deméter con su hija Perséfone; Quirón, en el papel de padrino del marido, con su esposa Cariclo; las Estaciones; Anfitrita; Hermes con su madre Maya; Hefestos cogido del brazo de Afrodita; Ares con sus hijos Fobos (el Miedo), Deimos (el Terror) y Enio (el Estrago); Nereo y Doris, padre y madre de la esposa; los abuelos Océano y Tetis, conducidos por la joven Hebe; el viejo Cronos con su esposa Rea; las tres Cárites: Aglaé (el Esplendor), Eufrosine (la Serenidad) y Talía (la Abundancia), sin cuya presencia el matrimonio hubiera empezado bajo malos auspicios. Por último, también asistieron algunos mortales, entre ellos, Telamón, Cadmo y Teseo. Pedimos disculpas a los que no mencionamos, pero, dado el elevado número, no podemos citarlos a todos.

Estaban en pleno banquete y charlando animadamente, cuando desde las profundidades de la gruta acudió Eris, la Discordia. Todos enmudecieron, la música dejó de resonar y las Nereidas interrumpieron sus danzas. Sin proferir palabra y sin mirar a nadie en particular, la diosa cruzó la explanada, se acercó a la mesa principal y arrojó sobre ella una manzana de oro. La manzana rodó entre los manjares y, después de volcar un par de copas de néctar, se detuvo delante de los recién casados. Peleo la cogió y leyó en voz alta la inscripción que llevaba grabada: *Kaliste*, es decir, «A la más bella». Peleo dirigió una mirada en derredor... realmente no sabía qué hacer... Luego, dándose cuenta de que se trataba de una patata hirviente, se la pasó a Zeus.

Mientras tanto, en el otro extremo de la mesa ya había estallado una furiosa riña

entre Afrodita y Atenea. ¿Quién era la más bella? ¿A quién le correspondía la manzana? Zeus observó con atención a todas las diosas presentes: lo consideraban un experto en materia de mujeres, y, por tanto, no quería equivocarse. Muchas eran atractivas, pero cuando su mirada se posó sobre Afrodita no tuvo la menor duda: ella era la más bella. Estaba a punto de entregarle la manzana cuando una mirada sesgada de Hera detuvo su mano en el aire.

—Y bien, padre, ¡decídetes! —lo exhortó Hermes al verlo paralizado—. En tu opinión, ¿quién es la más bella del Olimpo?

Hefestos se acercó a Zeus y, fingiendo escanciarle una copa, le susurró al oído:

—En tu lugar, no me lo pensaría tanto: escogería a Afrodita, no porque sea mi esposa, faltaría más, sino porque resulta evidente que es la más bella de todas. Contéplala y dime si ahora mismo no te la llevarías al tálamo...

—¡Claro que me la llevaría! —admitió Zeus, y era la pura verdad—. Y de buena gana le entregaría la manzana. Pero ¿quién aguanta después a mi esposa? Todavía no he decidido nada y ya me está mirando como si quisiera fulminarme.

Entretanto, todos se habían puesto a discutir animadamente: ¿cuál era la más bella? Y la Belleza, ¿qué era? ¿Solamente un don físico, o también espiritual? La mayoría de los presentes se inclinaba por Afrodita.

—Es tontorrón, de acuerdo —decían—, pero en cuanto a belleza no hay duda posible. ¡Es la más hermosa!

—Pues yo, en cambio, prefiero a Atenea —sostenía alguien—. No puedes estar siempre haciéndole el amor a una mujer, las veinticuatro horas del día. En algún momento habrás de parar, y entonces surge el problema de la conversación. ¿De qué vas a hablar con Afrodita? ¿De perfumes? ¿De cosméticos? ¿De prendas de seda? Con Atenea, en cambio, puedes hablar de lo que te parezca: es la más inteligente de todas las diosas.

—Aquí no se trata de inteligencia —protestaba otro—. ¿Qué dice la inscripción de la manzana? «A la más bella», no «A la más inteligente». Por tanto, la manzana le corresponde a la más bella. De lo que se trata es de establecer cuál diosa lo es. Afrodita me parece demasiado delgada; francamente, prefiero a Hera, la de los blancos brazos. Está... ¿cómo decirlo?... más en carnes, más maciza. En suma, más mujer.

Por la expresión de su rostro, se notaba que Zeus no sabía realmente cómo salir del callejón en que lo había metido la Discordia. No se atrevía a volverse, pero sentía en la nuca la mirada amenazadora de su esposa.

—¡No te busques problemas! —le susurró Temis al oído—. Delégale el asunto a algún mortal, deja que sea él quien se pille los dedos.

Zeus aceptó de buen grado la sugerencia. El rey de los dioses se puso de pie, y, tras carraspear un par de veces para aclararse la garganta, dijo:

—Queridas diosas, ya me hago viejo y cada vez entiendo menos de mujeres. Para mí sois todas bellas, y quisiera tener aquí no una, sino mil manzanas de oro para premiaros a todas, como os merecéis. Sin embargo, me parece que tres de vosotras destacan sobre las demás: Hera, Atenea y Afrodita. Ahora debería llevar a cabo la elección final y establecer cuál de ellas es la más guapa; pero dado que soy el marido de la primera y el padre de las otras dos, a fin de que no se me acuse de parcialidad, designaré juez a alguien ajeno a nuestro ambiente, es decir, a un mortal.

Un prolongado murmullo se elevó de las mesas. Todos se preguntaban: ¿cómo podrá un mortal juzgar a una diosa? ¿Qué serenidad podrá tener el pobre diablo cuando se le aparezcan, repentinamente, tres diosas del Olimpo? ¿No correrá el riesgo de quedar deslumbrado ante tanto esplendor?

A fin de conseguir silencio y poder proseguir su discurso, Zeus se vio obligado a golpear dos veces la mesa con el cetro.

—Callad, oh dioses, y prestad atención a mi decisión: el mortal que he escogido se llama Paris. Es uno de los hijos de Príamo y Hécuba. Todavía ignora que por sus venas corre sangre real: cree ser un mísero pastor de ovejas y vive en el monte Ida, en tierras de ultramar. Mañana Hermes exhibirá ante él las diosas y sólo él habrá de decidir cuál de las tres merece el premio. Ahora brindad conmigo, y ¡que vivan los novios!

III. A LA MÁS BELLA

Donde se habla de una pesadilla de Hécuba, reina de Troya, y se sigue luego con el juicio de Paris y el rapto de Helena.

«Paris, hijo de Príamo, será quien decida cuál es la más hermosa del Olimpo». Así había hablado Zeus y a partir de ese momento empezaron las tribulaciones de los troyanos. Pero comencemos por el principio, desde el día en que nació Paris.

Troya era una pequeña y poderosa ciudad construida en lo alto de una colina cerca del Helesponto, hoy conocido como estrecho de los Dardanelos. El estrechamiento entre el mar Egeo y el de Mármara obligaba a todos aquellos que recorrían la ruta de Oriente a pasar precisamente bajo la mirada de los troyanos, y éstos, justamente, pretendían recibir algo a cambio.^[1] El que intentaba pasar inadvertido, o a toda prisa, o amparado en las tinieblas, era invariablemente asaltado y desposeído del cargamento. A tal efecto, Príamo disponía de una docena de naves velocísimas que aparecían como buitres por el cabo Sigeo^[2] y castigaban a los que intentaban escabullirse. Ahora bien, aparte del asunto de Eris y la manzana de oro, ¿no pudo ser ése el verdadero motivo que llevó a los aqueos a declarar la guerra a los troyanos?

Actualmente los arqueólogos han descubierto que hubo por lo menos diez ciudades de Troya^[3] sucesivamente destruidas e incendiadas. Aquí nos ocuparemos de la séptima en orden de destrucción, precisamente aquella cuyo rey era Príamo, su reina Hécuba^[4] y sus habitantes una mezcla de razas compuesta por tres tribus: troyanos, ilios y dárdanos.

Nada menos que cincuenta hijos, entre varones y hembras, engendraron Príamo y Hécuba. En el colegio, de muchacho, yo siempre pensaba cómo debía de ser su casa, con todos los chiquillos alborotados alrededor de la mesa y el padre preguntándole a la madre las novedades domésticas.

—Hecu, ¿a qué cifra hemos llegado?

—A cincuenta.

—Qué remedio... ¡pero en adelante, basta!

Es obvio que no podían ser hijos de una misma madre, pues la pobre ni siquiera habría tenido tiempo de traerlos al mundo. Según Homero, los alumbrados por Hécuba fueron solamente diecinueve (entre ellos Héctor, Deífobo, Casandra, Polidoro, Troilo, Paris y Polixene); el primogénito era Esaco, hijo de la difunta Arisbe, y había además treinta chavales de segunda categoría, engendrados con

concubinas o mujeres de paso. De Esaco se decía que había heredado de su abuelo materno la facultad de predecir el futuro: padecía frecuentes crisis epilépticas, motivo por el cual se le consideraba loco furioso.

Cierta noche, Hécuba se despertó empapada en sudor. Había tenido una pesadilla.

—Príamo...

—...

—Príamo...

—¿Qué sucede?... —masculló el rey de Troya, despertándose sobresaltado.

—Príamo, acabo de tener un mal sueño.

—¿Qué sueño?

—¡Una pesadilla horrible!

—Bueno, bah, mañana me la cuentas.

—No, ¡tengo que contártela ahora! —insistió ella—. Es demasiado horrible como para aguardar hasta mañana.

—Pero... ¿qué hora es? —insistió Príamo tratando de disuadirla.

—Estaba en la cama, con los dolores de parto —prosiguió ella impertérrita—, y estaban junto a mí la comadrona y mis criadas preferidas. A medida que el tiempo transcurría los dolores se intensificaban, cada vez más desgarradores, pero no eran como otras veces... eran diferentes.

—¿Qué significa que eran diferentes?

—Era como si en mi interior hubiera un montón de tizones ardientes —explicó Hécuba—. Después, repentinamente, se me abrió el vientre y apareció un haz de leña encendida que pululaba de víboras. Unas chispas cayeron al suelo y se propagaron hasta las murallas. Vi que una Erinnia de cien brazos daba fuego a toda la ciudad y vi que los bosques alrededor del monte Ida ardían como una antorcha.

En aquel entonces no debía ser cosa agradable soñar con las Erinnias: la tradición las representaba con rostro de perro, alas de murciélago, cabellos serpentiformes y un látigo en la diestra. Se llamaban Megera, Alecto y Tisífone, y representaban en ese orden el Odio, la Cólera y la Venganza. Su principal ocupación consistía en provocar remordimientos en los asesinos^[5] y apenas conseguían el tan anhelado arrepentimiento, se convertían en criaturas hermosísimas (llamadas Euménides).

Impresionado por la pesadilla de su mujer, Príamo reunió en consulta a los adivinos más prestigiosos de la Tróade, entre los cuales se contaban dos de sus hijos: el ya mencionado Esaco y la bella y tenebrosa Casandra. Los videntes se reunieron en el dormitorio de Hécuba y contemplaron largamente al último de sus hijos, el infante Paris.

Tras haber reflexionado largamente (a saber por qué, ya que el sueño era hasta demasiado claro), Esaco señaló al niño con el dedo y pronunció su condena con voz baja y fúnebre:

—¡Éste ha de morir!

—¿¡Qué!?

—¡O él, o Troya!

—¿Qué quieres decir con «o él, o Troya»? —inquirió nuevamente Príamo, que había perdido agilidad mental.

—¡Padre, te lo suplico! —aulló entonces Esaco arrojándose al suelo y pateando el aire—. ¡Si no quieres que nuestra hermosa ciudad perezca entre las llamas, si no quieres que los enemigos violen a tus hijas, si no quieres que tus hijos terminen devorados por los perros, tras haber sido exterminados en combate, mata a este niño ahora mismo y mata a todas las troyanas que hayan de parir antes del crepúsculo, junto con sus hijos recién nacidos!

Príamo se quedó perplejo: Esaco había sido siempre un exaltado, alguien cuyas palabras nunca se podían tomar al pie de la letra. Bastará recordar que, rechazado por una doncella troyana, una tal Astérope, todos los días se dirigía a un peñasco junto al mar e intentaba suicidarse arrojándose a las aguas. Pero el peñasco no era muy elevado y él, aunque se lastimaba, no conseguía su propósito. Al final los dioses, hartos de presenciar tantos suicidios fallidos, lo convirtieron en un pájaro pescador. «Así podrá zambullirse cuantas veces quiera», dijeron, «sin fastidiar a nadie».^[6] Príamo no sabía si hacerle caso y dar muerte a un puñado de inocentes, o desentenderse del asunto y correr el riesgo de que veinte años más tarde alguno de los amnistiados le destruyera la ciudad. Precisamente bajo su propio techo había dos mujeres que acababan de parir: su hermana Cila y su esposa Hécuba. Era verdad que su hermana tenía muy mal genio, pero matar a Hécuba no le apetecía en absoluto.

—¡Padre! —chillaba Esaco mientras tanto—, ¡da muerte a ese niño! ¡Mátalo, antes de que él nos mate a todos!

Príamo paseó la mirada en derredor, perplejo. Después, por hacer algo, empezó por ordenar a los sirvientes que estrangularan a Cila y a su bebé Munipo. Estaba por ordenar otro tanto para el pequeño Paris, cuando oyó un alarido: también Casandra quería dar su opinión.

—¡Este recién nacido ha de morir o será la ruina de Troya!

Ahora bien, conviene saber que Casandra, desde muy joven, había sido condenada por Apolo a que nunca la creyeran. De hecho, parece ser que el dios la cortejó largamente y que, con tal de llevársela a la cama, le había prometido el don de prever el futuro. Pero ocurrió que la muchacha, una vez lograda la facultad de adivinar, había rechazado con desagrado las galanterías de Apolo. El diálogo entre ambos probablemente fue el siguiente:

—Casandra, ¡dame un beso!

—¡No!

—¡Tan sólo uno!

—¡He dicho que no!

—¡Tan sólo uno y basta!

—Bueno, qué más da. Pero mucho cuidado: sólo uno y nada más.

Y Apolo, veloz como una culebra, le había escupido en los labios a fin de que, cualquiera fuese en adelante su profecía, nadie la creyera.

Por tanto, al manifestarse Casandra de la misma opinión que Esaco sobre la eliminación del recién nacido, en vez de reforzar esa posibilidad terminó debilitándola. Príamo ya no quiso matar a Paris y le confió el encargo a un pastor conocido suyo, un tal Agelao. «Ocúpate tú», le dijo, «y pon mucha atención: hazlo lejos del palacio». Agelao era un buen hombre, incapaz de matar a una mosca, ¡y mucho menos a un crío! Agelao se limitó a dejarlo abandonado en el monte Ida, bajo la nieve, para descubrir más tarde, cinco días después, que el pequeño había sobrevivido a los embates del hambre y el frío gracias a una osa que pasaba por el lugar. Asombrado por el prodigio, Agelao metió el niño en su zurrón y, tras cambiarle el nombre por el de Alejandro,^[7] se lo entregó a su mujer para que lo criase. A Príamo, como prueba del supuesto infanticidio, le mostró la lengua de un perrito. Los comadros afirman que la historia de la osa es puro cuento y que Agelao le perdonó la vida a Paris sólo porque había recibido bajo cuerda un sustancioso soborno de Hécuba.

Dieciséis años más tarde, siempre en las laderas del monte Ida, Alejandro (es decir, Paris) vio que repentinamente aparecían ante sus ojos Hermes y las tres diosas más bellas del Olimpo: Hera, Atenea y Afrodita.

—Oh, noble Alejandro —empezó a decir el dios—, soy Hermes, el mensajero de los dioses.

Paris se restregó los ojos creyendo que soñaba.

—Tú que eres tan atractivo y experto en mujeres —prosiguió Hermes—, entrégale esta manzana de oro a la más bella de estas diosas. ¡Es Zeus quien te lo ordena!

—¿Yo atractivo? ¿Experto en mujeres? —se asombró el muchacho con toda razón—. ¡Oh, divino mensajero, tal vez me estás confundiendo con otro hombre!

De hecho, hasta ese día no había conocido más que ovejas, cabras y campesinos como Agelao. De acuerdo, había tenido una historia con una ninfa, una tal Enone, hija de Cebren, dios de los ríos; pero se había tratado de un amorío juvenil, cosas de pastorcillos, a lo más unos besos detrás de un seto. Ahora, en cambio, el asunto era de muy distinto nivel: establecer cuál era la más hermosa de las diosas no resultaba, por cierto, tarea fácil. ¡No dejaba de tratarse de la primera elección de Miss Universo!

—¿Cómo puedes pretender, oh divino mensajero, que un pobre pastor de ovejas juzgue a semejantes bellezas? —se excusó el joven; y añadió—: Y, aunque estuviera en condiciones de asignar el premio, ¿quién me libraría luego de la ira de las diosas

no premiadas? No, no creo que me convenga ser árbitro en un choque entre tales divinidades: mejor dividir la manzana en tres partes iguales y entregar a cada una su porción.

—Oh, joven Paris —dijo Hermes mencionándolo ahora por su verdadero nombre y amenazándolo con el caduceo—,^[8] no puedes eludir las órdenes del Congregador de Nubes. Y yo no puedo ayudarte en la difícil elección. Míralas con atención, incluso tócalas si lo prefieres, pero has de decirme cuál de ellas te parece la merecedora del premio.

Mientras tanto, las diosas trataban de cautivarlo a cualquier precio. Para mostrarse más apetecibles se habían lavado en los frescos manantiales del monte Ida y ahora se paseaban, cada vez más cerca del zagal, cada vez más fascinantes y embriagadoras, envueltas en aromas desconocidos. Atenea irradiaba luminosos relámpagos, en parte por su metálica mirada y en parte por el brillo de su yelmo bajo los rayos del sol. La majestuosa Hera de blancos brazos se había situado en contraluz, evidenciando lo más posible sus rozagantes formas. En cambio Afrodita, para la ocasión, se había hecho coser una túnica ligerísima con todos los colores del arco iris, obra de Horas y de las Cárites. La túnica tenía una abertura lateral que iba desde el hombro hasta los pies, dejando al descubierto el lado derecho y la pierna.

—¿He de juzgarlas así como están? —preguntó Paris tembloroso—, ¿o puedo verlas desnudas?

—De acuerdo —dijo el dios—. Si lo deseas, se desnudarán.

Afrodita no aguardó a que se lo dijeran dos veces: desanudó la cinta que tenía sobre el hombro y la túnica cayó al suelo, dejándola desnuda por completo, salvo la cintura.

A Paris se le cortó el aliento.

—¡Tienes que quitarte el cinturón también! —chilló Atenea.

—Y tú entonces quítate el yelmo —replicó Afrodita—, así dejarás de parecer más alta de lo que eres.

El detalle del cinturón merece una aclaración: se trataba de una cinta de seda dotada de poderes mágicos (*kestoshimas*) que enamoraba perdidamente a quien la contemplase. En ella estaban bordadas todas las seducciones: la Ternura, la Impaciencia, la Intimidad, la Persuasión y el Parloteo. Afrodita no se la quitaba nunca, ni siquiera cuando iba a la cama (más aún, sobre todo cuando iba a la cama). En esa ocasión, ante Paris, aunque se vio obligada a quitársela, no dejó de sostenerla en la mano, temerosa de que alguien se la arrebataste.

—Oh, diosas del Olimpo —exclamó el joven pastor, pálido como la túnica de una sacerdotisa de Artemisa el día de su consagración al culto—, temo que vuestra belleza está muy por encima de mis fuerzas; pero si, como dice el divino mensajero, no puedo eludir este deber, entonces, os lo imploro, ayudadme. Acercaos a mí una

tras otra, y cuando una de vosotras se acerque, que las otras dos se alejen, a fin de que pueda concentrarme en ella.

Así lo hicieron. La primera en acercarse fue Hera.

—Obsérvame bien, oh mortal —dijo la diosa—. Y no olvides que si me concedes el premio te convertiré en el hombre más poderoso y rico de Asia. Dominarás la tierra y los mares, y los hombres temblarán de sólo escuchar tu nombre.

Hacer que temblaran los enemigos, dominar Asia y obligar a los pueblos limítrofes a reconocer la supremacía de Troya hubiera sido el mayor ideal para el hijo de un rey, pero no era algo demasiado estimulante para un pastorcillo como Paris, que ignoraba su propio origen y ni siquiera sabía qué significaba «Asia».

En segundo lugar se presentó Atenea.

—Oh, joven Paris, tú eres fuerte y sabio, pero no eres ni el más fuerte ni el más sabio. Si me entregas la manzana, haré que triunfes en todas las batallas de la vida y que el mundo te recuerde como el más inteligente de los hombres.

«¿El más inteligente?», pensó Paris, sin entender bien el concepto. «¿Qué significa ser el más inteligente? Y además, ¿en qué batallas de la vida debería triunfar? No creo que mi destino sea combatir en ninguna batalla...»

En definitiva, que tampoco las propuestas de Atenea le parecieron muy seductoras que digamos.

Y llegó por fin Afrodita. Mientras la diosa se aproximaba, Paris sintió que se le aceleraban los latidos del corazón y notó un leve malestar, una extraña languidez que partía del cerebro y se extendía poco a poco por todo el cuerpo.

—¡Me gustas, oh Paris! —dijo la diosa. Y lo miró fijamente a los ojos como si fuese ella quien tuviera que juzgarlo.

—¿Qué te gusto? —balbuceó Paris.

—Sí. Me gustas, y mucho —insistió ella—. Pero me parece que ya sabes que eres guapo. No obstante, te pregunto: ¿querrías serlo todavía más? ¿Te gustaría que todas las mujeres cayesen rendidas a tus pies? Y bien, si me entregas esa manzana, haré que seas el más amado de los hombres y como compañera te entregaré a Helena de Esparta, ¡la mujer más hermosa que jamás se ha visto bajo la bóveda de Urano!

Por fin una oferta concreta: ¡una mujer para llevársela a la cama!

—Y esa Helena, ¿quién es? —preguntó Paris con impaciencia.

—Los rasgos de su rostro son tenues y delicados. Nació del huevo de un cisne; su padre fue Zeus, y su madre la cándida Leda. Largos, sedosos y rubios son sus cabellos. Sus ojos, más azules que los lagos del Parnaso.^[9] Sus muslos parecen hechos expresamente para que los acaricien manos viriles. Sus pezones son como granos de uva empapados de sol. Su pecho es cálido y tierno como...

—¡Basta, basta, la quiero! —gritó Paris sin darle siquiera tiempo para que especificara a qué se parecía el pecho.

Y mientras, completamente enloquecido, gritaba al viento «¡Helena, Helena, amor mío!», Hera y Atenea se alejaron con el rostro sombrío, cavilando oscuras venganzas contra él y contra los troyanos.

Entre el poder, la inteligencia y el amor, Paris había escogido el amor; tampoco hubiera podido hacer otra cosa, ya que su propuesta fue la única que entendió. Confieso que también yo, en su pellejo (e incluso tal vez en el mío), habría elegido a Afrodita.

Sin embargo, la diosa tuvo que trabajar bastante para mantener su promesa: Helena ya estaba casada y Paris, todo hay que decirlo, en su calidad de pastor no resultaba muy presentable que digamos. Por tanto, era imprescindible que recobrase cuanto antes su sitio en la corte. Pues bien, por una extraña coincidencia, justamente en esos días se empezaban a celebrar en Troya los juegos dardánicos. Un dignatario de la corte llegó a la choza de Agelao para escoger algunos toros, y, mientras seleccionaba las reses, se puso a hablar de los juegos. Dijo que los había inventado Laomedonte, padre de Príamo, por sugerencia de Apolo, con la finalidad de estrechar alianzas entre los pueblos vecinos. El hombre se explayó acerca de los torneos programados, sobre la valía de los participantes y, particularmente, sobre la riqueza de los premios: declaró que para los triunfadores habría trípodes de oro, recipientes de cobre, esclavas frigias y animales útiles para la labranza. Y cuanto más elogiaba los premios, las esclavas, los animales y las gestas de los campeones, más Paris se derretía de impaciencia por participar.

—Padre —exclamó repentinamente el muchacho—, ¡voy a inscribirme en las competiciones!

—¿En las competiciones? —repitió Agelao, perplejo.

—¡Sí, padre, en las competiciones! —insistió el muchacho, entusiasmado—. Quiero correr, luchar, combatir con los púgiles.

Y ya se veía a sí mismo en el podio de los triunfadores, en el pedestal más alto, ceñidas las sienes con la corona de laurel mientras Príamo le tendía su premio.

Agelao echó un cubo de agua fría sobre sus ardores.

—Hijo mío, hazle caso a uno que conoce mejor que tú las insidias del mundo. Troya es una bestia de innumerables engaños, que mal corresponde a un pastor, hijo de pastores. Sus calles son tantas y tan intrincadas que antes del ocaso te extraviarías sin remedio. Aquí, en cambio, hay sol, agua y árboles, y nadie amenaza tu existencia.

Obviamente, el sermón de Agelao no amedrentó a Paris. A la mañana siguiente, con las primeras luces del amanecer, el joven puso rumbo a la tan anhelada Troya. Su padre adoptivo, pobre hombre, lo seguía a una distancia prudencial para no dejarse ver. Paris, a fin de no equivocarse, durante un buen trecho siguió el curso del río Simunte, y no se apartó de la orilla hasta que vio erguirse a su izquierda las murallas de la ciudad.

El estadio había sido edificado apenas fuera de las murallas, al sur de la ciudad. Cuando Paris, después de algunos intentos fallidos, logró por fin entrar a la arena, los encuentros de pugilato ya habían empezado. Príamo, junto con Hécuba y sus hijos mayores, estaba sentado en un trono de cuero protegido por un baldaquín, y entregaba personalmente los premios a los vencedores.

El muchacho superó sin esfuerzo los encuentros preliminares y disputó la gran final bajo la mirada del rey. Ganó por *knock-out* gracias a un puñetazo bien centrado en la mandíbula de un dárdano mucho más grande y corpulento que él, pero no fue a recoger el premio porque vio que en el otro extremo del estadio estaba por empezar la competición de velocidad. Veloz como una saeta, llegó hasta donde estaban los concursantes, que acababan de partir, y, después de superarlos uno tras otro, llegó primero a la meta. Tampoco en este caso tuvo tiempo para recoger el premio, porque se sintió atraído por las competiciones de lucha. Se quitó la túnica, como solían hacer los gimnastas,^[10] y, tras untarse el cuerpo con aceite, desafió a los más valerosos luchadores de la Tróade. Inútil mencionar ahora que, en cada competición, la invisible Afrodita estaba al lado de Paris: de hecho, fue ella quien le hizo bajar la guardia al gigantesco dárdano en el combate final de pugilato; ella nuevamente quien provocó la colisión de dos atletas que lo habían superado en la carrera de velocidad, y, por último, ella quien le puso a Héctor, el más fuerte de los hijos de Príamo, una zancadilla durante la lucha.

El éxito de Paris fue violentamente abucheado por los aficionados locales. ¿Quién se creía que era, ese campesino? ¿Cómo se permitía no recoger el premio después de la victoria? ¿Acaso pretendía humillar al rey de los troyanos? Algunos de los más exaltados estaban ya lanzándose al recinto de los juegos para lincharlo, cuando Agelao, intuyendo el peligro, se arrojó a los pies de Príamo.

—¡Oh, mi rey! —gritó el buen hombre—, ¡detén el furor de tus súbditos y sabe que este joven que ha ganado todas las competiciones no es otro que tu hijo Paris! — y para dar fe de sus palabras mostró un dije que Hécuba había colgado del cuello del niño en el momento de entregárselo.

Ante tales palabras, de una banqueta situada a espaldas de Príamo se irguió una figura de ojos alucinados: era Casandra, la consabida agorera de desventuras. Pese al furor que le deformaba el rostro, Casandra no dejaba de ser una mujer hermosísima. Se adelantó tambaleándose, como si se hubiese excedido en la bebida, y, mientras con una mano señalaba al desconocido triunfador, con la otra se desgarraba la negra túnica a la altura del seno.

—¡Padre! —gritó con desesperación—. ¡Da muerte a ese joven o será él quien dé muerte a Troya!

Pero, una vez más, Príamo no quiso creerla.

—Que perezca Troya, si así lo han dispuesto los dioses —repuso con orgullo—,

pero ¿no renunciaría a un hijo tan valeroso como éste!

Y Helena, ¿dónde estaba? En Esparta, como reina y esposa de Menelao. Sin embargo, antes de alcanzar esa provisional tranquilidad, también ella había pasado ciertos contratiempos.

Cuando su padraastro Tíndaro, rey de Esparta, se propuso casarla, en atención a su belleza convocó a los solteros más ricos y valientes de la época. En la invitación, que proclamaban los heraldos en todas las cortes de Grecia, se preguntaba sin medias tintas qué cifra, en dinero o en objetos preciosos, estaba dispuesto a ofrecer el candidato en caso de resultar favorecido. Tomaron parte en la subasta, entre otros, Áyax Telamón, Ulises, Filoctetes, Menesteo, Teucro, Diómedes, Idomeneo, Menelao y Patroclo: cada uno de ellos le prometió a Tíndaro tronos, vastos territorios y fabulosos regalos, a excepción de Ulises, quien, en su calidad de rey de una pequeña isla, rica tan sólo en ortigas y guijarros, no estaba en condiciones de ofrecer absolutamente nada.^[11] Entre los pretendientes, el más generoso fue Agamenón, quien, en nombre de su hermano Menelao, reunió ante los interesados ojos de la princesa una gran cantidad de vajilla de oro y plata. Encandilado por la oferta, Tíndaro estaba a punto de tomar una decisión, cuando Ulises quiso hablar con él aparte.

—Oh, noble Tíndaro —le dijo—, como es sabido, yo no poseo tesoros para ofrecer, pero a veces un consejo puede ser más útil que un cofre repleto de joyas. Si me prometes interceder ante tu hermano Icario para que me conceda la mano de su hija, la púdica Penélope, yo te regalaré a cambio uno de esos consejos.

—De acuerdo —repuso instintivamente Tíndaro—, convenceré a mi hermano de que te conceda la mano de su hija. Y ahora dame uno de esos consejos que son más útiles que el oro.

—Antes de designar al elegido —le sugirió Ulises—, haz que cada uno de los pretendientes prometa que, el día en que un extranjero le falte al respeto a Helena, acudiré con las armas en defensa de su honor.

Y así se hizo. Tíndaro sacrificó un caballo blanco y lo partió en catorce trozos, tal era el número de pretendientes. Tras lo cual los príncipes juraron, poniendo la mano sobre el trozo de carne, defender con su vida el honor de Helena. El sitio en que se estableció el pacto puede aún hoy visitarse en la región de Esparta y recibe el nombre de «La Tumba del Caballo».

Era destino de Helena hacer siempre el papel de raptada: estaba entrenada desde niña. Cuando aún no contaba trece años, por cierto, la raptaron dos hermanos, Teseo y Piritoo, en el momento en que estaba sacrificando un cabrito en el templo de Artemisa. Posteriormente los raptadores se sortearon el privilegio de ser el primero en gozar de los favores de la niña, y, habiendo ganado Teseo, éste la encerró en el castillo de Afidna, una fortaleza situada en el Ática y carente de puertas y ventanas,

aunque ricamente decorada con muebles preciosos y cojines de seda. De hecho, una jaula dorada entre las montañas. Se accedía a su interior a través de un pasadizo secreto cuya entrada estaba a más de un kilómetro de distancia.

Los hermanos de Helena, Cástor y Pólux, rastrearon la Hélade a lo largo y a lo ancho sin resultado positivo, hasta que un buen día, gracias al soplo de un oscuro personaje, un tal Academo, dieron con la entrada secreta y la liberaron. Algunos sostienen que durante el secuestro Helena se enamoró de Teseo y que tuvo con él una niña llamada Ifigenia, la misma que posteriormente sacrificaría Agamenón para propiciar el viaje de los aqueos. Con Menelao tuvo una hija, Hermione, y, según otros, también tres niños: Etiolao, Marafio y Plístenes.^[12] Así pues, de ser veraces estos comentarios, Paris, al llevarse a Helena, no habría raptado a una joven en la flor de sus años, sino a una madre de cinco hijos.

Pero volvamos a Troya, un año antes del estallido de la guerra. Establecido en la corte, Paris había cambiado de carácter: el modesto y esquivo pastor de ovejas que habíamos conocido en el monte Ida se convirtió repentinamente en un ambicioso aristócrata, arrogante y narcisista. Un señorito que vestía prendas suntuosas y prefería las viandas refinadas a los dones de la naturaleza. Príamo, proponiéndose estrechar una alianza con los misios, había pensado casarlo con una princesa de Arginuses, pero él, amparándose en la promesa de Afrodita, rehusaba conocer a ninguna clase de prometida. Por el contrario, cuando daba con alguien que hubiese estado en Esparta, en seguida le preguntaba si por azar no había conocido a Helena, la esposa de Menelao.

Y por fin llegó la gran ocasión (la que, según el proverbio, hace al ladrón). Troya había dispuesto enviar a Grecia una embajada a fin de tranquilizar a los aqueos en el asunto de la navegación por el Helesponto. El peaje exigido, según Príamo, no constituía un abuso, sino una justa recompensa para quien, como él, había invertido hombres y medios en la limpieza de ese brazo de mar, antaño infestado de piratas. De opinión radicalmente opuesta eran los aqueos, para quienes ser atracados por los piratas o por los troyanos no significaba gran diferencia, razón por la cual estaban seriamente decididos a responder con violencia a la violencia, cualquiera fuese su procedencia.

Eneas y Paris fueron los embajadores seleccionados por los troyanos. Príamo hizo que hasta Helo los escoltase una flota de naves de guerra (cuya finalidad también era la de impresionar a los aqueos). Paris, como para refrescarle la memoria a Afrodita, hizo montar en la proa de la nave capitana un hermoso mascarón que representaba a la diosa del amor con el pequeño Eros en brazos. Primera etapa del viaje era Esparta, precisamente la ciudad donde vivían en sosegada beatitud los cónyuges Helena y Menelao.

Los príncipes troyanos fueron recibidos con los mayores honores. En el banquete de gala, además del rey y la reina, se encontraban los hermanos de Helena, Cástor y Pólux. Durante la comida, la conversación recayó sobre el siguiente tema: ¿es más viril raptar a una mujer o tratar de conquistar sus gracias mediante una composición poética? Dos de los comensales, partidarios de la segunda tesis, acusaron a los Dióscuros (Cástor y Pólux) de haber raptado a sus esposas, y no por amor sino por avaricia, dado que tras el rapto habían rehusado pagarle la dote a su suegro Leucipo. Los acusados se ofendieron ante tal insinuación y contestaron en idéntico tono. El ambiente se caldeó y Paris aprovechó para galantear con la dueña de casa: le quitó de las manos su copa y bebió desvergonzadamente, apoyando los labios en el sitio en que lo había hecho ella. Menelao, como buen distraído (y acaso un poco achispado), no se percató de nada y al día siguiente empeoró más aún su situación: viajó a Creta, donde Idomeneo lo había invitado para una partida de caza, dejando a la frágil e indefensa Helena a merced de su seductor.

En fin, vamos, tan frágil e indefensa no había de ser la señora, si después, mientras huía, tuvo tiempo de pasar por el templo de Apolo y apoderarse de todos los tesoros que había en los cofres, a más de cargar dos mulas con todas las joyas de su dote y hacerse escoltar por cinco colaboradores familiares. La hipótesis según la cual había sido víctima de un hechizo de Afrodita no se sostiene: cuando uno huye por amor, lo que hace es huir, no llevarse auestas la vajilla.

La nave de los dos amantes recaló primero en Chipre y después en Cránae, una islita del Egeo no bien identificada. Allí, en la playa y bajo un cielo estrellado, más estrellado aún por obra de Afrodita, Paris y Helena consumaron su primera noche de amor.

—Ánimo, oh mujer —le susurró el joven príncipe—, no perdamos más tiempo ¡recostémonos juntos y gocemos del amor!

—Sí, mi bello Paris —repuso ella sin pudor alguno—, yo también te deseo como jamás he deseado a nadie, ¡y ojalá Afrodita haga que esta noche dure un año entero!

Efectivamente, durante unos días la temperatura se mantuvo en niveles óptimos y el mar permaneció sereno e inmóvil, a fin de que los amantes pudieran sumergirse frecuentemente en sus aguas, incluso de noche. Para evitar que nadie viese a Helena en su espléndida desnudez, aunque fuese desde lejos, Paris ordenó a su lugarteniente que mantuviera la nave mar adentro e hizo encadenar a todos los hombres de la chusma, troyanos incluidos, a los bancos de remo. Eneas, que era un hombre serio, escandalizado por la conducta irresponsable (era lo menos que se podía decir) de su primo, lo abandonó definitivamente y puso rumbo a Troya.

Concluida la luna de miel, también Paris quería regresar a la patria, pero Hera, que no olvidaba el agravio sufrido, le descargó encima una docena de tempestades, a cual peor, que lo lanzaron a la deriva por todo el Mediterráneo. Se dice que estuvo en

Egipto, en Siria y en Fenicia, y que tardó muchísimo tiempo en dar con las costas de la Tróade. Sin embargo, una vez de vuelta a casa sus conciudadanos le brindaron una acogida calurosísima: todos, lo que se dice todos, desde Príamo hasta el último de los troyanos, lo felicitaron y, sobre todo, se enamoraron de Helena, sin imaginar jamás que un día, precisamente por culpa de esa hembra, el nombre de Troya sería sinónimo de mujer de fáciles costumbres.

IV. TERSITES

Donde, no bien desembarcamos, nos enteramos de que la guerra de Troya ha terminado. Tendremos ocasión de conocer las tristes historias de Protesilao y Palamedes, y de encontramos con Tersites, quien, como de costumbre, nos dirá todo lo peor acerca de Ulises, Aquiles y Agamenón.

La nave de Leonte logró encontrar sitio entre dos embarcaciones y Filótero, el irascible comandante, rugió órdenes y contraórdenes a pleno pulmón, despotricando como de costumbre contra todos: contra Estenobio porque no le hacía caso, contra los marineros porque sólo le hacían caso a Estenobio, contra los vecinos de amarraje porque no respetaban las distancias, contra los de la playa porque no lograban coger al vuelo los cabos, contra los vientos contrarios, la corriente que lo arrastraba hacia babor, los dioses, los Infiernos, los troyanos, las gaviotas y todo lo que se le pusiera a tiro.

Apenas concluido el amarraje, un grupo de curiosos se arremolinó en torno a la nave. Muchos eran hombres vestidos de las más extrañas maneras y que hablaban lenguas incomprensibles: etolios de yelmos de doble asta, guerreros eleos de melenas hasta la mitad de la espalda, cefalénios, magnetos, curetes, cabreros que ofrecían escudillas de leche en la que se anegaban insectos, esclavos etíopes atados de dos en dos, niñas que vendían agua, mujeres de mala vida en busca de clientes, tullidos, prisioneros tracios de pelo rojizo y ojos azules, mendigos, profetas que clamaban al cielo horrorosas profecías, y desde luego hombres, mujeres y niños sucios, harapientos y mal alimentados.

A decir verdad, sucios lo eran todos, sin distinción: en aquella región el agua era un bien escaso, y la poca que había bastaba a duras penas para saciar la sed. Los manantiales más límpidos se encontraban en el interior, donde confluían el Simounte y el Escamandro: demasiado expuestos, por tanto, a las incursiones de los troyanos. Los aqueos se aventuraban hasta ellos con cierta aprensión.

Circulaba entre los aqueos una curiosa superstición, conocida como «la maldición de Protesilao»: según tal creencia, el primero que desembarcara sería también el primero en morir. Por tanto, imaginemos lo que ocurrió en el momento de echar pie a tierra: guerreros que, con tal de no ser los primeros, empezaron a recular, marineros que, pese a los rugidos de Filótero, simulaban estar ocupados en faenas de a bordo, héroes conocidos por su valentía que se daban empujones, siempre en la esperanza

de que hubiera alguno que ignorase la maldición. En nuestro caso el despistado de turno, aquel en el que todos se fijaban, era el joven Leonte: efectivamente, el chico, al no saber nada acerca de Protesilao, estaba a punto de desembarcar cuando Gemónides lo retuvo.

—Detente, oh Leonte, si no quieres que la maldición de Protesilao te haga morir antes de tiempo.

—¿A qué maldición te refieres, oh maestro?

—Hace nueve años un príncipe tesalio, llamado Yolao mientras vivió y Protesilao cuando la vida abandonó su cuerpo, llegó a Troya desde la remota Yolco al mando de cuarenta naves repletas de guerreros, pintadas enteramente de negro y con dobles hileras de remos. Junto con él llegaron su hermano Podarces, matador de amazonas, y el invicto Aquiles, el de los pies ligeros.

—¿Te refieres acaso a Aquiles, a mi Aquiles? —inquirió Leonte, que se emocionaba cada vez que oía mencionar a su héroe preferido.

—Sí, a él, ni más ni menos: al Pelida. El astuto Ulises lo desenmascaró cuando bajo prendas femeninas se ocultaba entre las hijas del rey Licomedes. Aquiles había embarcado también hacia Troya.^[1]

—¿Y qué pasó después?

—Los troyanos, puestos sobre aviso por los frigios emplazados en las alturas del Ténedo,^[2] estaban dispuestos en orden de batalla sobre la orilla, y apenas la primera nave de Protesilao intentó acercarse la acribillaron con agudas piedras y guijarros de río.

El que los antiguos se valieran tan asiduamente de las piedras en las batallas no tiene que sorprendemos: en aquel entonces el hierro^[3] estaba considerado como metal raro, acaso aún más que el oro. Bastará recordar que en los juegos fúnebres en honor de Patroclo uno de los premios era un lingote de hierro, y que, en dicha ocasión, Aquiles les dijo a los competidores: «*Aquí tenéis un premio por el que es conveniente luchar: el que se adueñe de él, por vastas que sean sus tierras, durante cinco años ya no necesitará buscar hierro.*»^[4] Así las cosas, tan sólo los ricos poseían armas dignas de tal nombre: todos los demás se las arreglaban como podían, se valían de las llamadas armas impropias, esto es, piedras, estacas, horcones, etcétera. Las batallas del siglo XII a.C. no eran otra cosa que monumentales pedreas entre dos ejércitos enfrentados: empezaban con pedradas de larga distancia y terminaban en el cuerpo a cuerpo con puñetazos y estacazos. Los yelmos, lanzas, espadas y escudos historiados de que tanto habla Homero en la *Ilíada* y en la *Odisea* eran exclusivo privilegio de los héroes; tan es así, que después de cada duelo el vencedor, como primera medida, bajaba del carro y se apropiaba sin más de las armas del adversario, acaso mientras el desdichado estaba exhalando el último suspiro. El que era tan rico como para poseer

una lanza de metal, de un extremo al otro, se guardaba muy bien de arrojarla contra los adversarios.

—Tras algunos intentos frustrados —prosiguió contando Gemónides—, por fin los tesalios lograron, bajo una lluvia de piedras, tocar la tierra de Ilion. Aquiles, deseoso de bañarse en la sangre enemiga, estaba a punto de saltar al suelo cuando su madre, la invisible Tetis, lo detuvo cogiéndolo del brazo: un oráculo le había anunciado que quien primero desembarcara también sería el primero en morir, y quería salvarle la vida. Se dice también que, mientras con una mano contenía el ardor de su hijo, con la otra empujó a Protesilao hacia su Hado inexorable. El mísero tuvo apenas ocasión de tocar tierra y fue traspasado por la lanza de Héctor, hijo de Príamo.

¡Pobre Protesilao! Hay que pensar que había embarcado hacia la guerra al día siguiente de casarse con Laodamia, la hermosísima hija del rey Acasto. Durante años había soñado con ella, la había deseado, anhelado; y durante años el rey se había opuesto a sus aspiraciones. Después, cuando por fin tuvo éxito en su intento, se vio obligado a partir hacia Troya. ¡Y sólo pudo poseer a Laodamia una noche!

Conmovido ante tanta desventura, Homero le dedica un par de versos doloridos: «*La esposa, en Fílicas abandonada, desgarraba sus bellas mejillas; y toda ella, viuda de su rey, la casa lloraba. Primero fue en saltar fuera de las naves, y primero traspasado cayó por el dárdano hierro.*»^[5] Saltó un rábano, digo yo, porque de no ser por el empujoncito de Tetis, ¡ni por narices habría desembarcado!

Cuando Laodamia se enteró de la muerte de Protesilao se desesperó largo tiempo, como lo hubiera hecho cualquier otra mujer en su lugar. Por añadidura, había padecido la burla de esa noche *una tantum*. No, no era justo lo que le había tocado: primero la oposición de su padre al matrimonio; después la boda consumada a toda prisa; a continuación la partida del marido hacia Troya y, por último, su trágica muerte apenas puesto pie en territorio enemigo. Tras reflexionar largamente, la pobrecilla se convenció de que el Hado la había tratado muy mal: especialmente por causa de la diosa Perséfone, razón por la cual decidió pedirle precisamente a ella una segunda noche de amor.

«Oh, diosa de la Extrema Morada», le dijo, «tú que bien conoces cuánto dolor causa la lejanía de la persona amada, tanto que aún hoy divides tu tiempo entre el afectuoso marido y la llorosa madre, concédenos también a nosotros, a mí y a mi desdichado esposo, otra ocasión de amor. Una noche tan sólo él me poseyó, y tan sólo una noche ahora te pido».

Comprensiva, Perséfone quiso satisfacerla y le concedió la tan anhelada segunda noche: para ser exactos, tres horas suplementarias a consumir en el mayor secreto.

El difunto héroe reapareció ante su mujer, durante una noche de tormenta, directamente en el dormitorio: vestía aún las armas con que había partido y de su pecho manaba sangre.

—¡Amor mío, tú aquí! —exclamó Laodamia abrazándolo apasionadamente.

—Date prisa, oh amada —la exhortó él, apartándola lo suficiente para desvestirse—, ¡déjame entrar en el deseado tálamo! ¡Te deseo tanto que ya no lo resisto! Tan sólo tres horas nos han concedido los dioses, y no quisiera que tus palabras, aunque impregnadas de amor, robasen tiempo a las caricias.

—¡No, Protesilao, detente! —gritó ella—. Tan sólo una noche...

—... para ser exactos, tres horas, querida —puntualizó él con excesiva meticulosidad para uno en su situación.

—... Tan sólo tres horas no podrán aplacar mi sed de amor, y antes que malgastarlas en un banal abrazo preferiría utilizarlas de otra forma. Permanece inmóvil ante mis ojos, para que yo pueda modelar una estatua que se te asemeje en cada detalle. Sólo así podré poseerte hasta el final de mi triste existencia.

Dicho y hecho, Laodamia, que era una excepcional escultora, ordenó a los esclavos que le trajeran un quintal de cera y lo modeló con el gesto de un hombre que está abrazando a una mujer. Terminada la obra, se recostó en la cama y se acomodó entre sus brazos. Su padre notó su ausencia por la casa y la hizo espiar por los sirvientes. Cuando supo que su hija vivía, día y noche, abrazada a un hombre, dio orden de que derribasen la puerta de sus aposentos. Descubierta la conmovedora ficción, ordenó que arrojasen la estatua del difunto al aceite hirviente; pero ocurrió que, en el instante mismo en que la cera empezó a derretirse, también la desdichada Laodamia se arrojó al caldero.

Se dice que a Protesilao, «aquel que salta primero», le dieron sepultura en Quersoneso, no lejos de la ciudad de Eleunte,^[6] y que sobre su tumba se plantó un olmo cuyas ramas se conservaron verdes durante cien años, excepto las que miraban en dirección a Troya.

Leonte y Gemónides no eran supersticiosos; sin embargo, genuina o falsa la leyenda de Protesilao, consideraron prudente ser los últimos en desembarcar. Mientras tanto, Filótero había resuelto brillantemente el problema del desembarco: el comandante hizo desencadenar de los bancos a un remero libio, uno de los más ancianos, y le obligó a abrir camino. Probablemente Filótero lo habría matado inmediatamente después, si no hubiera intervenido Gemónides en su defensa.

—¡Déjalo vivir, oh Filótero! —dijo el maestro—. ¿No ves acaso que tiene los cabellos grises?

—¡Precisamente por eso he decidido ejecutarlo! —repuso casi gustosamente el viejo cínico—. Ese libio ya tiene más de treinta años y no conviene dejarlo en el *zugón*: come y bebe como cuando era joven, pero ya no sostiene el ritmo del cómitre. Además, al fin y al cabo, si muere no es por culpa mía: ¡la ley de Protesilao es la que lo ha condenado!

—De acuerdo —contestó Leonte—, pero tú deja que sean las Moiras quienes

decidan.

Para Filótero, aquél debía de ser el día de la bondad, ya que, aunque a regañadientes, en el último momento renunció a la ejecución del libio. Leonte y Gemónides, felices de haber contribuido a la salvación de una vida, estaban a punto de encaminarse hacia el campamento aqueo cuando les cortó el paso un locrio mal entrazado.

—¿A qué habéis venido a Ilion, oh cretenses? —preguntó el soldado—. La guerra ha terminado y todos se preparan para regresar a la patria. Ya se consulta a los adivinos para saber la dirección de los vientos.

—¿Que la guerra ha terminado? —exclamó estupefacto el maestro—. Y ¿cómo ha terminado?

—Es lo único que no comprendo —admitió el locrio—, pero ayer mi jefe, el invencible Áyax Oileo, el mejor de los aqueos en el manejo de la lanza, me dijo: «Oh Listodemo, tengo para ti una buena noticia: mañana, todo el mundo a casa. Di a tus compañeros que avitualen las naves y que estén listos para hacerlas deslizarse hacia el agua». Te confieso, oh anciano, que la noticia me llenó de júbilo: no veo la hora de volver a abrazar a mis hijos y a mi esposa, siempre que en este período no me haya sustituido alguien más joven.

—Oh, Listodemo de mendaces labios —gritó otro aqueo que, contrariamente al locrio, llevaba un trabajado *thorax*^[7] de cuero rojo—. ¿Sabes lo que eres? ¡Un bastardo! Idomeneo es el mejor arrojando la lanza, y no ese enanito de tu Áyax Oileo. Suerte tiene de que seamos aliados y nunca nadie le haya obligado a medirse con mi jefe: de lo contrario, ya se estaría pudriendo en el Hades junto con su repulsiva serpiente.

—¿Quién eres tú, podrido gusano, para atreverte a poner en duda el valor de mi comandante? —replicó el locrio al tiempo que se sacaba del cinturón una especie de porra de por lo menos medio metro.

—Oh, miserable piojo de la miserable Lócride —replicó el otro protervamente—, si no crees que mi jefe es más hábil que el tuyo, por lo menos convéncete de que yo, Ariaso, hijo de Gadenor, nativo de la amurallada Gortina, soy más hábil que tú en el arte de la cesta.^[8] Y sabe que en esta especialidad me he proclamado dos veces campeón en la cretosa Licastro.

—¡Basta ya, oh aqueos! —gritó Leonte interponiéndose entre los dos hombres armados e interrumpiendo un altercado que iba a más—. Decidme, ¿es verdad que la guerra ha terminado?

—Oh, joven de ilustre cuna —repuso prontamente Ariaso, quien, muy hábil en el arte del sablazo, había olfateado la posibilidad de beber de gorra—, hoy mi garganta está reseca como la arena del desierto y, ciertamente, no será el sol de los Dárdanos lo que me suelte la lengua. Pero si me ofrecieras una copa de vino de Festo, estoy

seguro de que la sangre de Dionisos me volvería locuaz. Precisamente el despacho del licio Telón queda muy cerca de aquí.

Leonte y Gamónides se dirigieron al lugar que señalaba Ariaso y también se unió al grupo Listodemo, quien, olvidando las injurias sufridas, o acaso por causa de ellas, consideró justo que alguien le ofreciera de beber.

Listodemo era un personaje entre menesterozo y soldado: vestía una túnica remendada en varios sitios y calzaba unos harapos envueltos en los pies. Se mostraba servil ante los poderosos y orgulloso ante los fanfarrones como Ariaso. Éste, en cambio, asumía la actitud de matón de los pobres: hacía ostentación de su *thorax* rojizo, recubierto con laminillas de bronce, y se pavoneaba por el campamento, feliz de que lo miraran. Gemónides pensó que Listodemo era un pobre diablo y Ariaso un chacal, y que probablemente aquel *thorax* habíalo conseguido robándoselo a algún cadáver en el fragor de la batalla. Por otra parte, en las laminillas se podían percibir decoraciones de hechura troyana.

Telón el licio, en cambio, era el típico oportunista que prospera en toda guerra: había instalado una pequeña barraca de madera junto al campamento aqueo y, de hecho, vendía de todo y a todo el mundo. Para él, tanto troyanos como aqueos eran solamente clientes en potencia: daba gracias a Zeus por haberle enviado una guerra tan larga y sangrienta, y servía copas de vino a unos y otros sin que le importara en lo más mínimo quién vencería a la postre.

El vino era bebida de ricos y Gemónides, aunque impaciente por oír las noticias, antes de ordenar el servicio se informó sobre los precios; luego encargó dos copas de vino con miel para Ariaso y Listodemo, y una taza de cebada para sí y para Leonte.

—Explicadme, oh amigos —inquirió Gemónides—, cómo es que los aqueos se han decidido por fin, después de tanto luto, a abandonar la áspera contienda, y cómo dos príncipes orgullosos cuales Menelao y Agamenón han renunciado a la bella Helena para dejársela a ese guaperas de Paris.

—Pues oíd cómo se ha desarrollado el asunto... —empezó a decir Listodemo, pero inmediatamente fue acallado por Ariaso.

—Calla, oh locrio, y piensa en tu bebida: gracias a mí estás hoy sentado en la taberna de Telón. Por lo demás, no logro imaginar siquiera qué podrías relatar puesto que no estabas en la asamblea y te has limitado a repetir lo que escuchaste por las calles, como lo hacen las sirvientas en los *gynaikonitis*^[9] durante las noches de invierno.

—Habla tú, entonces, maldito cretense, dado que no puedes estarte callado un solo instante —bufó Listodemo—, ¡y que Hera se quede con tu voz, como ya hizo con la charlatana Eco!

Eliminado el rival, Ariaso emprendió su relato. Otros parroquianos se acercaron a la mesa, entre ellos, Telón, el único al que verdaderamente preocupaba que la guerra

podiera terminar de súbito.

—Nos reunimos todos bajo la nave del Gerenio,^[10] y estaban entre nosotros Esquedio y Epístrofe con los belicosos focenses, Arcesilao y Protenor con los fieles beocios, Toante con los etolios, Leonteo y Menesteo...

—¡No se te ocurrirá ofrecernos la lista de las naves!^[11] —protestó Listodemo—. ¡No nos bastarían otros nueve años de guerra para citar tan sólo los nombres de los capitanes! Además... ¿sabes?, tampoco sería correcto de cara a quienes nos han ofrecido bebida.

Ariaso ignoró la interrupción, o, por lo menos, fingió ignorarla, y prosiguió impertérrito.

—Como decía, estaban los más importantes. Cada uno quería expresar su opinión y nadie aceptaba escuchar la de los demás, hasta que nueve heraldos de voz atronadora se abrieron paso entre la multitud y, medio gritando y medio apartando a los más exaltados, lograron concitar un mínimo de atención: la suficiente para que Agamenón se irguiera sobre el castillo de popa de la nave del Gerenio. El supremo comandante levantó bien en alto el cetro y la asamblea enmudeció de repente: el cetro es el mismo que fabricó Hefestos con excelsa maestría para entregárselo a Zeus, quien se lo dio a Hermes, que se lo dio a Pelops, de quien pasó a manos de Atreo que se lo dio a Tiestes y éste a Agamenón...

—¡Oh Calíope, sálvame de este incontenible charlatán! —suplicó Listodemo tapándose los oídos y elevando la mirada al cielo—. ¡Tú sabes hasta qué extremo detesto a los charlatanes y sin embargo no haces otra cosa que conducirme a ellos!

—Oh pringoso locrio —aulló Ariaso—, ¡esta vez has colmado la medida! —y desenvainando una espada de bronce, se le abalanzó con la firme determinación de ensartarlo.

Leonte y Gemónides se interpusieron e intentaron contenerlo. En la subsiguiente confusión terminaron derribando la mesa, los *thranoi*^[12] y las copas de vino que acababan de servirles. Ariaso estaba fuera de sí, parecía un demonio enardecido. Chillaba que quería dar muerte a su enemigo y no había manera de hacerlo entrar en razón. Una prostituta que estaba sentada al lado de ellos, presa de una crisis histérica, empezó a dar alaridos como si la estuvieran degollando. Después, como dios quiso, llegaron los siervos de Telón y de alguna manera consiguieron apaciguar la gresca: entre cuatro inmovilizaron a Ariaso en un rincón de la taberna, y otros dos se encargaron de echar fuera a Listodemo tras haberle intimado que nunca más se dejase ver por allí.

Reinstaurada la calma, Gemónides le pidió a Ariaso que prosiguiera su relato. El fanfarrón no le contestó en seguida: consciente de que en ese momento todas las miradas se posaban en él, se puso lentamente de pie y, tras haber lanzado alrededor

una mirada cargada de odio, se acercó a la arcada del portal, dudando entre perseguir a su enemigo o aprovecharse del numeroso público congregado para ofrecer, de una vez por todas, una significativa demostración de su habilidad oratoria. Por fin, para alivio de todos, prevaleció esta segunda opción.

—Escuchad pues lo que dijo Agamenón, pastor de pueblos: «Oh aqueos, muchos años han transcurrido en el vano intento de abatir las murallas de Troya. Muchos de los nuestros han muerto en esta empresa, y muchos han perdido el uso de las piernas o los brazos. Las traviesas que soportan a nuestras naves ya empiezan a pudrirse, a cada día que pasa se van deshilachando las jarcias y allá lejos, en la remota patria, cada vez con más frecuencia las esposas se acercan a la orilla, con la esperanza de ser las primeras en avistar las velas, esas mismas velas que nueve años atrás separaron a los padres de sus hijos. Hemos perdido toda esperanza de conquistar Ilion, la de amplias calles, y sólo nos queda tomar una decisión: o morir todos por los bellos ojos de Helena, o embarcarnos en las negras naves y regresar a los hogares que escucharon nuestros primeros vagidos».

Un prolongado murmullo fue el comentario del auditorio.

—Y bien, compañeros, creedme —prosiguió Ariaso—, todavía no había concluido el discurso de Agamenón cuando toda la asamblea, como un solo hombre, se abalanzó hacia las naves. Se asemejaban a la titánica ola que partió de Thera, de la que fabulan los cantores.^[13] Y todos gritaban: «¡A casa, regresamos a casa!» Y todos se abrazaban llorando. También yo he gritado y llorado. Por otra parte, si en nueve años no hemos conseguido conquistar Troya, no veo la razón para que la conquistemos precisamente ahora, en el décimo año...

Un alarido cubrió esta última frase: alguien que acababa de entrar disentía de lo dicho por Ariaso, y ahora lo estaba cubriendo de injurias.

—¡Qué sabes tú de la guerra, oh miserable cobarde! —rugió la voz—. ¡Tú, que durante nueve años sólo has sabido mostrarle tus nalgas al enemigo!

Ariaso intentó abrirse paso entre la muchedumbre, decidido a enfrentarse con el nuevo provocador, pero se vio frente a frente nada menos que con Ulises, rey de Ítaca. El héroe sostenía en la diestra el cetro de Agamenón, como para dar a entender que ahora era el nuevo comandante del ejército aqueo. Y, por si el cetro no hubiese bastado, un puñado de ítacos, entre ellos el gigantesco Euríbates, estaba allí para imponer el debido respeto.

—Pero Agamenón ha dicho... —balbuceó Ariaso.

—... Agamenón sólo ha querido someter a prueba a los aqueos. Y los más cobardes, los que son, para entendernos, como tú, han mordido el anzuelo. Si, aparte de ti, hay algún otro que tenga dudas, que dé un paso al frente: será para mí un placer matarlo con mis propias manos.

—¡Pues yo no te creo, Ulises, ni te creeré jamás: digas lo que digas, hoy y

siempre!

Nuevo golpe de efecto: otro personaje había subido al escenario. Se trataba esta vez de un guerrero de escasa estatura, de aspecto cómico y con la cabeza similar a una pera. Era jorobado y tenía una pierna más corta que la otra; y como si con eso no bastara, tenía un ralo mechón de pelo en medio del cráneo. Se llamaba Tersites. Su aparición fue recibida con un coro de carcajadas: evidentemente los clientes del local ya lo conocían.

—¿Quién eres? —le preguntó Ulises.

—Uno que no cree en tus palabras —repuso Tersites componiendo una reverencia que, desde luego, suscitó más carcajadas—. Y no porque ese ladrón de tu compadre Agamenón no sea capaz de mentir, sino porque no puedo creerle a un hombre como tú, a uno que utiliza la mentira como sistema de vida, uno que ha sido un embustero desde que se agitaba en el vientre de su madre. ¡Tú serías incapaz de pronunciar una sola, inocente, elemental verdad, por pequeña que fuese!

—¡Inmunda criatura! ¿Cómo osas llamar ladrón al jefe de los jefes? —tronó Ulises, en parte para poner en su sitio al jorobado y en parte para averiguar de qué culpas podía haberse manchado Agamenón en los últimos tiempos.

—He dicho ladrón, y quiero disculparme ante los ladrones —replicó Tersites—. El Atrida es mucho más que un ladrón: es el ladrón por excelencia. Sus barracas están repletas de bronce, hace que le lleven a su tienda muchas más mujeres de las que es capaz de servirse. ¡Y hasta es de gustos difíciles, nuestro jefe! Sólo acepta doncellas frescas y hermosas. Y ¿quién ha de conseguirle esas doncellas? ¡Pues nosotros, por Zeus! ¡Nosotros, los aqueos! ¿Y el oro, quién se lo provee? Obviamente, los aqueos: nosotros, que agredimos a inocentes y los degollamos sólo para apoderarnos del oro destinado a Agamenón; él, pobrecillo, se cansaría demasiado buscárselo por su cuenta. ¡Y ahora nosotros deberíamos capturar Troya porque sólo así nuestro jefe podrá tener ese otro oro y esas otras niñas que necesita!

—¡Calla, insecto repugnante! ¡Cállate, si no quieres morir en este preciso instante! —rugió Ulises.

Pero ni las amenazas ni el prestigio de Ulises tuvieron el menor efecto sobre Tersites. El jorobado, situándose en medio del salón, recorrió lentamente con la mirada a las personas que lo estaban escuchando, a fin de cautivar la máxima atención, y luego, bajando el tono de su voz, dijo:

—Hermanos, os lo suplico, ¡no le creáis! Si Ulises os dice que estáis vivos... no le creáis. Si Ulises os dice que tenéis dos brazos y dos piernas, no le creáis. Si Ulises os dice que el sol brilla en lo alto del cielo... no le creáis: acaso en ese mismo momento empezará a llover. Y si al salir comprobáis que realmente allí está el sol, igualmente no le creáis. ¡Podéis estar seguros de que no lo habría dicho si no ocultara bajo cuerda algún condenadísimo truco!

—¡Oh tú, vil entre los viles, lengua de víbora, excremento de vaca, esputo de viejo borracho! —gritó Ulises—. ¡Que nunca más pueda Telémaco llamarse padre si, tras ablandarte la jiba, no te arrastro desnudo tirando de tus orejas y no te envío gimiendo a las naves!

Tras lo cual cogió a Tersites de la túnica y lo derribó al suelo. Mientras se ensañaba sobre él con el cetro, los ítacos se dispusieron alrededor, en semicírculo, a fin de que nadie se entremetiera en la riña. El desdichado, de todas maneras, pese a los mazazos que recibía en su cabeza de pera, prosiguió, inexorable, lanzando injurias y maldiciones.

—¡Y éste es Ulises, oh aqueos! ¡Mirad cuán fuerte es! ¡Mirad qué bien sabe golpear a un tullido! ¡Éste es el hombre que traicionó a Palamedes, el hijo de Nauplio, su más querido amigo, y causó su muerte!

La mención de Palamedes llevó la exasperación de Ulises al colmo. Afortunadamente para Tersites, aquella mañana el rey de Ítaca tenía otros quebraderos de cabeza de qué ocuparse, por lo que, tras haberle suministrado una última ración de garrotazos, se encaminó a toda prisa hacia la playa en un desesperado intento de contener la fuga de los aqueos. La invitación de Agamenón había desencadenado entre las huestes aliadas un auténtico movimiento pacifista: de pronto los griegos se habían dado cuenta de que estaban hartos de combatir y, como un solo hombre, habían tomado la decisión de regresar a casa. Tal vez solamente Ulises, con su habilidad oratoria, podría convencerlos de que se quedaran.

Apenas se hubo marchado el héroe, Telón le prestó a Tersites los primeros auxilios: le desinfectó cuidadosamente las heridas con un destilado de uvas de su invención y le vendó la cabeza con una larga cinta de lino, dejándolo con un aire más cómico aún que el suyo propio: el cráneo pelado, con el mechoncillo de pelos en lo alto, emergía de los vendajes y parecía un *chavà*,^[14] uno de esos postres que las mujeres de Pilos suelen preparar durante las fiestas en honor de Poseidón.

Entretanto el tullido, así como se quejaba por el escozor de las medicaciones, también se sentía feliz de haber podido al fin desahogarse contra el hombre que más odiaba en el mundo. En cuanto a Leonte, había quedado perturbado por la escena y ardía en deseos de hallar respuesta a algunas preguntas. Apenas vio que Tersites estaba en condiciones de contestar, empezó a exponerle, una tras otra, sus dudas.

—Oh Tersites, hijo de Agrio, desde niño me han relatado las gestas de los héroes y hoy he tenido incluso el privilegio de ver de cerca a uno de ellos, tal como en este momento te ven a ti. He visto nada menos que a Ulises, rey de Ítaca, el más astuto entre todos los que acudieron a este suelo para combatir al miserable Paris. Pero tú me pones en guardia contra él y arriesgas la vida para comunicarme que Ulises no merece la más mínima estima. Ahora yo te pregunto: ¿a quién he de dar crédito, a mis maestros o a ti?

—¡Oh muchacho mío, te lo suplico! —repuso Tersites acongojado—. ¡Mientras tengas uso de razón no creas a los maestros, e igualmente no creas a los aedos ni a todos aquellos que van por ahí cantando las gestas de los héroes sólo para procurarse una bandeja de higos gratis! Cuando adviertas la necesidad de saber la verdad, búscala en tu propia cabeza y jamás en el corazón. Los que tú llamas héroes son simples malhechores de nombres célebres que invaden las tierras ajenas con la única finalidad de saquearlas y violar a sus mujeres. No saben lo que es el amor al prójimo ni el respeto hacia el débil. A ellos el honor de Helena les importa un pimiento: el tesoro de Príamo es su meta, y harán lo imposible por rapiñarlo. Agamenón es un feroz asesino: mataría a su hermano si se le interpusiera en el momento de satisfacer alguno de sus deseos. Aquiles es otro feroz asesino: para él la fama es más importante que la vida de todo un pueblo.

—¡Pero es un héroe! —protestó Leonte.

—¿Y qué significa ser un héroe? —repuso Tersites.

—Significa ser valiente —se atrevió a contestar el muchacho.

—¿Valiente? —replicó, irónico, el tullido—. ¿Acaso es valiente el guerrero que se sabe invulnerable cuando le planta cara a un guerrero que, por el contrario, es vulnerabilísimo?

—Sin embargo, también Aquiles —intervino Gemónides— tiene un punto vulnerable.

—Sí, pero sólo él sabe cuál es y, por tanto, salvo por azar, nadie podrá nunca darle muerte. Admitamos de una vez por todas que Aquiles es un feroz asesino, así como lo es el tan venerado Ulises. La única diferencia entre los dos estriba en que Aquiles, cuando mata, lo hace dando la cara, en tanto que Ulises prefiere hacerlo en la sombra, no con la espada sino con el engaño. Mediante el engaño fue como dio muerte a Palamedes.

—¿Por qué le dio muerte?

—Porque lo había desenmascarado, allá en Ítaca, cuando fingía estar loco para no ir a la guerra.

—¿Ulises fingía estar loco? —inquirió Leonte, sorprendido.

—Ni más ni menos. Palamedes, Agamenón y Menelao habían ido a Ítaca para recordarle el compromiso que había asumido durante los esponsales de Helena. Además, había sido precisamente él quien aventuró la propuesta de una alianza entre los príncipes aqueos. Los tres encontraron a Ulises a orillas del mar tratando de arar en la arena. Llevaba en la cabeza un sombrero de labriego con forma de huevo, guiaba un arado tirado por un burro y con la diestra arrojaba puñados de sal sobre la playa.^[15] «¡Pobrecillo, debe de haber enloquecido!», exclamó Menelao. Pero el astuto Palamedes cogió al pequeño Telémaco, que estaba en brazos de su nodriza, y lo puso delante del arado. Y el embustero tuvo que detenerse.

—¿Y entonces...?

—Una vez descubierto el engaño, el hijo de Laertes tuvo que partir hacia Troya, pero para sus adentros prometió vengarse. ¡Palamedes tendría que pagarle esa broma, tarde o temprano! Nadie en el mundo es más malvado que Ulises. A primera vista parece un hombre tranquilo, uno que sólo se ocupa de sus asuntos; y es así porque, contrariamente a los demás, sabe valorar la espera. No reacciona de inmediato, pero un buen día, cuando menos te lo imaginas y ya no estás a la defensiva, ¡te elimina! Aunque lo llamen «Odiseo»,^[16] si asume una iniciativa lo hace únicamente tras habérsela pensado cien veces: jamás actúa por impulso. Por ejemplo, hoy me ha golpeado, pero si lo hizo no fue porque lo asaltara un repentino furor, sino porque a través de mi persona se propuso enviar un mensaje a todos los aqueos: «¡Cuidado con hablar de regreso a la patria, si no queréis que os ocurra lo que a este desgraciado!» Aquiles, en cambio, es exactamente lo opuesto: hay que temerlo sólo cuando está irritado, después se le pasa.

—¿Y cómo se vengó de Palamedes?

—Ocultó en el suelo, bajo su tienda, un talego lleno de oro, y a un soldado frigio le encargó que escribiera una falsa carta que inculpaba a Príamo de haber sobornado a Palamedes: «Ha llegado el momento de traicionar a los aqueos y así ganarte el oro que te he enviado». Luego mandó dar muerte al mensajero frigio a pocos metros del campamento aqueo, como si lo hubieran sorprendido mientras intentaba infiltrarse para ponerse en contacto con Palamedes, y logró que le encontrasen encima la falsa carta del rey de Troya.

—De acuerdo, la celada fue ésa —objetó Gemónides—, pero imagino que Palamedes habrá tenido la posibilidad de defenderse y de invocar todo lo que había ofrecido a la causa aquea hasta ese momento. Era famoso en todo el Egeo por su valentía y por su elegancia en la escritura. Además, los soldados lo amaban más que a nadie porque, valiéndose de los dados, había aliviado el tedio de las guardias nocturnas.

—Claro que se defendió, pero Ulises sugirió que registrasen su tienda. Cuando se descubrió el talego lleno de oro, precisamente bajo el jergón en que dormía, lo lapidaron allí mismo. Se dice que, mientras le llovían encima las piedras, el desdichado gritó al cielo: «¡Oh Verdad, lloro tu muerte, que por poco se adelantó a la mía!»^[17]

—¿Y tú cómo sabes todos esos detalles? —inquirió Gemónides, algo desconfiado.

—El mensajero frigio, el que había escrito y llevado la carta, antes de exhalar el último suspiro logró confiarle la verdad a un beocio, y éste a mí. Lamentablemente, cuando me enteré el hijo de Nauplio ya había muerto lapidado. En cualquier caso, los jueces no me hubieran creído, ya que Ulises, mientras tanto, había hecho dar muerte

también a aquel beocio.

—Oh Tersites, yo te creo —murmuró, sumamente impresionado, Leonte—. Dado que tantos secretos conoces y hablas con tanta gente, ¿sabes acaso cómo murió el noble Neópulo?

—¿A qué Neópulo te refieres? —preguntó Tersites—. ¿A Neópulo el Honesto, el rey de Gaudos?

—Sí, hablo de él.

—Lo único que se sabe por aquí es que ha desaparecido. Pero tú, muchacho, ¿quién eres? ¿Su hijo, acaso?

—Sí, y mi nombre es Leonte.

—Pues entonces oídme bien, oh Leonte —dijo el jorobado mirándolo fijamente a los ojos—. Yo nada te prometo, pero creo que conozco a un hombre que sabe toda la verdad sobre cómo acabó tu padre.

—¿Quién es ese hombre? —gritó Leonte, poniéndose de pie bruscamente y cogiendo las manos de Tersites.

—Serénate, hijo. Se trata de un mercader frigio que ya no está en el campamento. Partió ayer hacia la remota Éfeso, para reabastecerse de cebada y trigo, y no regresará a Ilion antes de que Selene exhiba su rostro en todo su esplendor.^[18] Yo mismo, cuando lo vea, lo traeré ante ti y él te contará con calma todo lo que ha visto y oído.

V. MENELAO CONTRA PARIS

Donde asistimos a una batalla de aqueos contra troyanos, al duelo entre Menelao y Paris, a la fuga de éste y a su encuentro con Helena en el dormitorio.

Gemónides estaba preocupado: aquella mañana el joven Leonte había decidido tomar parte en la batalla que poco más tarde había de librarse en la llanura de Troya. Se había levantado al amanecer y se había puesto una pesada coraza de lino enteramente recubierta de escamas de bronce, dos hombreras de cobre, dos brazaletes de defensa con hebillas de plata (regalo de su madre), dos canilleras tesalias y un *korys*, es decir, un enorme yelmo micénico con protectores laterales de cuero para las mejillas; era tan pesado que, si por una parte le protegía la cabeza, por la otra lo forzaba a quitárselo de vez en cuando para dar descanso al pescuezo. Además, como si todo eso no bastara, llevaba una lanza, un escudo y un *xiphos*,^[1] esto es, un estilete con empuñadura de marfil. Enjaezado de tal forma causaba impresión, y cualquiera que no lo conociese habría podido tomarlo por un guerrero.

Mientras Leonte terminaba de vestirse de matasiete, Gemónides dio instrucciones a un grupo de jóvenes de Gaudos para que le brindasen protección durante el encuentro.

—Lo que quiero es una barrera humana permanente —dijo el maestro—. Tres de vosotros han de estar siempre delante, pase lo que pase, en tanto que los otros cuatro le guardarán las espaldas y los flancos: él es nuestro símbolo viviente, y, como tal, hay que devolverlo a casa sano y salvo. ¿Qué le diríamos a su madre si nos lo mataran?

El grupito de cretenses se puso al lado de los aqueos que se encaminaban. Nadie pronunciaba palabra, los únicos ruidos eran el chirriar de los carros y el entrechocar metálico de las armaduras. A lo lejos, más o menos a un par de millas de distancia, empezó a divisarse una densa polvareda y a oírse los gritos traídos por el viento: eran los troyanos que estaban avanzando. Al contrario de sus amigos, los soldados de Príamo armaban un jaleo indescriptible: golpeaban las espadas contra los escudos, lanzaban alaridos estridentes y agitaban en el aire las picas como si quisiesen traspasar el cielo: se hubiera dicho que eran gaviotas que acababan de divisar un cardumen de anchoas.

—¿Por qué chillan así? —preguntó Leonte.

—Para meternos miedo —respondió secamente Gemónides.

—Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer?

—No meternos miedo.

Era fácil decirlo: los troyanos brincaban amenazadores, gritaban frases incomprensibles y eran oscuros de piel y fornidos. Mal asunto, en caso de que se llegase al cuerpo a cuerpo. Los hombres de Agamenón, ante aquéllos, parecían una tropilla de terneros camino del matadero.

Alcanzada una distancia más próxima, los arqueros licios, aliados de los troyanos, empezaron a descargar nubes de flechas sobre los aqueos, para proseguir luego con un tupido granizo de piedras que impedía a los griegos organizarse.

—¡Mantén en alto el escudo! —intimó Gemónides al príncipe. Después, advirtiéndole que el muchacho seguía con el escudo a la altura del tórax, volvió a gritarle, esta vez directamente al oído—: ¡Más arriba, gilipollas! ¡Más arriba, te he dicho! ¡Es inútil que te cubras el pecho: la cabeza es lo que debes resguardar!

—Pero de esa manera no veo nada —protestó Leonte.

—¿Y qué quieres ver? —volvió a chillar Gemónides—. ¡No hay nada que ver! ¡Tan sólo recibir una pedrada en plena frente!

En realidad, había mucho que ver: al frente de las huestes troyanas iba Paris en persona, el raptor de Helena, que adoptaba posturas marciales e hinchaba el pecho para exhibir su armadura nueva. Sobre la coraza se había echado una capa negra de piel de pantera que le llegaba hasta los tobillos; llevaba un corvo arco, un *phasganon*^[2] frigio y nada menos que dos lanzas de fresno con puntas de bronce.

—¡Venid todos contra mí, malditos aqueos, todos —gritaba Paris—. Y no de a uno a uno, por Zeus, sino en bloque, todos al mismo tiempo! —y mientras gritaba, agitaba las lanzas en el aire.

Los gritos del fanfarrón llegaron a oídos de Menelao, que en ese momento llegaba en su carro. De sólo ver a su rival, el Atrida sintió impulsos homicidas: toda la sangre se le subió a la cabeza y las venas del cuello se le dilataron. Allí estaba su mortal enemigo, el hombre que con engaño le había robado su mujer, ¡la inmundicia criatura que había profanado el sagrado principio de la hospitalidad! Si alguien hubiera observado el rostro de Menelao descompuesto por la ira, y, al mismo tiempo, radiante, no habría sabido si en él prevalecía la rabia por la ofensa padecida o la satisfacción de haber encontrado, por fin, a su odiado rival. De un salto bajó del carro y, tras haber desenvainado una espada enorme, se abalanzó sobre él como una furia.

—¡Seductor de esposas, gusano asqueroso, mentecato ladrón de afectos, insecto pútrido, veamos si conmigo te va tan bien como con las mujeres!

Y se precipitó contra Paris con tal carga de odio, que éste, prudentemente, buscó reparo tras las filas troyanas.

—¿Adonde has ido, infame? —rugía entretanto Menelao, no logrando ya distinguirlo entre la muchedumbre enemiga—. ¡Huyes, ¿eh? bellaco! ¿Acaso temes enfrentarte conmigo cara a cara? ¿Sólo en los tálamos eres capaz de combatir?

Mientras ocurría todo esto, en otros sitios del campo de batalla tenían lugar duros choques entre las infanterías enfrentadas. Para defender a Leonte, Gemónides se vio obligado a herir a un guerrero troyano que, a saber cómo, había logrado franquear la barrera de protección. Pese a su avanzada edad, el maestro lo atacó con enérgica decisión y lo derribó al suelo. Cuando el príncipe de Gaudos vio el suelo teñirse con la sangre del troyano, se sintió mal y empezó a vomitar; Gemónides aprovechó la ocasión para ordenar a sus incondicionales que lo llevaran a un sitio más resguardado.

Pese al fragor de la batalla, a Héctor no le había pasado por alto la vergonzosa conducta de Paris, y apenas lo vio ante sus ojos, guapo y elegante con su capa de piel de pantera, perdió todo control y le agredió con una ráfaga de gruesos epítetos.

—¡Oh maldito Paris, oh lechuguino de tres al cuarto, oh pútrido putañero, qué desdicha ha sido venir tú al mundo! ¡Mejor morir en el vientre de la madre que convertirse en la vergüenza de los conciudadanos! ¡Mira cómo se ríen de ti los aqueos de largas melenas! ¡Enfréntate como un hombre con el valeroso Menelao y así tal vez, antes de exhalar el último suspiro, comprendas a quién osaste raptarle la esposa!

Las palabras de Héctor tuvieron sobre Paris un efecto devastador: el amante más deseado del mundo se sintió de repente profundamente humillado. ¡Nunca en su vida le habían ofendido de tal forma, y había tenido que ser precisamente su hermano el primero que así lo vituperaba! Algo se rebeló en su interior: por un instante volvió a ser aquel joven que había bajado lleno de ardor de las laderas del monte Ida para triunfar en los juegos dardánicos. Se acercó a Héctor y con tono amargo le dijo:

—Siempre serás el mismo, hermano mío: un hombre sin corazón. Tu espíritu es inflexible como el hacha del leñador que hábilmente tala los árboles para labrar las piezas de las naves. Hablas de mis bellezas y de mis amores como si yo fuese su único artífice. Se trata de dones de los dioses: no he sido yo quien los pidió, sino ellos quienes quisieron asignármelos, así como a ti te dieron el vigor y el coraje. ¿Qué pretendes ahora? ¿Que haga frente a Menelao? ¿Que hoy mismo perezca? Has de saber entonces que yo también lo deseo: di a troyanos y aqueos que suspendan la batalla y se reúnan alrededor de una explanada. Yo y el hijo de Atreo, tan amado por Ares, combatiremos allí, armados y hasta el último aliento, el uno contra el otro. El que sobreviva se quedará con Helena y el derrotado tendrá sepultura a manos de los suyos; los demás, todos, tras establecer duraderos pactos de paz, podrán regresar a sus hogares y abrazar nuevamente a sus hijos y esposas.

Ya lo sé: es improbable que en medio de una batalla, con flechas, piedras y garrotazos que llegan de todas partes, un guerrero, aunque sea mítico, pueda haber pronunciado un discurso tan bien articulado. Sin embargo, es lo que relata Homero en la *Ilíada*; por mi parte, palabra más o menos, no he hecho otra cosa que transcribir.

Héctor y Agamenón se ocuparon inmediatamente de interrumpir los combates. Tras una confusión que duró más o menos media hora, entre órdenes y contraórdenes, escaramuzas que apaciguar y advertencias a las avanzadillas, aqueos y troyanos depusieron las armas y dejaron un espacio despejado para que los dos maridos de Helena se disputasen la esposa a lanzazos.

—¿Qué está ocurriendo? —preguntó Leonte.

—El rey de Esparta y el troyano Paris se enfrentarán con armas parejas en un duelo a última sangre —repuso Gemónides—, y el vencedor se quedará con la mujer y los bienes.

—¿Y nosotros?

—Por lo que dicen los jefes, nos volveremos a Gaudos, gane quien gane.

—¡Lástima! —exclamó Leonte con buena fe—. ¡Precisamente cuando tenía ganas de batirme!

Gemónides no comentó las palabras de su discípulo: hubiera querido recordarle el desenlace, no muy heroico que digamos, de su primer choque, pero dejó correr el asunto para no herirlo en su amor propio.

—Y dime, oh Gemónides —volvió a preguntar Leonte—, ¿quién crees que ganará, el hijo de Atreo o el pérfido Paris?

—En el aspecto físico —contestó Gemónides—, no cabe la menor duda: Menelao es, con mucho, el más vigoroso. No tiene la estatura de Agamenón, pero supera a su adversario en un palmo por lo menos. El problema es más bien otro: en caso de que él ganara, ¿respetarían luego el pacto los troyanos? En muchas ocasiones los he oído jurar por los dioses, e igual cantidad de veces los vi faltar a su juramento.

Proverbial era la escasa fiabilidad de los troyanos en cuestiones de honor, y, naturalmente, también Menelao estaba preocupado. Antes de bajar al campo del honor, el Atrida pretendió que avalara los pactos alguien más autorizado que el joven Paris.

—Oh troyanos —declaró el rey de Esparta desde lo alto de su carro—, yo también creo que ha llegado la hora de poner fin a esta inútil carnicería. Traed ahora, por tanto, dos corderos, un macho blanco y una hembra negra, en homenaje al Sol y a la Tierra; nosotros aportaremos otro para honrar a Zeus. Que acuda luego vuestro poderoso rey para dar su aval a los acuerdos, dado que por mi dolorosa experiencia no puedo dar crédito a su arrogante y desleal progenie. El corazón de los jóvenes fluctúa según los humores, en tanto que el de los ancianos es más firme que una roca: sabe contemplar el pasado y el futuro, y no quebranta los pactos establecidos con los dioses por testigos.

Dieron aviso a Príamo y poco después se le vio aparecer sobre uno de los torreones de las puertas Esceas, rodeado por el Consejo de Ancianos.^[3] El viejo rey exigió que también su nuera, Helena, presenciara el encuentro, y la mandó llamar. Su

aparición fue recibida por un denso y controvertido parloteo: algunos, extasiados, comentaban su majestuoso andar (semejante al de las diosas, exclamó alguien), en tanto que otros la consideraban primera y única causa de todas las desventuras que se habían abatido sobre Troya.

—Ven aquí, hija mía, siéntate a mi lado —le dijo Príamo, haciéndole sitio en el banco en que se había sentado—. Verás ahora combatir a tu primer marido y a tu esposo actual, en un desafío a muerte, lanza contra lanza, espada contra espada, escudo contra escudo, y temerás, supongo, ya por el uno ya por el otro.

—¡Perra maldita de mí! —exclamó Helena, rompiendo repentinamente en llanto—. Más me hubiera valido morir el mismo día en que, siguiendo a tu amable hijo, abandoné el seguro tálamo, la tierna hijita y las dulces compañeras. ¡Oh desdichada de mí, oh infeliz! ¡Nada me queda, sino deshacerme en llanto!

Las palabras de Helena suscitaron comentarios de distinto tenor entre los cortesanos: quienes la estimaban se conmovieron hasta las lágrimas, mientras que quienes la despreciaban la acusaron, por añadidura, de hipocresía.

—No hagas caso de los envidiosos que murmuran a tus espaldas, mi dulce Helena —le susurró afectuosamente Príamo pasándole un brazo sobre los hombros y acariciándole el cabello—. Para mí no tienes culpa alguna de todo lo que ocurre. Los dioses son los responsables de todos nuestros afanes, ellos fueron quienes azuzaron a los aqueos contra nosotros, ellos quienes te escogieron como pretexto para una guerra.

Del tercer libro de la *Ilíada* surge un dato que nunca ha sido suficientemente destacado por los historiadores: ¡Príamo había perdido la cabeza por Helena! Como buen viejo mujeriego que era, habituado a disponer siempre de centenares de concubinas, tenía que haber envidiado a muerte a su hijo Paris desde el primer día en que lo vio regresar en compañía de aquella bellísima muchacha. Entre los responsables de la guerra, por tanto, y no entre los menores, yo lo pondría también a él, porque cuando Menelao acudió a Troya junto con Ulises para recuperar a Helena por las buenas, otro rey menos lelo y lascivo le hubiera brindado inmediata satisfacción.

Mientras tanto, Menelao y Paris se preparaban para el gran desafío.

El Atrida, a fin de sentirse más libre de movimientos, en vez de *thorax* de bronce, que pesaba unos tres o cuatro kilos, prefirió ponerse un ligero justillo de cuero, oportunamente reforzado con laminillas de cobre. Para compensar, sin embargo, cogió un escudo redondo de notable espesor, decorado con figuras y escenas en honor de Ares.

Paris, que había de mantener su imagen de divo, no quiso renunciar a una entrada espectacular y se caló en la cabeza un yelmo majestuoso dotado de una larga cola negra de crines de caballo, que le llegaba hasta la cintura. Además, a su hermano

Licaón le pidió de prestado un *thorax* doble que lo recubría desde la ingle hasta el cuello: se trataba de una coraza de bronce, de por lo menos un dedo de espesor, de hecho a prueba de espada, que, según decían, había pertenecido al mítico Laomedonte, el padre de Príamo. Aunque pesara demasiado, Paris no tendría ya que temer los mandobles de Menelao. De pasada, pidió de prestado también dos espinilleras de bronce, adornadas con hebillas de plata.

—Que Zeus dé la victoria al honesto y que sucumba el lujurioso —exclamó Leonte.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo a manera de eco Tersites—, pero ¿cuál de esos dos malhechores es el más honesto, y cuál el más lujurioso? Acaso te convendría decir, más sencillamente, «¡Quiera Zeus que muera Paris!». De lo contrario, corres el riesgo de confundirle las ideas al Divino Padre.

—¿Quieres decir, oh malvado Tersites —replicó duramente Leonte—, que ambos contendientes están igualados en el vicio?

—¡Pues claro que lo están! ¿Dónde crees que estaba Menelao la noche en que Paris raptó a esa zorra?

—En Creta... de cacería... con su amigo Idomeneo...

—Estaba en Creta, sí señor, pero no con Idomeneo: estaba en la cama con otra zorra, una tal Cnosia, una que se le entregaba sólo a cambio de dinero.

—¡Oh Tersites, cuánto te odio! —exclamó Leonte en el colmo de la indignación—. De aquí en adelante no quiero escuchar más tus maledicencias. ¡Sólo sabes decir maldades!

—¿Tampoco quieres que te ayude a enterarte de cómo acabó tu padre?

—Sí, eso sí. Pero, por favor —suplicó el chico casi llorando—, no me hables mal de él. Por lo menos con mi padre, haz una excepción.

—No seré yo quien hable bien o mal, muchacho, sino mi amigo el mercader apenas vuelva de Éfeso.

Héctor y Ulises midieron a grandes zancadas el terreno y con la punta de sus espadas marcaron el campo en que ambos contendientes deberían batirse; cogieron luego los dados de madera debidamente marcados, uno con el hacha de doble filo y el otro con la doble torre de Ilion, y los pusieron en un yelmo para sortear a quién le correspondería arrojar primero la lanza. Salió la torre y a Paris le tocó la primera jugada.

El hijo de Príamo cogió la larga asta de fresno exactamente por el medio: la levantó en posición horizontal y simuló estar comprobando su equilibrio; luego, repentinamente, sin mirar siquiera a Menelao, se la arrojó en un intento de cogerlo desprevenido. La lanza, aunque acertó de lleno en el blanco, no consiguió traspasar el escudo: la punta se deformó y el arma quedó inservible.

Ahora le tocaba al aqueo dar respuesta. Antes de blandir el asta, el rey de Esparta

oró en voz alta dirigiéndose a los dioses de manera que todos lo pudiesen escuchar.

—¡Oh Zeus, señor del Olimpo, oh Temis, dispensadora de justicia, dejad que por mediación vuestra yo castigue a quien primero me hizo daño, a fin de que en el futuro se sepa qué castigo le aguarda a quien profane la hospitalidad y traicione la confianza de su prójimo!

La lanza arrojada por Menelao perforó con facilidad el bellísimo escudo troyano, pero no logró arañar siquiera a Paris, que la esquivó por pocos centímetros con un quiebro lateral digno de un consumado diestro de nuestros días. Entonces, en vista del escaso éxito de su lanzamiento, el griego desenvainó su espada y se arrojó contra su odiado enemigo. Su intención era hacerlo pedazos, pero el arma, al contacto con la célebre coraza de Laomedonte, se partió al primer sablazo.

—Oh padre Zeus —se lamentó entonces el aqueo, que, incluso en un duelo a última sangre como ése, no dejaba de desahogarse con larguísimos parlamentos—, no hay otro entre los dioses que sea tan funesto como tú, hoy, para mi persona. Pensaba yo que había llegado la hora en que me vengaría del eterno enemigo, y en cambio heme aquí maldiciendo al Hado, más mortificado que antes. ¡Ahora, para colmo de mi desdicha, ni siquiera tengo un arma con la que dar muerte a quien mediante engaños ha raptado a mi esposa!

Tras haber lanzado su diatriba contra el Olimpo, Menelao atrapó a Paris por la cola de crines de caballo que remataba su yelmo y, con toda la rabia acumulada, empezó a arrastrarlo hacia donde estaban los aqueos. De tanto tirar y retorcer estaba a punto de estrangular a Paris, cuando a éste se le rompió la correa del barboquejo y el Atrida acabó despatarrado. En ese momento estaban ambos héroes por el suelo: de un lado Menelao, con el yelmo aún entre las manos, y del otro Paris, que trataba de recobrar el resuello tras el intento de ahorcamiento. Quien primero se puso de pie fue el aqueo, que, recogiendo una de las lanzas, la apuntó hacia el pecho de su mortal enemigo, pero, precisamente en ese momento, una densa niebla se abatió sobre el terreno y le ofuscó la visión.

Inútil aclarar que la niebla era obra de Afrodita, que la había derramado por la zona justamente a tiempo para salvarle la vida a su pupilo Paris. Según Homero, un instante después éste apareció en el dormitorio de Helena y en ropas de amante. En opinión de otros, en cambio, el hijo de Príamo, en vista del rumbo que llevaban las cosas, simplemente se había largado. Los románticos no podemos menos que escoger la primera versión.

Alguien dio aviso a Helena de que Paris la aguardaba en sus aposentos: alguien que no era sino Afrodita, caracterizada como vieja hilandera. De todas maneras, Helena había presenciado el duelo desde lo alto de la torre, y, a fuer de ser sinceros, no estaba demasiado orgullosa del comportamiento de su segundo marido (o tercero, si contamos también a Teseo).

—¡Oh, hija de Zeus! —la invitó entre guiños cómplices la hilandera—. Tu Paris te aguarda en el dorado lecho: lleva prendas radiantes y huele a perfumes. Se le ve tan bello que nadie diría que acaba de librar un duelo agotador contra un vigorosísimo héroe. Más aún, parece a punto de asistir a un baile, o que acabase de danzar.

Helena, observando atentamente a la vieja, se percató de que tenía el cuello terso como la seda y comprendió con quién estaba tratando.

—¿Nuevamente quieres seducirme, oh diosa malvada? —protestó la pobrecilla—. ¿No te bastan los lutos que por tu culpa lloran los troyanos? Ahora ya el Atrida ha vencido en la contienda y me arrastrará a Esparta, si bien me odia. No quiero volver a yacer con Paris. ¡Hazlo tú, si tanto te agrada!

—¿Cómo te atreves a hablarme así? —rugió la vieja hilandera irguiéndose de pronto—. ¿Quieres acaso que a partir de este momento deje de protegerte? ¿Quieres que mi amor por ti se convierta en odio mortal? ¿Crees que tal cosa te conviene? ¿No? ¡Pues entonces, sígueme sin pronunciar palabra!

Paris estaba allí esperando, y, gracias a las artes mágicas de Afrodita, parecía no recordar nada del duelo que acababa de disputar.

—¿Qué haces aquí, en el tálamo nupcial? —lo atacó Helena sin disimular su desprecio—. ¿No deberías estar en el campo de batalla defendiendo la tierra de tus padres y, junto con ella, mi honor, en atención a que tú mismo manchaste dicho honor haciéndome abandonar hijos y esposo?

—Pero ¿qué dices, Helena? —replicó Paris boquiabierto, como si acabase de salir de un prolongado sueño—. Me hablas de batallas, de honores y de tierras de padres... Realmente no te entiendo; recuéstate a mi lado y gocemos del amor.

—¡Más te hubiera valido morir a manos de tu adversario! —sollozó la pobrecilla, desesperada—. ¡Y pensar que siempre alardeaste de ser el mejor de todos! Pues has de saber que en este momento el valeroso Menelao te está buscando por todo el campo de batalla: si realmente te consideras el más fuerte, ¡acude y mátalos!

—Calla, oh mujer. Hablar de la guerra no es asunto tuyo. Límitate a cumplir el papel que te ha asignado la naturaleza, que es, en definitiva, el de yacer a mi lado. Menelao ganó el primer envite porque lo ayudó Atenea. Pero yo también tengo una diosa capaz de protegerme, y la próxima vez seré el vencedor. Ahora, por tanto, acabemos este inútil devaneo: ámame, como es tu deber, y no me vengas con preguntas.

—¡Oh Paris, cuán injusto eres al agredirme de esta manera! —repuso Helena—. Amor mío, trata de comprenderme: me siento en contradicción conmigo misma, dado que te amo, pero al mismo tiempo noto el desprecio que las troyanas abrigan por nuestro amor, y, lo que es aún peor, lo comparto.

—Helena, amor mío —replicó él cambiando el tono de su voz y volviéndose repentinamente tierno—. He de confesarte que yo también me siento extraño. Tengo

la sensación de nunca haberte deseado tanto, ni siquiera aquella noche en Cránae, cuando por primera vez nos unimos.

—Pero ¿de verdad me amas? —preguntó Helena, ya totalmente a merced de la diosa.

—¡Sí, Helena, amor mío, te amo! —gritó Paris—. ¡Y me abraso en el deseo de poseerte! ¡Ya no puedo vivir ni un instante lejos de tu aliento!

Y se arrojaron el uno en los brazos del otro. ¡Una vez más, Afrodita había vencido!

VI. EL PARTIDISMO DE LOS DIOSES

Donde Zeus se enfada con Afrodita, Atenea y Hera, por sus injerencias en la guerra de Troya, para luego acabar por atender las súplicas de su esposa. En la ocasión, también nos enteraremos de las razones por las que Aquiles se retiró de los combates.

Aquel día a Zeus se le había ido el santo al cielo (suponiendo que sea válida la expresión). Desde la mañana, un espantoso temporal con truenos, rayos y cataratas de agua se había abatido sobre todo el mundo griego, desde el «reino de las siete islas»^[1] hasta las últimas ensenadas del Helesponto, sembrando espanto y terror por doquiera. Ráfagas huracanadas de ciento cincuenta kilómetros por hora se habían abatido a lo largo y ancho de la Hélade, extirpando la casi totalidad de los árboles. Poco antes del amanecer, Hermes había acudido jadeando al Olimpo y lo había recorrido arrancando de sus dorados lechos a los dioses: Zeus quería verlos a todos, y en seguida.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —dijo Dionisos medio aturdido de sueño (era uno de esos que por las noches se acuestan tarde).

—No tengo la menor idea —repuso el divino mensajero—, lo único que sé es que tiene el rostro sombrío como cuando Prometeo puso todos los huesos en su mitad del buey.^[2] De todas maneras, no te inquietes: tengo buenos motivos para pensar que sólo está enfadado con las hembras, no con los varones.

—Y eso, ¿cómo lo puedes decir?

—Porque mientras me estaba alejando le oí mascullar algo así como «¡Ya le enseñaré a ésa lo que es bueno!».

—¿A «ésa», quién?

—Eso no lo oí, pero «ésa» no puede ser más que una diosa o una hembra mortal —repuso a rigor de lógica Hermes—. Déjame marchar, porque aún he de convocar a Atenea, Ares y Deméter y no quisiera que al final me tocara a mí pagar su cólera.

Zeus no era un déspota, sino sólo un comodón egoísta, uno que trataba de vivir lo más a sus anchas posible. Para ser el Padre de los Dioses, hay que decirlo, tenía un poder algo limitado: él también estaba sometido, como todos, al Hado, única autoridad absoluta que imperaba en el mundo. Su *hobby* preferido eran las hembras: solteras, casadas, mortales o inmortales, todas le apetecían a condición de que fuesen hermosas y macizas, y no vacilaba en recurrir a los trucos más innobles con tal de

lograr sus propósitos. No por casualidad lo apodaban *Teleios* (Omnipotente), es decir, «dispensador de generación» en el sentido de que, por donde él pasaba, nueve meses más tarde nacía algún niño. Si enumerásemos todos los estupros que cometió nuestro «héroe» no bastarían las páginas del libro que estáis leyendo. La única cópula regular que se le conoce fue la que consumó con Hera durante el viaje de bodas: tuvo lugar en Samos y duró trescientos años (se dice que sin interrupciones).

Leyendo los mitos se comprende en seguida que los griegos concibieron a los dioses a su imagen y semejanza: los hicieron envidiosos, chismosos, prevaricadores, egoístas y vengativos. A las diosas las imaginaban peor aún (si ello es posible): en lenguaje vulgar, más parecidas a las *vaiasse*^[3] napolitanas que a símbolos de virtudes humanas. Zeus, en general, las toleraba, pero se enfadaba como un búfalo cuando alguna de ellas rebasaba los límites.

La primera que se presentó a la reunión fue Afrodita: la diosa del amor acababa de levantarse y se había puesto un peplo de ligerísimo lino, largo hasta los pies, abierto por delante de manera que, además del ombligo, se le pudiera atisbar también el talle.

—¡Cúbrete! —le intimó Zeus, y Afrodita comprendió inmediatamente que aquél no era un buen día.

Pronto fueron llegando los demás: unos a toda carrera, otros a medio vestir, otros todavía no del todo dueños de intelecto y voluntad. La noticia de que Zeus estaba enfadado con alguna de las diosas ya se había divulgado por todo el Olimpo. Todos, especialmente las ninfas, se sentaban en las gradas del anfiteatro con la cabeza gacha. Incluso la llegada de Hefestos, que habitualmente provocaba una oleada de hilaridad por su cómica manera de andar, esa mañana pasó inadvertida. Cada cual ocupó su sitio en el Valle de las Asambleas (una especie de silla de montar entre las dos cimas del Olimpo) y aguardó en silencio a que el Padre de los Dioses expusiera los motivos de su cólera.

—¡Oh, progenie de la Gran Madre —empezó Zeus—, os he convocado en asamblea general para recordaros de una vez por todas quién es el que manda en el Olimpo! Hablando claramente, quiero que sepáis que soy el único en condiciones de establecer si un mortal es o no culpable de haber cometido una tropelía, y, por tanto, también el único que establece el castigo correspondiente. Todos los demás, en caso de que alguien los ofenda, a lo sumo podrán venir a decírmelo y en tal caso seguiré siendo yo, y nadie más que yo, quien decida la pena. Cualquier otra iniciativa asumida sin consultarme será considerada, a partir de hoy, como una ofensa contra mi persona, y, por consiguiente, castigada con el mayor rigor.

Tras las palabras de Zeus, un murmullo se produjo. Los dioses se miraron unos a otros: ¿quién, entre ellos, había hecho justicia con sus propias manos? ¿Quién había alterado los designios del *Nepheleregetes*, el Amontonador de Nubes?

—Ayer, en la llanura de Troya, Afrodita se entremetió de forma indigna en la pugna entre troyanos y aqueos: interrumpió un duelo que yo había dispuesto para poner fin a esta guerra insensata e hizo todo lo posible por lograr la muerte del valeroso Menelao. Le despuntó la lanza, le partió la espada en mil pedazos, y por último, cuando pese a esos abusos el pobre desdichado estaba por imponerse, ella le hurtó de las manos el enemigo mediante el viejo truco de la niebla.

—¡Nunca me habría atrevido a hacer tales cosas —le interrumpió Afrodita poniéndose de pie—, si no hubiese visto con mis propios ojos a Hera y Atenea entrar en liza y alinearse a derecha e izquierda del Atrida! ¡Pregúntale tú mismo a Atenea si no fue ella la que disminuyó el empuje de la lanza de Paris!

—Si la lanza la hubiese arrojado el troyano, yo jamás la habría tocado —replicó al punto Atenea—, pero dado que habías sido tú quien dirigía su curso, me pareció justo intervenir, aunque sólo fuese para restablecer el equilibrio.

—Zeus acaba de decir que considera que esta guerra es insensata —puntualizó Afrodita—, pero tú y Hera, que ahora está fingiendo que no oye, queréis que prosiga a toda costa. Si ayer no os hubieseis entremetido, a estas horas la guerra ya habría terminado: Menelao habría perdido y Helena habría permanecido en Troya, feliz y contenta.

—Te oigo perfectamente, oh impúdica entre todas las diosas —tronó Hera con el máximo desdén—, ¡aunque me parece que no has dicho cosas que valga la pena oír!

—¡No basta tener orejas para oír —chilló Afrodita—, de lo contrario incluso las vacas podrían jactarse de haber oído!

La comparación con las vacas le hizo perder a Hera todo vestigio de *self-control*. La reina del Olimpo se abalanzó sobre su rival como una furia e hizo falta todo el vigor de Heracles para detenerla.

—¿Sabes lo que eres? —aulló Hera—. ¡Eres la peor de todas las *pornai*!^[4] ¡Eres una de esas rameritas que merodean por los campamentos y se entregan a los soldados a cambio de una hogaza de pan moreno! Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Ay, aturdida de mí! ¡Ahora me odiarán las *pornai* por haberlas comparado contigo! ¡Ellas, pobrecillas, se venden por hambre, mientras que tú te entregas por nada, o mejor dicho, por el mero gusto de quitarles a las mujeres sus maridos!

—¡Oh, noble Hera, perdona si te he ofendido! —suplicó Afrodita fingiendo arrepentimiento—. Pero no puedo menos que recordarte que, si un dios busca amor fuera de su propio tálamo, es señal de que su esposa ya no está en condiciones de brindarle emoción alguna. ¡Si no me crees, pregúntaselo a Zeus!

Un rayo cegador interrumpió el altercado entre las diosas.

—¡A callar, oh féminas! —tronó Zeus, a quien el ejemplo del dios que iba en busca de amor fuera de su morada no le había gustado en absoluto. Y tú, Hefestos, ¿no te avergüenzas de no lograr poner freno a tu esposa?

Hefestos tuvo un sobresalto: introducido en el asunto cuando menos lo esperaba, aprovechó la ocasión para elevar una educada protesta.

—Oh Crónida,^[5] muchas veces lo he intentado, pero tú has sido el primero en no querer echarme una mano. ¿Recuerdas aquella noche en que la aprisioné en una red de bronce mientras estaba metida en la cama con Ares? Y en esa ocasión, ¿cuál fue el castigo que tú, oh mi señor, le infligiste? ¡Ninguno! Y los dioses, ¿de qué manera defendieron mi honor cuando les exhibí los amantes desnudos, atrapados en la misma red? Se rieron. Sin embargo, ¡los había sorprendido a ambos en mi propio lecho nupcial! Así pues, en vista de los antecedentes, no puedo menos que contestar: «Ésta, oh dioses, es Afrodita. ¡Ella es tal como os place que sea!»

Una carcajada, nunca mejor dicho, olímpica, cubrió las últimas palabras de Hefestos. Por cierto, el episodio de la red de bronce estaba considerado como el acontecimiento más cómico que jamás se hubiera dado en aquellos parajes. Veamos cómo lo contaban las lenguas viperinas del Olimpo.

Cierto día Momo le dijo a Hefestos: «Me han dicho que tu mujer te traiciona con Ares».

«No puede ser», objetó Hefestos, «porque Afrodita odia la guerra y Ares es, precisamente, el dios de la guerra».

«Odia la guerra, pero ama al guerrero».

«Las tuyas son malvadas habladurías, oh Momo. Todo el mundo sabe, por otra parte, cuántas mentiras vas divulgando en derredor».

«Si no me crees, simula que te vas de viaje y vigila tu lecho nupcial».

«Incluso podría creerte», admitió Hefestos, «pero dime: ¿cómo puedes saber que yacen juntos cuando yo no estoy?».

«Me lo ha dicho Helios: él atraviesa todas las mañanas el cielo con el carro del Sol, y desde las alturas lo ve todo».

La sospecha, ya se sabe, es como una carcoma: una vez que ha entrado en la mente de un hombre no hay manera de sacarla; y Hefestos, pese a ser un inmortal, no era tan diferente de los humanos. Después de las palabras de Momo ya no había logrado conciliar el sueño: Afrodita era muy hermosa y, para colmo de desdicha, a ese energúmeno de Ares lo apodaban «el dios del miembro tieso». Por fin un día, harto de vivir en la duda, con la ayuda de sus sirvientas mecánicas^[6] construyó una sutil red de bronce, indestructible, y la metió bajo las sábanas de su cama.

«Afrodita, mi amor», le dijo a su mujer, «me marcho a Lemnos a fin de terminar la construcción de un carro mecánico para Zeus: no regresaré antes de mañana por la noche».

Naturalmente, regresó en plena noche y encontró a Afrodita en la cama con el dios de la guerra, ambos desnudos y aprisionados en la tremenda red de bronce: ella presa de una crisis histérica y él amenazando catástrofes si no lo liberaban de

inmediato. El pobre Hefestos, antes de soltarlos, convocó en el dormitorio la asamblea general de los dioses a fin de que todos pudiesen comprobar *de visu* hasta qué extremo su esposa le era infiel.

Aceptaron la invitación, con entusiasmo, tan sólo los varones, ya que las diosas rehusaron contemplar las desnudeces de Ares.

Obviamente, se trató de una reunión más ruidosa que nunca. Apolo, por ejemplo, no desperdició la ocasión de tomarle un poco el pelo al joven Hermes.

«Apuesto a que, con tal de yacer con Afrodita, aceptarías de buena gana quedar atrapado en esa red».

«¡Claro que aceptaría!», repuso Hermes ruborizándose. «Y si no se opusiera el buen Hefestos, desde ahora mismo estaría dispuesto a ocupar el sitio del airado Ares».

«También a mí me gustaría meterme en esa trampa», confesó Poseidón. «Más aún, no logro entender por qué Ares se empeña tanto en que lo suelten».

«¡Silencio!», gritó Hefestos, que en esos momentos no tenía la menor gana de bromear. «No liberaré a Ares hasta que no me entregue todo el oro que en su debido momento le di a Zeus para casarme con Afrodita. Y Zeus, que está aquí en persona, hará respetar el pacto».

«¡El oro te lo doy yo, te lo doy yo!», gritó Hermes excitadísimo.

«¡No, te lo doy yo!», rugió Poseidón; pero añadió, por prudencia: «Siempre que Zeus esté de acuerdo».

En cambio, Zeus no quiso intervenir. En su opinión, Hefestos era demasiado feo para merecer una hembra tan bella como Afrodita; por tanto, era justo que la pobrecilla se tomara de vez en cuando algunas libertades. Por otra parte, poco había faltado para que él mismo hubiera ido a parar dentro de aquella maldita red.

En definitiva, el episodio se cerró sin consecuencias para los amantes y con resignada aceptación por parte de Hefestos. Posteriormente Afrodita se entregó también a Hermes y a Poseidón, en señal de gratitud por sus efusiones de aquel día: con el primero tuvo un hijo, medio varón y medio mujer, llamado Hermafrodita; con el segundo a Erofilo y Erodo, nombres ambos que, vaya casualidad, empiezan por «ero».

Pero volvamos a la reunión de los dioses. El segundo en protestar fue Apolo.

—Oh Crónida, amontonador de nubes —exclamó—, ¡de veras que no logro comprenderte! El solícito Hermes me ha despertado repentinamente esta noche y me ha dicho: «¡Vamos, oh Apolo, levántate, Zeus quiere hablar contigo!» Me di prisa para ver en qué podía serte útil. Mas al llegar a la asamblea he descubierto que no me necesitabas a mí, sino a Hera, Atenea y Afrodita, y por motivos que no me atañen en absoluto. Te pregunto entonces: ¿por qué me has citado tan temprano? ¿Por qué me has distraído de mis funciones matinales? ¿Sabes que hoy, por tu culpa, el carro del

Sol ha salido con una hora de retraso?

—No soy yo quien estorba a Apolo —replicó Zeus más airado que nunca—, sino tú, Apolo, con tus constantes intervenciones, quien entorpece mis funciones y el normal desarrollo de la guerra de Troya. ¿Olvidas acaso lo que has hecho contra los aqueos? ¿Y la pestilencia con que devastaste sus tropas durante largos días?

A estas alturas, aun no teniendo a mi lado una Musa inspiradora como la que protegía a Homero en el primer libro de la *Ilíada*, no puedo dejar de hablar del Pelida Aquiles y de «*la ira funesta que innumerables lutos causó entre los aqueos*».^[7] Así pues, tendré que interrumpir por segunda vez la relación de la asamblea general.

Durante los primeros nueve años del sitio de Troya, los aqueos habían saqueado e incendiado casi todas las aldeas de los alrededores. En dos de estos pequeños poblados, concretamente en Tebas y Lirneso, fueron capturadas dos bellísimas muchachas, Criseis y Briseis, respectivamente hijas de Crisis y Brisés. En el reparto del botín, la primera, que era guapísima, fue asignada a Agamenón, y la segunda (segunda también en belleza) a Aquiles. El pobre Brisés se suicidó del disgusto; en cuanto al padre de Criseis, un sacerdote de Apolo particularmente tozudo, se presentó cargado de obsequios ante la tienda de Agamenón, con la firme intención de que le devolvieran a su hija. Por desgracia, ese día Agamenón estaba de pésimo humor.

—¡Márchate, viejo —lo amenazó el hijo de Atreo—, y no vuelvas a dejarte ver en proximidad de las naves! La próxima vez que te vea merodear por los alrededores, de nada te valdrá la blanca venda sacerdotal.^[8] A tu Criseis no la dejaré marchar jamás, aunque quizá le permita alejarse cuando sea vieja y ya no me sea útil ni en el telar ni en la cama.

Crisis se marchó, atemorizado y furibundo, y apenas encontró un sitio bien reparado se hincó de rodillas para dirigirle a Apolo la siguiente plegaria:

¡Oh dios del arco de plata, tú que amas proteger las ciudades de Crisa, Cila y Tenedos, si he ardidado siempre en tu honor pingües muslos de cabras y toros, haz que los aqueos paguen mis lágrimas!

Apolo no se hizo rogar más: aferró el tan celebrado arco de plata y durante nueve días y nueve noches lanzó dardos sobre el campamento aqueo. Hirió primero a las mulas, después a los perros, después a las mujeres y por último a los hombres. Metáforas aparte, no se trataba de dardos, sino de una pestilencia que diezmaba tropas y ganados.

Al cumplirse el décimo día, Aquiles, aconsejado por Hera, convocó la asamblea de los jefes y le pidió a Agamenón que consultara a un adivino.

—¡Oh Atrida —le dijo—, la guerra y la peste dan muerte a los aqueos! Interroguemos a alguien que sepa leer en las vísceras de los animales y nos diga el motivo por el cual los dioses están airados.

Convocaron a Calcas, el adivino oficial de la expedición: el mismo que nueve

años antes había impuesto el sacrificio de Ifigenia. Agamenón lo miró de mala manera.

—¿No volverás a meterte conmigo, oh Calcas, profeta de desventuras?

—¡No es culpa mía si siempre te equivocas! —replicó el adivino apuntándole con el índice acusador—. Tú has ofendido al dios del arco de plata. Tú has expulsado con malos modales a su siervo. Tú rechazaste sus ofrendas y sus súplicas. Tú te negaste a devolver la hija al padre y el padre a la hija. Sabe entonces que Apolo no dejará de ensañarse con los aqueos hasta que Criseis, la de larga cabellera, no esté de nuevo entre los brazos de su progenitor, y hasta que se celebren pingües sacrificios en la ciudad de Crisa.

—¡Oh, maldito traidor!^[9] —protestó Agamenón hecho una fiera—. ¡Nunca saldrá de tu boca una palabra que me sea grata! Ahora vienes con cuentos de ofensas que yo le inferí al dios, según dices, y me pides que devuelva la esclava de cándido seno. Nada me cuesta admitir que Criseis me gusta más que la mismísima Clitemnestra, esposa legítima que me aguarda en Argos. Me gusta, tanto por su lisa piel como por su manera de despachar las tareas domésticas. Sin embargo, estoy dispuesto a renunciar a la muchacha, siempre que los aqueos me compensen con un premio de igual valor; de lo contrario, terminaría siendo el único entre los argivos que no recibiera parte del botín cobrado en Tebas, donde más que ninguno he arriesgado la vida.

—¿De qué vida estás hablando, hombre sin pudor? —le desmintió Aquiles—. Ciertamente, no de la que arriesgaste en Tebas, dado que con mis propios ojos te vi aquel día asistir desde lejos al asalto de tus hombres. ¿Cómo puedes pretender ahora que los aqueos te den parte de su botín? ¿Por qué habrían de hacerlo? ¿Porque los has contemplado mientras ellos combatían? ¿Y quién de nosotros, en su opinión, habría de renunciar a su justa ganancia? Devuelve, por tanto, la hija a su padre, y el día que tomemos Troya, la de amplias calles, te verás ricamente recompensado. Ese día, por mi honor, tendrás hasta tres y cuatro veces el valor de la esclava en cuestión.

—No, hijo de Peleo —repuso tozudamente Agamenón—, no me convencerás con vanas promesas; si realmente quieres que le devuelva la hermosa Criseis a su padre, has de saber que me cobraré la pérdida acudiendo a tu tienda para llevarme a Briseis, la de hermosas mejillas.

Lo que Aquiles repuso es fácil de imaginar: si no lo transcribimos es solamente por no estropear la entonación épica del relato. Bastará con recordar que los epítetos más cariñosos fueron «saco de excrementos», «hijo de meretriz» y «rostro de perro».

El héroe se retiró indignado a sus cuarteles y se negó a seguir combatiendo. En vano Atenea bajó del Olimpo para intentar que reconsiderara sus decisiones.

La noticia de esa retirada desató las más variadas reacciones. Hubo júbilo entre los troyanos y pánico entre los aqueos. Tan sólo Tersites se quedó indiferente ante la

postura del Pelida. Hay quienes sostienen haberlo oído interrogar a Atenea en el corazón de la noche.

—Oh diosa de la sabiduría —parece ser que dijo—, oh tú, luminosa de azules ojos, dime, en tu opinión, ¿quién es el peor entre los aqueos? ¿El asesino Aquiles, el ladrón Ulises o el prevaricador Agamenón? ¿Nada respondes? Pues entonces es señal de que cada uno de ellos está a la altura de los otros dos.

No era justo que Zeus se enfadara solamente con Afrodita y Apolo: la verdad es que todos los dioses, unos más, otros menos, eran partidarios de uno y otro de los ejércitos. Cabecillas de las facciones opuestas eran: Afrodita y Apolo por los troyanos, Hera y Atenea por los aqueos. Algunos se decantaban ora por un bando, ora por el otro, como Poseidón, que protegía a Idomeneo y a ambos Áyax, aunque cambiaba de facción apenas Aquiles daba muerte a alguno de sus hijos; o como Hefestos, que un día apoyaba a Troya (cuando había hecho las paces con Afrodita) y al día siguiente a los aqueos (en cuanto habían reñido). Otro ejemplo de inconstancia es Tetis, que militó con los aqueos mientras combatió Aquiles, y se pasó a los troyanos cuando su hijo se retiró, desdeñoso, a su tienda.

Terminó por fin la asamblea general y se marcharon todos, excepto Hera y Atenea, que se mantuvieron firmemente en sus puestos.

—¿Por qué permanecéis aún aquí? —les preguntó Zeus—. Nada tengo ya que deciros.

—Esposo y hermano —empezó diciendo Hera—, soy yo quien tiene algo para decir: eres un prepotente. ¿Acaso quieres volver vana mi fatiga y la de Atenea, después de todos los sacrificios que hemos hecho? ¿Acaso quieres que el cobarde Paris siga gozando de la argiva Helena, pisoteando todos los sagrados principios de la hospitalidad?

—¡Basta ya con ese cuento de la hospitalidad! —estalló Zeus—. Decid mejor que todavía os escuece el recuerdo de cuando no os entregó la manzana de la más bella.

—Y ¿qué ejemplo piensas darles a los mortales —presionó Atenea ignorando la provocación—, a fin de que nadie, en el futuro, se atreva a acechar a la mujer ajena?

—Oh miserable Hera, oh implacable Atenea —volvió a protestar Zeus, que ya estaba harto del moralismo de ellas—, ¿queréis decirme qué daño os ha hecho Troya para que deseéis verla reducida a cenizas? Creo que si pudierais meteros a través de las grandes murallas y devorar a Príamo y sus hijos, tal como están, no dejaríais de hacerlo. Pues bien: sabed que yo, en cambio, tengo en alta estima a los troyanos. Nunca han dejado de hacer sacrificios en mi honor, nunca escatimaron sus libaciones ni el humo de las carnes asadas. ¿Qué diríais si ahora yo destruyera una de las ciudades que os son devotas?

—Argos, Esparta y Micenas son las que más quiero —repuso Hera, impasible—.

¡Destruyélas si te apetece, pero destruye también a Troya!

Dos contra uno, y, sobre todo, dos mujeres resentidas contra un solo hombre que, al fin y al cabo, ni siquiera tenía muchas ganas de reñir. Hera y Atenea terminaron imponiéndose y Zeus aceptó la idea de que Troya había de ser destruida.

El problema era cómo reiniciar los combates de manera que fuesen aún más despiadados que antes. Atenea tuvo una ocurrencia: asumió la apariencia de Laódoco, un guerrero troyano, y fue a entrevistarse con Pándaro, jefe de los licios.

—¡Oh gran Pándaro! —dijo la diosa disfrazada—, tú que tienes fama de ser el mejor arquero entre los vivos, ¿por qué, tras prometer a Apolo el sacrificio de dos corderos primogénitos, no disparas uno de tus infalibles dardos contra el corazón del vanaglorioso Menelao? ¡Grande será la gratitud de Paris, el hijo de Príamo, cuando hayas dado en el blanco!

Halagado por los elogios, Pándaro no se lo pensó demasiado: escogió en la aljaba una flecha que nunca había sido utilizada, tensó el arco, acercó a su rostro el nervio de buey, midió la figura del hijo de Atreo, que aún merodeaba por el campo de batalla en busca de Paris, y lanzó su dardo. Pero Atenea, más veloz que la flecha, logró que no diera en el corazón de Menelao, sino que sólo le causara una herida leve en un costado: *«La hija de Zeus, la de poderosas armas, se plantó ante la mortífera flecha y de su cuerpo la desvió, solícita como tierna madre que del amado rostro del niño dormido aparta el insecto que zumba a su alrededor.»*^[10]

VII. EL ORÁCULO

Donde asistimos a otra batalla entre griegos y troyanos y a las primeras averiguaciones sobre la muerte de Neópulo. Asimismo, seguiremos a Leonte y Gemónides hasta el oráculo de Apolo Timbreo y durante el viaje nos enteraremos del drama que le tocó a Troilo.

Las instrucciones de Zeus cayeron en saco roto. Más aún: nunca como en ese período se vio a tantos dioses ocupados en el campo de batalla. Hasta un profesional especializado como Ares, que en calidad de tal habría tenido que mantenerse imparcial, terminó por dejarse implicar en los acontecimientos: se disfrazó de troyano y se dio a combatir a favor de Príamo como un mercenario más. Este hecho, junto con la empeñada ausencia de Aquiles, arrojó entre las huestes aqueas el más negro desaliento: no contar con Aquiles en el propio bando y contar con Ares en el bando adversario no era una minucia.

Que además Menelao hubiera resultado herido por obra de Pándaro añadió cizaña a las relaciones entre los contendientes: los griegos acusaron a los troyanos de no haber respetado el pacto, y éstos replicaron que quien anda por tierras extranjeras con ánimo de saqueo no puede pretender que, encima, los saqueados se comporten con corrección.

Apartado Aquiles, le tocó a Diómedes el papel de líder de los aqueos. Diómedes, hijo de Tideo, rey de Argos (no confundirlo con el otro Diómedes, el que tenía unos caballos carnívoros). Si los griegos lograron contener la ofensiva troyana fue por mérito de él. De hecho, estaba en todas partes: si notaba que un grupo de troyanos estaba a punto de imponerse, inmediatamente intervenía para restablecer el equilibrio. «Avanzaba impetuoso por el llano, como un río que se desborda engrosado por las lluvias, que en su furia al correr va rompiendo los diques.»^[1] Las malas lenguas sostenían que tanto furor se debía a que se había enamorado de Helena desde que la viera por primera vez, y que había considerado su rapto como una afrenta personal.

Con Atenea a su lado, Diómedes atacó tanto a Pándaro como a Eneas. Al primero le dio muerte de manera digna de un teatro de títeres: le metió la lanza por la boca y empujó el arma hasta que la vio asomar por la otra parte; a continuación hirió al otro con un gran guijarro que había recogido del suelo. Estaba a punto de despacharlo con su espada, cuando Afrodita lo apartó de su vista recubriéndolo con su *pañó mágico*.^[2] En la refriega la diosa fue herida, y, mientras la sangre le manaba a chorros, para

inmensa satisfacción de Atenea, Diómedes aprovechó la ocasión para injuriarla despiadadamente.

«¡Incluso aquí acudes para hacer daño, oh hija de Zeus: no te conformas con seducir el corazón de las mujeres!»

Afrodita tenía más de una razón para alinearse con los troyanos: aparte de amorosa protectora de Paris, era también madre de Eneas. Dicen que unos treinta años antes de los hechos que estamos relatando había sido condenada por Zeus (a causa de haber rechazado sus proposiciones) a enamorarse de un mortal, y que el beneficiado de turno había sido precisamente un troyano: un tal Anquises, rey de los dárdanos y boyero de profesión. Se conocieron, por así decirlo, en una mísera choza perdida en las montañas de la Tróade: Afrodita vestía un manto rojo y Anquises nada, en parte porque cuando la diosa entró en su refugio él estaba durmiendo, desnudo e ignaro, bajo una piel de cabra. Tras el fugaz encuentro la bella se marchó en silencio, tal como había entrado, y antes de desaparecer le dijo:

—Adiós, cariño; ha sido hermosísimo. Pero ten cuidado, por favor, no se lo digas a nadie.

Anquises juró por su honor que mantendría el secreto, pero al día siguiente, mientras se encontraba en una taberna, oyó cómo un borracho elogiaba sin mesura las galas de una chica del lugar.

—Hipasa es la más hermosa del mundo —sentenció el hombre—, y en la cama ¡es más experta que la mismísima Afrodita!

—No digas estupideces —lo acalló Anquises—, yo he hecho el amor con ambas y te garantizo que la comparación es imposible.

Al oír aquella jactancia, Zeus, cegado de rabia (y de envidia) le arrojó uno de sus rayos punitivos. No lo mató porque Afrodita, protectora de sus amantes, logró, como de costumbre, desviar el proyectil. Pero, a pesar de la intervención de la diosa, el desdichado pasó tal susto que se quedó doblado en dos, como un compás, por todo el resto de su existencia. De aquella unión entre ambos nació Eneas.

Pero volvamos a la guerra: aquel día, dioses y mortales se hartaron de zurrarse y hasta Zeus tuvo que participar un instante en el jaleo cuando vio que peligraba uno de sus hijos mortales, el licio Sarpedón.

En socorro de Eneas, que estaba a punto de perecer a manos de Diómedes, habían intervenido, mientras tanto, Apolo y Ares. El primero, atraído por los gritos de Afrodita, ante todo suplantó el cuerpo del héroe por una silueta hecha de humo: a continuación se echó el original a la espalda y se lo llevó lejos de la refriega. Ares, en cambio, llegó con la familia en pleno, es decir con su hermana Eris, apodada la Discordia, y con sus hijos Deimos, el Terror, Fobos, el Miedo, y Enio, el Estrago (este último envuelto en una capa empapada de sangre). En cuanto a él, Ares, el dios

«vestido de bronce», era una especie de Míster Músculo de la época, todo vigor y brutalidad. Para Ares la sangre era algo así como una droga: cuando la veía se quedaba fascinado. A veces, con tal de seguir combatiendo, hasta era capaz de echarle una mano al enemigo: lo reanimaba, lo incitaba a retomar las armas, y luego volvía a derribarlo.

En el frente opuesto Atenea y Hera, a cual más excitada, se lanzaron fogosamente en defensa de las tropas aqueas. Hera, en especial, tuvo una entrada digna de una heroína wagneriana: llegó al galope, montada en un carro de guerra de plata tirado por dos caballos negros. Chillaba como una posea, azotaba a los caballos con un látigo de oro y agitaba una lanza de plata dotada de una enorme punta tachonada de diamantes. Atenea, más práctica, había logrado que Hades le prestase su famoso yelmo de la invisibilidad, y sembraba muerte y destrucción sin dejarse ver por el enemigo.

Mientras tanto Diómedes, no conforme con haber cruzado armas contra Afrodita y Apolo, lo intentó también con Ares; para gran asombro de este último, tras una breve escaramuza logró incluso herirlo a la altura de la ingle. Cuenta Homero que Ares soltó un grito de dolor tan fuerte, que sólo hubiera sido igualado por nueve o diez mil guerreros gritando todos al unísono.^[3]

Lo que me gusta de los dioses griegos es... si se me permite la expresión... esta su «terrestridad»: no solamente no son omnipotentes y omniscientes como las divinidades de otras religiones, sino que sufren, gozan, gritan y se enfadan como si tomaran parte en una reunión vecinal de propietarios. En cierto sentido, los dioses de la mitología no difieren gran cosa de los santos de mi infancia, aquellos a los que solía dirigirme cuando vivía en Nápoles. Aquel san Genaro que no se manifestaba el día que le tocaba hacer el milagro, o aquel san Antonio que azota a san Genaro simplemente porque hizo el milagro en el día que no correspondía,^[4] son, en cierto sentido, descendientes directos de los dioses de Homero: coléricos, pero también afables; poderosos, pero humanos. Incluso el cristianismo canónico, con su infierno, su purgatorio y su paraíso, ha heredado en gran medida la ingenuidad y el antropomorfismo del mito griego. Incluso actualmente, en Nápoles, los santos más importantes se dividen según sus sectores de competencia, y cuando hay que pedir una gracia se le ora al santo que más se ha distinguido en esa área: a santa Lucía por los ojos, a san Antonio por los animales, a san Cristóbal por los viajes, a san Pascual Bailón por los noviazgos que peligran, y así hasta llegar a san Ciro por la medicina interna y los malestares en general.

El segundo día de la batalla fue para Leonte más gratificante que el primero: no había matado a nadie, pero tampoco había sido herido, y, sobre todo, no había vomitado al ver a los heridos. Por la noche, junto al fuego, tuvo ocasión de relatar por

lo menos diez veces de qué manera había logrado contener la acometida de un gigante troyano que medía casi un metro ochenta.^[5]

—Estaba a punto de traspasarlo con mi espada, metiéndosela por debajo del escudo, cuando una flecha, lanzada no sé por quién, lo mató ante mis mismos ojos, ¡un instante antes de que yo lo matase! ¡Qué pena! ¡Por una fracción de segundo no pude eliminar a mi primer troyano!

—¡Estuvo habilidísimo! —confirmó Gemónides, quien, por otra parte, era el responsable de aquella misteriosa flecha.

—Agamenón ha hecho saber —añadió Leonte— que, de común acuerdo con el enemigo, durante dos días y dos noches habrá una tregua y se podrá dar digna sepultura a los difuntos. Nosotros podríamos aprovechar para visitar el oráculo de Apolo Timbreo.

La decisión de consultar al oráculo la habían tomado tras una conversación que habían tenido con un tal Artineo, un vecino de tienda. Este hombre, entre otras cosas, les había dado la sensación de saber mucho más de lo que estaba dispuesto a decir.

—La última vez que vi a tu padre —le dijo Artineo— fue cuando salió en misión de exploración junto con Evanio, rey de Matala. Salieron solos y sin escolta, y se encaminaron hacia la cima del promontorio Reteo con el propósito de estudiar una nueva manera de atacar Ilion. El asunto no habría suscitado atención alguna, de no ser por un mercader cario, cuyo nombre ahora no recuerdo, quien me habló de la fraterna amistad que unía a Evanio con tu tío Antifinio.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Gemónides un tanto preocupado.

—Nada más que lo que he dicho: que Evanio es amigo de Antifinio.

—¡Venga ya, habla, oh Artineo! —le exhortó Gemónides—. ¡Acláranos tu pensamiento! ¿Acaso quieres insinuar que Neópulo, el Honesto, no murió a manos de los troyanos, sino que le dio muerte una mano que él creía amiga?

—¡Todo es posible, oh noble Gemónides, pero te aseguro que no sé nada seguro! —repuso Artineo batiéndose en retirada—. Ya sabes cómo son las cosas cuando uno está de guardia: no se sabe cómo entretener el tiempo y entonces ocurre que conversamos, y así, charlando, terminamos por decir o escuchar cosas que no siempre son ciertas... pero tú, que eres un hombre sabio, no puedes prestar fe a lo que se dice cuando cae la noche y uno está obligado a montar guardia.

Para conocer las habladurías, y más aún, bastaba con interrogar a Tersites, la lengua viperina oficial del ejército aqueo. Leonte y Gemónides se dirigieron a la taberna de Telón y lo encontraron, como de costumbre, riñendo con unos arcadios que le tomaban el pelo.

—Tersites, amigo —le dijo Gemónides—, tú que ignoras qué es la mentira y tienes siempre en los labios lo que tienes en el corazón, ¿por casualidad conoces a Evanio?

—¿De qué Evanio me hablas, oh amigo? Aquí en Troya hay dos Evanios —repuso Tersites, informadísimo como siempre—, uno nativo de Ptía, ladrón de caballos, y otro, procedente de Matala, que para convertirse en rey mató a su hermano Evasto.

—Me temo que nuestro hombre sea este último —comentó Gemónides—. Y dime, oh Tersites, ¿de qué manera Evanio dio muerte a su hermano?

—Envenenándolo; le dio a beber el agua de un río.

—¡El agua de un río! —exclamó Leonte, en el colmo del asombro—. ¿Cómo pudo envenenar todo un río?

—El veneno no estaba en el río —aclaró Tersites, disfrutando del asombro del muchacho—, sino en la escudilla que su amigo Antifinio le ofreció a Evasto.

—Pues entonces, ¿fue Antifinio el envenenador, y no Evanio? —volvió a preguntar Leonte.

—Sí, pero los beneficios fueron para Evanio.

A partir de aquel día, las sospechas sobre el dúo Antifinio-Evanio terminaron por hacerle perder el sueño a Leonte. Urgía llevar a cabo una indagación más exhaustiva en el área de las comunidades cretenses. Pero ¿qué hacer? Para llegar a algo concreto, ¿por dónde empezar? ¿A quién interrogar? Alguien le sugirió a Gemónides que consultaran un oráculo.

—Compra un cordero primogénito y sacrifícalo a Apolo: acaso el dios, por boca de Calcas, te ponga en la buena senda.

Sin oráculos, el mundo homérico nunca hubiera existido: nacimientos, viajes, guerras, emigraciones, matrimonios, instalación de colonias, fundación de nuevas ciudades; en todos estos acontecimientos el primer paso fue consultar a un oráculo. En algunas regiones, como en la Beocia, el oficio de adivino (*mantis*, como se decía entonces) era el más difundido después del de labriego.

La palabra «mántica», del griego *mainesthai*, indica todo aquello que está «fuera de nosotros» porque todavía ha de ocurrir; así como su opuesta, la «memoria», incluye todo lo que está «dentro de nosotros» y ya ha ocurrido. Si la memoria es el conocimiento del pasado, la mántica es el conocimiento del futuro, entendiendo como futuro algo que el Hado ya ha decidido y que ni siquiera Zeus está en condiciones de modificar. El oráculo sólo puede darnos noticia de ello.

Generalmente, el intérprete del oráculo es un hombre, o, en casos excepcionales, una mujer, como la Pitonisa de Delfos o las sacerdotisas Pléyades en Dodona. El sacerdote es un individuo que está por encima de las facciones: no tiene patria, ni familia, ni emociones, y, no pudiendo influir sobre el Hado, se limita a comunicar sus secretos con cierta anticipación. Calcas, pese a ser troyano, trabajaba al servicio de los aqueos, pero no estaba considerado como un traidor: sólo se le pedía que acertara en sus profecías, nada más. Al respecto se cuenta que moriría el día que otro adivino

demostrase ser mejor que él; cosa que, efectivamente, ocurrió cuando en un desafío adivinatorio fue derrotado por Mopso. A ambos se les solicitó que predijeran cuántas crías iba a parir una cerda y cuántos frutos daría una higuera: Mopso de Colofón acertó con la respuesta exacta; Calcas se equivocó por una unidad de más en los lechones y una de menos en los higos. Epílogo: avergonzado, se suicidó.

El oráculo que escogieron fue el de Thymbra, una aldea del interior situada en lo alto de una colina, al sur de Troya. Para llegar al templo de Apolo había que remontar el curso del Escamandro a lo largo de unas diez millas.

—Ya lo visité una vez —dijo Tersites—, y, por otra parte, conozco muy bien a Calcas. Si queréis, os acompaño.

Dada la distancia, los tres hombres decidieron alquilarle al licio Telón un carro tirado por asnos.

—¡Mejor asnos que caballos! —declaró Tersites—. Los asnos son más lentos pero se cansan menos y al final siempre llegan primero. Con los asnos lo importante es fustigarlos desde el primer momento, así comprenden con quién se las tienen que ver.

De hecho, los caballos micénicos no valían gran cosa: eran poco más grandes que los *ponies* y para arrastrar un carro se requerían por lo menos dos, incluso cuando se trataba de un carro de guerra, un vehículo ligero.

Leonte y sus amigos se pusieron en marcha a primera hora de la mañana para estar de vuelta al atardecer, o, a lo más, el día siguiente. Llevaban consigo el cordero primogénito, una buena reserva de higos, olivas, miel, y una hogaza de pan por cabeza.

—¿Es cierto que tendremos que pasar a menos de dos estadios^[*] de las murallas de Troya? —preguntó Leonte, preocupado.

—No —repuso Tersites—. Cogemos el camino al sur de Kalifatis; es un poco más largo, pero más seguro.

—¿Y es cierto que en las colinas de Thymbra están acampados los ferocísimos misios?^[6] —volvió a preguntar Leonte, que, la verdad, no debía de ser lo que se dice un corazón de león.

—Sí, pero como nos dirigimos al oráculo no deberíamos sufrir ningún contratiempo.

—¿Y tú crees que a los misios les basta con que digamos «vamos a ver a Apolo» para que nos respeten? —preguntó Gemónides algo perplejo—. ¡Hasta ahora, a decir verdad, no me parece que esa gente haya respetado mucho las normas!

—Verdad es; no respetan lo pactado, y para nosotros lo mejor sería no topar con ellos —contestó Tersites—, pero para ellos sería una gran desgracia tener a Apolo de enemigo, y eso bien lo saben los misios.

—Probablemente tienes razón —contestó Gemónides no muy convencido—. Pero

nosotros, por las dudas, buscaremos los senderos menos frecuentados.

Lo que Tersites decía era verdad: dirigirse al templo era de por sí un salvoconducto, ya que Apolo tenía fama de ser, sin comparación posible, el más vengativo de los dioses. Bastará con recordar que cuando solamente contaba cuatro días le pidió a Hefestos arco y flechas para dar muerte a la serpiente Pitón, culpable de haber ofendido a su madre.

—¿Y sabes tú, oh Gemónides, por qué el dios del arco de plata es enemigo de los aqueos? —prosiguió Tersites.

—Me imagino que a causa de la afrenta que Agamenón le infligió a Crisis, su sacerdote preferido.

—Te equivocas; ya había tomado partido antes de eso.

—¿Y por qué, entonces?

—¡Por culpa de Aquiles, ese asesino!

—Oh Tersites —le rogó Leonte—, no querrás ahora vituperar con tu lengua venenosa también al Pelida, ¡al mejor entre los aqueos!

—¿Mejor? ¿En qué? —preguntó Tersites, sarcástico—. ¿En el homicidio, en el robo o en el estupro? Has de ser más preciso, muchacho, al formular tus preguntas, de lo contrario no podré contestarte a tono.

Leonte enmudeció: con Tersites no se podía sostener una conversación seria. Pretendía saberlo todo y no había manera de hacerlo callar.

—De acuerdo, oh Tersites —intervino Gemónides para evitar que riñeran—. Si realmente así lo quieres, cuéntanos sin más cómo ofendió al dios el Pelida. En cualquier caso, el viaje es largo y la narración podría hacérselo más llevadero. De todas maneras, trata de no colorear demasiado tu relato.

—Corrían los primeros años de la guerra —empezó a contar Tersites—. Cierta día el Pelida cruzó sus armas con un joven troyano de inusual belleza: se llamaba Troilo, y era el más joven entre los hijos de Príamo. Los que tuvieron la suerte de verlo dicen que era aún más hermoso que Adonis. Pues bien, mientras Troilo lo atacaba según las reglas, él, Aquiles, en vez de contestar golpe por golpe, giraba alrededor del joven como una caudatrémula en celo. «Acepta mis caricias, guapo morenito», le decía, «si no quieres que hoy mismo te dé muerte bajo las murallas de Troya; piensa cómo quedaría tu bella carita si yo me ensañase en ella con mi espada». El joven, sin embargo, no quiso ceder a los amorosos halagos del mirmidón y Héctor le echó una mano para que pudiese resistir a su furia homicida.

Llegado a este punto, Tersites detuvo el carruaje.

—¿Y entonces? —preguntó Leonte, un poco contrariado por la interrupción del relato del tullido.

—Pues entonces, chico mío, ¡a beber! —repuso Tersites apeándose—. Si mal no recuerdo, detrás de aquellos chopos debería haber un manantial fresco y límpido.

Podremos beber e incluso aprovisionarnos para el regreso.

Tras haber bebido y llenado los odres, Tersites prosiguió su relato.

—Troilo amaba a una niña llamada Briseis^[7] y todas las noches de luna llena se citaban en un bosquecillo no lejos de Thymbra, precisamente al lado del templo de Apolo. Pero ocurrió que el inexorable Hado puso al hijo de Peleo en el camino del joven amante. ¡Ay de mí! En esta ocasión no hubo escapatoria posible para el pobre Troilo: solo, sin el auxilio de Héctor, no tenía la menor posibilidad de salir bien parado contra un ejemplar del calibre de Aquiles.

—¿Y entonces? —insistió Leonte, urgiéndole al darse cuenta de que estaba por interrumpir el relato por segunda vez.

—Calma, muchacho, tengo sed.

—¡Pero si acabas de beber!

—Sí, pero también he hablado.

—De acuerdo, bebe. ¡Pero date prisa, por favor!

Tersites levantó calmosamente el pequeño odre, y, mientras Leonte se estremecía de impaciencia, dejó que el agua le bañase el rostro, derramándose en parte en su garganta y en parte por el cuerpo. Luego se secó los labios con el brazo, y dijo:

—El agua del interior tiene un gusto completamente distinto. A veces sospecho que los troyanos la corrompen antes de que llegue a nuestro campamento.

—Que Zeus te fulmine, Tersites —volvió a protestar Leonte—. ¿Concluirás la historia de una maldita vez?

—Pero ¿qué prisa tienes, muchacho? Piensa en todo lo que aún hemos de andar, y, por muchos crímenes que haya cometido tu héroe, llegará un momento en que no me quedará ninguno para contar.

—Encárgate de terminar el de Troilo —replicó ásperamente Leonte—, ¡que luego me encargaré yo de taparte la boca!

Tersites rió ante las palabras del joven príncipe, tras lo cual prosiguió su relato.

—Aquiles trató de engatusarlo de diversas maneras: le susurró palabras de amor, le ofreció una pareja de blancas palomas. Pero, en vista de que el chico no se rendía a sus deseos, se le arrojó encima como un halcón. Con un esguince repentino Troilo consiguió eludirlo: tres veces dio la vuelta al templo, y tres veces sintió el aliento del Pelida casi sobre su cuello. Estaba a punto de ser atrapado, cuando con un vigoroso salto se metió en el templo... Por cierto... en cierta ocasión oí que Troilo podía ser un hijo ilegítimo de Apolo... al parecer lo dijo Hécuba... ¿Habéis tenido noticia de esa habladuría?

—¡Te odio, oh Tersites! ¡Te odio! —estalló Leonte con el rostro congestionado de cólera—. Tú no sabes contar historias: apenas el asunto me cautiva, ¡te vas por las ramas! ¿Quieres decirme de una vez qué hizo Aquiles en el templo? ¿Logró atrapar a Troilo?

—¡Claro que lo atrapó, por algo es célebre como el más veloz de los mortales! Lo capturó justamente bajo la estatua de Apolo, y allí, sin respetar la sacralidad del sitio, lo estrechó con ardor, pero tan bestial fue el abrazo que le trituró el tórax. Calcas encontró el cadáver del muchacho al día siguiente, y desde entonces el dios abrazó la causa de los troyanos.

—He oído decir —intervino Gemónides— que, según el oráculo de Delfos, Troya no podrá ser conquistada en tanto no se cumplan tres condiciones: que Troilo muera, que los caballos de Reso beban el agua del Escamandro, y que el Paladión sea robado.^[8] ¿Has oído algo acerca de esa profecía?

—Sí, es cierta, ¡así es! Y dos de esos sucesos ya se han producido. Sólo nos queda robar el Paladión.

Llegaron los tres hombres al pie de la colina: el oráculo se erguía solitario como un lirio entre las terrazas de viñedos. Sentado en los últimos peldaños del templo vieron a un viejo inmóvil, aún más blanco que los mármoles en torno: blanca era su túnica, blanca la barba y blancos los cabellos que le llegaban hasta los hombros.

—Salud, oh venerable Calcas —le saludó Tersites—, hay aquí conmigo dos amigos que querrían conocer el pasado.

—¿Y para qué quieren conocer el pasado, visto que no pueden ya modificarlo? —comentó el viejo—. Mejor es dirigirse al futuro, que es igualmente inalterable pero nos da la ilusión de no serlo.

—¿Es realmente inalterable el futuro? —preguntó Gemónides.

—Claro que lo es, oh cretense, porque ya ha ocurrido en la mente de la Necesidad, aunque nosotros tengamos la sensación de que todavía ha de ocurrir.

Leonte, aunque no había entendido palabra de lo que acababa de decir el sacerdote, dio un paso al frente y le comunicó la razón de la visita.

—Aquí tienes, oh Calcas, un cordero primogénito para que lo sacrifiques en honor del dios del arco de plata. Me llamo Leonte y provengo de Gaudos. He venido hasta aquí para enterarme de qué destino tuvo mi padre, Neópulo el Honesto. Muchos me dicen que ha muerto, o que nunca se encontró su cadáver. Aunque hubiese muerto, en tal caso te pregunto: ¿quién lo ha matado? ¿Ha sido un enemigo, en leal choque armas en mano, o un amigo por la espalda, en vilísimo atentado?

—¿Llevas contigo algún objeto que haya pertenecido a Neópulo y que no lamentos perder?

Leonte echó una mirada desesperada hacia Gemónides; después, repentinamente, recordó que tenía consigo dos cabezas de Dionisos colgadas de un collar. Eran dos pequeños medallones de plata que le había regalado su padre cuando todavía era un niño. Ambos representaban al dios del exceso: una de las caras reía a mandíbula batiente, la otra lloraba con desconsuelo.

—¿Sirven estas medallas? —preguntó Leonte tendiéndoselas al sacerdote.

—¿Estás seguro de que tu padre las tocó?

—Estoy seguro.

—Entonces, con una tengo bastante. Escoge la que quieras entregarme, y recuerda que no te la podré devolver.

El muchacho vaciló: tuvo la sensación de que su elección había sido determinante para el responso final.

—¿Importa mucho que te dé uno u otro de los medallones? —preguntó Leonte.

—No, y por dos motivos —repuso el sacerdote—. Ante todo, porque la elección no modifica el pasado, y, en segundo lugar, porque no eres tú quien ha elegido, sino el Hado que conduce tu mano.

Leonte siguió sin entender, pero sintió que tenía que entregarle el medallón del rostro riante.

—Seguidme —dijo Calcas, y juntos se encaminaron hacia el interior del templo.

Justo en medio del edificio, una placa de mármol tapaba una especie de pozo. Tras apartar la placa, Calcas empezó a bajar por un pasadizo un poco más amplio que su propia persona. Una cuerda que estaba fijada a las paredes permitía sostenerse durante el descenso. El sacerdote avanzaba velozmente, pero no así los demás, que tras una docena de peldaños se habían encontrado sumidos en la más absoluta oscuridad. Calcas no llevaba antorcha alguna, y la débil luminosidad de la entrada los había abandonado por completo. Llegaron a una estancia sumamente amplia y, sobre todo, muy húmeda. Intuyeron su vastedad por la excesiva prolongación del eco. Calcas les dijo que se detuvieran, después arrojó al vacío el medallón que Leonte le había entregado. Un ruido acuático reveló al pequeño grupo que se encontraban a orillas de un pequeño lago subterráneo. Un paso más, y todos se hubieran hundido en él. El sacerdote murmuró unas palabras incomprensibles y en las aguas del lago apareció una leve claridad: como de algo que, sumergido, emergiese lentamente. ¿Acaso se trataba de una medusa? No, era un rostro. ¿El de Neópulo? Todos sospecharon lo mismo, aunque la imagen era demasiado débil como para poder identificarla. Después, siempre en medio de la más densa oscuridad, oyeron que la voz de Calcas resonaba bajo la invisible bóveda de la caverna. Era una voz sombría, lejana, como si de pronto el viejo se hubiese apartado de ellos.

—¡Agua bebió y le hirieron el corazón!

VIII. EVANIO, EL ENVENENADOR

Donde se nos relata la leyenda de los Argonautas, con especial mención de las mujeres de Lemnos. Mientras tanto, en el terreno de las averiguaciones, se incrementarán las sospechas acerca de Evanio. Una delegación de aqueos, por último, se dirigirá a Aquiles para convencerlo de que vuelva al combate.

Malas novedades desde el frente: los aqueos, antes sitiadores, se habían convertido en sitiados. Tenían a sus espaldas las naves y poco más de dos kilómetros de playa para defenderse. Los troyanos, con reiterados ataques, los obligaron a replegarse en su campamento y estaban a punto de arrojarlos al mar: no lo habían conseguido por mérito de Néstor, que noche tras noche hacía construir una muralla a lo largo de todo el frente de batalla.

Lo bueno de las guerras homéricas es que estaban consideradas como acontecimientos deportivos: bastaba con que uno de los dos bandos lanzase la idea de un desafío, para que en seguida el otro bando se ocupase de convertir el campo de batalla en un ring. Dado que necesitaba algo de tiempo para llevar a término la muralla, Ulises se encargó de proponer el consabido duelo entre campeones. Héctor aceptó de buen grado y se auto proclamó defensor de los colores troyanos. En el bando aqueo, en cambio, se procedió a un sorteo: pusieron en un yelmo los nombres de los guerreros más señalados,^[1] y, para decepción de Diómedes (y no menor alivio de Ulises), la suerte favoreció a Áyax Telamón, también llamado «el Mayor» o «el Grande» para distinguirlo de Áyax Oileo, que era pequeño de estatura.

La «feroz danza de Ares»,^[2] por utilizar una expresión de la *Ilíada*, duró, entre sacrificios a los dioses, preparativos, mensura del campo del honor, lectura del reglamento y choque propiamente dicho, una jornada íntegra (veinticuatro horas ganadas para la construcción de la muralla) sin que ninguno de los campeones lograra imponerse al otro. Cayó la noche y todos regresaron a casa comentando el empate.

Mientras tanto, Leonte recordaba y rumiaba las palabras del oráculo: «Agua bebió y le hirieron el corazón».

—En tal caso —dijo el muchacho—, no se trató de un dardo lanzado por enemiga mano; no fue ésa la causa de la muerte de mi padre, sino una escudilla de agua envenenada.

—Eso parecería —fue el prudente comentario de Gemónides.

—¡Oh, maestro!, ¿por qué me decepcionas? —lo increpó Leonte—. A veces eres más resbaladizo que el mismísimo oráculo. ¡El tuyo es un decir y no decir, afirmar y no afirmar! Pero yo no tengo ya duda alguna: ¡mi padre ha sido envenenado, y su asesino tiene un nombre que todos conocemos! ¡Se llama Evanio!

—Si hemos de ser justos, sólo sabemos que Neópulo, al parecer, murió por haber bebido agua envenenada —aclaró Gemónides—. Pero nadie nos ha dicho que su envenenador haya sido Evanio. Habrá que averiguarlo.

—¡Averiguar, averiguar! —gritó Leonte casi entre lágrimas—. ¿Qué quieres averiguar? Todo el mundo sabe que el rey de Matala es un asesino. ¿Acaso no fue él quien eliminó a su hermano? ¿A su propia sangre? ¡Hasta Tersites lo ha confirmado!

—Sí, pero no es el único envenenador en la guerra de Troya, y por eso hay que averiguar.

—¡Vayamos en su busca!

—¿Y qué le vamos a decir? —ironizó Gemónides—. «Perdona, Evanio, que te lo preguntemos tan directamente: ¿has sido tú el que envenenó a Neópulo?»

Leonte no contestó: se le ensombreció el semblante e imaginó terribles venganzas contra el cretense. A decir verdad, si hubiera dependido de él, le hubiera dado muerte sin más, ese mismo día, sin perder tiempo en buscar más pruebas de culpabilidad. A fin de cuentas, se trataba de alguien que había matado a su propio hermano.

—No señor —lo enfrió Gemónides—. Nosotros no podemos correr el riesgo de equivocarnos. Necesitamos pruebas, y para obtenerlas hemos de seguir a Evanio como su sombra, hablar con los demás cretenses, buscar a quien lo odia y hacer que nos relaten sus crímenes.

—Y ¿cómo contactaremos con los cretenses?

—Frecuentaremos sus tabernas, escucharemos a sus cantores, interrogaremos después a sus esclavos, a los marineros, a los jugadores de dados y a las hetairas. Esta noche, por ejemplo, me han dicho que muchos de ellos irán a la reunión de los Argonautas.

La expedición de los Argonautas^[3] se había realizado una o dos generaciones antes de la guerra de Troya. En ella habían participado los padres de muchos héroes: Peleo, Nauplio, Oileo, Telamón, Tideo y Laertes, por mencionar a algunos, respectivamente progenitores de Aquiles, Palamedes, Áyax el Pequeño, Áyax el Grande, Diómedes y Ulises. En la guerra de Troya, entre los aqueos se contaban todavía cuatro supervivientes de la legendaria empresa, a saber: Ascálafo, Yálmeneo, Euríalo y Peneleo, todos de avanzada edad, y, justamente por eso, sumamente respetados. Una vez al mes, cuando había luna llena, los cuatro se reunían en una explanada y narraban la gesta de Jasón.

La nave *Argos*, con su carga de cincuenta héroes, había partido de la Cólquide^[4] con un solo objetivo: recuperar el Vello de Oro, la piel de un carnero colgada de

un árbol en un bosque dedicado a Ares. Acaso no se tratara de la piel de un animal, sino de algún millar de pepitas de oro sepultadas en las minas del Cáucaso, o desperdigadas por el lecho del río Fasis.^[5]

Narra la leyenda que cuando murió Creteo, el rey de Iolcos, el trono le hubiera correspondido a su único hijo legítimo, Esón; pero un hermanastro de éste, llamado Pelias, tal como frecuentemente ocurre en las familias reales, encerró al heredero en una celda y le birló el poder. Los años pasaron, el prisionero murió y un oráculo le aconsejó a Pelias que se guardara de todos aquellos que usaban una sola sandalia. Ahora bien: si hay en los mitos griegos algo seguro, es que los oráculos no se equivocan nunca. Efectivamente, unos diez años después he aquí que aparece un mozo con una sola sandalia: se trataba de Jasón, hijo del malogrado Esón, decidido a recuperar su reino. Pelias se encuentra con él por casualidad, en la playa, se percata del detalle de la sandalia y trata de contemporizar.

—Jasón querido, sobrinito mío, ¡bien sabes cuánto te quiero! Hace años me hice cargo del trono de tu padre porque él no estaba muy bien de salud. Ahora que has regresado no tengo el menor reparo en devolvértelo. Sólo quisiera que me hicieras un pequeño favor: aquí, en Iolcos, nos aflige el fantasma de un tal Frixo. Según los sacerdotes, ese pobrecillo anhela recobrar una pelliza de carnero que dejó olvidada, hace muchos años, en un bosque de la Cólquide. Tú encárgate de recobrarla y de mil amores te devolveré tu reino.

El viejo bribón sabía perfectamente que aquella «pelliza», como él la llamaba, era nada menos que el célebre Vellochino de Oro, prenda de difícilísima recuperación porque, entre otras cosas, día y noche la custodiaba un dragón que nunca dormía. Pero Jasón no era hombre que se amedrentara por tan poca cosa: reunió lo mejor que encontró en materia de héroes y se dirigió al mar Negro.^[6]

Igual que en el mito de Teseo, en el de los Argonautas hay una mujer local que ayuda al héroe: en este caso es Medea, la hija de Eetes, rey del país en que se custodiaba el Vellochino de Oro. Medea era una maga terrible, protegida de Hera y, además, inmortal. Ocurre que la bruja se enamora de Jasón, y, previa una formal promesa de matrimonio, adormece al dragón con un somnífero aún más poderoso que el insomnio del monstruo. Pero, tal como le había ocurrido a Ariadna, también la maga, por último, se ve burlada por el héroe, con la diferencia de que Medea se lo merecía. Bastará con recordar que, tras el robo del Vellochino de Oro, cuando Jasón le propuso que matasen al hermanito de ella, Apsirto, y lo arrojasen al mar para entorpecer la marcha de su padre, que los perseguía por mar, ella repuso:

—Sí, pero a trozos, así papá tendrá que detenerse más de una vez.

Alguien podría objetar: «En este caso la culpa no era de ella, sino de Eros, que la había enamorado». De acuerdo, pero para todo hay límites, ¡incluso para el enamoramiento!

Obtenido el Vellochino de Oro, Pelias se niega a devolver el reino y Medea lo elimina mediante un juego de prestidigitación: declara ser capaz de rejuvenecer cualquier ser viviente, y, para demostrarlo, sumerge un chivo en un caldero de aceite hirviendo y, luego, saca de él un chivito recién nacido. Convencidas, las hijas de Pelias, pese a los alaridos del desdichado que, con toda justicia, se resiste, arrojan al padre al caldero y aguardan, confiadas, que emerja más vivaz y lozano que antes.

Jasón, sin embargo, una vez recuperado el trono se olvida de Medea y se casa con una guapa muchacha de Corinto llamada Glaucés (o Creusa). A estas alturas la maga se enfada como una fiera y envía, como regalo de bodas, un hermoso vestido de bodas autoinflamable^[7] para ella, y para el novio los cadáveres de los hijitos que juntos habían tenido.^[8]

La reunión de los Argonautas tuvo lugar cerca de la tienda de Ascálafo. Los veteranos se sentaron en cuatro tronos de madera, en medio de una explanada, a fin de que todos pudiesen verlos. Alrededor se estrechaba un público formado principalmente de jóvenes, todos llegados a la guerrade Troya en los últimos tres años: las primeras dos filas de cuclillas en el suelo y todos los demás de pie, formando un círculo. Entre estos últimos estaban también Leonte y Gemónides, ambos con una piel de carnero echada sobre los hombros para protegerse de la humedad. En la primera fila, en cambio, a la derecha de los Argonautas, un abigarrado grupo de cretenses estaba con Merine, Idomeneo y Evanio.

—¿Es cierto —le preguntó un beocio a Yálmeneo— que uno de vosotros caminaba sobre las aguas?

—Sí, y su nombre era Eufemo —repuso el Argonauta—. Ese poder se lo había dado su padre Poseidón. Eufemo fue, de todos nosotros, el que más hijos generó en la isla de Lemnos.

—Oh venerable Yálmeneo, tú que eres tan hábil en el manejo de la lanza como en el narrar, cuéntanos el episodio de las mujeres de Lemnos, y pon cuidado en no ocultar por pudor ni el más mínimo detalle, que en tal caso te desmentirían los que ya conocen la historia.

—Prefiero que lo relate mi hermano Ascálafo —repuso Yálmeneo—. Él fue, antes que nadie, junto con Equión, hijo de Hermes, quien firmó el pacto con Hipsipila: a él le corresponde el placer y la fatiga de narrar.

Ascálafo se puso de pie y, tras carraspear un par de veces para aclararse la voz, empezó a hablar con estudiada lentitud, arrastrando las palabras y con prolongadas pausas. La voz cavernosa, los cabellos blancos, el rostro surcado por innumerables arrugas y el resplandor del brasero le daban un aspecto sepulcral. Con un poco de imaginación se le hubiera podido confundir con un espíritu recién evadido del Hades.

—Hacía mucho tiempo que navegábamos y se nos habían agotado las reservas de agua y comida. Aquel día, Céfiro no lograba impulsar la nave, de manera que nos

vimos obligados a turnarnos en los bancos.^[9] Heracles incitaba a los menos vigorosos a que tirasen del remo hasta tocar con la cabeza las rodillas del de detrás. Nauplio, el gran Nauplio, hijo de Nauplio, marcaba el compás con voz atronadora, y la virgen Atalante, a la que Artemisa había otorgado el don de una vista de águila, escrutaba el amplio horizonte desde el castillo de proa. De pronto oímos que gritaba «¡Tierra!» y a nuestra diestra apareció el perfil azulado de una isla remota. Era Lemnos, la isla en que Hefestos se rompió ambas piernas cuando la ira de Zeus lo arrojó del Olimpo.

—¿Era bella la isla de Lemnos? —preguntó alguien.

Ascálafo no contestó en seguida; cerró los ojos como si, al hacerlo, pudiese evocarla en el interior de los párpados.

—Era más verde que los prados de Cnosos y había en ella más manzanos^[10] que en las Hespérides. Sin embargo, en ese mismo sitio, un año antes había ocurrido un lamentable suceso: los hombres habían raptado a centenares de doncellas tracias, todas rubias y de ojos azules, para suplantar con ellas a sus legítimas esposas. A estas últimas las acusaban de desprender un hedor insoportable.

—¿Y era cierto?

—La verdad, lo que es oler mal, olían... ¡y mucho! —contestó Ascálafo sin vacilar. Y, dirigiéndose a uno de sus compañeros, preguntó—: ¿Acaso exagero, oh Peneleo?

Peneleo, otro veterano, asintió gravemente. Por su expresión de desagrado los presentes dedujeron que el mal olor de las mujeres de Lemnos debía de ser insoportable.

—Hay quien atribuye el origen de ese olor al *quado*^[11] —siguió diciendo Ascálafo—, una planta de nauseabundo olor con que las mujeres de Lemnos solían maquillarse; otros hablan de una venganza de Afrodita. Se dice que en tiempos anteriores a nuestra llegada algunas mujeres de Lemnos se opusieron al amor físico y que Afrodita, ofendida, las castigó a todas confiriéndoles un aroma no precisamente «afrodisíaco».

—¿Y qué ocurrió después?

—Los varones de Lemnos confinaron a las mujeres en un recinto situado a sotavento y les prohibieron entrar en la ciudad de Mirina,^[12] pero una noche las mujeres desdeñadas, presas de furor amazónico, dieron muerte a las concubinas tracias y a todos los varones de la isla, incluidos padres, hijos y maridos.

—¿No se salvó nadie?

—Nadie, con excepción de Toante, el padre de la reina. Cuentan que Hipsipila, apiadada, lo salvó propiciando su fuga en una embarcación sin remos el día anterior a la matanza.

—Y a vosotros, ¿cómo os acogieron?

—Nos aproximamos a la isla con prudencia. Estábamos a casi diez estadios de

distancia, cuando vimos que la playa se llenaba de armados. Brotaban de los matorrales a centenares, como hormigas: eran las mujeres de Lemnos, que, para evitar nuestro desembarco, habían cogido las armas de sus maridos. Pero, tal como ya he dicho, demasiado vacías estaban las estibas y demasiado arrugados los odres como para que renunciáramos a reaprovisionarnos. Desembarcamos solamente dos: yo y Equión, un hijo de Hermes, astuto y excelente conversador. Al echar pie a tierra enarbolamos bien visibles las señales de paz.^[13]

—Corriendo el riesgo de que os despedazaran —observó con admiración un joven.

—Al principio la reina dijo que nos daría toda el agua y el alimento que precisáramos, con la condición de que nadie más desembarcara. Después una mujer tomó la palabra; probablemente era una vieja nodriza o algo parecido. «Oh mi reina», dijo la mujer, «¿qué futuro piensas que espera a nuestro pueblo ahora que ya no tenemos hombres en condiciones de procrear? Pronto nos volveremos viejas y arrugadas, y, cuando se haya extinguido nuestra raza, Lemnos quedará a merced de los piratas carios. Sabiamente obrarías si ordenases que cada una de nosotras, sin excepción, se ofreciera al amor de estos extranjeros: de su simiente nacería una nueva estirpe, más vigorosa y valiente que la anterior». La propuesta fue bien recibida. Las mujeres más bellas y jóvenes yacieron con nosotros, en tanto que las más ancianas amontonaban en la playa trigo, álaga, olivas, cebada, harina, vino y odres llenos de agua de manantial.

Un excitado murmullo se extendió por la platea. Llovían preguntas desde todas partes. «¿Eran hermosas?», «¿Cómo lograsteis soportar el hedor del *quado*?» y «¿Cuántas eran?».

—Aproximadamente un millar —contestó Ascálafo—, y nosotros éramos solamente cuarenta y ocho, dado que no podíamos contar ni con la virgen Atalante, ni con Heracles, que rehusó bajar de la nave. Descontadas las viejas, que no podían ya procrear, a cada uno le tocaron catorce hembras. Para resolver el asunto, de hecho, hicieron falta siete días y siete noches de amorosos encuentros.

—¿Y el hedor del *quado*?

—Pronto nos acostumbramos —admitió Ascálafo—, y ya nadie se preocupó. La reina se encaprichó de Jasón y pretendía que ya no abandonase la isla. También nosotros, todo hay que decirlo, de buena gana nos habríamos quedado en tan hospitalaria comarca, a no ser porque Heracles, cansado de aguardar, una noche desembarcó, golpeó largamente las puertas de Mirina y volvió a llevarnos a bordo, ora arrancando a algún héroe de entre los brazos de una mujer, ora capturando a algún otro mientras estaba aún entregado a felices libaciones. De Hipsipila y Jasón nacieron dos gemelos, Euneo y Nebrófono: el primero es todavía el rey de la isla.

—¡Oh, aqueos! —resonó una voz en la oscuridad.

Todos se volvieron. Un tal Taltibio, que llevaba las insignias de Hermes, fue hasta el centro de la explanada y pidió la palabra.

—Oh aqueos, el gran Agamenón, pastor de pueblos, necesita vuestro apoyo. ¡Habéis de dirigiros todos a la tienda de Aquiles!

—¿A la tienda de Aquiles? ¿En plena noche? ¿Por qué?

—El Pelida —prosiguió Taltibio— ha desertado de los combates desde hace largo tiempo: ha llegado el momento de recordarle sus deberes y sus promesas. Que nuestro héroe deje de lado los resentimientos personales y haga frente a la arrogancia de los hijos de Príamo. Embajadores de este mensaje serán el gran Áyax, rey de Salamina, el venerable Fénix, rey de Eleón, y el ingenioso Ulises, señor de Ítaca e hijo de Laertes. Y también vosotros, oh nobles amigos de Creta, de Tebas, de Pilos, de Corinto, y de las otras cien bellas ciudades de la Tesalia, de la Élide, de la Arcadia y de la Etolia, seguid a esos emisarios porque es bueno que el héroe del rápido pie sepa hasta qué punto los aqueos anhelan su regreso.

Todos se pusieron de pie y se dirigieron en masa hacia la tienda de Aquiles. En medio de la playa, aguardándolos, estaba también Tersites.

Cuando los aqueos llegaron ante la tienda de Aquiles, el héroe estaba cantando poemas épicos. Recostado sobre un lecho, sostenía entre sus manos una cítara de plata. Ante él, el fiel Patroclo lo escuchaba en silencio.

Al divisar a Ulises y a Áyax Telamón, y, sobre todo, al viejo Fénix, por el cual dicen que sentía particular afecto, Aquiles se incorporó de un brinco y salió a su encuentro.

—Oh mi buen Fénix, oh ilustres compañeros, ¡realmente doy gracias a los dioses que han guiado hasta aquí vuestros pasos! Acercaos al brasero y alegradme con vuestras conversaciones —luego, dirigiéndose a Patroclo, exclamó—: Y tú, hijo de Menecio, mezcla en la crátera más vino que agua y ofrece a mis amigos una copa del vino que nos han traído de Festo.

Al principio el encuentro parecía un reencuentro entre viejos amigos: abrazos, palmoteos en los hombros, brindis y todo eso. Patroclo escanciaba el vino y Aquiles ponía a asarse al fuego pinchitos de carne.

Los demás, Tersites incluido, se mantenían a prudente distancia, con los oídos prestos a no perderse una sola frase de la entrevista. Por su alcurnia, algunos de ellos habrían podido sentarse junto al fuego con los emisarios (por ejemplo, Idomeneo, o el mismo Evanio, reyes ambos: aquél de Cnosos, éste de Matala). Pero nadie quiso interferir en los trabajos de la comisión. Demasiado crucial para la victoria final era la contribución de Aquiles como para hacerla peligrar, acaso simplemente con una frase poco feliz. El héroe, cosa por todos sabida, era extremadamente susceptible, propenso a la ira y a la indignación. No por azar se habían seleccionado como mensajeros a tres personajes de reconocida habilidad en las negociaciones, Ulises, Áyax el Grande y

Fénix, respectivamente un ingenio sutil, un valeroso soldado y una persona que el Pelida amaba más que a su propio padre.

El primero en hablar fue Ulises.

—Gracias, oh Aquiles, por lo que nos ofreces, pero no es en busca de tu vino a lo que hemos venido hasta la desembocadura del Escamandro. La suerte de la guerra nos es adversa y esta noche ninguno de los nuestros puede abandonarse en brazos de Morfeo^[14] con la seguridad de volver a ver a Helios zambullirse en el mar con su carro de fuego.^[15] Los dárdanos nos presionan y ya están en las proximidades de las negras naves; ya empuñan ardientes teas para dar fuego a las trabazones. Héctor recorre al galope, en toda su extensión, el campo de batalla, y se auto proclama el más fuerte entre los mortales. ¡Tan grande es su soberbia que ni siquiera tú, en este momento, lograrías contenerlo!

—Oh hijo de Laertes —le interrumpió Aquiles tapándole la boca—, suspende tu discurso: no es a mí a quien has de informar sobre los asuntos de la guerra, sino a tu jefe, al poderoso Agamenón, pastor de pueblos, dado que es él quien tiene el mando de los ejércitos.

—Pues precisamente Agamenón es quien me envía ante ti, oh hijo de Peleo —replicó sonriendo Ulises—. El Atrida quiere que sepas que, si renuncias a los justos resentimientos y vuelves a alinearte a su lado, te ofrece siete trípodes que no han tocado llama, diez talentos de oro, veinte vasijas de cobre y doce veloces caballos que ya han ganado numerosos premios. Asimismo, te entregará siete mujeres, todas de refinada belleza y hábiles en las tareas domésticas. Y, por último, el obsequio que por encima de todos los demás, me parece, podrá regocijar tu corazón...

Y aquí Ulises, con experta profesionalidad, hizo una prolongada pausa.

—... Briseis, la de bellos tobillos, la esclava tan largamente disputada, volverá a ti íntegra, ya que Agamenón jura no haber compartido su lecho ni haberla gozado en otro sitio, como es normal que ocurra entre una hermosa mujer y su soberano.

Aquiles no hizo el menor comentario: miró fijamente el vacío y se quedó inmóvil, con esa expresión de tío duro que lo caracterizaba. Los espectadores se preguntaban: ¿le satisfacen los regalos? ¿Querrá nuevamente a Briseis? ¿Volverá a combatir?

Ulises, viéndolo todavía indeciso, pasó sin demora a la segunda lista de regalos.

—Y eso no es todo: el día que destruyamos a Troya, la de amplias calles, tú podrás cargar de oro y de plata tu nave hasta que la obra muerta quede en seco,^[16] podrás escoger las veinte mujeres más hermosas de Ilion, aparte de la argiva Helena, y, por último, el propio Agamenón te entregará como esposa a una de sus tres hijas y añadirá a manera de dote siete populosas ciudades mesenias, vale decir, Cardamyles, Enope, Ires, Feres, Epea, Antea y Pedaso, todas ellas ricas en rebaños y en cargados viñedos.

A estas alturas Aquiles comprendió que tenía que contestar. Entre otras cosas, los

presentes, el día de mañana, habrían testimoniado todos sobre la generosidad de Agamenón y sobre la ingratitud del Pelida.

—Oh hijo de Laertes, oh estirpe de Zeus, oh Ulises astuto y versátil, dado que odio como las puertas del Hades a quienes tienen una cosa en el corazón y otra en los labios, seré claro y preciso: compartir con los aqueos no es agradable, ya que igual es el premio para quien arriesga la vida en primera fila y quien, en cambio, mira luchar a los otros desde lo alto de una colina. Doce ciudades he saqueado aquí en la Tróade y doce veces le entregué el botín entero al Atrida, y él, que siempre había permanecido en la retaguardia, distribuyó lo menos y se quedó con lo más. Sin embargo, era mi espada la que infundía temor a los troyanos. Mientras pisé el campo de batalla, jamás Héctor se atrevió a alejarse tanto de las murallas de Ilion.

Un murmullo de asentimiento subrayó esa última frase.

—Lo que el Pelida afirma corresponde a la verdad —dijeron los veteranos—. ¡Nunca vimos a Héctor tan cerca de nuestras naves!

—Pues entonces, mi hábil emisario —prosiguió Aquiles—, regresa a la tienda de tu Agamenón y exhórtalo a que se muestre en el campo de batalla. Que sea ahora él quien empuñe las armas: que se enfrente con el impetuoso hijo de Príamo y que uno de los dos muera combatiendo, ya que, cuando el duelo es leal, igual gloria corresponde al vencedor que al vencido. Agamenón, me pregunto, ¿es o no es un jefe? ¿O acaso se considera jefe sólo a la hora de repartir el botín? Y ahora, para despedirte, te diré sencillamente esto: ¡que se vaya al diantre el hijo de Atreo! ¡Aunque me ofreciese diez y veinte veces lo que me ha ofrecido, le contestaría siempre que se fuera al diantre!

Al oír tan ásperas palabras, Fénix aferró las manos del héroe y le dijo:

—Oh Aquiles de ánimo generoso y rudos gestos, cuando partiste hacia Troya siendo casi un niño todavía,^[17] tu padre me dijo: «Fénix, no te alejes de él, ayúdalo con tus palabras», y sabe Zeus cuánto debo aún a Peleo. Te conocí cuando eras un crío: no querías comer y yo, con paciencia, te daba un bocado tras otro. Por eso ahora te imploro: domina tu impetuoso corazón y no despidas a los emisarios sin hacerles el menor caso. Llegará el día en que, sólo por esto, los aqueos te venerarán como a un Dios.

Aquiles cambió entonces el tono de su voz, aunque no su decisión de fondo.

—Oh mi buen Fénix, oh amadísimo padre,^[18] no me pidas que preste ayuda a Agamenón: ¡demasiado gravemente me ofendió ante todos los argivos! Ahora tú, empero, si verdaderamente me quieres, hazme un regalo: quédate aquí esta noche y duerme a mi lado como cuando me relatabas las gestas de los héroes. Mañana estudiaremos juntos qué ha de hacerse: si conviene más asistir a la derrota de los aqueos o abandonar esta infausta tierra y regresar a Ptía, que de aquí dista tan sólo tres jornadas de navegación.

Del grupo de asistentes se adelantó entonces Tersites. Hasta ese momento había estado siempre a punto de intervenir, pero luego había preferido abstenerse, en parte por prudencia y en parte para dejar que los emisarios desarrollaran a fondo su misión. Pero, evidentemente, las últimas palabras del Pelida lo habían llenado de indignación: ¿no era posible que un griego se mostrase tan indiferente ante la suerte de sus compatriotas!

—Oh poderoso hijo de Peleo —dijo el tullido echándose a sus pies—, perdona que tu siervo Tersites haga un último intento para convencerte de que vuelvas a empuñar las armas: además de los presentes que te ha prometido Agamenón, quiero añadir una modesta contribución, un óbolo de cobre. He pensado que a veces un simple óbolo es suficiente para que la balanza se incline hacia un lado. Ya sé que podría gastármelo en la taberna de Telón y transformarlo en vino, pero, con tal de ver triunfar a las huestes aqueas, prefiero dártelo a ti. Y no sólo eso: también estoy dispuesto a prestarme como amante en caso de que Agamenón rehusase entregarte a Briseis.

Una fragorosa carcajada subrayó la zafia ocurrencia de Tersites, pero ya el tullido se había puesto de pie y apuntando el índice hacia Aquiles había empezado a cubrirlo de injurias.

—Oh asesino de niños en los templos,^[19] oh estuprador de inermes vírgenes, ¿cómo te atreves a hablar de duelos leales, tú que ni siquiera sabes qué es la lealtad? Tu brazo es fuerte, pero tu vista es corta: no llega más allá de los límites del egoísmo. Sólo sabes hablar de premios, de repartos de botines, de ciudades saqueadas, de jóvenes doncellas a escoger, como si la guerra fuese un negocio entre mercaderes y no la defensa de la patria y la reparación de las injusticias padecidas. Oh tú, monstruo de rostro humano...

Al llegar a este punto el jorobado tuvo que interrumpir su diatriba porque Aquiles se había erguido como una fiera y con una sola idea en la cabeza: despedazar al provocador. Para fortuna de Tersites, la mayoría de los presentes se interpuso y el tullido pudo huir antes que Aquiles le echase el guante. En el subsiguiente revuelo a Evanio se le abrió el manto que lo protegía del frío y Leonte pudo ver el collar con los colmillos de jabalí que había pertenecido a su padre.

IX. LOS COLMILLOS DEL JABALÍ

Donde Néstor interroga a Evanio y nos enteramos de la empresa de dar caza al Jabalí Calidonio. Durante la reunión, tras un repentino ataque de los troyanos, veremos cómo Néstor le pide a Patroclo que empuñe las armas de Aquiles.

Leonte hubiera querido tomar venganza esa misma noche. Para él, la posesión del collar que había pertenecido a su padre era una prueba irrefutable para condenar a muerte a Evanio. A esas alturas sólo faltaba capturar al cretense y obligarlo, de grado o por fuerza, a que confesara su delito. Gemónides, en cambio, siempre prudente, lo instó a que reflexionara y no diese pasos en falso.

—No es la venganza lo que nos interesa, oh Leonte, sino la verdad. Todavía tengo muchas dudas sobre el supuesto envenenamiento de Neópulo. Por ejemplo, me pregunto, ¿ha sido tu tío Antifinio el mandante? Y ¿cómo es posible que Evanio lleve consigo, y sin temor alguno, objetos que tan abiertamente lo acusan? ¿Por qué razón no se ha encontrado nunca el cadáver de tu padre?

—Yo también quiero saber todo eso, oh Gemónides —replicó el chico—, pero no veo otro camino, para llegar a la verdad, que el de obligar al que la sabe a que me la diga, valiéndome de cualquier medio. Tú, en cambio, estás convencido de que se puede obtener una amplia confesión del asesino con sólo pedirle cortésmente que te la brinde.

—Sí, siempre que quien lo interroge sea una autoridad reconocida. Una autoridad ante la cual no pueda mentir.

—¿Y qué autoridad es ésa?

—La de Néstor, por ejemplo, o la de Agamenón, o la de Fénix, o la de los tres juntos. Una confesión pública, declarada ante un rey que muchos veneran, o ante un colegio de reyes, condenaría moralmente a tu tío Antifinio y tú conseguirías más ventajas políticas que las que hoy te proporcionaría una venganza precipitada y, como quiera que fuere, sin otra razón de ser que la venganza misma.

—Hablas de ventajas políticas —replicó Leonte en el colmo de la indignación—, mientras que yo hablo de mi padre. Aludes a luchas por el poder, mientras que yo hablo de un niño que, cada vez que su padre lo cogía en brazos, se aferraba a dos colgantes de marfil cual si fuesen los únicos asideros para no caer. Tú sigues creyendo que el asesino puede dejarse influir por las canas de un rey, pero yo te digo que ¡solamente una espada muy afilada, y bien apoyada en la garganta, logrará

hacerlo hablar!

La de Néstor era la morada más grande y rica del campamento aqueo, una de las pocas erigidas en piedra. El Gerenio la había hecho construir por sus hombres siguiendo el modelo de las casas micénicas. Seis habitaciones pequeñas alrededor de un *megaron* rectangular con un hogar en el medio. Estaba cubierta por un techo inclinado de cañas, paja y barro, con una abertura central cuadrada para la salida de humos.

El viejo rey escuchó a Leonte y Gemónides con gran atención. Durante la exposición de los hechos no hizo comentario alguno, ni siquiera cuando Gemónides le comunicó la respuesta del oráculo. Por último, se limitó a enviar un heraldo al campamento cretense para que invitase a Evanio a acudir a su casa trayendo consigo el collar con los colmillos de jabalí. Mientras tanto, una doncella tracia dejó sobre la mesa una gran copa de cobre, decorada con dos palomas de oro que se picoteaban una a otra. La joven escanció en la copa vino de Pramnos, a continuación dorada miel y, por último, un puñado de blanca harina y queso de cabra rallado.^[1] El propio Néstor sirvió a los huéspedes para que apreciaran el sabor de la mezcla.

—¿De manera que tú eres el único varón del honesto Neópulo? —comentó el Gerenio cuando Leonte hubo terminado de desahogarse.

—Sí, y tengo una hermana, Lanicia, que es sólo un año mayor que yo.

—Yo conocí a tu padre hace muchos años, antes que tú vieras la luz. Por aquel entonces Neópulo tenía los años que tienes tú ahora, o acaso aún menos, y se parecía tanto a ti que, cuando apareciste en el umbral, por un instante creí estar viendo su doble recién evadido del Hades.

—¡Oh, noble Gerenio! —exclamó Leonte reconfortado por las cariñosas palabras del rey—. Dado que era todavía un niño cuando mi padre partió de Gaudos, ciertamente no puedo decir que lo recuerdo bien. Por tanto, te agradecería que ahora tuvieras a bien hablarme de él. ¿Qué aspecto tenía? ¿Cómo era su carácter? ¿Realmente era tan sabio como dicen? Creo que si aún todos lo recuerdan como «el Honesto» será por alguna razón.

—Y haces bien en creerlo, hijo —confirmó Néstor acariciándole la cabeza—. Jamás, que yo sepa, tu padre traicionó la confianza de nadie, y jamás nadie pudo quejarse de él. Lo conocí durante la caza del Jabalí Calidonio: era el más joven entre los héroes que habían acudido, mas no por ello el menos valeroso.

—No por boca de mi padre, sino por otros tuve noticias de aquella cacería. Por desgracia, al cambiar el narrador también cambiaban los episodios y los héroes. Pero tú, oh noble señor, podrías relatarla con todo detalle y, sobre todo, decirnos qué papel tuvo en ella Neópulo.

—Dado que Zeus me concedió el honor de cazar codo a codo con tan nobles y valientes héroes, algunos de ellos directamente hijos del propio Crónida, y mientras

aguardamos que llegue el cretense, intentaré evocar aquella empresa, siempre confiando en que la memoria no me traicione en medio del relato.

Como ocurría siempre que Néstor empezaba una de sus narraciones, a su alrededor se formó un auditorio expectante. De las habitaciones laterales salieron numerosos familiares, seguidos de concubinas, viejos sirvientes y guerreros. Todos se sentaron, en silencio, a los pies del narrador. La caza del Jabalí Calidonio era una de las historias que más se contaban en los simposios: pero escuchar su versión original, en voz de uno de sus participantes, no era cosa de todos los días.

—Todo empezó por culpa de un sacrificio en honor de Artemisa que no se llevó a cabo. Oineo, rey de Calidonia y gran amigo mío, había olvidado incluir a la Diosa en los sacrificios anuales, y la susceptible hija de Latona, como de costumbre, decidió vengarse enviando a las campiñas de la Etolia un jabalí de monstruosas dimensiones, alto como un caballo y pesado como un buey. Los campesinos de Calidonia iban continuamente a quejarse ante el rey: uno porque se había encontrado a su hijo sin vida y con la garganta destrozada, el otro porque un rebaño entero había sido despanzurrado por la fiera. Por doquier pasase, el monstruo dejaba a su paso una ruta empapada de sangre: arbustos arrancados, campiñas devastadas y animales degollados. A Meleagro, hijo de Oineo, se le ocurrió entonces convocar una cacería y envió heraldos a todas las cortes aqueas a fin de que los héroes más hábiles en el manejo de la lanza acudiesen a Calidonia en su auxilio. De Esparta vinieron los Dióscuros; de Mesenia, los gemelos Idas y Linceo; y a éstos se agregaron Teseo, Jasón, Admeto, Telamón, Piritoo, Peleo y muchos más que no me entretendré en mencionar.

—¿Y mi padre?

—Tu padre llegó de Argos y se unió al séquito de Anfiarao. Era un chico vivaz y emprendedor, mas no por ello se precipitaba en sus actos. Mejor aún, si pienso en ello, desde entonces estaba dotado de cierta sensatez, la misma que más tarde le valió su fama de hombre sabio y honesto. Llegó vistiendo una túnica corta y no traía consigo ni espada, ni arco, ni lanza: pero tomó parte en la cacería armado con un simple asador.

—¿Un asador?

—Sí, muchacho, un asador. Aquéllos eran tiempos en que armas, lo que se dice armas, se veían pocas y uno se revestía más de coraje que de laminillas de bronce.

—¿Qué ocurrió después?

—Pasaron muchas cosas, y no todas propicias. No contábamos con el favor de Artemisa y distintos inconvenientes retrasaron el comienzo de la empresa. El primer impedimento nos lo provocó la virgen Atalante con su pretensión de tomar parte en la cacería en igualdad de derechos, como si de un hombre se tratase. Atalante, si hemos de ser sinceros, era una mujer atípica, si admitimos que sea correcto llamarla mujer.

No porque no fuese hermosa; más aún, muchos se enamoraron de ella y muchos pagaron con su vida ese amor. Pero sus actitudes eran hasta tal extremo viriles, y sus intereses tan parecidos a los de un héroe sediento de sangre, que era más fácil relacionarla con Ares que con Afrodita. Dicen que cuando nació, su padre, el rey Jasón, que desde siempre quería tener un hijo varón, la abandonó en la colina Partenia, donde una osa se encargó de amamantarla.

—¿Y qué inconveniente os planteó Atalante?

—Ante todo, que algunos, entre ellos Ceneo, Anceo y Cefeo, consideraban que no era digno ir de caza llevando una mujer al lado.

—Pero ¿Ceneo no era también mujer? —objetó Gemónides, que siempre sabía un poco más que los demás.

—Sí que lo era, y, efectivamente, de pequeño se llamaba Ceneida —confirmó Néstor—. Pero cuando fue adulto, gracias a una intervención amorosa de Poseidón, se transformó en un invencible guerrero y en calidad de tal tomó parte en la caza del Jabalí Calidonio. Cuentan los lapitas que cuando murió, su cadáver recobró repentinamente semblanzas femeninas.

—¿Cómo era posible que justamente él fuese tan intransigente con Atalante? —insistió Gemónides.

—¡A menudo ocurre que meten más ruido precisamente los que deberían callar! De todas maneras, en nuestro caso no se trató de Ceneo, sino de Anceo y Linceo: ellos pretendieron que la mujer cazase por su cuenta, sin unirse jamás al grupo, y que se le negase toda ayuda incluso en caso de necesidad. Ocurrió luego un lamentable incidente: Ileo y Reco, dos centauros que estaban de paso, habiéndola encontrado sola en un rincón del bosque trataron de violarla, y ella se vio obligada a darles muerte. Primero los castró con el hacha, y después...

—¿Cómo era el jabalí? —preguntó Leonte, que no tenía afición a los detalles cruentos.

—El jabalí era una criatura espantosa —aclaró Néstor—. De la boca le brotaban unas babas amarillentas y sus ojos estaban siempre inyectados de sangre. Cuando al fin, tras una larga batida, logramos sacarlo de un bosque de sauces, se lanzó contra nosotros con tanto furor que el primero en perder la vida fue Anceo, el hijo de Áctor: la bestia lo levantó por los aires al primer cabezazo, castrándolo de un golpe, para luego ensañarse en él con sus colmillos. Yo a duras penas conseguí trepar a un árbol, precisamente con ayuda de tu padre. Sin embargo, de pronto decidimos enfrentarnos con él todos al mismo tiempo, en semicírculo, y fue tanta la excitación, que algunos, involuntariamente, hirieron a sus propios compañeros. Una lanza que arrojó Peleo dio muerte a Euritión, y también Linceo y Piritoo se hirieron recíprocamente en el mismo instante.

—¿Y mi padre?

—Tu padre, desde el árbol en que se había puesto a salvo, fue el primero en arrojar su asador e hirió al jabalí en una paletilla. A continuación, Ificles y Atalante lo hirieron en el lado opuesto. Luego Anfiarao consiguió cegarlos con dos flechas certeras y Meleagro lo remató a lanzazos. Entonces empezaron las disputas sobre la propiedad de los trofeos: ¿a quién le correspondía la piel, a quién las pezuñas y a quién los colmillos? Meleagro, que estaba secretamente enamorado de Atalante, propuso que ella se quedase con todo los trofeos. «Atalante fue la que lo hirió primero», decía a todo el mundo, «y si nosotros no hubiésemos intervenido, ciertamente lo habría matado ella sola».

—¿Y era verdad?

—No, por supuesto que no. Ante todo, porque quien primero hirió a la fiera fue tu padre, y, además, porque la tradición quiere que la piel corresponda a quien remata la presa y no a los que la han herido. Para complicar más aún la situación intervinieron los tíos de Meleagro: el mayor de ellos, Plexipo, le quitó a Atalante la piel del jabalí y se la apropió diciendo que él era el más anciano de los presentes. En respuesta, Meleagro, sin pensárselo dos veces, lo traspasó con su espada. Así pues, todo ocurrió aquel día y ahora sería demasiado prolijo enumerar los lutos que se relacionan con la muerte del monstruo.^[2] ¡Lo seguro es que la maldición de Artemisa se hizo notar!

—Y ¿cómo fue que al final —preguntó Leonte—, entre tantos pretendientes ilustres, ya sea por cuna, ya por valor, los colmillos se le entregaron justamente a mi padre?

—Porque todos, con tal de no beneficiar a un rival, prefirieron asignarle el trofeo a un muchacho poco menos que desconocido. El único que se opuso fue...

Pero Leonte nunca supo el nombre del único opositor, pues en ese momento entró Evanio, seguido de un grupo de isleños. El cretense, con aire ofendido, avanzó hasta el centro del *megaron*: sobre su pecho tintineaba el collar con los colmillos del jabalí.

—Oh Evanio, hijo de Cosínides, oh valeroso auriga —lo apostrofó Néstor—, ciertamente tú has conocido a Neópulo el Honesto, rey de Gaudos y muy querido amigo mío. Pues bien, de él no tenemos ni rastros: su cadáver no fue hallado en el campo de batalla, ni jamás troyano alguno empuñó sus armas. Algunos dicen que, habiéndose aventurado en exploración a lo largo de las murallas de Troya, lo hirió una flecha de los dárdanos; otros, en cambio, juran que le dio muerte un ladrón que había puesto los ojos sobre su armadura. Ahora está aquí con nosotros Leonte, su único hijo, que dice haber reconocido entre tus ropas un collar que pertenecía a su padre. Por otra parte, yo mismo puedo atestiguar que los colmillos de jabalí que en este momento adornan tu pecho son los mismos que, por voluntad unánime, le entregamos al honesto Neópulo el día que abatimos el Jabalí Calidonio.

—Oh noble Gerenio —repuso Evanio, casi interrumpiéndolo—, yo no soy, como Ulises, hábil en sobreentendidos y alusiones, y me gustaría que se me acusara

abiertamente. Porque si la acusación es la de haber dado muerte a Neópulo por ambicionar sus armas, entonces la respuesta no puede ser otra que la espada.

—Demasiado impetuoso te muestras, oh Evanio, por una simple pregunta —replicó Néstor, nada impresionado por la reacción del cretense—. Harías mejor en reservar tu furor para los troyanos. Por el momento, límitate a dar respuesta a una pregunta: ¿cómo es que llevas el collar de Neópulo?

—Sabes bien, oh Néstor, que podría no contestarte, hasta tal punto es evidente la ofensa que se esconde en tus palabras —replicó Evanio, furibundo—, pero, dado que no puedo pasar por alto la nieve que el tiempo ha dejado en tus cabellos, responderé, como cuando le hablo al padre de mi padre, sin economizar paciencia y resignación: compré el collar trocándolo por dos espinilleras de bronce y un escudo historiado en Las Dos Fuentes, un lavadero no muy distante de Troya, situado en la confluencia de los dos ríos. La vendedora era una mujer de rara belleza; tenía largos y rubios cabellos, y tal vez los ojos azules. Digo tal vez, porque sus ojos cambiaban de color según el momento: a veces me parecían verdes, a veces celestes. La piel de aquella mujer era tan blanca y aterciopelada que yo hubiera jurado que era de origen argivo. Pero si ahora el hijo de Neópulo, por razones afectivas, quiere recuperar el collar, puesto que yo lo obtuve regularmente y no robándoselo a un cadáver, tendrá que pagarme lo justo, es decir, lo mismo que yo le di a la extranjera de ojos cambiantes: el escudo historiado y las espinilleras de bronce.

En aquel entonces, por lo visto, no existía el delito de adquisición imprudente: nadie hubiera podido culpar a Evanio más de lo que Néstor lo había hecho con sus insinuaciones. En cualquier caso, Gemónides, y algo menos Leonte, dieron por buenas las justificaciones del cretense y procuraron que se aclarase mejor la ubicación del sitio en que podrían dar con la misteriosa mujer. Al sur de Troya existe, efectivamente, un sitio llamado Las Dos Fuentes, donde hay dos manantiales, uno de aguas heladas y el otro de aguas hirvientes.^[3] Al parecer, esa zona era frecuentada exclusivamente por mujeres troyanas que todos los días, y bajo escolta armada, iban en grupo a lavar las ropas de sus maridos.

Evanio aconsejó a Leonte y Gemónides que tuvieran la máxima prudencia, y que, de todas maneras, se disfrazaran de mercaderes licios. Todavía estaban hablando de la mujer de ojos cambiantes cuando un clamor proveniente de la calle interrumpió sus conversaciones. Un joven heraldo entró a toda carrera en el *megaron*.

—Oh Néstor, domador de caballos —aulló el mensajero, jadeando—, los aqueos necesitan tu solícito auxilio: Héctor ha hundido la muralla en el extremo izquierdo del campamento y muchos troyanos provistos de picas ya han rebasado el foso de protección. A Diómedes lo han herido en el talón. Agamenón, pastor de pueblos, tiene un brazo traspasado, y Ulises sangra por una herida que le ha infligido el cruel Soco. También el espléndido Euripilo, hijo predilecto de Evemón, yace ahora en el

suelo, socorrido por los tesalios. A tu presencia, oh Gerenio, me envía tu amigo Macaón, hijo de Asclepio: te comunica que ha sido gravemente herido en un hombro por Paris, el de larga cabellera, y que hasta el momento nadie ha logrado extraerle la flecha, que es del tipo de tres puntas. Macaón te ruega que vayas a buscarlo con un carruaje y que, al mismo tiempo, hagas llamar a algún curador experto en dardos de triple punta, dado que su hermano Podaliro, también hijo de Asclepio, está ocupado en el combate contra los dárdanos, Date prisa, corre, hijo de Neleo, que el tiempo es un bien precioso.

Si verdaderamente lo fuera, le habría dicho Néstor, tú no habrías hablado tanto; pero, a fin de evitar más dilaciones, simplemente dio orden de que convocaran a un médico a la altura de la situación. Realmente Macaón era su más querido amigo, y, por otra parte, él mismo era médico, y de los más expertos. Tanto él como su hermano Podaliro habían aprendido el arte de la medicina de su padre Asclepio, quien a su vez había sido discípulo del centauro Quirón. El primero se había especializado en cirugía y el otro en medicina interna.

Una vez llegado a la zona de operaciones, Néstor comprendió en seguida que la situación era grave: el enemigo presionaba por todas partes y daba la impresión de que en cualquier momento abriría brecha en la primera línea aquea. En algunos puntos, a pesar de la muralla y el foso, los carros troyanos habían logrado entrar en el campamento y ahora, a través de esas aberturas, una turba de vociferante infantería se volcaba hacia las tiendas como un torrente desbordado: eran hombres semidesnudos y armados de aguzadas cañas. Áyax Telamón y Ulises se batían furiosamente entre docenas de troyanos desatados: por decirlo a la manera de Homero, parecían dos ciervos de ramificadas astas atacados por chacales famélicos.^[4] Sin embargo, pese a su valor, el enemigo iba ganando cada vez más terreno.

Mientras tanto Paris, entre las huestes troyanas, en el colmo de la exaltación por haber herido a Diómedes, trataba de provocarlo de mil maneras.

—Oh altanero Tidida —gritaba—, ¡por fin he logrado herirte! No desperdicié la flecha con que te he apuntado. ¡Ah, si te hubiese acertado en el bajo vientre! ¡Ahora ya estarías camino del Hades con toda tu arrogancia!

—Oh hijo de Príamo —rebatía Diómedes—, no eres más que un arquero, eso es lo que eres. Te enorgulleces de tu atuendo y guiñas el ojo a las doncellas, pero si tuvieras algo de valentía en ese tu cuerpo blanduzco de guaperas arrojarías lejos de ti el arco, arma de cobardes, y te enfrentarías conmigo, de hombre a hombre, espada en mano. ¡Te vanaglorias de haberme herido y apenas si me has hecho un rasguño en el talón! En lo que a mí respecta, es como si me hubiera lastimado una mujer celosa o una sirvienta negligente.

Néstor, entre tanto, no perdía el tiempo: ayudado por el auriga Eurimedonte, recogió a su amigo herido y a toda carrera lo condujo a su casa. Allí Macaón, pese al

dolor, logró darle al joven cirujano que le estaba esperando las instrucciones necesarias para extraer la flecha. El hijo de Asclepio no emitió ni un gemido: con una mano apretó el brazo de Néstor y con la otra se llevó a la boca una hierba mágica de poderes analgésicos.

Unos diez minutos más tarde llegó también Patroclo, el fraterno amigo de Aquiles. Apenas lo vio, Néstor le invitó a que se uniera a los demás huéspedes en el *megaron*.

—Siéntate, oh hijo de Menecio —le dijo—, y bebe también tú una copa de vino de Pramnos.

—Te doy las gracias, oh descendiente de Zeus —contestó Patroclo—, pero no puedo entretenerme. Aquel que me envía, como bien sabes, fácilmente cede a la ira: a veces es capaz de enfadarse con quien, como yo, no tiene la menor culpa. Sólo estoy aquí para poder transmitirle el nombre del héroe herido que hace unos momentos llevabas en tu carro. Ahora, además, gracias a tu cortesía, puedo verlo con mis propios ojos: se trata de Macaón, el mejor de nuestros curadores. Desde lejos, te lo confieso, ya lo habíamos reconocido, pero Aquiles deseaba comprobar si se confirmaban sus temores. Me voy presuroso a llevarle la noticia.

—¿Cómo es que sólo ahora se preocupa Aquiles por la suerte de los aqueos? —masculló Néstor—. ¿No ha visto que los héroes más valientes ya están maltrechos y que pronto todos acabaremos nuestros días aquí, en la ribera troyana? Ya demasiado cerca de las negras naves están los enemigos como para no temer, en cualquier momento, un infausto epílogo de esta guerra. Desgraciadamente, he de admitirlo, mi vigor ya no es el de antaño. ¡Ah, si fuera joven, como cuando hice frente a los eleos por un trivial asunto de vacas!^[5] Ahora la única esperanza, oh hijo de Menecio, es que asumas tú el mando de los mirmidones y vengas a ayudarnos. Si el veloz Aquiles se niega a acudir al campo de batalla, por lo menos ponte tú sus atavíos bélicos a fin de que el enemigo crea que el hijo de Peleo ha regresado al combate.

X. EN LAS DOS FUENTES

Donde Hera, para ayudar a los aqueos, seduce a Zeus y lo adormece, en tanto Leonte acude a Las Dos Fuentes y, gracias a una lavandera, entra en contacto con la mujer de ojos cambiantes.

«Disfrazaos de licios», había dicho Evanio, como si para convertirse en licios fuera suficiente tiznarse el rostro y vestir una túnica mugrienta. Gemónides, gracias a su gran barba negra, hubiera podido engañar a un troyano distraído; pero no así Leonte. Como anatolio, Leonte era un desastre: tenía el pelo rojizo, los ojos verdes y el rostro cubierto de pecas. Aparte del aspecto, también había el problema del idioma: el muchacho no conocía palabra de la lengua licia.

Todo lo resolvió Telón, el tabernero. El buen hombre, a cambio de una adecuada compensación, se ofreció como intérprete, guía y maquillador; les consiguió, efectivamente, las prendas para disfrazarse y con un unguento de su invención (probablemente la misma grasa con que lubricaba las ruedas de su almazara) recubrió todas las pecas de Leonte, una por una.

La guerra, entretanto, había vuelto a equilibrarse gracias a dos acontecimientos, uno de origen divino y el otro de carácter estratégico. Para cambiar las suertes del juego habían intervenido Hera y Patroclo: la primera, enviando a Poseidón para que confortase a los aqueos, y el segundo aceptando vestir los atavíos guerreros de su amigo Aquiles.

Zeus, como ya sabemos, no quería que los dioses influyeran en los combates, y eso por un motivo muy sencillo: quería que la guerra siguiese su curso natural, sin intervenciones divinas que alterasen su equilibrio. Para él, ese Grecia-Troya era un *derby* a disfrutar por entero. Por la noche, al irse a dormir, siempre se preguntaba: «¿Ocurrirá mañana que los troyanos consigan desbaratar a los aqueos?», o bien «¿Quién sabe si Agamenón conseguirá al fin saquear Troya?». Pues bien, a pesar de todos los oráculos que tenía a su disposición, Zeus rehusaba, por principio, conocer anticipadamente el resultado final del conflicto. Todas las mañanas, bien temprano, se instalaba en el mirador del monte Ida y desde allí controlaba que ningún dios o semidiós interviniera en favor de uno u otro bando.

«Aquí lo que hace falta es que alguien adormezca a Zeus», pensó razonablemente Hera, «porque, de lo contrario, nunca podré bajar a echar una mano a los aqueos».

De hecho, la situación se había puesto difícil para los griegos: a ese paso, en veinticuatro horas más los troyanos los echarían de vuelta al mar. A esas alturas, la

señora del Olimpo comprendió que si quería salvar a sus pupilos era absolutamente necesario que alejase a Zeus del mirador.

«Es indispensable conseguir que Afrodita me preste el cinturón», exclamó la diosa de blancos brazos, y acto seguido fue a visitar a su rival.

Ahora bien, convencer a Afrodita para que renunciase a su mejor arma, aunque sólo fuera por media hora, no debía de ser empresa fácil. Pero Hera lo intentó igualmente.

—Oh Afrodita, nacida de la espuma, bien sé que me odias porque ayudo a los aqueos, en tanto tú proteges a los troyanos; pero hay cosas que están por encima de nuestras rencillas, y que justamente tú, oh diosa de los sentidos, no me puedes rehusar: mi padre Cronos y mi madre Rea hace ya mucho tiempo que no conocen la alegría de un abrazo amoroso. Viven en un lejano país, más allá del océano, donde antaño Zeus quiso que vivieran apartados, y están muy tristes. Si tú me prestaras, sólo por una noche, tu mágico cinturón, yo podría entregárselo a mi madre para que, así ataviada, consiguiera suscitarle a Cronos el antiguo ardor.

Pese a las malvadas habladurías acerca de ella, Afrodita era una diosa muy sensible ante un discurso como ése: su única finalidad en la vida era brindar felicidad, en asuntos de sexo, a hombres y mujeres. Cuando se enteraba de que en algún lugar del mundo había una pareja que había hecho bien el amor, en seguida se entusiasmaba y se dedicaba a divulgar el suceso, incluso contándoselo a quienes el asunto les tenía sin cuidado. Por tanto, la petición de Hera no podía menos que contar con su favorable disposición.

En cuanto tuvo el cinturón, Hera lo usó para sus intereses: corrió hacia Zeus, que estaba en el monte Ida, y se dio a menear las caderas a lo largo del mirador hasta que el Padre de los Dioses se lanzó tras ella. Ya sabemos que Zeus no sabía negarse a cierta clase de provocaciones: cogió a su mujer de un brazo y acometió un grosero intento de poseerla en el suelo, allí, a la vista de todo el mundo. La diosa, naturalmente, fingió escandalizarse.

—¿Qué haces, oh divino amador? ¿Quieres acaso yacer en presencia de los demás dioses? Si verdaderamente tu deseo es tan urgente que no puedes esperar la complicidad de la noche, encerrémonos en nuestro dormitorio, el de las puertas secretas que nos obsequió Hefestos, y amémonos ininterrumpidamente hasta que, exhaustos, el sueño nos venza a ambos.

—No sé qué me sucede —admitió Zeus, excitadísimo—, pero he de confesarte, oh adorada, que jamás sentí tanto deseo de hacer el amor, ni siquiera cuando me uní a la mujer de Ixión.^[1] De todas maneras, nada temas: me encargaré de que nadie nos vea.

A un gesto suyo, una nube de oro bajó del cielo y los envolvió a ambos, mientras bajo sus cuerpos brotaba una alfombra de tiernas hierbas: azafrán, fresco trébol y

floridos jacintos.

Pero la diosa, previamente, se había puesto de acuerdo con Morfeo, el dios del Sueño.^[2]

«Hoy yaceré con el divino Zeus», le había dicho. «Si después de nuestro amoroso abrazo lo duermes, yo, en agradecimiento, te daré como esposa a Pasitea, la mujer que siempre has deseado».

Todo salió según lo previsto: en cuanto Zeus empezó a roncar, Hera aprovechó para enviar a Poseidón al campo de batalla.

La intervención del dios invirtió la marcha de la guerra: los aqueos desencadenaron una poderosa contraofensiva; Áyax Telamón arrojó una gran piedra contra Héctor y lo hirió en el pecho; Diómedes, Ulises y Áyax Oileo exterminaron a docenas de enemigos, y Patroclo, con las armas de Ulises, puso definitivamente en fuga a los teucros. Aparte de las armas, tuvieron también peso los terribles mirmidones, la tropa selecta de Aquiles que provenía de Ptía. Homero, en la *Ilíada*, los compara con un enjambre de avispas que un viandante distraído hubiera molestado con el pie.^[3]

Cuando Zeus despertó, no podía creer en lo que veían sus ojos: había dejado a los troyanos al ataque, antorchas en mano, a punto de dar fuego a las naves enemigas, y ahora los veía en retirada, presionados por los aqueos. Y no sólo eso, sino que incluso, entre los caídos a última hora, se contaba también uno de sus hijos predilectos, el licio Sarpedón. En seguida el Padre de los Dioses comprendió que algo irregular tenía que haber ocurrido, y que ese «algo» tenía que ver con su mujer.

—¡Ah, mujer miserable —rugió entonces con su voz tonante—, me sedujiste para poder engañarme! ¡Mereces el peor de los castigos! ¡No tendré compasión alguna, ni permitiré que nadie, mortal o inmortal, acuda en tu ayuda! ¡Igual que cuando te colgué del cielo!^[4]

Se refería a un suceso ocurrido muchos años atrás. La señora del Olimpo, harta de las continuas infidelidades de Zeus, tramó un día una conjura contra él, y, junto con un grupito de dioses, ató al dios sobre la cama matrimonial con cien cuerdas de cuero y cien nudos mágicos que había inventado Hefestos: se trataba de nudos concebidos de forma que, cada vez que se intentaba desatar uno, los otros volvían a anudarse automáticamente. El desdichado de Zeus blasfemó y maldijo largo rato a sus captores, pero sin conseguir la menor atención: estaban demasiado ocupados discutiendo sobre quién había de sustituirlo en el trono del Olimpo como para escucharlo. Quien acudió en su ayuda fue la diosa Tetis: temiendo que la pugna por la sucesión pudiera degenerar en un alboroto cósmico, le pidió al gigante Briareo que desatara simultáneamente, con sus cien manos, todos los nudos.

Así liberado, Zeus atrapó a Hera y la colgó por los brazos del cielo, atándole a los tobillos dos pesadísimos yunques de oro. La desdichada gritaba, lloraba e imploraba

piedad, pero nadie se atrevió a acudir en su ayuda, ni siquiera los dioses más importantes (Apolo, Poseidón, Hades, etcétera). De tal suerte, la pobre se quedó colgada del cielo como una lámpara durante días y días. El único que osó protestar fue Hefestos, el hijo tullido, el mismo que, recién nacido, se vio despreciado precisamente por su propia madre. Cuando Zeus vio que le salía al encuentro señalándolo con el dedo acusador, ni siquiera le dedicó una mirada: lo cogió de un pie y volvió a arrojarlo fuera del Olimpo, esta vez rompiéndole ambas piernas en la isla de Lemnos.

Aprovechando la presencia de una luna casi llena, Leonte, Gemónides y Telón se encaminaron hacia Las Dos Fuentes en plena noche. La distancia que habían de recorrer no era mucha, a lo sumo cinco o seis kilómetros, pero el trayecto pasaba no lejos de las murallas de Troya y, por tanto, podía deparar ciertos riesgos. Los tres hombres siguieron el curso del Escamandro hasta su confluencia con el Simunte, para dirigirse luego hacia la izquierda por la orilla opuesta a la de las murallas.

Una tupida cortina de sauces, chufas, tamarices y lotos los protegió de las miradas de los centinelas troyanos apostados en las torres. De hecho, Las Dos Fuentes no quedaban en la confluencia de los ríos, como había dicho Evanio, sino un par de kilómetros más al este, y el último trecho era de muy incómodo recorrido ya que consistía en aguas pantanosas infestadas de voracísimas pulgas acuáticas. De todas maneras, aunque algo maltrechos, nuestros héroes llegaron una hora antes del alba. El lugar se mostraba desierto y tranquilo.

Narra Homero: «*En los alrededores de Las Dos Fuentes había dos lavatorios de piedra, amplios y bellos, donde las esposas de los teneros lavaban sus espléndidos ropajes.*»^[5] Y precisamente allí, junto a esos lavatorios, nuestros personajes aguardaron a las troyanas. Telón puso sobre un murete algunas piezas de queso de cabra que traía de su taberna, y apenas llegaron las primeras lavanderas empezó a pregonar su mercancía.

—¡Oh, las delicias de Telón! ¡Qué buenas son las delicias de Telón! —gritaba—. ¡Probadlas, oh mujeres, y por fin conoceréis el manjar de los dioses!

Las lavanderas fueron llegando una tras otra, con las canastas llenas de ropa en equilibrio sobre la cabeza, ni más ni menos que como todavía actualmente acostumbran hacerlo las mujeres de la Ciociaria.^[*] Es cosa extraña cómo ciertas costumbres se repiten en todas las épocas y en las más diversas latitudes. Dos soldados armados de lanzas seguían a cada grupo de mujeres, guardando las debidas distancias. Entre tantas mujeres había algunas más bonitas, pero ninguna tenía los ojos cambiantes que había descrito Evanio. El trío aguardó un par de horas más; después, un tanto desanimados, empezaron a preguntar.

—Dime, mujer —le preguntó Telón a una lavandera regordeta que se había acercado para averiguar el precio de los quesos—, ¿no conocerás, por casualidad, a

una troyana de ojos de color cambiante, ora azules como el cielo ora verdes como la hierba de los prados?

—A decir verdad, no estoy segura de que sea troyana —repuso la lavandera—, pero la conozco muy bien y puedo asegurar que guapas como ella hay muy pocas bajo la bóveda de Urano. Tú te refieres a Ekto, la amiga de Polixene.

—Sí, precisamente a Ekto me refería, ahora recuerdo su nombre —dijo Telón fingiendo hacer memoria—. ¿Cómo es que no ha venido hoy a las fuentes?

—No siempre acude —repuso con aspereza la lavandera—. No es como yo, que soy viuda y tengo que mantener a un padre viejo y cuatro hijos. Mi marido murió el año pasado al caerse de la muralla y ahora me veo obligada a lavar tanto mis ropas como las ajenas. Ella, en cambio, no lava ni las suyas: a Las Dos Fuentes envía a sus esclavas, y cuando las acompaña sólo lo hace porque no sabe cómo entretenerse. Pero si deseas enviarle algún mensaje, oh mercader, regálame un queso de cabra y con mucho gusto oficiaré de mensajera.

—Este amigo mío anhela conocerla —aclaró Telón, y acercándose al oído de la mujer susurró en voz baja—: ¡Está enamorado!

La lavandera suspiró, resignada.

—¡Siempre lo mismo! ¡Lo único que a los hombres les importa es la belleza! ¡Ninguno presta atención a las virtudes domésticas! A una mujer, en cambio, habría que evaluarla antes de día, y después de noche.

—Oh mujer —prosiguió Telón sin hacer caso del discursito moral—, te daré ahora la mitad del queso que me has pedido, y, si logras que mañana conozca a Ekto, de mil amores te regalaré la horma entera.

Al día siguiente, la misteriosa mujer no apareció; pero la lavandera se acercó a ellos.

—Ekto te comunica —empezó a decir, y cogió el queso antes que Telón pudiera rehusárselo— que por orden de Príamo no puede venir a Las Dos Fuentes. Si tu amigo quiere conocerla, tendrá que seguirme, él solo, hasta el cruce de Los Tres Túmulos.

—¿Solo? ¡Jamás! —exclamó Gemónides en el más puro dialecto licio.

—¡Eso lo dirás tú! ¡Yo voy! —replicó Leonte olvidando toda prudencia y hablando en griego, mejor dicho, en la lengua de Gaudos. A continuación, dirigiéndose a la lavandera, agregó—: Estoy preparado, oh mujer. Puedes echar a andar, yo seguiré tus pasos.

Mientras se encaminaban, Leonte reparó en los peligros a que se estaba exponiendo. Muchas veces, en el campamento aqueo, los más veteranos le habían aconsejado que se guardara de las Empusas.

«¡No acudas nunca, muchacho, al cruce de Los Tres Túmulos! ¡Allí están las

Empusas!», le decían. Y ahora estaba yendo precisamente hacia aquel sitio.

De acuerdo, no eran más que leyendas. Pero, de tanto oírlas día tras día, terminaban por parecer verdades irrefutables. Las Empusas, hijas de Hécate, eran inmundos demonios de apariencia femenina. Se apostaban en los cruces, de dos o cuatro caminos, y, para mejor engatusar a los hombres, repentinamente exhibían el seno. Se decía que tenían nalgas de asno y calzado de bronce. Y que para ocultar la cola y las pezuñas acostumbraban vestir túnicas que llegaban hasta el suelo. Cuando lograban embaucar a algún pobre diablo, le hincaban los dientes en la carótida y le chupaban la sangre hasta matarlo.

Para los griegos el terror tenía siempre rostro de mujer, y los monstruos de las leyendas vestían casi todas prendas femeninas. Bastará recordar a las Harpías, Grayas, Moiras, Erinnias, Telquinas, Empusas, Gorgonas, así como a Lamia, Quimera, Equidna y compañías: todas hembras con alas de murciélago, voces caninas, melenas serpentiformes, ojos inyectados de sangre y monstruosidades por el estilo.

Leonte recordaba, todavía con terror, las amenazas de su nodriza:

«¡O te portas bien», le decía, «o llamo a Lamia para que te devore!».

Lamia le había dado muchísimos hijos a Zeus, pero Hera, celosa, los había ido matando uno tras otro.^[6] Entonces Lamia, a manera de revancha, por las noches merodeaba para dar muerte a los hijos ajenos, escogiendo a los más malos. A fin de que la imagen de Lamia fuese lo más horrible posible, se decía que Zeus le había concedido el privilegio de quitarse los ojos de las órbitas y volver a colocárselos a placer. Un buen privilegio, si bien se considera, sobre todo comparándolo con el caso de las tres Grayas: éstas tenían solamente un ojo y un diente para las tres, y cada vez que necesitaban mirar o comer, tenían que pasarse el ojo y el diente una a otra.

A Gemónides todos estos asuntos no le interesaban en absoluto: él temía solamente a los hombres de carne y hueso, en particular a los troyanos provistos de lanzas. Leonte, en cambio, estaba demasiado ansioso por conocer qué había sido de su padre como para no aceptar la oferta de aquella mujer.

—Yo sé que tú no eres licio —le dijo la lavandera cuando estuvieron a solas—, pero no me importa nada de licios, troyanos y aqueos. Tú consígueme más queso y yo te conseguiré más encuentros amorosos.

Cuando, por fin, vio a Ekto, Leonte se quedó sin aliento: nunca había visto mujer tan hermosa: y no se trataba solamente de la belleza de sus formas, sino de algo más sutil y misterioso. Notó sobre su piel una especie de corriente magnética que lo invadió por entero y le impidió apartar su mirada de aquel rostro. En seguida sospechó que se trataba de Helena en persona. Las descripciones que había oído sobre la reina de Esparta, durante las noches en vela, correspondían exactamente a las facciones de la mujer que ahora tenía delante.

—Pero... —balbuceó Leonte—, tú eres...

—¿Helena? —se le anticipó ella sonriendo—. No, no soy Helena, sino Ekto. Sólo me parezco a Helena. Muchos, en Troya, me llaman por su nombre, pero lo hacen para halagarme: ella es mucho más hermosa que yo.

—Y yo, ¿cómo he de llamarte? ¿Ekto o Helena?

—Llámame como quieras, guapo aqueo. Si llamarme Helena te emociona, puedes hacerlo; significará que simularé ser tu Helena, la misma que antes fue de Teseo, después de Menelao y por último de Paris. ¡Pero entonces tú también deberás fingir que eres mi amante. Tendrás que acariciarme los cabellos y murmurarme palabras de amor!

Leonte sintió que un doble escalofrío le recorría el espinazo: de placer, por haber impresionado favorablemente a una mujer tan fascinante, y de terror por haber sido reconocido como aqueo.

—¿Para qué querías verme? —preguntó Ekto.

—Para ver si podía averiguar...

—Entonces no era porque estabas enamorado... —repuso ella, decepcionada, con un mohín.

—Sí... quiero decir, no... —contestó Leonte, confuso—, sólo quería preguntarte si habías sido tú la persona que le vendió a Evanio, el rey de Matala, un valioso collar del que cuelgan dos colmillos de jabalí. Se trata de un trofeo que perteneció a mi padre, Neópulo el Honesto, que partió de Gaudos hace nueve años para combatir contra los troyanos. Se han perdido todos sus rastros desde hace por lo menos cinco años: nadie sabe si fue herido por un dardo de los teucros o por la sigilosa mano de un traidor, si actualmente está encadenado o si ha muerto, y, en este último caso, si su cadáver se encuentra bajo la árida tierra o en el lecho de un río. Oh mujer cuya belleza sólo las diosas igualan, ten piedad de quien está ante ti: dime el nombre del que te dio aquel collar. Me llamo Leonte y tengo casi diecisiete años. Haz que pueda encontrar el cuerpo de mi padre, que pueda dar a mi madre una respuesta y a él una digna sepultura.

«Qué raro», pensaba mientras tanto, pues durante el trayecto había preparado un discurso mucho más hábil, a fin de obtener la mayor cantidad posible de información sin necesidad de revelar su identidad. Pero delante de aquella mujer había expresado todos sus pensamientos, incluso los que podrían perjudicarlo: en otras palabras, no había sido capaz de mentir.

Ekto pareció afectada por sus declaraciones.

—¿Eres Leonte, entonces? —le preguntó al muchacho, casi como si ya hubiera oído hablar de él.

—Sí, me llamo Leonte y busco el cuerpo de mi padre. Y ahora tú, mujer, si además de bella eres también de ánimo amable, dime, por favor, quién te dio el collar

con los colmillos del Jabalí Calidonio.

—Recibí ese collar de manos de Polixene, la más joven de las hijas de Príamo, única persona que conoce el misterio de la muerte de tu padre. Si mañana regresas aquí, tú solo, haré que hables directamente con ella. Es obvio que te recomiende, por el momento, la más absoluta discreción: ni los aqueos ni los troyanos deben enterarse nunca de que nos hemos entrevistado.

Leonte, en cuanto hubo regresado a la taberna de Telón, contó todo con pelos y señales a quienquiera lo escuchase: y cuando describió a Ekto (Helena, según él) enrojeció como una sandía madura. Los adjetivos y las comparaciones con Afrodita estaban de más; según él, era imposible que la diosa, por bella que se pudiera imaginar, superase a Ekto.

—En otras palabras —comentó Gemónides—, ya te has olvidado de Calimnia.

—¿Calimnia? —repitió Leonte como un autómatas—. ¡Ah, sí, Calimnia! —y, por cómo pronunció su nombre, se comprendió que a esas alturas la noviecita de Gaudos ya no tenía sitio en su corazón: Ekto había borrado su recuerdo.

—¿Cómo has dicho que se llama esa mujer que se asemeja a Helena? —preguntó Tersites.

—Ekto. Se llama Ekto, pero yo prefiero llamarla Helena.

—El nombre no me sorprende —aclaró Tersites—, más aún, confirma lo que vengo diciendo desde siempre a los aqueos. Estamos combatiendo por una fémina que no existe. Helena no es una mujer: Helena es una apariencia. Por otra parte, ¿qué quiere decir *ektos*? Quiere decir lo de afuera, exterior, apariencia, nube, humo. ¡Helena es un fantasma!^[7]

—Y Paris, por las noches, ¿no se da cuenta de que está haciendo el amor con una nube? —se burló Telón con una mueca.

—Lo ignora, y os explicaré por qué —prosiguió Tersites—. Esta historia me la contó un tal Tonis, un gobernador egipcio que estuvo con Paris y Helena pocos días después de que se fugasen de Esparta. La nave de los amantes, a causa de una tormenta desencadenada por Hera, había naufragado en Canópica, en un banco de arena, cerca de la desembocadura del Nilo. Paris fue el primero que desembarcó, y, tras haber evaluado los daños sufridos por el casco, se vio obligado a soltar las cadenas de los *zughitai*^[8] a fin de que empujaran nuevamente el navío hacia el mar; pero he aquí que, justamente en ese trecho de la costa, se erigía un templo dedicado a Heracles. Por antigua tradición, cualquier esclavo que se arrodillase ante el dios en ese templo se volvía instantáneamente un hombre libre. Los *zughitai*, aprovechando que ya no estaban en cadenas, se abalanzaron en masa al interior del templo, y, una vez libres, denunciaron ante los sacerdotes las fechorías de su ex amo.

—¿Y qué ocurrió después? —preguntó Leonte, el único que prestaba fe a los relatos de Tersites.^[9]

—Todos terminaron presentándose ante Proteo, el rey de Menfis. Allí los esclavos contaron con pelos y señales todo lo que el infidente Paris había perpetrado en perjuicio de Menelao.

—¿Y qué hizo Proteo?

—Se enfureció grandemente y ordenó que encadenasen al traidor —contestó Tersites; después, con entonación enfática, repitió el discurso que, según él, el rey de Menfis había dirigido a Paris—: «¡Oh pésimo entre los hombres, has seducido a la mujer de tu anfitrión, y no te bastó con ello. Mediante halagos y promesas la hechizaste, convenciéndola para que abandonase a sus hijos, su marido y su casa, y no te bastó con ello. Incluso la convenciste para que se llevase consigo el oro y la plata que se custodiaban en el templo de Apolo. Ahora debería yo castigarte como mereces, es decir, con la muerte, pero por una promesa a los dioses he jurado no volver a dar muerte a un extranjero. Por tanto, me limitaré a expulsarte del reino, pero despojándote tanto de la amante como del tesoro, para poder devolvérselos en su debido momento al valeroso Menelao!»

—Pero ¿qué vas desvariando, oh Tersites? —se mofó Telón—. Helena llegó felizmente a Troya del brazo de Paris. La vi con mis propios ojos cuando bajaba de la nave, envuelta en un peplo celeste con ricos bordados, obra de las mujeres de Sidón, y también vi cómo todos los troyanos, encabezados por Príamo, le ofrendaban en coro su admiración.

—Indudablemente la viste, oh Telón —admitió Tersites—, pero mi historia no ha terminado: cuando Hera comprendió que, sin la presencia de Helena, Troya nunca sería destruida, cogió una nube y fabricó con ella un simulacro de mujer, en todo idéntico hasta en el menor detalle a la figura de la disputada amante. Así le brindó a Paris la ilusión de haber logrado huir junto con su mujer.

—¿Y por qué Proteo, más tarde, no hizo que Helena volviera con Menelao? —objetó acertadamente Gemónides.

—Porque Menelao, a su vez, cometió un abominable delito. Al llegar a Egipto en persecución de Paris, para obtener el favor de los dioses sacrificó a dos niños egipcios de tierna edad. Indignado por semejante crueldad, Proteo ya no quiso entregarle a Helena, ni el tesoro de Apolo.

—Y Helena, ¿nada hizo por volver a reunirse con Paris?

—No. Prefirió olvidarse tanto de Paris como de Menelao. Actualmente ella se llama Afrodita Forastera y todos la veneran como a una diosa.

—Pero Helena de Troya —volvió a preguntar Leonte—, la que vive junto a Paris en el palacio de Príamo, ¿quién es?

—Es un fantasma, es mera apariencia. Y es natural que su segundo nombre sea Ekto.

Leonte se quedó estupefacto: para él, Ekto era humana. Es más, hasta demasiado

humana.

—Por tanto, en tu opinión —replicó Gemónides—, todos, aqueos y troyanos, ¿estamos combatiendo desde hace nueve años por la posesión de una nube?

—¡Ni más ni menos! —contestó Tersites con acento triunfal—. Por lo demás, no hay por qué sorprenderse: cada vez que uno se enamora de una hembra, la amada no es nunca un ser real, de carne y hueso, ¡siempre es un fantasma, un simulacro, una idea! ¡Por eso odio a las mujeres, y, además, a los poetas que cantan sus alabanzas!

—Tal vez tengas razón —intervino Telón—, pero lo que estás diciendo, puedes creerme, sólo es válido para los enamorados. Por otra parte, oh Tersites, no me negarás que las mujeres siguen siendo siempre el más placentero de los entretenimientos.

—¡Eso tampoco es cierto! —objetó el tullido—. Según el gran Tiresias, si en materia de amor dividimos por diez el goce, ¡nueve partes le tocan a la hembra y solamente una al macho!^[10]

—Y si, encima, la hembra es una nube, le corresponderán menos partes —concluyó irónicamente Gemónides.

Cuando Leonte volvió a entrevistarse por segunda vez con Ekto, antes que nada quiso tocarle un brazo, y, al comprobar que estaba hecha de carne, soltó un suspiro de alivio.

—Helena, Helena, amor mío —le dijo—, ¡no puedes imaginar hasta qué punto he temido que fueras una visión!

—Si fuese una visión habría acudido en sueños, esta noche, oh mi adorado, y no te obligaría a tantos subterfugios para que nos veamos.

—¿Dónde está Polixene?

—Ahora iremos a verla, pero antes tendré que vendarte los ojos. No lejos de aquí, en un bosque, hay un pasadizo subterráneo que nos llevará a Troya. Yo misma te guiaré cogiéndote de la mano, pero has de prometerme que por ninguna razón te quitarás la venda. Si lo hicieras, aunque sólo fuese por un instante, yo desaparecería para siempre. Acuérdate de Orfeo.

Empezó así una larga peregrinación a través de una espesa vegetación. Varias veces sintió Leonte que las zarzas le arañaban las piernas y las hojas le rozaban la cara. A cierta altura, por la sensación de humedad que percibía en la piel, comprendió que habían entrado en un pasillo subterráneo: de vez en cuando alguna gota de agua caía sobre él. Ella no le soltaba la mano y le susurraba dulces palabras.

—Serás el primer aqueo que ponga los pies en la ciudad de Troya, pero yo te protegeré.

Tal vez Leonte hubiera tenido que echarse a temblar con sólo pensar que podía encontrarse en medio del ejército enemigo, pero tanta era la ternura de aquella mano que de buena gana habría proseguido indefinidamente ese viaje. El vendaje era

apretado, el nudo le lastimaba la nuca, pero no hizo nada por aflojarlo: la mera idea de que ella pudiese desaparecer repentinamente lo hacía sentirse mal. Ya le había ocurrido a Orfeo, y él no quería correr ese riesgo. Estrechó aún más la mano de su acompañante y se la llevó a los labios.

—Helena, Helena, amor mío —le dijo—, si estar con los ojos vendados es indispensable para tenerte a mi lado, véndamelos para toda la vida.

XI. POLIXENE

Donde, gracias a Leonte, entramos en la ciudad de Troya, conocemos a Polixene y asistimos a los festejos con que los troyanos celebraron la muerte de Patroclo. Entre otras cosas nos enteramos del robo del Paladión por obra de Ulises y Diómedes, y del descabellado amor de Polixene por el Pelida Aquiles.

Cuando Ekto le quitó el vendaje, Leonte se encontró en el fondo de una pequeña gruta que servía como almacén de leña. Ella, volviendo a cogerlo de la mano, lo condujo hacia la salida.

—Hemos llegado —suspiró la mujer abriéndose paso entre tablones apilados—. Ésta es Troya. Ahora ten cuidado: si no quieres que te descubran, mantente junto a mí y no hables con nadie.

Después de haber estado tanto tiempo a oscuras, a Leonte le costó un poco enfocar las imágenes; después, poco a poco, volvió a acostumbrarse a la luz del sol y pudo admirar aquella «Troya de amplias calles». Dicho sea entre nosotros, las calles no le parecieron tan grandes como se las habían descrito, o, en todo caso, no más grandes que las que había visto en Festo cuando estuvo en compañía de su tío Antifinio. Los poetas, evidentemente, cuando cantan las gestas de los héroes siempre tienden a la exageración.

Apenas salieron de la gruta, Leonte vio a dos centinelas armados que le observaban con cierta curiosidad. Sin embargo, nada le preguntaron: por lo visto, ya estaban de acuerdo con Ekto.

—¿Ves aquel edificio? —dijo la mujer señalándole un pequeño portón—. Pues es mi casa.

—¿Cuál? —preguntó Leonte—. ¿La que tiene el umbral roto?

—Sí, y precisamente así es como todos la denominan en Troya: «la casa del umbral roto».

—Pero ¿no deberías vivir en el palacio, junto a Paris?

—En el palacio vive Helena, no Ekto —replicó sonriendo la mujer—. La pobre Ekto vive en una pequeña casa y tiene un marido viejo y maltrecho.

Leonte nada contestó. Que se llamase Helena o Ekto para él era lo mismo, la amaba igualmente.

—Y Polixene, ¿dónde vive?

—Ella sí que vive en el palacio, pero la veremos en el templo de Atenea.

—¡Pues vamos allá! —pidió Leonte.

—¿No quieres que primero entremos en casa? Tal vez te apetezca conocerlo.

—¿A quién?

—A mi marido. Es un inválido; perdió una mano en la guerra.

—¡No! ¡No quiero verlo! Prefiero creer que no tienes ningún marido —contestó con decisión el muchacho, al tiempo que apresuraba el paso.

—Eres como todos los aqueos: ¡primero te inventas las cosas y luego crees que son verdaderas!

Leonte observaba con curiosidad el movimiento de los troyanos a lo largo de las calles. Lo que más lo asombraba era que los enemigos eran prácticamente idénticos a los griegos. Los mismos rostros, las mismas figuras de esposas y de madres sudorosas, todas atareadas en las mismas faenas que llevaban a cabo las mujeres de su país: ir a buscar agua a las fuentes, regañar a los chiquillos, transportar sacos de harina y despachar las necesidades domésticas. Incluso el bobo de Troya se parecía al bobo de Gaudos. Los soldados troyanos, vistos fuera del campo de batalla, parecían, salvo por las armaduras, idénticos a los aqueos: tenían más o menos la edad de Leonte y eran alegres y ruidosos como todos los muchachos del mundo. La mayoría de ellos ni siquiera tenía vello en las mejillas. «Si los hombres pudiesen contemplarse unos a otros», pensó Leonte, «mientras están en sus casas, sentados a la mesa, con sus hijos, esposas y padres, ¡tal vez nunca habría guerras!».

Durante un buen trecho bordearon la muralla y unos diez minutos después llegaron a las Puertas Esceas. La vociferante algarabía de guerreros, esclavos, mujeres y mercaderes, le permitió al joven aqueo pasar inadvertido. Echó un vistazo fuera de las puertas y alcanzó a entrever, a poco menos de dos kilómetros de distancia, un intenso movimiento de tropas aqueas, con carros que avanzaban velozmente hacia el norte. Dedujo que debía estar produciéndose una batalla entre griegos y troyanos cerca de las orillas del Simunte. Para enterarse mejor habría tenido que atravesar las puertas o encaramarse a una torre. Mientras tanto, también de la ciudad empezaron a salir pelotones armados y carros de guerra en dirección a la confluencia de los ríos. Por los gritos de los jefes, Leonte se dio cuenta de la violencia de los combates y no pudo menos que sentir remordimiento. En ese momento sus compañeros se estaban jugando la vida, y él estaba allí de galán con una mujer casada. «Estoy aquí», se dijo, «en busca de información sobre la muerte de mi padre». Pero las cosas no eran exactamente así: él se había aventurado dentro de las murallas de Troya porque se moría de ganas de volver a ver a Helena, o Ekto, o como rayos se llamase.

—¡Polixene nos espera! —le recordó la mujer tirando de su túnica.

En medio del templo se destacaba nítidamente el Paladión, la estatua de madera que representaba a Atenea. Al verla, Leonte recordó lo que Gemónides le había dicho

aquel día en Thymbra: «Troya no será destruida mientras esa estatua permanezca en el templo; un día de éstos alguno de nosotros debería decidirse a robarla». Pues bien, él, en ese momento, tenía todas las posibilidades a su favor. Le hubiera bastado con coger la estatua y echar a correr como un gamo hacia las tropas aqueas. Contando con el factor sorpresa, y dado que en ese momento las puertas estaban abiertas, hubiera podido tener éxito. Más adelante los poetas relatarían su empresa junto al fuego: todo el mundo querría escuchar el mito de Leonte de Gaudos, el joven cretense que sin ayuda de nadie había robado el Paladión. Pero dos guerreros armados que montaban guardia junto a la estatua pusieron inmediatamente en su sitio aquellos sueños de gloria.

Contaba la leyenda que esa estatua había caído del cielo durante la construcción de Troya, y que ella misma se había colocado en el centro del templo. También se decía que en su interior había un mecanismo mediante el cual la diosa, de vez en cuando, agitaba la lanza. Leonte la miró largo rato, pero no logró ver el menor movimiento. ¡Y pensar que pocos días más tarde realmente alguien robaría el Paladión! Autores del hurto, como de costumbre, los dos aqueos más tunantes: Ulises y Diómedes, o, mejor dicho, uno de los dos.

La empresa fue perpetrada durante la noche que siguió a una jornada de enfrentamientos sangrientos, cuando todo permitía suponer que, extenuados de cansancio, los troyanos se habían ido a dormir. Los dos aventureros se encaminaron poco antes de la medianoche y se dirigieron hacia el flanco este, el menos vigilado por los centinelas, en parte porque era el que resultaba más difícil escalar. Llevaban consigo una larguísima escalera, construida ex profeso por los carpinteros de Ítaca según medida que Ulises había calculado a ojo.^[1] Pese a los cálculos, sin embargo, el artilugio resultó insuficiente y uno de los dos tuvo que encaramarse sobre los hombros del otro. Pero ¿quién superó la muralla y quién se quedó esperando en la escalera? ¿Quién se apoderó del Paladión? Al día siguiente, cada uno de los dos se proclamó autor de la empresa. Ulises aseguró haberlo hecho todo él solo, y dijo que Diómedes le había hurtado la estatua posteriormente. Diómedes, por su parte, declaró que mientras sostenía el Paladión, Ulises lo atacó por la espalda, y que se había librado porque, gracias a la luz de la luna, había conseguido atisbar en el suelo la sombra de una mano que estaba a punto de apuñalarlo. El hecho es que ambos *gentlemen* regresaron en el siguiente orden de marcha: Ulises delante, huyendo, y Diómedes arreándole patadas en el trasero. Esta forma de estímulo pasó posteriormente a la historia como «impulso de Diómedes».

Y, por fin, he aquí que aparece Polixene, la más joven de las hijas de Príamo. Leonte la saludó inclinando ligeramente la cabeza. La primera impresión que tuvo le resultó positiva: una muchachita frágil, de facciones delicadas, que en cierto sentido

le recordaba a su hermana Lanicia.

—Éste es Leonte —dijo Ekto—, el chico del que te he hablado.

—¿El hijo de Neópulo? —preguntó Polixene, tal vez para ganar tiempo.

—Sí, él en persona.

Polixene volvió a observar a Leonte durante unos segundos. Estaba claro que desconfiaba. Por otra parte, aquel joven que estaba ante ella no dejaba de ser un enemigo. La muchacha miró a Ekto con una expresión desesperada.

—¡Vamos, Polixene, ánimo! —la exhortó Ekto—. Proponle el intercambio que comentamos la otra noche. Tú no conoces a Leonte, pero te aseguro que es un muchacho muy sensible y que nadie podrá comprender mejor que él tus afanes.

—Conocí a Neópulo hace cuatro años... —empezó Polixene y bajó la mirada—, y podría contar muchas cosas acerca de él, pero antes necesito que me ayudes.

—Cualquier cosa que quieras, te la daré —dijo Leonte, exagerando al prometer, como de costumbre.

—Quisiera... —murmuró Polixene interrumpiéndose de golpe.

—Abreviemos —resumió Ekto—. Lo que Polixene quiere es confiarte un mensaje para Aquiles.

—¿Un mensaje para Aquiles? —repitió boquiabierto Leonte—. Pero ¿a qué Aquiles te refieres? ¿Al Pelida?

—Sí, precisamente al Pelida —confirmó Ekto—. Puedes creerlo o no, oh Leonte, pero cuando Aquiles destrozó a Troilo en el templo de Apolo, Polixene se encontraba allí, escondida detrás de la estatua del dios, temblando como una hoja al viento. La pobrecilla tuvo que presenciar la bestial violencia del héroe, pero también advirtió su desenfrenado anhelo de amor y se quedó muy impresionada. Según las normas, ella debería odiar al hombre que dio muerte a su hermano, pero, en cambio, no se sabe por qué, le ocurre exactamente lo contrario. Eros debe de haberle dado vuelta el corazón.

—¡Pero eso es horrible! —no pudo menos que exclamar Leonte—. Y mi padre, ¿qué tiene que ver?

—Tu padre será mi objeto de intercambio —intervino, gélida, Polixene—. Tú llévale a Aquiles mi mensaje y yo te lo diré todo acerca de Neópulo. En cuanto a si mi amor es o deja de ser horrible, deja que lo juzguen los dioses.

—¿Y crees que un héroe como Aquiles puede entenderse con un ser depravado como tú? —la apostrofó Leonte, abiertamente decidido a no disimular ya su desprecio.

—Oh aqueo —repuso con calma Polixene—, guárdate los sermones para las mujeres de tu país y aguza bien los oídos: si realmente quieres saber cómo acabó tu padre, llévale a Aquiles este mensaje: «Polixene está de acuerdo, tanto en el día como en la hora».

—¿Con esto intentas hacerme creer que el Pelida ya te conoce? ¿Que ya te ha propuesto una cita? —replicó Leonte.

—Claro que me conoce —repuso Polixene con una sonrisita irónica—, y no solamente me conoce, ¡sino que me desea! Ya nos hemos visto tres veces en el templo de Apolo.

—¡En el templo de Apolo! —exclamó Leonte cada vez más escandalizado—. ¿En el mismo sitio en que mató al joven Troilo?

Polixene no dijo nada, en parte porque no tuvo tiempo para hacerlo: un repentino griterío cubrió sus palabras. Centenares de troyanos se habían volcado a las calles de la ciudad y ahora se dedicaban a vitorear al invencible Héctor. «Debe de haber ocurrido algo gordo allá afuera», pensó Leonte. Habría interrogado a algún transeúnte, pero se abstuvo para no comprometer a Ekto. A través de las Puertas Esceas, mientras tanto, empezaban a entrar los primeros guerreros. Aunque muchos estaban heridos, todos parecían alegres y animosos: era evidente que habían logrado una importante victoria y ahora no veían la hora de relatársela a los que habían permanecido en la ciudad. Muchas mujeres habían trepado a la muralla para presenciar el regreso de los vencedores.

Ekto vio entrar a Asteropeo, un jefe de los peonios, célebre por sus cualidades oratorias. Traía el rostro embadurnado de barro, la espada ensangrentada y la expresión satisfecha de quien acaba de triunfar en una batalla importante.

—Oh hijo de Pelegón, ¿qué ha ocurrido que todos se regocijan como si la guerra hubiera terminado?

—Además de estúpido, el pueblo es también injusto —contestó Asteropeo—. Vitorea a Héctor porque ha dado muerte a Patroclo, y se olvida de homenajear a Euforbo, que fue quien lo hirió primero.

Al enterarse de que Patroclo había muerto, Leonte dejó escapar una exclamación de temor. De inmediato pensó en las inevitables consecuencias: inmenso dolor de Aquiles, desmoralización de las tropas aqueas, pérdida de uno de los guerreros de mayor valor y prestigio, etc. El chico habría pedido más detalles, pero, por miedo a traicionarse, se limitó a repetir el nombre del héroe caído.

—¿Patroclo?

—Sí, Patroclo, el hijo de Menecio —confirmó Asteropeo—. Y puedo también decir que ha muerto como un héroe. Yo mismo lo vi guiar tres asaltos y las tres veces dejar a nueve dárdanos tendidos en el suelo. Estaba a punto de hundir nuestro frente, cuando le tocó enfrentarse con un héroe desconocido, un guerrero de relucientes armas que nunca nadie había visto combatir junto a las murallas. El extranjero rechazó el ataque de Patroclo y consiguió arrebatarse de las manos la lanza y la espada. Entonces alguien empezó a gritar: «¡Es Apolo, es Apolo, el dios del arco de plata!» Yo también, os lo confieso, como todos, terminé por gritar: «¡Claro que es

Apolo, el dios del arco de plata que ha acudido en apoyo de los troyanos!» Que era un dios se infería por el oro del escudo y la perfección de sus facciones.

Poco a poco, alrededor de Asteropeo se fue reuniendo una masa de gente cada vez más ávida de noticias.

—¿Sabes algo de Atimnio, el hijo de Amisodaro? —le preguntó una mujer del pueblo, casi sollozando.

—¿Y de su hermano Márides?

—¿Por casualidad has visto a Herimante, mi marido?

—No, no lo he visto, pero vi a Héctor llegar en un carro que conducía su hermanastro Cebrión —contestó Asteropeo, satisfecho de tener por fin tan numerosa platea—. Patroclo cogió del suelo una gran piedra, bien alisada y con dos bordes cortantes, y la arrojó con todas sus fuerzas contra el infortunado auriga. La roca lo alcanzó justo en medio de la frente y la cabeza se le partió en dos mitades iguales, exactamente como una calabaza madura que acabara de cortar un mercader para dejar conformes a dos mujeres que se la estaban disputando. Cebrión cayó pesadamente del carro y mientras la sombra de la muerte le cubría los ojos, Héctor saltó veloz a tierra para interponerse entre él y el aqueo. Se libró entonces una cruenta lucha por la posesión del cadáver: Patroclo, habiéndose quedado sin armas, pretendía apoderarse de su espada, mientras que Héctor quería recuperar el cuerpo para entregárselo al afligido padre.

Oyéndolo hablar, casi parecía que fuese partidario de Patroclo. En realidad le tenía envidia a Héctor, por quien alimentaba viejos rencores a causa de un enfrentamiento pugilístico muchos años atrás, del que Asteropeo había salido mal parado.

—¿Y qué hicieron los demás? —preguntó Polixene acongojada (no olvidemos que era hermana tanto de Héctor como de Cebrión)—. ¿Por qué nadie ayudó a mi hermano a recobrar el cuerpo del desdichado auriga?

—Porque cada uno de nosotros estaba luchando contra uno o varios adversarios. Yo me enfrentaba con el mirmidón Pisandro, hábil domador de caballos, y como si eso fuera poco me amenazaba también Menestio.

—¿Y qué pasó después? —preguntó la muchedumbre a coro.

—Tratad de imaginaros la escena —repuso Asteropeo, feliz de poder manifestar su habilidad de narrador—. Pensad en Héctor y Patroclo como en un león y un jabalí que llegan junto a un manantial al mismo tiempo. Ambos están allí para beber. Ambos saben que, para poder hacerlo, antes tienen que eliminar al rival. Se miran fijamente a los ojos, se estudian largamente. Poco a poco se aproximan uno a otro. Son altaneros y soberbios.

—Sí, de acuerdo —gritó uno del público que, aun apreciando la maestría del orador, tenía un poco de prisa—, pero ¿cómo terminó el encuentro?

—Patroclo se inclinó para coger la espada de Cebrión —prosiguió Asteropeo impertérrito—, pero, justamente cuando estaba por empuñar el arma, un dardo de Euforbo le acertó en medio de la espalda. Al hijo de Menecio se le aflojaron las piernas y Héctor aprovechó para traspasarlo de lado a lado con su lanza a la altura de la ingle.

—¿Y qué más, qué más? —insistió Polixene con el rostro arrebolado.

La muchacha parecía estar pendiente de los labios de Asteropeo: su interés por las descripciones sangrientas era morboso. «Ahora entiendo», pensó Leonte, «por qué se ha enamorado de Aquiles. ¡Y pensar que al mirarla uno podría confundirla con una de las Cárites!»

—Héctor hundió aún más la lanza, clavándola en el suelo, para que Patroclo quedase inmovilizado —prosiguió Asteropeo—. Después apoyó un pie sobre el pecho de su enemigo y le dijo: «¡Oh Patroclo, pobre iluso, creías haber venido a saquear nuestras ciudades y a esclavizar a nuestras mujeres! No sabías, oh mísero, que en tu camino tropezarías con Héctor, campeón en el manejo de la lanza. ¡De nada te ha valido la amistad del altanero Aquiles!» Pero Patroclo repuso: «Ya puedes jactarte, hijo de Príamo, si crees que te corresponde hacerlo; pero has de saber que quien me desarmó fue Apolo, y que Euforbo me hirió por la espalda. Tú llegaste en tercer lugar y cuando ya tenía en mis carnes una punta de bronce: de lo contrario, ni veinte como tú me habrían abatido. Es bueno que lo sepas, porque también tu fin se aproxima: ¡a Cloto no le queda hilo en el huso, Láquesis ha medido el estambre y Átropos ya ha preparado sus afiladas tijeras! Te dará muerte precisamente ese Aquiles al que ahora llamas altanero, a quien ya veo a tus espaldas en las prendas del inexorable Hado».

Ante esta última profecía Polixene prorrumpió en llanto y se alejó. Leonte estaba por correr tras ella, pero Ekto lo contuvo cogiéndolo de un brazo.

—Es inútil, Leonte, que insistas con Polixene. La conozco bien, nada te diré hasta que no se haya entrevistado con el pie veloz Aquiles.

Asteropeo, mientras tanto, proseguía su relato, y cuanto más se adentraba en el discurso, más se extraviaba entre los detalles. Era obvio que, con una lanza metida en el bajo vientre, Patroclo no había podido sostener tan largo discurso como el que acababa de atribuirle. Pero, presa del ardor oratorio, Asteropeo no veía la hora de poder desahogarse, por una vez, a propósito de Héctor.

—Muerto Patroclo, Héctor y Euforbo empezaron a reñir. Cada uno de ellos consideraba que le correspondían las armas que anteriormente habían sido del Pelida: el primero sostenía haber dado muerte al que las llevaba, y el segundo que él lo había herido antes. Pero repentinamente llegó al lugar el rubio Menelao, pastor de pueblos: «¡Oh Euforbo!»; gritó el Atrida, «ya he dado muerte a tu hermano Hiperenor, ahora te toca a ti morir. Es destino que todos los hijos de Pantoo tengan que llegar al Hades

por obra mía». Y Euforbo le replicó: «¡Hoy, oh Menelao, me las pagarás todas juntas! Hiciste enviudar a la esposa de mi hermano cuando aún no había ocupado la vivienda nupcial, e hiciste llorar a mis padres. ¡Otra cosa no deseo que regalarles tu cabeza en un elegante cesto de mimbre!» Tras lo cual le arrojó la lanza, pero sin conseguir herirlo: el arma se dobló contra el escudo del aqueo como tierna ramita. Menelao, en cambio, le traspasó la garganta: brotó copiosa la sangre de Euforbo, empapando la inmaculada túnica y los rizos anudados con espirales de oro y plata.

—Y Héctor, ¿por qué no intervino?

—Porque estaba demasiado ocupado despojando a Patroclo —repuso maliciosamente Asteropeo.

—Pero ¿lo has visto tú llevar esas armas?

—¿Es cierto que las armas de Aquiles tienen hebillas de oro en los flancos?

—¿Se sabe cómo ha reaccionado el Pelida?

—¿Y el cuerpo de Patroclo, adónde ha ido a parar? ¿Logró Héctor engancharlo a su carro?

—¿Es cierto que aún prosiguen los combates?

Muchas eran las preguntas y Asteropeo no lograba conformar a todos. Sin embargo, cuanto más se apretujaba la gente alrededor, más satisfecho se sentía. A fin de que lo oyeran mejor se encaramó sobre una tapia.

—Ciudadanos, oídme: tal como las olas marinas que en un día de temporal chocan con las del río cerca de la desembocadura, así hoy se lanzan unos contra otros los troyanos y los aqueos de larga cabellera. Cada uno querría tener el cuerpo de Patroclo y cada uno, con tal de no cedérselo al enemigo, estaba dispuesto a perder la vida. Muchos perecieron en la empresa. Y, cuando ya parecía que la victoria le iba a sonreír a nuestras huestes, de pronto una densa niebla cubrió el campo de batalla. Aprovechó entonces el enemigo para robarnos el valioso cadáver. Con mis propios ojos he visto morir a Apisaón, Erilao, Laogón, Atimnio, Podeo, Anficlo y a los hermanos Forcis e Hipotoo. Pero también he visto a docenas de aqueos resbalar en su propia sangre, entre ellos a Baticles, Esquedio, Licofrón, Perifetes, Oto de Cilenes y Cerano...

Hartos de escuchar a Asteropeo, Ekto y Leonte lo dejaron mientras, de pie sobre la tapia, seguía enumerando muertos y heridos. A esas alturas era ya inútil, si no directamente peligroso, permanecer en Troya. Entre otras cosas, según dijo Ekto, de ahí a poco, al caer el sol, relevarían a los centinelas que guardaban el paso subterráneo, con los que se había puesto de acuerdo.

Para Leonte, el regreso fue más agradable que el viaje de ida: Ekto le puso la venda cuando estaban por salir al aire libre y durante el tiempo estrictamente necesario para que él no pudiera situar la boca del pasaje subterráneo. Leonte, por su parte, se dejó vendar los ojos, dócil como un niño, sin oponer resistencia. Como

premio la bella Ekto (o Helena, si se prefiere), a lo largo del trayecto le enlazó con un brazo la cintura y apoyó el rostro sobre el hombro de él, casi como si realmente fuera su amante. Se mostró tan cariñosa que el muchacho, de pronto, perdió la cabeza y trató de besarla.

—Apártate, oh Leonte —le recriminó Ekto—, ¡no olvides que tengo un marido y que soy una esposa fiel!

—No es cierto, oh Helena, no mientas, tú no tienes ningún marido. ¡O quizá tengas muchos, y en ese caso pon entre ellos también a Leonte de Gaudos! Créeme: seré el más enamorado de todos, ¡y lo seré hasta la muerte! ¡Qué digo; lo seré incluso después de la muerte como Orfeo!

Helena, es decir, Ekto, sonrió; le acarició la cabeza y dijo:

—No es mi intención ponerte entre los maridos, oh Leonte; más bien te pondría entre los hijos. Pero vete ahora, querido chico, y cuando hayas convencido a Aquiles ven a decírmelo a Las Dos Fuentes. Yo, entre tanto, trataré de lograr que Polixene me cuente todo lo que sabe acerca de Neópulo.

XII. EL GRITO DE AQUILES

Donde vemos a Tetis pedirle a Hefestos nuevas armas para su hijo, y también asistimos al dolor de Aquiles por la muerte de Patroclo. El capítulo se cierra con una monumental batalla entre los dioses junto a las murallas troyanas.

Tetis llegó al palacio de bronce de Hefestos y la recibió el enano Cedalión, que le abrió camino hasta la inmensa sala en que se hallaba el taller de herrería. Allí estaba el Gran Ambidextro, empapado de sudor, batiendo barras de metal precioso entre llamaradas y nubes de humo. A juzgar por la sombra que proyectaba sobre las paredes, se le habría podido imaginar más alto que Heracles y más bello que Apolo: en cambio, era bajo, feo y cojo. Alrededor de él todo era un salpicar de chispas, un resoplar de fuelles y un constante fluir de coladas de oro y plata.

En un rincón de la herrería, veinte mesitas de tres patas aguardaban la última comprobación antes de ser entregadas al Padre de los Dioses: provistas de ruedas de oro, podían desplazarse solas hacia el salón de los banquetes y después regresar, siempre solas, una vez concluido el festín. Otro milagro de la técnica eran las Criadas de Oro: doce mujeres mecánicas *«que parecían doncellas vivas, con la mente en el pecho y voz en la garganta»*, unos robots capaces de pensar y hablar.^[1] «Su principal mérito consiste en que puedo detenerlas cuándo y cómo me da la gana», solía decir Hefestos riendo entre dientes. «Lástima no poder hacer lo mismo con mi mujer Afrodita. Si pudiera hacerlo, la pondría en funcionamiento por las noches, cuando estamos en la cama, y la detendría a la mañana siguiente, apenas empieza a hablar».

El enano apareció en el vano de la puerta con una antorcha en la mano.

—Hefestos, mi buen amo —dijo—, tengo aquí una visita que te llenará de júbilo —y se apartó para dar paso a Tetis.

Ante su vista, Hefestos pareció perder la cabeza: cogió su bastón de marfil y, pese a la pierna maltrecha, corrió hacia ella exultante de alegría.

—¡Oh Tetis, luz de mis ojos, qué felicidad verte! Bien sabes la gratitud que siento hacia ti y hacia Eurínome por haberme albergado en las profundidades marinas el día que esa mala perra de mi madre me arrojó del Olimpo.

—Oh, querido Hefestos —dijo Tetis en un lamento al tiempo que lo abrazaba cariñosamente—, mucho me temo necesitar tu industriosa ayuda...

—... Pues todo lo que has de hacer es ordenar, oh Tetis, y, como siempre, me

sentiré feliz de obedecerte —repuso cumplidamente el dios.

—Me imagino que no ignoras la repugnancia que sentí el día que Peleo me poseyó por la fuerza —empezó a decir Tetis ruborizándose—, pero así lo quiso el gran Zeus y nada pude hacer para rebelarme a esa humillación.

—Sé bien cuánto has sufrido, querida, y desde aquel día he odiado con todas mis fuerzas a Peleo; aunque a veces, te lo confieso, he sorprendido en mí algo de envidia —admitió Hefestos, que seguía siendo un incorregible mujeriego.

—De aquella unión nació un varón bellísimo al que llamé Aquiles —prosiguió Tetis, emprendiendo el relato, a decir verdad, un poco lejos en el tiempo—. Apenas el pequeño fue capaz de caminar lo llevé al monte Pelión y lo puse bajo la tutela de Quirón para que lo instruyera en todas las artes. El buen centauro lo alimentó con médula de león y grasa de oso, y en breve tiempo el niño se volvió tan vigoroso que cuando sólo contaba seis años mató su primer jabalí. Pero Calcas me vaticinó que moriría en combate, y entonces yo, para evitar que combatiera junto a los aqueos, le cambié el nombre y, disfrazado de mujer, lo oculté entre las hijas del rey Licomedes.

—Conozco esa historia —la interrumpió Hefestos—, pero me han dicho que el propio Aquiles quiso partir hacia Troya.

—La verdad, fue el Hado quien le preguntó si prefería vivir una larga y oscura existencia, o bien una breve pero rica en gloria...

—... y él escogió la gloria —concluyó Hefestos.

—Sí, así es. Ahora se encuentra en Troya y no hace más que desesperarse porque Héctor, el hijo de Príamo, le ha matado al mejor de sus amigos y porque le han robado las armas, las mismas que su padre recibió como presente de los dioses.

—No te preocupes, oh mi dulce Tetis —la consoló el industrioso artífice—. Ahora forjaré para tu hijo una nueva armadura, incluso más sólida y más bella que la obsequiada por los dioses a Peleo el día de su boda. Si tuviera la capacidad de apartar la muerte de su persona, con gusto lo haría; pero, dado que carezco de ese poder, que por lo menos combata con armas dignas de su valor.

Antes de emprender la labor, el dios de las piernas tuertas cogió una esponja de Lemnos y se enjugó del rostro y del velludo pecho los sudores. Las criadas le trajeron una caja de plata de la que sacó un martillo y unas tenazas de oro. Los golpes resonaron bajo la bóveda de bronce como toques de campanas, y cuanto más caía el martillo sobre el yunque, más se le iluminaba de júbilo el rostro. Mientras tanto, las criadas no paraban de ir y venir por el taller, ordenando a los fuelles que soplaran, a las hornallas que ardieran, al cobre y al estaño que se fundieran en los crisoles, al oro y la plata que se vertieran en los moldes.

Lo primero que hizo el dios del fuego fue fabricar el escudo: lo hizo de cinco estratos, dos de bronce, dos de cobre y uno de oro. Las figuras centrales eran un homenaje al universo: allí podían admirarse el sol, la luna, el mar, la tierra, el cielo y

las constelaciones. La Osa Mayor estaba dispuesta alrededor de una estrella (¿la Polar?) «*de las aguas del mar única libre*»,^[2] es decir, la única que nunca desaparecería bajo el horizonte. A continuación Hefestos representó a dos ciudades, una en paz y la otra en guerra. En la primera se veía a algunos ciudadanos participando en un banquete nupcial y a otros atestiguando en un juicio. En la segunda se mostraba un sitio militar parecido al de Troya, con Ares y Atenea (totalmente de oro) en primera fila entre los sitiadores. En el friso siguiente, en cambio, quiso alabar la vida agreste y, por tanto, describió la aradura de los campos, la siega y la vendimia. A continuación creó un espacio destinado al pastoreo: esculpió una majada de bueyes atacados por dos leones y un grupo de chicas y muchachos danzando en la era de una casa campesina. El conjunto estaba rodeado por un gran marco de plata que representaba al río Océano.

Cuando yo era adolescente, en el primer curso de bachillerato, al leer la descripción del escudo de Aquiles me entusiasmé a tal extremo que quise representarlo en un enorme dibujo sobre cartulina, para después entregárselo a mi profesora. Ella, a su vez, se lo mostró al director, y ambos decidieron exponerlo en el aula magna. Obviamente, me sentí de lo más orgulloso. ¡A saber si todavía está allí!

Leonte comprendió en seguida que, por lo menos ese día, no podría ponerse en contacto con Aquiles; cualquiera sabía cuánto tiempo tendría que aguardar aún antes de hablar con él.

El Pelida estaba tendido boca abajo sobre la tierra desnuda, a los pies del cadáver de Patroclo, con el rostro en el polvo, presa de la desesperación. Tenía los cabellos cubiertos de ceniza y la túnica manchada de hollín. Unos metros más allá, sus amigos Antíloco, Eudoro y Pisandro lloraban en un rincón. En la zona del fondo del *megaron* las esclavas gritaban, se golpeaban el pecho y se arañaban el rostro hasta sangrar.

—Oh mujeres —sollozó Aquiles—, en vez de arrancaros inútilmente los cabellos, lavad el cuerpo de mi pobre amigo, bañad de aceite sus martirizadas carnes, eliminad los coágulos de sangre y derramad en las aberturas producidas por el bronce troyano la grasa de un animal que haya superado los nueve años. Tan sólo así, tal vez, lograréis impedir que las moscas entren en las heridas y hagan nacer gusanos.

—El cuerpo de Patroclo está intacto, más aún de como lo estuviera en vida —lo tranquilizó una de ellas—. Se diría que una invisible diosa hubiera acudido esta noche a derramar por sus narices néctar y ambrosía.

Aquiles levantó apenas el rostro para cerciorarse de que lo dicho por la esclava correspondía a la verdad, tras lo cual empezó a maldecirse a sí mismo:

—Oh Aquiles, hijo de Peleo, ¿no te avergüenzas de estar vivo, desde que no supiste resguardar la vida de tu amigo más amado? ¿Dónde estabas en el momento en que Patroclo se batía contra un dios y dos mortales al mismo tiempo? Estabas holgazaneando en la soleada playa, sin hacer nada, mirando el mar. Sin embargo, si

no yerro, a su padre Menecio le juraste defenderlo en todo momento, y dijiste que lo llevarías de vuelta a Opunte, sano y salvo, con su parte del botín: ¡mujeres, oro y plata! ¡Oh Aquiles embustero, oh Aquiles perjuro!

La voz del héroe se fue volviendo cada vez más sombría hasta convertirse en un espantoso alarido, un alarido tan potente que lo oyó Zeus en lo alto del Olimpo, y también Tetis en el fondo del mar:

—¡Patroclooo!

Muchos salieron de sus tiendas y acudieron, con el corazón en vilo, hacia el sitio de donde provenía el grito.

—¡Patroclooo!

«Ciertamente, no es un ser humano», comentaba la gente.

Los guerreros rodearon la vivienda de Aquiles, pero nadie se atrevió a entrar.

De pronto la puerta se abrió y cayó al suelo con enorme estrépito, dejando ver a Aquiles en todo su furor: estaba desnudo y tenía los ojos inyectados de sangre. Durante un momento se quedó inmóvil bajo el emparrado, paseó la mirada desesperada en tomo y luego echó a correr como enloquecido hacia la playa: parecía un caballo que acabara de escaparse del control del auriga.

—¡Patroclooo! —volvió a gritar el héroe, levantando altísimos chorros de agua en su carrera por el borde del mar.

—¡Aquiles se ha vuelto loco! —gritaban aterrorizados los aqueos—. ¡Matará a quien se le ponga delante!

—Pero está desnudo y desarmado —objetó una mujer—. Por lo menos tratad de detenerlo antes de que se haga daño contra algún escollo.

—Aunque esté desarmado matará a alguien —respondían los más pusilánimes manteniendo las debidas distancias—. Le basta con la fuerza de sus manos.

Poco más tarde empezaron a llegar los jefes más destacados: el primero fue Áyax Telamón, junto con su inseparable Teucro; después, en este orden, Ulises, Diómedes, Menelao, Néstor y por último, en un carro tirado por caballos blancos, el gran Agamenón, comandante en jefe de los ejércitos griegos. Le habían dicho que el hijo de Peleo había perdido la razón y quería comprobarlo personalmente. En pocos minutos el supuesto demente se vio rodeado por un centenar de hombres armados y dispuestos a inmovilizarlo. Entonces Aquiles se detuvo de golpe y su rostro recobró la expresión habitual: dura, pero serena. Miró en derredor con extrañeza, como si acabase de despertar de una pesadilla, y a continuación habló con voz baja y sosegada.

—Oh compañeros de armas, oh amigos de tantas batallas, hace algún tiempo yo y Agamenón reñimos por causa de una hermosa muchacha de sonrosadas mejillas, y podéis creer que aquel día fue verdaderamente venturoso, mas no para nosotros, sino para Héctor y para toda la estirpe de Príamo. ¡Ah, si Briseis hubiera muerto, herida

por la arquera Artemisa, el día que la reduje a esclavitud en Lirneso! ¡Pero hoy pongo fin a mi ira y os prometo, hermanos, que por esta decisión llorarán largamente las troyanas de flojo cinturón sobre las caderas!

—Oh servidores de Ares —dijo Agamenón—, siento la necesidad de aclarar que si en aquella ocasión reñimos, la culpa no fue mía ni del Pelida, sino de Zeus, del Hado y de las Erinnias que me endosaron la compañía de Ate, la diosa del error. Ate fue, de hecho, la que obnubiló mi mente. La muy funesta camina sobre la cabeza de los hombres con pasos ligeros y los induce a equivocarse sin que ellos se percaten. ¡Bien hizo el Padre de los Dioses al cogerla por las largas trenzas y arrojarla del Olimpo!

—Y yo, por mi parte —añadió Aquiles—, fui fácil presa de la Cólera, que, como es sabido, cuando quiere sabe ser más dulce que la miel que chorrean los panales de las abejas.

En otras palabras, los dioses servían también para esto; para descargar la conciencia cuando uno comprendía que había metido la pata. Ate, Apolo, Zeus y la Cólera, todo era útil con tal de no reconocer un error.

—Olvidemos el pasado, ¡oh Pelida! —propuso Agamenón tendiéndole las manos—. A estas alturas, aquel de nosotros que haya obtenido alguna ventaja, ya la obtuvo, y el que haya derramado amargas lágrimas ya las ha derramado. ¡Somos todos aqueos, eso es lo que ha de importar!

Si hubiese proseguido diciendo «...*e basta ca ce sta 'o sole, basta ca ce sta 'o mare, 'na nenna a core a core e 'na canzone pe'cantà*», habría entonado, de hecho, *Simme 'e Napule paisà*. Ahora bien: que Homero, con unos tres mil años de anticipación, haya podido intuir el mensaje de paz del autor de esta canción^[3] es un asunto que debería dar que pensar. Se mire por donde se mire, todas las posguerras se parecen: los enemigos se vuelven amigos, los odios supuestamente inextinguibles se extinguen, y, como con toda justicia dice la canción, «el que recibió, recibió, y el que dio, dio».

Concluida con pastelitos y vino la rencilla con Agamenón, a Aquiles sólo le quedó aguardar el regreso de su madre con la nueva armadura. Inútil decir que el héroe, no bien vio las armas que Hefestos había fabricado para él, se excitó más allá de lo imaginable y le invadió una incontenible gana de probarlas ese mismo día sobre el pellejo de los troyanos.

Como primera medida, le pidió a Automedonte que le preparase el carro; pero el auriga ya se había encargado de hacerlo, y los tres caballos, *Balio*, *Janto* y *Pedaso*, piafaban impacientes desde hacía más de una hora.

—Oh *Balio*, oh *Janto* —dijo entonces Aquiles dirigiéndose a los dos primeros (imagino que para gran frustración del otro)—, hoy no tenéis más que un deber: traerme de vuelta a casa sano y salvo, cosa que, en cambio, no hicisteis con mi amigo

Patroclo. A duras penas, y tras mucho combatir, los aqueos lograron recobrar su cuerpo.

A lo que *Janto*, único de los tres corceles que poseía el don de la palabra, un poco resentido contestó:

—Puedes estar seguro, oh Pelida, de que también en esta ocasión te traeremos de vuelta incólume a tu tienda. Pero has de saber que la muerte se te aproxima. De ello no puedes culparnos a nosotros, humildes caballos, sino a un dios que es aún más poderoso que Zeus, congregador de nubes.

—Oh *Janto* —repuso Aquiles, algo decepcionado por la trivialidad de la respuesta—, ¿tú también me presagias un cercano final? Todo el mundo sabe que el Hado me reserva una muerte inminente y lejos de mi padre. Yo, antes que nadie, la escogí tras haber reflexionado largamente sobre los dos opuestos destinos. Para el que nace héroe, lo importante es vivir con júbilo el tiempo que las Moiras le concedan; y yo no logro imaginar otra alegría que la de dar muerte a mis enemigos... y seguir matando... siempre matando...

—Yo te lo he advertido —replicó *Janto* (o tal vez Tetis por su boca)—. Sabe que si retomas las armas, muy pronto morirás.

En ese momento se le acercó Leonte: hubiera querido comunicarle el asunto de la cita con Polixene. Acaso el amor de una muchacha tan guapa lograra hacerle cambiar de parecer sobre los contrapuestos destinos; estaba a punto de decírselo, cuando se le adelantó el viejo Fénix acompañado por Briseis deshecha en lágrimas.

—No quiero comer, oh mi buen Fénix —protestó Aquiles al ver que el viejo se le acercaba con una bandeja repleta de manjares—, en mi cuerpo no hay espacio sino para la venganza. Y tú, Briseis de sonrosadas mejillas, deja de llorar y aguarda a que se cumpla el destino.

La esclava, que ya se había arañado el rostro y el pecho por la muerte de Patroclo, comprendió que era inútil insistir: Aquiles era un tozudo y ya nada podría apartarlo de sus propósitos.

Tras haberse puesto la armadura de Hefestos, el héroe cogió la lanza de fresno que el buen Quirón le había regalado en el monte Pelión^[4] y con ágil salto, pese a la pesadez de la armadura, montó en el carro. Leonte vio cómo partía al galope hacia las murallas de Troya, seguido por una tropa de vociferantes mirmidones.

La reaparición de Aquiles en el campo de batalla modificó la actitud de Zeus en materia de interferencias divinas. A esas alturas ya se había roto el equilibrio y tanto daba permitir que los dioses interviniesen en favor de sus respectivos pupilos. Artemisa, Apolo, Ares, Afrodita, Latona y el río Escamandro se alinearon a favor de los troyanos. Atenea, Hera, Hermes, Poseidón y Hefestos lo hicieron a favor de los aqueos. La única que no asumió posiciones fue Eris, la diosa de la discordia. A ella lo único que le interesaba era el número de muertos: cuanta más gente moría, más ella

se alegraba.

Una vez iniciada la batalla, Aquiles trató en vano de enfrentarse con Héctor. Miró en todas las direcciones, hacia la confluencia de los ríos y junto a las murallas de Troya, pero no logró divisar su poderosa figura. El único personaje importante que logró distinguir fue Eneas, pero Poseidón, pese a apoyar a los aqueos, se lo birló en las mismísimas narices mediante el consabido truco de la niebla. Ante ello, presa de una furia incontenible, el Pelida empezó a matar a todos los que se le ponían a tiro. Entre otros, allí dejó el pellejo también aquel Asteropeo, jefe de los peonios, que hemos conocido en el capítulo anterior. El desdichado, al topar con el héroe, en vez de huir a toda prisa, como habría hecho cualquier persona en sus cabales, se dejó llevar por la pasión oratoria y quiso contarle, a la fuerza, de quién era hijo y nieto.

—Provengo de la Peonia de amplios surcos —dijo con énfasis—, y encabezo una multitud de valerosos guerreros de largas lanzas. Mi estirpe se remonta nada menos que a Axio, el río que vuelca en el país de los peonios el agua límpida de las montañas, dado que mi padre es el insigne Pelagón, famoso en el uso de la lanza, y padre de mi padre fue el propio Axio, dios del río. ¡Ésta, oh magnánimo Pelida, es la estirpe de quien tienes delante!

El Pelida, que de magnánimo no tenía absolutamente nada, lo destripó sin darle tiempo a que declamara su propio árbol genealógico.

No todos los enfrentamientos, sin embargo, terminaron con cruentas muertes. Por ejemplo, el de los pies veloces capturó de un solo golpe a doce prisioneros. No me preguntéis ahora cómo hizo, él solo, para amarrarlos en un mismo paquete. De alguna manera lo hizo, y lo cierto es que se los entregó, atados de pies y manos, a uno de sus lugartenientes.

—A éstos pónmelos a un lado —dijo, al parecer—. Quiero matarlos más tarde, a mis anchas, sobre la tumba de Patroclo.

Muchas fueron las ocasiones en que se manifestó su naturaleza homicida. Recordemos la muerte de Licaón, muchacho que no había cumplido aún los quince años, también hijo de Príamo. Desarmarlo y apuntarle la lanza contra el pecho fue para Aquiles un juego. El desventurado, con una mano le tocaba el muslo y con la otra trataba de detener el arma que estaba por traspasarle el corazón.

—¡No me mates, oh noble Aquiles, sé generoso! —le suplicó entre lágrimas—. Ten compasión de mis tiernos años. No es justo que mi madre Laotoe me haya engendrado sólo para que muera. Ya has dado muerte a mi hermano Polidoro: lo traspasaste de lado a lado con esa lanza tuya que no perdona. Zeus debe odiar a nuestra estirpe, si a ambos nos ha puesto en tu camino. Has de saber, de todas maneras, que sólo soy hermanastro de Héctor, ya que tuvimos madres diferentes. Tómame prisionero, por lo tanto, oh héroe piadoso, y verás que mi padre te pagará un abultado rescate.

Nada que hacer: Aquiles lo despachó igualmente, y, tras haberlo ensartado, lo cogió por un tobillo y lo arrojó al Escamandro. Pero no debió hacerlo: el dios del río, indignado ante tan brutal crimen, empezó a hincharse y produjo una crecida que elevó el nivel más de diez metros; tras rebasar sus límites naturales, se arrojó con mortal violencia contra el Pelida. El suceso produjo la inmediata reacción de Hera: ¿cómo se permitía obstaculizar sus planes ese pequeño río de segunda categoría, ese dios menor? Hera le pidió ayuda a su hijo Hefestos:

—Date prisa, cojuelo, criatura mía —le dijo—, siempre he dicho que al Escamandro hay que pararle los pies de una vez por todas. Castígalo con una buena llamarada y no atenúes el ardor hasta haberle secado la última gota. Mientras tanto, les pediré a Noto y Céfiro que soplen para avivar el incendio.

Hefestos obedeció al instante y ambas riberas del río empezaron a arder: la creciente se retiró, toda la campiña circundante se volvió repentinamente árida y pronto el río, que se quedó seco, exhibió tan sólo las piedras del lecho.

Todo eso ocurrió bajo la airada mirada de Aquiles (y la aterrorizada de Leonte). El chico había seguido al Pelida desde que el héroe montara en el carro de guerra que conducía Automedonte. Le había visto matar y aprisionar enemigos, batirse él solo contra diez adversarios y siempre imponerse. Ver a Aquiles en combate debía de ser un espectáculo único en el mundo: según Homero, no había sobre la faz de la tierra un guerrero capaz de resistírsele más de un minuto. Pero para el joven Leonte no había acabado esa jornada de sorpresas: poco más tarde había de presenciar escenas asombrosas.

Estaba regresando al campamento cuando divisó una muchedumbre de guerreros, de más de dos metros de altura, enzarzados entre ellos mismos como chivos en celo. Sus armaduras eran tan relucientes que se vio obligado a resguardarse los ojos con una mano para no quedar encandilado. Vio cómo Artemisa arrojaba flechas de plata contra Hermes, cómo éste esquivaba, con repentinos brincos laterales, los dardos de la arquera para luego echársele encima con la espada desenvainada. Vio a Ares, con las ropas manchadas de sangre, lanzarse como un búfalo contra Atenea y tratar de perforarle el escudo con su lanza.

—Oh mosca perruna —aullaba el dios—, ¿recuerdas cuando incitaste a Diómedes para que me hiriera? Pues bien, ¡has de saber que jamás te lo he perdonado! Tú misma guiaste la lanza del hijo de Tideo y lograste que su punta desgarrase mis bellas carnes. ¡Ahora quiero que conozcas el tormento de una lanza metida en el vientre!

Atenea, por su parte, no estaba asustada en lo más mínimo: al contrario, la lucha era para ella una forma esencial de la vida. Atajó con su escudo el lanzazo de Ares y, al mismo tiempo, recogió del suelo una piedra muy puntiaguda que arrojó con todas sus fuerzas contra el cuello del coloso. La pedrada fue tan violenta que el dios de la guerra se desmayó por el dolor.

—Oh masa de músculos desprovista de cerebro —le injurió entonces Atenea riéndosele en las barbas—, ¿quieres o no enterarte de que en todo te supero? En la fuerza como en la inteligencia, en el manejo de la lanza como en la astucia.

Estaba por volver a herirlo cuando Afrodita, arrastrándolo de los tobillos, diestramente se lo birló. Pero la intervención de la diosa no escapó a la avizora mirada de Hera, que inmediatamente reaccionó cubriéndola de insultos.

—¡Ya está allí esa perra infiel protegiendo a su amante! Pero tú, Atenea de relucientes ojos, no dejes que se te escape esa sucia ramera. ¡Hunde en sus perfumadas carnes el bronce de tu espada!

Mientras tanto, Apolo había desafiado a Poseidón para trabar singular contienda. Éste, sin embargo, antes de cruzar armas con él, le había invitado a reflexionar sobre la oportunidad de tal duelo.

—Tú eres más joven que yo, oh Febo Apolo, pero has de reconocer que yo tengo más experiencia en esta clase de lides. No obstante, si verdaderamente lo deseas, combatamos; pero no olvides cómo nos trató el avaro Leomedonte después que le construimos las murallas de Troya. ¡Dime si te parece correcto defender a su progenie!

—¡Tienes razón, oh poderoso Enosigeo!^[5] —convino Apolo—. Los mortales no merecen que los dioses les prestemos ayuda. ¡Que se destripen entre ellos!

—¿Qué haces, mentecato hermano? —le reprochó Artemisa al ver que volvía a envainar la espada—. ¿Huyes? ¿Tienes miedo? ¿Te tiemblan las piernas? ¡Que nunca más te oiga jactarte de ser superior a Poseidón!

En definitiva, cuando de jaleo se trataba, las diosas eran mucho más fieras que los varones, especialmente Hera y Atenea, las dos grandes cateadas en el juicio de Paris.

Aparte de Poseidón, sin embargo, todos los demás dioses, varones o hembras, estaban dispuestos a dejarse arrastrar por el conflicto. Hefestos, el gran herrero, reinició su duelo con el Escamandro, duelo que se basaba en cataclismos naturales: fuego contra agua, erupciones contra aluviones, chispas contra fango. La salvaje Artemisa, oportunamente instigada por su madre Latona, trató de asaetear a todos los que se declaraban, de una u otra manera, partidarios de los aqueos. Hermes intentó apuñalar por la espalda a Apolo, pero el dios reluciente se percató en el último momento y empezó a perseguirlo por todo el campo de batalla blandiendo su gran espada de plata. Ciertamente no podían darse muerte, ya que todos eran inmortales de nacimiento, pero lograban muy bien hacerse daño. No se oía otra cosa que gritos de dolor, entrechocar de espadas y escudos, sangrientas injurias y recíprocas acusaciones de antiguas ofensas, inferidas o padecidas.

En la cumbre del monte Ida, mientras tanto, Zeus disfrutaba a gusto: ¡magnífico espectáculo, por cierto, el que estaban ofreciendo sus pendencieros dioses! ¡Que abollasen sus armaduras de oro y plata, que despeinasen sus hermosos rizos rubios!

¡A él le tocaba divertirse a costa de ellos!

Mientras los dioses se zurraban, Aquiles aprovechó para proseguir el exterminio de todos los desventurados que se ponían a su alcance. Los troyanos, aterrorizados, de buena gana se habrían refugiado tras las murallas, pero el héroe, implacable, se había plantado justamente a mitad de camino entre ellos y las Puertas Esceas: quienquiera se atreviese a avanzar un solo paso en dirección a la ciudad, tendría antes que saldar cuentas con él.

Apolo, al darse cuenta de la crítica situación de los troyanos, decidió olvidar al escurridizo Hermes y echar una mano a sus pupilos. Asumió la apariencia de un guerrero troyano, un tal Agenor, y empezó a desafiar al héroe.

—¡Oh hijo de Peleo, oh pobre iluso! —le dijo—. ¿Realmente crees que podrás, tú solo, expugnar la ciudad de Ilion? Entérate, entonces, de que allí dentro somos muchos, y que cada uno de nosotros, cuando se ve obligado a defender su casa, su mujer y sus hijos, se vuelve más fuerte que el más fuerte guerrero. ¡Lo único que conseguirás en esta guerra será tu propia muerte!

El Pelida, que, como se habrá entendido claramente, era hombre de pocas palabras, contestó echándosele encima y Agenor (esto es, Apolo disfrazado de Agenor), fingiendo ser presa del terror, se dio a la fuga. Aquiles corrió tras él, cosa que permitió a los troyanos refugiarse en el interior de la ciudad.

Una vez en medio de un enmarañado bosque, Apolo se giró repentinamente y miró a Aquiles con una sonrisa irónica. Después, tras haber asumido su aspecto normal, empezó a tomarle el pelo.

—¿Qué estás haciendo, oh mísero mortal? ¿Me persigues a mí, que soy inmortal, con la ilusión de matarme? ¿Acaso ignoras que mi naturaleza no está sometida a las Moiras? Por lo pronto, los troyanos están a salvo detrás de las murallas y tú, atolondrado, te has perdido en medio del bosque.

Aquiles se percató de la mofa, y si antes estaba furioso, se puso ahora como un toro enloquecido. Maldijo y remaldijo a Apolo y después, echando espumarajos de rabia, se abalanzó hacia las Puertas Esceas. Allí, sorprendido, observó que había un hombre fuera de las murallas, alguien contra quien podría desahogar su rabia. Estaba inmóvil, apoyado en su escudo, y casi parecía que lo estuviera aguardando: se trataba de Héctor, su mortal enemigo.

XIII. LA MUERTE DE HÉCTOR

Donde asistimos, junto a Zeus, al choque entre Héctor y Aquiles, y a la muerte del primero. Se sigue con el funeral en honor a Patroclo y con la visita de Príamo a la tienda de Aquiles buscando la devolución del cuerpo de Héctor.

Como sabemos, ni siquiera Zeus tenía poder sobre las Moiras. La madre de ellas, *Ananké* (la Necesidad), las había situado en el medio del cielo, en una caverna a orillas de un lago blanco. Cloto, «la hilandera», tejía día y noche el hilo de la vida de cada mortal; Láquesis, «la medidora», calculaba su longitud, y Átropos, «aquella que no puede ser eludida», lo cortaba con sus tijeras inexorables. Para tener alguna información sobre el futuro de los hombres, Zeus sólo podía recurrir a la *psychostasia*: ponía en los platillos de una balanza de oro las almas de dos guerreros que luchaban el uno contra el otro, y medía sus destinos. Si repentinamente uno de los platillos bajaba, era indicio de que el alma contenida en él estaba a punto de llegar al Hades. Nadie, ni siquiera él, Padre de los Dioses, habría podido ya retenerla. *Ananké* había decidido.

A diferencia de sus compatriotas, Héctor había aguardado a Aquiles fuera de las Puertas Esceas. Probablemente pensó que sólo un duelo entre él y el campeón de los aqueos pondría punto final a una guerra tan sangrienta: ¡ese día, uno de los dos tenía que morir! En vano su padre y su madre le rogaron, desde lo alto de la muralla, que regresase a la ciudad.

—¿De qué sirve —gritaban— medirse con un loco, invulnerable por añadidura...? Piensa en tu joven esposa, piensa en tu hijo Astianacte que aún no ha cumplido los dos años; piensa en nosotros, pobres viejos que te queremos tanto...

Pero Héctor no les hizo caso: sentía que era su deber enfrentarse al hijo de Peleo. Sin embargo, cuando lo vio aparecer con los ojos inyectados de sangre, «*un frío temblor le recorrió los huesos*»^[1] y huyó precipitadamente a lo largo de las murallas.

Los dos héroes recorrieron tres veces el perímetro de la ciudad. A cada instante parecía que el Pelida estuviera a punto de atrapar a su odiado enemigo, pero en cada ocasión, acaso por pocos centímetros, éste lograba escapar. Dice Homero que, mirando a Héctor y Aquiles desde lo alto de las murallas, parecía estar asistiendo a uno de esos sueños en que «*el perseguidor nunca logra atrapar al que huye, ni éste a salvarse del todo*». ^[2]

Viendo que el troyano eludía el choque, Zeus cogió la balanza de oro y la levantó

lo suficiente para efectuar la medición: el plato con el destino de Héctor bajó de golpe. Entonces el Padre de los Dioses miró a Atenea y le hizo un leve gesto con la cabeza. A la diosa le parecía mentira que Zeus le permitiera intervenir en el duelo: asumió entonces la apariencia de Deífobo y se aproximó al héroe.

—Detente, oh hermano —le dijo—, y enfréntate con Aquiles sin temor alguno. Mira que estoy aquí, a tu lado, dispuesto a brindarte mi ayuda.

—Gracias, Deífobo —repuso Héctor sonriéndole—, siempre has sido el que más quise de mis hermanos, pero hoy, puedes creerlo, lo eres más todavía ya que, único entre los troyanos, has tenido la valentía de salir fuera de las murallas.

A continuación, dirigiéndose a Aquiles, lo desafió:

—Ya no pienso huir, oh hijo de Peleo. ¡Prepárate para luchar y morir!

—Prepárate tú, más bien; yo estoy listo para el combate desde el día de mi nacimiento —se mofó Aquiles—. Ve pensando también en inventar algún truco para sobrevivir, si no quieres que nuestro duelo acabe antes de haber empezado.

—No creas haber ya triunfado, oh Pelida; trabajo te costará derribarme. Pero has de saber, de todas maneras, que en caso de que Zeus me conceda la victoria no pienso destrozarte tu cadáver, sino devolverlo intacto a los aqueos a fin de que lo honren según tus méritos. Prométeme que, dado el caso, harás lo mismo.

—No me solicites acuerdos, maldito perro —contestó Aquiles, fuera de sí por la ira—, ¡y admite que no tienes escapatoria! Así como no puede haber pactos entre hombres y leones, entre lobos y corderos, de la misma manera no puede haberlos entre Aquiles y Héctor. Combate pues, y no pierdas más tiempo. ¡Demasiado aguardó Ares este choque, y ahora, con toda justicia, exige su ración de sangre!

Tras lo cual, le arrojó la lanza de fresno que le diera Quirón, pero el troyano, agachándose prestamente, logró esquivarla por pocos centímetros. Y Atenea, siempre bajo la apariencia de Deífobo, la arrancó del suelo y se la devolvió.

Le correspondió entonces a Héctor llevar a cabo su lanzamiento. La lanza dio de lleno en medio del escudo que había fabricado Hefestos, pero, a pesar de la fuerza con que había sido arrojada, no consiguió ni siquiera abollarlo. En vano pidió entonces Héctor, a grandes voces, otra lanza, dirigiéndose a su hermano: al volverse constató que estaba solo. Evidentemente, el de antes no era Deífobo, sino algún dios que había pretendido engañarlo: no le quedaba más remedio que desenvainar la espada. Pero Aquiles, más rápido, volvió a arrojarle la lanza de fresno y esta vez le traspasó el cuello, aunque sin cortarle la tráquea.

—¡Oh Héctor, pobre iluso! —rugió Aquiles—. ¿Cómo has podido pensar que eludirías el castigo por haber dado muerte a Patroclo? Has de saber que por tal imprudencia daré tu cuerpo en pasto a los perros y a las aves.

—No seas tan cruel, hijo de Peleo —suplicó Héctor tocándole las rodillas—, no arrojes mi cadáver a los perros. Devuélveselo a mis padres: ellos te recompensarán

con todo el oro y bronce que deseéis.

—¿Devolver tu cadáver? ¡Jamás! —replicó el ferocísimo Aquiles—. Y ahora escúchame, miserable: sólo porque me das asco me privaré de devorar tus carnes crudas, así como están, y no beberé tu sangre. De todas maneras, aunque tu padre viniera a ofrecerme diez veces tu peso en oro, no podrá impedir que mis perros te despedacen.

Una vez muerto Héctor, Aquiles lo despojó de su armadura y luego, tras haberle practicado dos agujeros en los tobillos, pasó por ellos un par de fuertes correas de cuero. Enganchado el cadáver al carro, «*a toda carrera lo arrastró por la campiña para que todos vieran cómo martirizaba miserablemente el cuerpo de su enemigo*»^[3] Desde lo alto de las murallas, mientras tanto, se oían los alaridos desgarradores de las troyanas que presenciaban, impotentes, el atroz trato que recibía el más amado de los hijos de Príamo.

Los funerales de Patroclo duraron doce días. Aquiles exigió que los aqueos erigieran en honor al difunto una pira de cien pies de altura. Luego, trepando al montón de leña, decapitó con sus propias manos a los doce jóvenes troyanos capturados el día anterior. Temiendo que el sacrificio no fuese suficientemente adecuado para la importancia de su amigo, ordenó que al mismo tiempo se sacrificaran parejas de ovejas, de cabras, de bueyes, de puercos, de perros y hasta de caballos. Cuenta Homero que la sangre «*corría alrededor del cadáver formando amplios arroyos*»,^[4] tan copiosamente que se podía recoger con las escudillas.

Los mirmidones, según la costumbre de Tesalia, se rasuraron la cabeza y fueron dejando sus melenas sobre el cuerpo de Patroclo hasta cubrirlo por completo. El último en llevar a cabo el piadoso gesto fue Aquiles, y, mientras el héroe iba rapando su larga cabellera rubia, sus compañeros lloraron tan desesperada y largamente que, según Homero, «*toda la playa se empapó de aquellas lágrimas*».^[5]

Tal como frecuentemente ocurre en las conmemoraciones, los llantos terminaron en gritos de júbilo: en parte por los juegos fúnebres en honor de Patroclo, y, en parte, por los festejos que celebraban la muerte de Héctor. Nunca como en esos días la taberna de Telón se vio tan concurrida de bebedores y prostitutas. Había brindis, coros, disputas y riñas que se encendían por doquiera sin pausa: unos ensalzaban a Aquiles por su empresa, en tanto que otros criticaban su exasperada ferocidad. Y cuando de discutir se trataba, era siempre Tersites el que llevaba la voz cantante.

—¡Únicamente un enfermo mental se podía ensañar de esa manera con un cadáver! —chillaba el tullido—. ¿Queréis saber la última novedad? ¿Queréis saber qué hizo nuestro héroe esta mañana?

Callaron todos para enterarse de qué podía haber hecho el Pelida.

—... Cogió el cuerpo de Héctor, lo ató detrás del carro, ¡y por tres veces lo

arrastró alrededor de la pira fúnebre!

—¿Y qué con eso? —inquirió Ariaso—. Tiene todo el derecho: ¿acaso no lo ha matado en regular duelo?

—Sí, pero yo, en su lugar, no me habría ensañado con el cadáver —repuso uno de los presentes—. Estoy de acuerdo con Tersites: estas exageraciones, tarde o temprano terminan por irritar a los dioses.

—¿Y el respeto? ¿Qué ha sido del respeto? —seguía embraveciéndose Tersites—. Héctor era un enemigo, de acuerdo, ¡pero no por eso tenemos la obligación de faltarle el respeto! Veamos los hechos: el troyano siempre se batió dando la cara, en primera fila, de hombre a hombre, y jamás recurrió al arco, el arma de los cobardes. Hablemos ahora de nuestro Aquiles: unos dicen que es invulnerable, salvo en un minúsculo sitio que sólo él conoce; otros dicen que está bajo la protección de Hera, de Tetis, de Atenea y qué sé yo de cuántas otras diosas. Pues bien, ¡yo también, si tuviera todas esas protecciones divinas, sería un campeón!

Desde hacía cierto tiempo, Leonte había cambiado de opinión acerca de Aquiles: seguía admirando su fuerza, pero no compartía ciertas actitudes del héroe. Además, poco a poco se había ido encariñando con Tersites: había comprendido que el pobre hombre no era un mero provocador, sino que intentaba, aunque valiéndose de actitudes desagradables, sostener una nueva moral. Para concluir, se había dado cuenta de que acercarse al Pelida se volvía para él cada vez más problemático: primero la muerte de Patroclo, después el duelo contra Héctor, a continuación los preparativos para el funeral. Cualquiera sabría cuánto tendría que aguardar antes de poder comunicarle el mensaje de Polixene.

—En mi calidad de aqueo —confesaba Tersites—, he deseado la victoria de Aquiles, pero como ser humano no podía menos que tomar partido por Héctor: el héroe troyano tenía a pocos pasos mujer e hijo, hubiera podido ponerse a salvo detrás de las murallas, y, sin embargo, aguardó la llegada del Pelida, es decir, la muerte segura...

—Pero también Aquiles tiene un hijo... —objetó Ariaso.

—Sí, pero el hijo de Aquiles no es un tierno niño como Astianacte —repuso Tersites—. Es Neoptólemo, ¡un asesino más despiadado todavía que su padre!

En otras palabras, el tullido no aceptaba la ley del más fuerte. Para él, la defensa de los débiles y el amor al prójimo habrían debido tener mayor importancia, en la escala de valores, que el poder y la victoria en el combate.

—Tersites no quiere admitir —dijo Gemónides cuando salían de la taberna— que cada especie animal vive a costa de otras especies: el león ataca al leopardo, que a su vez despedaza al zorro, que, por su parte, devora a las ratas. Ahora bien: el león no tiene la culpa de que los dioses lo hayan hecho nacer león, así como no es mérito de la rata el hecho de haber nacido rata. Análogamente, Aquiles no tiene culpa alguna

cuando se comporta como Aquiles, ni Tersites cuando lo hace como Tersites.

—¿Y quién es más héroe? —preguntó Leonte—. ¿El que afronta el combate disponiendo de un cuerpo de león, o el que, pese a ser un ratón, dice siempre la verdad?

—¿Qué te propones insinuar? —replicó Gemónides—. ¿Que Tersites tiene cara de ratón?

—Bah, pobre hombre; tenerla, lo que se dice tenerla, la tiene. Pero seguramente tiene también un corazón de león.

Así discutían en medio de la noche maestro y discípulo: hablaron del bien y el mal, del azar y la necesidad, de la piedad y el coraje, y de cómo a veces el perdón es más heroico que la venganza. El camino estaba oscuro y accidentado, y, como si eso no bastase, la antorcha de Leonte se había consumido casi por completo: en un rato más se apagaría.

—Date prisa, muchacho —le exhortó Gemónides—, si no quieres que la oscuridad nos sorprenda.

De pronto, justamente en medio de la más espesa tiniebla, oyeron que se acercaba un rechinar de ruedas. Leonte y Gemónides se giraron prestamente y atisbaron, en el fondo del camino, precedido por una antorcha vacilante, un extraño carrito a duras penas arrastrado por dos muías maltrechas. En el armatoste viajaban dos viejos harapientos: uno de ellos sostenía en sus manos las riendas y, de vez en cuando, emitía un mugido para incitar a las muías. El otro, en cambio, estaba inmóvil como una estatua de mármol, sentado sobre un enorme canasto de mimbre, y no daba el menor indicio de vida. Sin embargo, pese a los harapos y a la mirada perdida en el vacío, tenía un aspecto majestuoso: una barba blanca enmarcaba su rostro, y una larga melena caía sobre sus hombros.

—Oh joven guerrero —le preguntó a Leonte el viejo que conducía el carro—, nos dirigimos a la vivienda del valeroso hijo de Peleo. Llevamos para él ricos presentes. Lamentablemente, la noche nos ha sorprendido a mitad de camino y nuestra vista ya no es la de antaño. ¿Podrías señalarme el camino?

—También nosotros vamos a los campamentos aqueos —contestó Leonte, siempre cumplido—. Si nos sigues, oh anciano, no podrás extraviarte. De todas maneras, has de saber que te falta muy poco para llegar a tu destino.

Al oír que se dirigían a la vivienda de Aquiles, el chico pensó aprovechar la presencia de los dos viejos para meterse también él en el domicilio del Pelida. Acaso con un poco de suerte lograra mantener una breve conversación con el esquivo héroe.

Cuando llegaron a los alojamientos de los mirmidones, los hombres que montaban guardia los detuvieron. Leonte, que se consideraba ya el guía oficial del carrito, tomó la palabra:

—Oh hombres de Ptía —empezó a decir el muchacho, tratando de imitar el estilo

de los heraldos—, he aquí ante vosotros a dos hombres ancianos, y, en cuanto tales, dignos de respeto. Los trae un difícil deber: entregar un cesto repleto de riquísimos presentes para el más valeroso de los aqueos. Ahora bien, ¿de quién puede tratarse? ¿Será acaso Ulises su nombre? ¿O Áyax Telamón? ¿O Menelao? ¿O Diómedes, hijo de Tideo?

No había terminado de enumerar la lista de los posibles destinatarios del regalo, cuando por detrás de los guardias apareció el Pelida.

—¿Quién eres, viejo? —dijo expeditivamente el héroe, dirigiéndose al anciano de blancas barbas—. ¿Y qué quieres de mí a estas horas de la noche?

—Soy Príamo, rey de Troya.

La declaración dejó a todos sin aliento: el propio Aquiles no pudo menos que sobresaltarse.

—Estoy aquí para recobrar el cuerpo de mi hijo —prosiguió el viejo rey, al tiempo que se apeaba del carro—, y con tal de obtenerlo, oh Pelida, besaré tus manos, las mismas que le han quitado la vida.

Dicho lo cual, se arrodilló a sus pies intentando en vano besarle las manos. Aquiles, más rápido, le levantó la cabeza y lo obligó a entrar en la tienda. Detrás de Príamo entraron también el otro viejo, Gemónides y Leonte.

Sentados alrededor del fuego y bebiendo, estaban ya allí dos amigos del Pelida: Alcimo y Automedonte. Con un gesto de la mano Aquiles invitó a sus huéspedes a que se sentaran en los cojines y bebiesen una copa de vino de Creta; pero el viejo rey, horrorizado, rehusó la invitación.

—Te lo ruego, oh hijo de Peleo, no me ofrezcas asiento ni pongas ante mis labios bebida alguna. Mientras nosotros estamos aquí hablando, al reparo de la intemperie, Héctor yace sobre la desnuda tierra y nadie cuida de él. ¡Haz que esta misma noche yo pueda recobrar sus restos mortales y llevarlos de vuelta a Troya!

—No me irrites, anciano —contestó con dureza el Pelida—. Patroclo también yació todo un día en el fango, precisamente por culpa de tu hijo Héctor, que le ensartó una lanza en el vientre.

—¡Piensa en tu padre, oh descendiente de Zeus, piensa en Peleo! —siguió suplicando Príamo—. El tiene mi misma edad y, como yo, ya está ante los umbrales del Hades. Pero él tiene todavía la esperanza de volver a verte vivo, mientras que yo ya no tengo razón alguna para despertarme cuando Eos, desde la lejana Cólquide, nos anuncie la llegada de la aurora. Devuélveme a mi hijo bien amado y te juro que recompensaré tu gesto con todo el oro que logre reunir.

Quizá porque le mencionó a Peleo, o acaso porque en ese momento se sentía humano, el hecho es que Aquiles, cosa increíble, se emocionó y aceptó el intercambio. Se estableció una compensación en oro, equivalente al peso del héroe muerto, y se concedieron once días de tregua bélica para que los troyanos pudieran

homenajear a su paladín. Sin embargo, en este asunto las opiniones son dispares: unos dicen que Príamo pagó esa misma noche el precio del rescate, otros que al día siguiente bajo las murallas de Troya.

El cuerpo de Héctor fue depositado por los aqueos sobre uno de los platillos de una enorme balanza; sobre el otro, las mujeres troyanas, una tras otra, fueron dejando sus joyas. La última en llegar fue Polixene: tanta era su belleza, que cuando apareció todos los aqueos repentinamente enmudecieron. La joven, dándose cuenta de que los troyanos nunca lograrían alcanzar el peso necesario, se desnudó con estudiada lentitud y se recostó, desnuda, sobre el platillo. Otros dicen que Polixene nunca cruzó las Puertas Esceas, sino que se limitó a arrojar algunos brazaletes de oro desde lo alto de la muralla, y que Aquiles, con sólo verla, se enamoró de ella.

Los funerales de Héctor fueron tan imponentes (y dramáticos) como los de Patroclo. Duraron once días: nueve para llorar, uno para la ceremonia fúnebre y otro para el banquete. Las quejas y lamentos de los troyanos fueron tan intensos y desesperados que sólo por su estruendo murieron miles de pájaros.

Pero volvamos a aquella noche. En cuanto se marchó Príamo, Leonte intuyó que nunca más toparía con un Aquiles sosegado y sereno como el que ahora tenía ante sí. Cogió entonces el ánimo a dos manos, y le dijo:

—Perdona, oh hijo de Peleo, si pese a mi juventud me atrevo a dirigirte la palabra: me llamo Leonte y soy hijo de Neópulo el Honesto, rey de Gaudos. Por una serie de circunstancias tuve ocasión de conocer a Polixene, la menor de las hijas de Príamo. Ella me encargó que te dijera que desearía volver a verte. No tengo más que decir.

—Gracias por el mensaje, oh hijo de Neópulo —repuso el Pelida—, pero los días que estoy viviendo no han sido hechos para el amor. Los aqueos lloran al denodado Patroclo, y lloran los troyanos al hasta demasiado amado Héctor. ¡Que llore Polixene la muerte de su hermano! Acaso algún día bebamos juntos el agua del Leteo^[6] y entonces, tal vez, nos encontraremos.

XIV. LAS AMAZONAS

Donde conocemos a las Amazonas y presenciamos los mortales duelos entre Aquiles y Penthesilea, y entre Aquiles y Memnón. Para concluir, nos reencontraremos con Ekto, en esta ocasión en el campamento aqueo, y nos despediremos del desdichado Tersites.

Las Amazonas^[1] están presentes en muchas leyendas populares. No hay mitología que no incluya el tema de las mujeres guerreras: desde la griega hasta la de los pieles rojas, desde la china hasta la celta, desde las Valkirias wagnerianas hasta Minnehaha, la coleccionista de cueros cabelludos. Sin embargo, para saber si estamos hablando de seres legendarios o de personajes de carne y hueso, habrá que distinguir entre las que se convierten en Amazonas por necesidad, y las que llevan en la sangre una vocación belicosa. Las primeras eran menos insólitas de lo que se suele creer: antiguamente, cuando una población era saqueada, los invasores, a fin de evitar eventuales represalias futuras, solían pasar a cuchillo a todos los varones del lugar, incluidos viejos y niños. De ahí que las viudas necesitasen armarse, acaso con las armas de sus difuntos maridos, para defenderse de nuevos ataques por parte de los pueblos invasores. Otro es el caso de las mujeres dotadas de instintos guerreros, que, más bien, parecen un residuo de una época matriarcal sobre la que mucho se ha fantaseado sin conseguir nunca la mínima prueba, o acaso la proyección de un antiguo sueño feminista, siempre anhelado y jamás conseguido.

Las Amazonas por excelencia fueron las que tuvieron como reinas a las hermanas Hipólita y Penthesilea:^[2] sus dominios se extendían desde las costas del mar Negro hasta la actual Capadocia. Una vez al año solían visitar a los pueblos colindantes, con la única finalidad de hacerse fecundar por los machos locales; más tarde, eliminaban a todos los recién nacidos de sexo masculino, o, como alternativa, se los enviaban a los padres. De todas maneras no faltaron las consabidas excepciones: por ejemplo, la de la reina Lisipe que se enamoró ardientemente de su propio hijo Tanais. Por último, hay quienes sostienen que las Amazonas encargaban todas las labores domésticas a los esclavos varones, especialmente a los cojos. Lo referido a los cojos ha de remontarse, al parecer, a una no mejor identificada reina Antianara, defensora de la teoría según la cual el hombre cojo es más hábil en los «juegos amorosos».

Durante los períodos de paz las Amazonas vestían de negro; en la guerra, por el contrario, se cubrían con pesadas armaduras de piel de serpiente. También sus

escudos estaban hechos con ese material y tenían forma de hojas de hiedra. Todos los años se elegían dos reinas por votación en asamblea: una para la paz y la otra para la guerra. La primera, comparable a los actuales ministros del Interior, administraba la justicia y controlaba todos los problemas de orden público; la segunda entraba en funciones solamente cuando la comunidad se veía amenazada desde el exterior.

Pero ¿cómo ocurrió que las Amazonas llegaran a Troya? Al parecer, por una coincidencia fortuita. Narran los mitólogos que, durante una batida de caza, la reina Penthesilea dio muerte por error a su hermana Hipólita, y que, para evitar la persecución de las Erinnias (o, peor aún, de las Amazonas adictas a Hipólita), se dirigió al palacio de Príamo con la intención de purificarse.^[3] Cayó por allí en pleno funeral: la corte estaba en un baño de lágrimas. Héctor acababa de morir y los troyanos necesitaban con urgencia apoyos militares. Entonces Paris le ofreció, aparte de la anhelada purificación, también numerosos presentes de oro y plata, a condición de que acudiese, desde el mar Negro, la tan temida caballería de las Amazonas.^[4]

Cuando los aqueos vieron que se les echaban encima las Amazonas, huyeron como alma que lleva el diablo. Aquellas extrañas criaturas, recubiertas de piel de serpiente, con largas melenas y una sola mama al aire, los atemorizaron, en parte porque hasta entonces nunca habían visto caballos con un ser humano adherido al lomo: de tal suerte, las Amazonas les parecieron feroces centauros. El único que no huyó, obviamente, fue el consabido Aquiles, que a pie firme aguardó la llegada de Penthesilea.

Sobre el resultado del duelo existen las más diversas versiones: unos le asignan la victoria final a la amazona y otros a Aquiles,^[5] algunos pintan a Penthesilea como una virgen invencible o, por el contrario, como la víctima de una extraña maldición: la de que siempre le tocara ser poseída por la fuerza. Según éstos, nuestra amazona era tan bella y seductora que no podía evitar, en cada hombre que la mirase, el estallido de un repentino *raptus* sexual. Esto le aquejó tantos problemas que la pobrecilla se vio obligada a vestir, incluso en verano, una armadura de bronce que la ocultase a las miradas de los varones.

El duelo con Aquiles fue de lo más cruento; en cierto momento, percatándose de que nunca lograría imponerse, Penthesilea buscó reparo en un bosque, donde, sin embargo, inmediatamente la alcanzó el héroe, que la traspasó con la famosa lanza de fresno que Quirón le había regalado.

No bien la vio tendida en el suelo y sin vida, Aquiles la despojó de sus armas y sólo entonces se dio cuenta de que había luchado contra una mujer; además, en ese momento él también sucumbió a la maldición y no pudo menos que poseerla; después se la echó a la espalda, decidido a darle digna sepultura. Pero los aqueos, que habían caído en crisis ante ese extraño ejército, apenas vieron que la reina de las Amazonas había muerto pretendieron que el Pelida la diese en pasto a los perros, incluso

también porque, según la opinión unánime, «había rebasado los límites que se le han concedido a la naturaleza femenina».^[6]

Durante aquellos largos años de guerra, junto al campamento de los aqueos se había ido formando un mercadillo de géneros comestibles. Con el tiempo se amplió la zona destinada al comercio, y se podía comprar de todo: desde esclavos etíopes hasta armas usadas, bordados de las mujeres frigias y hierbas mágicas para curar heridas. Hasta había un tenderete con *souvenirs* de guerra: yelmos reventados, espadas de tipo licio y escudos troyanos.

Aquel día, Leonte y Gemónides habían acudido a primera hora de la mañana con intención de aprovisionarse para el invierno, y, mientras vagabundeaban entre los pintorescos tenderetes y el pregonar de los vendedores, iban comentando las últimas gestas del Pelida.

—Extraño individuo, el hijo de Peleo —dijo Gemónides—, puede matar sin la menor piedad a docenas de enemigos, ¡y al día siguiente se enamora como un chiquillo de la primera muchacha que ve!

—Así es —dijo Leonte, aunque apresurándose en precisar—, pero no es nada constante en sus sentimientos: primero se encapricha de Briseis y parecería que se va a morir si alguien se la quita, después, como si tal cosa, se enamora de Polixene, y posteriormente nada menos que de Penthesilea, ¡una reina que él mismo ha matado en duelo! Dime, maestro, ¿es verosímil que un hombre pierda la cabeza por el cadáver de una mujer?

—Esto ocurre —repuso Gemónides— porque todos los sucesos que atañen al Pelida tienen siempre que ver con la muerte. ¡Sus amores no pueden menos que ser trágicos, por la sencilla razón de que el Hado lo enlaza con sus víctimas!

El joven cretense estaba por replicar, cuando oyó que una pordiosera lo llamaba:

—¡Oh Leonte, hijo de Neópulo, sé generoso, regálame un óbolo,^[7] aunque más no sea un óbolo, que tengo mucha hambre!

Era una leprosa: llevaba todo el cuerpo, de pies a cabeza, envuelto en un largo manto negro, inequívoca señal de que esa horrible enfermedad la devoraba. Leonte no pudo evitar acelerar el paso: desde niños, siempre le habían aterrorizado las negras vestimentas de los leprosos. Había uno en Gaudos, muy viejo, que vivía a expensas de la comunidad: todos los días los isleños le dejaban abundante comida en la oquedad de un árbol, a condición de que nunca entrase en la ciudad.

—No huyas, Leonte —insistió la mendiga corriendo tras él—, no huyas si todavía te interesa volver a ver a Ekto.

El muchacho se detuvo de golpe, y entonces se dio cuenta de que la leprosa era su amadísima amiga.

—¡Tú aquí! —exclamó Leonte—. ¿No te das cuenta del riesgo al que te expones?

—Claro que me doy cuenta. Precisamente por eso visto las prendas de los

leprosos.

—¿Y lo has hecho por mí, sólo por verme? —inquirió Leonte pletórico de emoción—. ¡Oh, amor mío, cuánto te amo!

El muchacho habría querido estrecharla entre sus brazos, besarla, cubrirla de caricias, pero se abstuvo para no levantar sospechas.

—Por ti y por Polixene —aclaró Ekto—. Mi amiga quiere que recuerdes lo que le prometiste en cierta ocasión.

—Ekto, amor mío, ya hablé de eso con Aquiles, pero él me dijo que aguardaría algún momento más propicio para esa clase de citas.

—El momento ha llegado —le aclaró Ekto—, y además, has de saber que Aquiles y Polixene se encontraron hace siete noches y yacieron juntos con recíproco placer.

—En tal caso, ¿por qué pedirme que haga de mensajero si ya se ven cuando y donde quieren? —objetó Leonte un tanto irritado.

Ekto ignoró el argumento y volvió a la carga.

—Polixene quiere informar a Aquiles que acepta su propuesta, que acepta casarse con él. Todo está dispuesto para la ceremonia. Tú mismo acompañarás al Pelida hasta el oráculo de Apolo Timbreo durante la próxima luna.

—¿Ellos casarse? ¿Y la guerra?

—Precisamente, gracias a este matrimonio podría terminar la guerra —le tranquilizó Ekto—. Pero ahora, oh mi joven amigo, déjame regresar a Troya; para mí es demasiado peligroso permanecer entre los aqueos.

—¡Helena, Helena, amor mío! —gritó Leonte, aunque sin conseguir retenerla. La mujer desapareció entre la muchedumbre que se agolpaba en el mercadillo.

El chico corrió tras ella desesperadamente, derribó un carrito atestado de sandías, empujó a docenas de harapientos, la llamó a viva voz, pero no volvió a dar con ella. Tal como un espejismo en el desierto, así Ekto se había disuelto entre el gentío.

Cansado de correr inútilmente, Leonte se detuvo, jadeando: esperaba que su amada reapareciera repentinamente; en cambio, la voz de Tersites lo devolvió a la realidad.

—¿Qué haces, oh joven Leonte, inmóvil como una columna de mármol en medio de un mar de sandías?

—¿Qué? —dijo el chico sin comprender.

—Tengo para ti importantes noticias —le comunicó el tullido.

—¿Importantes noticias? —repitió Leonte como un autómeta.

—¿Te acuerdas de aquel mercader frigio que te mencioné, el que había viajado a Éfeso? Pues bien, precisamente hoy me encontré con él y me lo ha contado todo acerca de tu padre.

—¡¿De mi padre?! —gritó el joven volviendo por fin en sí—. ¡Oh, mi buen Tersites, te lo ruego! ¡Dime el nombre de su asesino!

—El asunto no es como crees —le contuvo Tersites—, pero quiero contártelo todo con calma, esta noche, después del crepúsculo, en la taberna de Telón. Espérame confiado; el frigio me acompañará y juntos podremos beber una copa de vino con miel.

—Pero algo podrías adelantarme... —le suplicó Leonte.

—Ahora mismo no puedo —cortó Tersites y desapareció entre la muchedumbre del mercadillo, ni más ni menos que como Ekto pocos minutos antes.

Mientras tanto, Aquiles había vuelto a cubrirse de gloria: acababa de eliminar al etíope Memnón, el último de los aliados que habían acudido en ayuda de los troyanos tras la muerte de Héctor.

Narran los mitólogos que el susodicho Memnón era, sin más, el más bello de todos los seres vivientes. Por otra parte, a causa de un vago parecido con el Pelida y de su valor en el combate, lo apodaban «el Aquiles negro». Encabezaba un contingente de mil etíopes, mil ciudadanos de Susa y doscientos carros de guerra. No bien llegó a Troya hizo tal estrago de enemigos que poco faltó para que los soldados de Príamo pegaran fuego a las naves aqueas. Su único error, tal vez, fue el de dar muerte a Antíloco, hijo de Néstor pero también último amigo que le quedaba a Aquiles entre los aqueos. Tal como ya había ocurrido en el caso de Patroclo, el vengativo hijo de Peleo, apenas se enteró de la noticia, se abalanzó rechinando los dientes hacia las filas enemigas en busca del etíope.

El combate, faltaría más, fue épico, en parte porque ambos tenían una madre inmortal que combatía a su lado: Tetis la de Aquiles y Eos, diosa de la aurora, la de Memnón. Cuando Zeus los vio, en armas el uno contra el otro, cogió la balanza de oro y sopesó sus destinos. El veredicto fue inequívoco: el negro tenía que morir.

Memnón se valía de una lanza de dos puntas: eso le permitía clavarla en el terreno cada vez que necesitaba desembarazarse de ella. Así podía luchar con más libertad de movimientos y sin por ello renunciar, en caso de necesidad, al uso de la lanza. Aquiles era menos astuto que Memnón, pero mucho más agresivo en la lucha cuerpo a cuerpo. Ese día, sediento de venganza, acometió a su sosia embistiendo como un toro, y, tras haberlo derribado del carro, le cortó de cuajo la cabeza separándola del torso.

Eos exigió para su hijo, a título de compensación, un funeral excepcional que quedase para siempre grabado en la memoria de los mortales, y Zeus hizo todo por satisfacerla. Cuenta Ovidio que, mientras el cuerpo del héroe ardía en la pira funeraria, el humo se condensó en el aire hasta adquirir el aspecto de aves rapaces.^[8] Estas rapaces, llamadas Memnónidas, tras dividirse en dos bandadas acometieron unas contra otras y cayeron muertas sobre las llamas. Según la opinión de otros, las mujeres enamoradas de Memnón lloraron tan largamente a su ídolo que Zeus, compadecido, las convirtió en esas gallinas de Guinea que reciben el nombre de

pintadas.

Leonte y Gemónides, teniendo que buscar a Tersites, calcularon acertadamente que lo encontrarían no lejos de las tiendas de los mirmidones: una victoria como la que Aquiles acababa de obtener contra Memnón sería indudablemente objeto de festejos entre sus soldados, y un contradictor empedernido como Tersites nunca permitiría que se le escapase la ocasión de cuestionar la victoria del héroe. Efectivamente, apenas la figura de Aquiles apareció bajo la glorieta para recibir el aplauso de rigor, se presentó en primera fila también el cráneo pelado del tullido.

—¡Qué gran actuación has tenido, oh hijo de Peleo! —se mofó Tersites, que estaba delante de todos—. Tu vanidad se muestra tan dilatada que deberías ensanchar la armadura que te confeccionó Hefestos, para dar cabida a tu henchido pecho.

—¿Qué pretendes insinuar, tú, oh piojo? —le contestó Aquiles, pálido de ira y yendo a su encuentro—. He combatido y vencido como tú jamás lograrás combatir ni vencer, dado que en lo único que destacas es en vomitar injurias contra los héroes.

—No pretendo insinuar nada, Pelida —prosiguió Tersites impertérrito—, sino tan sólo recordarles a los aqueos, para que puedan contárselo a sus hijos durante las largas noches de invierno, que además de derribar en el campo de batalla al valeroso Memnón, orgullo de los etíopes, también has violado a una pobre mujer muerta: a Pentésilea, la reina de las Amazonas. ¡Si te parece ésa la acción de un héroe, vanaglóriate cuanto quieras; pero yo, en tu pellejo, trataría de no comentarlo demasiado!

Más le hubiese valido no pronunciar el nombre de Pentésilea: de un salto, Aquiles cayó sobre él y le soltó un puñetazo tan violento que el desdichado cayó fulminado como herido por el rayo. En vano Gemónides y otros voluntariosos intentaron reanimarlo: Tersites había muerto en el acto, y con él desaparecía también la tan esperada verdad acerca de la desaparición de Neópulo.

«¡Ahora no me queda más que Polixene!», pensó Leonte al tiempo que se echaba a llorar.

XV. EL TALÓN DE AQUILES

Donde presenciamos el matrimonio de Polixene y Aquiles, y también la muerte de este último por obra de Paris. Seguirá una disputa en tomo a la asignación de las armas del Pelida, con la posterior locura de Áyax Telamón, además del duelo entre Filoctetes y Paris con la muerte de este último.

En el siglo XII a.C., viajar con Aquiles era toda una garantía: su mera presencia bastaba para mantener alejados a los enemigos, bandoleros y malintencionados. Pese a ello, el joven Leonte de buena gana hubiera prescindido de tal compañía: desde que el Pelida diera muerte a Tersites, lo consideraba el peor de los hombres.

—Me encuentro aquí solamente porque quiero recibir información acerca de mi padre —le aclaró a Gemónides—. ¡En adelante, espero no tener nada que ver con Aquiles y con todos los de su ralea!

—¿Estás seguro de que Polixene, después de la ceremonia, te revelará todo acerca de Neópulo?

—Así me lo ha dicho Ekto, pero te confieso, oh Gemónides, que de Polixene poco me fío. Por otra parte, ¿cómo podría confiar en una mujer que se enamora del hombre que ha dado muerte a su hermano, y de aquella manera? Créeme, oh maestro, esos dos son el uno para el otro, y si llegasen a tener hijos alguna vez, ¡los varones serán más crueles que los Centauros, y las hembras más abominables que las mismísimas Harpías!

—¿Acudirá también Ekto a Thymbra? —preguntó Gemónides.

—Me lo ha prometido.

—Muy bien. Así, por fin, podré conocerla...

—... y cerciorarte de que realmente existe y no es un parto de mi fantasía —concluyó Leonte.

El cortejo, en parte formado por carros y en parte por tropas de infantería, avanzaba lentamente a lo largo del sendero que bordeaba el Escamandro. En cabeza iba el carro de Aquiles con los fieles Álcimo y Automedonte, seguido del de Fénix, con Pisandro de auriga; en tercer lugar iban Leonte y Gemónides, en un carro que amablemente les prestara Idomeneo. Por último, a cinco estadios de distancia, seguía una numerosa tropa de mirmidones, todos armados de lanza.

A Polixene le habría gustado que Aquiles llegase a Thymbra solo y sin armas,

para que fuera más romántico el encuentro, pero el sabio Fénix, en cambio, había sido categórico: o escolta armada de cien hombres, o nada de matrimonio. Ahora bien: si Fénix no se fiaba de Polixene, para compensar había alguien que no se fiaba de Fénix, y menos aún de Aquiles. Diómedes había desatado una auténtica campaña difamatoria acerca del Pelida: lo acusaba abiertamente de complicidad con el enemigo y mencionaba, como prueba de la veracidad de sus sospechas, la entrevista nocturna entre el héroe y Príamo, además de las andanzas amorosas de la joven Polixene. Por tal razón, desde las primeras luces de la aurora se había apostado en las proximidades del oráculo junto con Ulises y Áyax Telamón. La finalidad de la misión era reunir pruebas de la traición. Tanto resentimiento por su parte se debía también a que, como sabemos, Aquiles acababa de dar muerte a su primo Tersites.

Polixene estaba sola, inmóvil, en lo alto de la escalinata que conducía a la entrada del templo. Si hemos de ser sinceros, no poseía ninguno de los requisitos que por entonces estaban de moda: no era de formas abundantes, carecía de las amplias caderas de las mujeres troyanas y sus muñecas no tenían la robustez que exigían las labores domésticas. Era pequeña y esbelta, pero, para compensar, hermosísima: el seno se le dibujaba apenas bajo la túnica y, de no ser por los cabellos que caían, largos y lacios, hasta la cintura, se la hubiera podido confundir con un muchacho. Vista así, a contraluz, parecía una de las tantas estatuas que adornaban el oráculo.

Aquiles fue a su encuentro tendiéndole los brazos; tras él, a un par de metros, avanzaron Álcimo, Automedonte y Fénix, pero Polixene los detuvo con un gesto perentorio.

—Oh hijo de Peleo, pide a tus amigos que permanezcan fuera del templo. Solos estábamos cuando nos amamos, ¡y solos hemos de estar ante la presencia del dios!

—Fénix es como un padre para mí —protestó Aquiles—, y ha acudido a Thymbra en representación de los aqueos. Que acuda también alguno de tus familiares para aportar el consentimiento de los troyanos a nuestro matrimonio. Mucho me gustaría que fuese el viejo Príamo, a quien ya conozco: pero si él, como rey, no puede alejarse de las murallas, que venga alguno de tus hermanos, siempre que sea persona fiable.

—Hoy no se pueden dividir los hombres en aqueos y troyanos —replicó prestamente Polixene—. Hoy es la fiesta del dios y hemos de estar a solas ante su altar. Al unirnos en matrimonio demostraremos a los pueblos de la tierra de qué manera se superan los odios y resentimientos.

El Pelida obedeció la voluntad de la muchacha y pidió a sus amigos que lo aguardasen al pie de la escalinata. Mientras tanto, el joven Leonte buscaba desesperadamente con la mirada a su amada Ekto. No viéndola por ninguna parte, se internó en el bosquecillo que había a la izquierda del templo, y allí, con gran sorpresa, vio aparecer a Ulises por detrás de un seto.

—¿Adonde vas, muchacho? —lo apostrofó el rey de Ítaca apuntando contra él la

espada—. ¿Qué andas buscando tan lejos de los campamentos aqueos?

—Estoy aquí con la escolta del gran hijo de Peleo —contestó Leonte, asustadísimo—, y me interné en el bosque porque me pareció divisar a una mujer...

—¿Y cómo tú, un cretense, forma parte de la escolta de un mirmidón? —siguió preguntando Ulises.

—Yo, a decir verdad... —balbuceó el chico cada vez más alarmado, también porque detrás de Ulises había visto aparecer a Diómedes y Áyax Telamón.

Pero no logró completar la frase: un grito tremendo le obligó a girarse hacia el oráculo. Vio a Aquiles bajo los soportales del templo apretándose el estómago con las manos: tenía una flecha clavada en el vientre y otra asomaba hundida en su talón. Durante unos segundos el hijo de Peleo se tambaleó como ebrio, en equilibrio sobre el peldaño superior: luego se desplomó y rodó por toda la escalinata con gran estruendo de armas. Fénix y los demás lo rodearon, alarmados, y tuvieron apenas tiempo de oír sus últimas palabras:

—Polixene... Polixene... en la hoguera...

¿Qué había ocurrido? Cuando hubieron entrado al templo, Polixene cogió de la mano a Aquiles y lo guió hasta el altar de Apolo. Después, a los pies de la estatua del dios, con el pretexto de querer abrazarlo, lo había hecho volverse y, justamente mientras el héroe cerraba los ojos para besarla, Paris, el hermano de ella, había salido de detrás de la estatua con el arco ya en tensión para el tiro.^[1]

La primera flecha hirió a Aquiles en el talón. El hijo de Peleo se volvió de golpe, casi sin lograr creer que alguien se hubiese atrevido a atacarlo; pero no tuvo ni tiempo de mirar a su enemigo cara a cara y ya la segunda flecha le acertó en pleno vientre, pocos centímetros debajo de la coraza. Mientras se aferraba a una saliente del altar para no caer, ella, Polixene, se le acercó y le gritó en la cara todo el odio que hasta ese momento había ocultado en lo más hondo de su corazón.

—¿De veras habías creído, oh hijo de Peleo, iluso, que yo podía haberme enamorado de ti? Si he conocido tu lecho, ha sido sólo para apoderarme del secreto de tu invulnerabilidad; y tú, en tu estúpida vanagloria, inmediatamente me lo confiaste. ¡Revienta ahora, miserable! ¡Exhala tu último aliento en el mismo sitio en que diste muerte a mi hermano Troilo!

Ahora bien, para quien no lo sepa (pero ¿habrá todavía alguien que lo ignore?), Aquiles tenía un único punto débil, en el que podía ser herido: el talón. Su madre Tetis, apenas nació, a fin de volverlo invulnerable, lo había sumergido en las aguas del Estigio, sosteniéndolo firmemente por el talón derecho. Claro que, si lo hubiera sumergido dos veces, bendita mujer, sosteniéndolo una vez del pie y la otra de la mano, ¡nadie nunca habría podido matarlo!

Al pie de la escalinata estalló una furiosa disputa por la posesión del cadáver.

Todos los amigos de Aquiles, Gemónides y Leonte incluidos, fueron atacados por una banda de troyanos que apareció repentinamente, salida no se sabía de dónde. Los encabezaban Deífobo y Paris.

Diómedes, Áyax Telamón y Ulises se batieron como demonios. La consigna era: aguantar hasta que lleguen los mirmidones. Más que el cadáver, lo que se disputaban era la posesión de las armas del Pelida, y, dada la fama que éstas tenían, no era cosa sorprendente que griegos y troyanos se batieran a última sangre por adueñarse de ellas. Áyax mató a Asió, un hermano de Hécuba; Diómedes, para no ser menos, hizo morder el polvo a Nastes y a Anfímaco, ambos provenientes de la Caria. Ulises, en cambio, dándose cuenta de que llegaban cada vez más refuerzos troyanos y que no lograrían resistir indefinidamente, envió a Pisandro con un carro para que alertara a los aqueos; razón por la cual, poco más tarde se desató una auténtica batalla alrededor del cadáver de Aquiles.

En determinado momento Áyax Telamón logró cargarse a la espalda los más de ciento veinte kilos del Pelida (incluida la armadura), y, mientras el astuto Ulises le cubría la retaguardia espada en mano, se encaminó tranquilamente hacia el campamento aqueo.

La recuperación del cadáver de Aquiles fue origen, a continuación, de graves desacuerdos. ¿A quién asignarle las célebres armas forjadas por Hefestos? ¿A Áyax, autor material del traslado entre Thymbra y el campamento, o a Ulises que había protegido con su espada la retirada de Áyax?

Agamenón tuvo la sabia ocurrencia de someter la cuestión al juicio de los mismísimos prisioneros troyanos: «A vuestro parecer, ¿quién entre todos los aqueos ha sido más pernicioso para Troya: Áyax o Ulises?»

Y todos, con plena justicia, contestaron: «Ulises».

De hecho, los trucos del astuto rey de Ítaca los habían perjudicado mucho más que la fuerza bruta del hijo de Telamón.

El veredicto, como es natural, no agradó nada a Áyax.

—¿Cómo es eso? —protestó indignado el gigante—. Toda vez que los aqueos han precisado de alguien que se arriesgara en lo más denso de la refriega, me presté sin jamás echarme atrás, y ahora... ahora que hay que asignar las armas de mi primo Aquiles, las mismas que yo, y nadie más que yo, arranqué de manos de los troyanos, ¿qué hacen estos ingratos? ¡Entregárselas a Ulises, que rara vez ha sido visto en primera línea!

Tan grande fue la decepción que el pobre hombre enloqueció y cierto día, mientras se encontraba en el recinto de los ganados, empezó a dirigirse a todos los carneros, uno por uno, llamándolos con los nombres de otros tantos jefes aqueos. Al parecer, dio muerte a más de cien en una sola noche y ató dos carneros de patas blancas a una columna para flagelarlos con mayor comodidad. Las bestias pataleaban

aterrorizadas mientras él las cubría de improperios.

—¡Chúpate ésta, Agamenón, y esta otra... y otra más: un golpe por cada bellaquería que cometiste en tu vida y otro por cada hombre al que has traicionado! Y tú, Ulises, maestro de engaños, ¡entérate: tras haberte rasquetado bien los lomos cortaré tu lengua mentirosa y se la echaré a los puercos!

Al amanecer, anonadado por el cansancio, tras haber invocado a Hermes para que guiase su sombra hacia el Prado de los Asfodelos^[2] y a las Erinnias para que lo vengasen, clavó en el suelo la empuñadura de la espada y se arrojó sobre ella, poniendo cuidado en que el arma se le clavara en su único punto vulnerable: la axila.
^[3]

Narra una leyenda marinera que Ulises, durante el viaje de regreso a Ítaca, perdió en un naufragio todas las armas del Pelida, y que éstas, por voluntad de Tetis, flotaron sobre las olas hasta ir a posarse junto a la tumba de Áyax, en el cabo Reteo.

Obviamente, los funerales de Aquiles fueron majestuosos, tal como exigía la importancia del personaje, si bien éste, a decir verdad, no gozaba de excesivo favor entre las tropas a causa de su prolongada ausencia de los campos de batalla. Un grupo de Nereidas, a las órdenes de Tetis, se dispuso en círculo alrededor del cadáver y lo lloró largamente después de esparcir sobre él milagrosos ungüentos. Las nueve Musas entonaron un canto fúnebre que duró diecisiete días con sus correspondientes noches. En la ocasión llegó a Troya también Neoptólemo, el quinceañero hijo que había tenido el Pelida en Esciros^[4] cuando, disfrazado de mujer, se había ocultado entre las concubinas del rey Licomedes.

El décimo octavo día, el cuerpo de Aquiles ardió en la hoguera fúnebre: sus cenizas fueron mezcladas con las de Patroclo y depositadas en una urna de oro que fabricó Hefestos, para luego enterrarlas en el promontorio Sigeo de manera que pudiesen mirar hacia Ptía. Incluso hoy, los navegantes que cruzan el estrecho tienen la sensación, durante las noches de tormenta, de estar oyendo la voz de Aquiles declamando los versos del divino Homero, mientras desde el llano de Troya llega el confuso rumor de caballos lanzados al galope, rechinar de carros de combate y estrépito de armas.

Neoptólemo, también llamado Pirro, juró que no se daría paz hasta haber inmolado a Polixene sobre la tumba de su padre: y habría llevado a cabo sin vacilar su juramento si el consejo de los ancianos, capitaneado por Agamenón, no hubiese amnistiado inesperadamente a la muchacha con la excusa de que era todavía demasiado joven. La verdad era que Agamenón quería obtener la benevolencia de Casandra, su nueva concubina y hermana de Polixene. Por eso los aqueos empezaron a murmurar contra tal decisión: «¿Vale más la espada de Aquiles o el lecho de Agamenón?» Para dar respuesta a esa pregunta intervino el Pelida en persona, o, mejor dicho, su sombra. Una noche la vieron aparecer en lo alto del cabo Sigeo

gimiendo: «¡Yo también quiero mi parte del botín!» Entonces sacaron a la muchacha del recinto en que estaba aprisionada y la arrastraron por los pelos hasta el túmulo de Aquiles: ella misma abrió la túnica sobre su blanco seno para que Neoptólemo hundiera en él la espada vengadora.

Muerto Aquiles y muerto Áyax, los griegos empezaron a sentir serios temores: ya no contaban con héroe alguno capaz de aterrorizar a los troyanos, con excepción de Diómedes. Además, se había impuesto una amarga realidad: después de nueve años de guerra el arco había demostrado ser un arma más mortífera que la espada, y, en tanto los troyanos tenían excepcionales arqueros (y de ello se ufanaban), ellos, los aqueos, hasta se avergonzaban de utilizar un arma que consideraban más propia de cobardes que de héroes. Cuenta el geógrafo Estrabón que cierta vez leyó, en una antigua columna, un edicto en el que se prohibía el uso bélico de cualquier clase de proyectil, piedras incluidas. Plutarco, en su *Moralia*, habla de un soldado que a punto de morir exclamó: «*No lamento tanto morir, cuanto que me quite la vida un afeminado arquero.*»^[5]

Al margen de estas consideraciones, Agamenón estaba hasta la coronilla de la guerra: habían pasado casi diez años desde el comienzo de las hostilidades y él tenía unas ganas locas de regresar a casa. Su esposa, la bellísima Clitemnestra, lo aguardaba ansiosamente y sus tres hijos habían crecido tanto que acaso, el día que regresara, ni siquiera lo reconocerían. Y todo eso ¿para qué? ¿Para conseguir un botín que a esas alturas debía haberse esfumado, ya que Príamo lo había utilizado casi por completo en el rescate del cuerpo de Héctor? A fin de cuentas, pensó Agamenón, ya no convenía quedarse en Troya. Pero, por otra parte, no podía volver a casa con las manos vacías: ¿qué papel habría hecho a los ojos del mundo aqueo? Sin pretender mucho, por lo menos la muerte de Paris tenía que conseguirla: aunque más no fuese, para vengar la afrenta que su hermano había padecido. ¿Pero cómo convencer a ese troyano pusilánime para que saliese al campo más allá de las murallas?

De todos los hijos de Príamo, Paris era con toda seguridad el más prudente: nunca se arriesgaba en los combates, y las contadas veces que participaba en la batalla se instalaba en algún sitio a buen resguardo, para lanzar luego, desde lejos, sus malditísimas flechas. Tal vez la única manera de que saliera a la descubierta fuese la de desafiarlo a un duelo con arcos. Con lo vanidoso que era, probablemente aceptaría. Pero ¿a quién escoger para hacerle frente? El único rival posible era tal vez Teucro, el hermanastro de Áyax Telamón, pero, tras el suicidio de este último, no se podía ni hablar del asunto: Teucro odiaba a Agamenón con todas sus fuerzas y jamás combatiría por la honra de un hijo de Atreo.

Entonces alguien mencionó a Filoctetes, el héroe olvidado, el que los griegos habían abandonado nueve años atrás, herido, en una isla perdida del mar Egeo.

Sin duda alguna, Filoctetes era el mejor arquero aqueo, en parte porque había

heredado las flechas y el arco personal de Heracles.^[6] Durante el viaje hacia Troya, sin embargo, habiendo desembarcado en la pequeña isla de Nea^[7] para reaprovisionarse de agua, sufrió la picadura de una víbora venenosa: la herida, habiéndose vuelto purulenta, empezó a despedir tal hedor que los compañeros de viaje se encargaron de desembarazarse de él en la primera isla que hallaron.

Aprovechando la tregua por los funerales de Aquiles, Ulises se encargó de ir a rescatarlo: lo encontró mientras merodeaba, enfurecido como una fiera, por una playa desierta.

—¡Salud, Filoctetes! ¿Qué es de tu vida? —lo saludó Ulises como si tal cosa—. ¿Crees que seguirás siendo el mejor de los aqueos en el tiro con arco?

—Hazme encontrar a los que me abandonaron en esta maldita isla —repuso el arquero—, y te demostraré lo que sigue valiendo mi brazo.

En parte con su cháchara, en parte con la promesa de lograr que Podaliro o el mismísimo Macaón curasen debidamente su herida, Ulises logró convencerlo para que fuese con él a Troya y se sumara a los demás aqueos.

El duelo entre Paris y Filoctetes fue uno de los choques épicos que animaron la guerra de Troya.

Como de costumbre, antes de enfrentarse ambos héroes se injuriaron durante más o menos media hora poniendo en juego lo mejor de sus capacidades invectivas.

—¡Oh Filoctetes, hijo de Peante! —aulló Paris—. Tienes más posibilidades de matarme con el hedor de tus pies que con las flechas de tu arco.

—También tú, oh descendiente de Príamo, emites un pésimo olor: el de la traición —replicó Filoctetes—. Pero mi hedor podrá ser curado por los hijos de Asclepio, en tanto que el tuyo permanecerá, insoportable, por los siglos de los siglos, como ejemplo de bellaquería.

—Lucha lealmente, oh hediondo héroe: ¡no te pongas del lado que sopla el viento! —imploró Paris—. ¿Cómo quieres que pueda tensar el arco si tengo las manos ocupadas en taparme las narices?

—¿Y no piensas en mis flechas? —replicó Filoctetes mostrándole la aljaba—. ¡Oh, cómo preferirían, las pobrecillas, ir a parar a un montón de excrementos, antes que hundirse en tu podrido vientre!

Cada frase, según su eficacia, era recibida con un coro de aprobaciones por parte de uno de los bandos, y chillidos de burla por parte del otro. Pero cuando terminaron las escaramuzas orales y empezaron a actuar en serio, se notó que Filoctetes era verdaderamente un maestro, y no sólo lanzando dardos, sino también esquivando los que le iban dirigidos. En tanto que Paris, de hecho, no logró en ningún caso dar en la diana, el aqueo le acertó tres veces: con la primera flecha le traspasó una mano, con la segunda el ojo derecho y con la tercera un tobillo.

Pese a la gravedad de sus heridas, Paris no murió en seguida. Los troyanos lo

transportaron a las laderas del monte Ida en la esperanza de que su ex amante Enone lo curase mediante un encantamiento. Pero la ninfa, todavía ofendida por haber sido dejada de lado a causa de Helena, rehusó prestarle socorro; y cuando, arrepentida, acudió prestamente a Troya con un unguento mágico para salvarlo *in extremis*, ni siquiera le abrieron las Puertas Esceas porque el héroe había ya expirado en brazos de su esposa.

La desaparición de Paris le creó un nuevo problema al viejo Príamo: ¿a cuál de sus hijos concederle ahora la mano de Helena? Los pretendientes eran dos: Deífobo y Heleno. La elección favoreció al primero y enfureció al segundo, que abandonó clandestinamente la ciudad sitiada para refugiarse en el campamento aqueo. El consabido Ulises lo recibió con los brazos abiertos. Inmediatamente el rey de Ítaca aprovechó la ocasión para obtener confidencias sobre todos los secretos de los troyanos: el espesor de las murallas, el número de centinelas, los horarios de guardias y demás.

Según Heleno, experto en oráculos, Troya jamás caería si los aqueos no lograban tener en su poder un omóplato de Pelops. Agamenón, supersticioso como todos lo eran en aquellos tiempos, se apresuró a enviar un heraldo a Pisa, en la Elide, para que trajese a Troya la preciosa reliquia.

Y Helena, ¿qué opinaba de ese transitar suyo de un lecho a otro? La pobrecita ya había llegado a su cuarto marido: después de Teseo, Menelao y Paris, ahora le tocaba verse asignada a Deífobo. El Hado le asignaría incluso un quinto marido, Aquiles, pero después de muerta.

Habiendo salido Paris de la escena, no se sabe si la actitud de Helena hacia los troyanos sufrió algún cambio o no. ¿Aceptó dócilmente todo lo que le imponían, o intentó rebelarse? Las versiones son discordes, como discordes son los juicios sobre Helena, que para algunos es la encarnación de la adúltera y la destructora de familias, y para otros, en cambio, una víctima de sucesos demasiado grandes para ella. Estesícoro, en su *Saqueo de Troya*, habló tan mal de ella que la propia Helena, desde el Hades, pidió a los dioses que lo privasen de la visión (aunque se la hizo recobrar apenas supo que el poeta se había retractado de sus precipitados juicios).

De todas maneras, Helena sigue siendo para los mitólogos un personaje ambiguo, difícilmente clasificable. Su nombre mismo, *Elène*, sugiere misteriosas proximidades con *Selène*, la luna.

Para Esquilo era sinónimo de «*ruina de las naves, ruina de los héroes, ruina de las ciudades*».^[8] Entre los tantos desastres que se le atribuyen figura también la invención de la droga, en especial de la morfina. Cuando, terminada la guerra, Telémaco, el hijo de Ulises, va a verla a Esparta y llora y se desespera porque no tiene noticias de su padre, ella, para serenarlo, le suministra un sedante que obtiene de sus propias lágrimas, el *elenion*, que le hace olvidar todo afán.^[9]

La imagen más humana de Helena es la que nos ofrece Ovidio en *Las Metamorfosis*: el poeta nos la muestra vieja y decrepita mientras se está contemplando en un espejo. En silencio, la mujer observa las arrugas, los cabellos grises, el cuello flácido, para después preguntarse, asombrada, cómo es posible que haya sido *bis rapta*, dos veces raptada.^[10]

XVI. EL CABALLO DE MADERA

Donde nos vamos enterando del asunto del caballo de madera y la subsiguiente destrucción de Troya. Entre saqueos, incendios, asesinatos y violencias de toda clase, Leonte buscará a su amada Ekto y se enterará, por fin, de la verdad sobre su padre.

—¡Troya es inexpugnable! —sentenció Heleno ante el consejo de los aqueos—. Demasiado hábiles son los arqueros de guardia sobre las escarpas y demasiado espesas las murallas que la rodean por completo. Oh aqueos, no olvidéis que esas murallas las erigieron en una sola noche Apolo y Poseidón, y que las obras de los dioses no pueden ser demolidas por manos mortales.

Heleno el traidor, huésped demasiado mimado de Ulises, no tenía la menor duda: aunque la guerra durase cien años más, nunca los griegos lograrían violar las murallas de Troya. Era indispensable, por tanto, idear alguna estratagema para entrar en la ciudad a fin de conseguir con la astucia lo que hasta el momento no había conseguido la fuerza.

—Se me ocurre una idea —empezó a decir Ulises poniéndose de pie y situándose en el centro del reducido número de jefes. Construyamos un caballo de madera en homenaje a Atenea y abandonémosle en la playa tras empujar nuestras naves hacia el agua y fingir que regresamos a nuestra patria.

—¿Un caballo? ¿Y de madera? —preguntó Agamenón boquiabierto—. ¿Y crees que un caballo de madera puede destruir la ciudad de Troya?

—Más aún, estoy totalmente seguro, si en su interior se oculta un puñado de valientes dispuestos a jugarse la vida —repuso el maestro en engaños.

—Y en tu opinión, oh hijo de Laertes, ¿los troyanos serán tan ingenuos como para llevar al interior de la ciudad, con sus propias manos, ese tu caballo repleto de hombres armados?

—¡Sí, siempre que lo hagamos más alto que las demasiado altas Puertas Esceas!

Agamenón ya no entendía nada: bastante difícil le parecía que los enemigos, por espontánea voluntad, se llevasen el caballo al interior de la ciudad; pero si, además, el coloso era incluso más alto que la puerta de entrada, realmente no veía de qué manera podía funcionar el plan de Ulises. El astuto rey de Ítaca, en cambio, se basaba precisamente en eso para convencer a los troyanos.

—La idea es buena —admitió Diómedes—, pero no viril.

Eso de la virilidad, la *andreia*, como la llamaban los griegos, para Diómedes era

una auténtica idea fija. Héroe en el auténtico sentido de la palabra, el hijo de Tideo no admitía otra forma de lucha que no fuese el choque armado entre dos campeones, el uno frente al otro, y que ganara el mejor. Ulises, en cambio, era antideportivo: de su abuelo materno, Autólico, había heredado el arte de engatusar al prójimo, y si en una empresa no conseguía engañar por lo menos a un par de personas, no se quedaba satisfecho.

La construcción del caballo se le encargó a Epeo, el más cobarde de los aqueos; tan famosa era su habilidad en la carpintería como su repugnancia a arriesgar la vida en el campo de batalla. Sin embargo, nadie hubiera pensado que se trataba de un pusilánime: la naturaleza le había brindado unos hombros muy anchos y, especialmente, un rechazazo demoledor. Tan vigoroso era que, a pesar de la cobardía que lo distinguía, durante los juegos fúnebres en honor de Patroclo había derrotado a todos los competidores en el torneo de pugilato.

Epeo construyó el caballo de forma que pudiese albergar en su interior veintitrés guerreros armados hasta los dientes. La portezuela de entrada estaba hábilmente disimulada y tenía un mecanismo de apertura que sólo su inventor conocía. En uno de los flancos se leía la siguiente inscripción: «LOS GRIEGOS A ATENEA, AGRADECIDOS.»^[1]

Acerca de la cantidad de hombres armados que se encerraron en el caballo siempre se ha discutido: unos dicen que doce, otros que veintitrés, otros treinta y alguien hasta tres mil, cosa que francamente nos parece exagerada. Los que participaron de pleno derecho fueron Menelao, Ulises, Diómedes y Neoptólemo; los demás fueron seleccionados mediante un sorteo en el que tomaron parte sólo personajes de sangre real, uno por cada una de las comunidades aliadas contra Troya. Siendo dieciocho los aliados, dieciocho fueron los escogidos; el vigésimo tercer ocupante fue el propio Epeo: pataleó mientras lo cogían en vilo para meterlo en el vientre del caballo, amenazó con romper de un puñetazo el costado del artilugio, le imploró a Agamenón que lo dejase fuera, pero no logró conmover a nadie. Era el único que conocía el secreto de la portezuela, y, por tanto, el único que podía resultar realmente indispensable.

Cuando llegó el momento de escoger al representante de Creta, en la urna se colocaron los nombres de Idomeneo, Merione, Evanio y Leonte; pero inmediatamente Gemónides se puso en pie para protestar.

—Oh Agamenón, pastor de pueblos, considero que esta empresa requiere nervios sólidos y larga experiencia en el manejo de las armas; por tanto, no veo cómo un chiquillo de apenas dieciséis años puede formar parte de los elegidos.

—Oh viejo Gemónides —repuso Agamenón—, mira cómo Neoptólemo está impaciente por entrar en combate; es aún más joven que Leonte y sin embargo, como bien puedes comprobar, la idea de entrar en el vientre del caballo lo llena de entusiasmo.

—También yo quiero combatir... —trató de declarar Leonte, pero Gemónides se lo impidió a viva fuerza tapándole la boca con una mano.

—Seguramente el alma de Aquiles impulsa al valeroso Neoptólemo a buscar venganza —insistió el maestro—, pero estoy convencido, oh hijo de Atreo, que si me concedieses el privilegio de ocupar el puesto del jovencito, todo el grupo de héroes saldría ganando con mis consejos.

—Aquí no está en tela de juicio tu sapiencia, oh anciano, sino la voluntad de los dioses —volvió a replicar Agamenón—. Si el Hado lo ha querido así, no veo por qué nosotros, pobres mortales, habríamos de contradecirlo.

Zarparon los aqueos en las negras naves desplegando las velas hacia Grecia, o, mejor dicho, fingieron poner rumbo a Grecia, ya que a pocas millas de navegación se ocultaron detrás de la isla de Ténedos. Para que la partida resultase más verosímil incendiaron todo lo que en esos diez años de guerra habían construido: casas de piedra, chozas de cañas y barro, corrales para el ganado, campos de trigo, fortificaciones bélicas y demás. En la playa quedaron tan sólo el caballo de madera y Sinón, un primo de Ulises, que se escondió en los pantanos situados al norte de los campamentos.

Cuando los centinelas que estaban apostados en las torres le anunciaron a Príamo que los aqueos se habían marchado y que sus naves ya se habían perdido tras el horizonte, todos los pobladores de Troya, mujeres y niños incluidos, acudieron incrédulos a la playa. Allí, bien plantado sobre su pedestal, se erguía el caballo de madera. Los troyanos quedaron boquiabiertos. ¡Jamás, hasta ese momento, habían visto algo tan majestuoso!

«¿Qué hemos de hacer con esta maravilla?», se dijeron. «¿Destruirla o llevarla a Troya?»

Las opiniones al respecto eran de lo más variadas.

—¡Mirad! —exclamó Timetes, uno de los poquísimos troyanos que sabían leer, señalando la inscripción en el flanco del caballo—. ¡Es un homenaje a Atenea! ¡Llévemolo al interior de la ciudadela y la diosa nos lo agradecerá eternamente!

—¡Jamás! —gritó Capis, rey de los dárdanos—. Atenea tomó siempre partido a favor de los aqueos y no merece que le rindamos ese homenaje. Mejor será quemarlo en la playa y esparcir sus cenizas al viento.

—No estoy de acuerdo contigo, oh valeroso Capis —disintió Príamo—. Timetes tiene razón y por mi parte opino que si lo destruyéramos sería una falta de respeto hacia la diosa. Acaso lo más prudente sea llevarlo al interior de la ciudad sobre rodillos para después dedicárselo a Atenea en lugar del Paladión que nos robaron.

Obviamente, en una divergencia de pareceres como la que había surgido, no podía faltar la contribución de Casandra. La demente hija de Príamo llegó a la carrera, más desgreñada que nunca, chillando como una endemoniada.

—¡Veo en el vientre de la horrible bestia miles de hombres armados! Padre, ¡destrúyela antes que empiece a vomitar enemigos! Los estoy viendo llegar: en las manos llevan antorchas y sus dientes chorrean el veneno de las víboras. Son fieras sedientas de sangre: asesinan a los hombres, violan a las mujeres y degüellan a los niños. ¡Veo cómo el Escamandro se tiñe de sangre hasta la desembocadura!

Como siempre, aunque en esencia decía la verdad, Casandra exageraba en los detalles hasta el extremo de quitar toda credibilidad a sus profecías. Si en vez de hablar de miles de guerreros, de víboras y de enemigos vomitados, se hubiese limitado a decir «¡Cuidado, aquí dentro hay veintitrés guerreros!», tal vez alguien la habría creído y acaso Príamo, aunque sólo fuese por curiosidad, incluso habría ordenado a sus guardias que reventasen el vientre del caballo para ver si su hija tenía razón. Pero ella era así: o profetizaba dramatizando, o no decía absolutamente nada.

En su apoyo, sin embargo, llegó a la carrera también Laocoonte, un sacerdote de Apolo.

—¡Pero qué ingenuos sois, oh troyanos, y qué poco conocéis a Ulises! ¿De veras os habéis creído que los aqueos se han marchado?

—¿Y qué es lo que deberíamos hacer?

—Pues destruir el caballo —dijo con firmeza Laocoonte.

—¡Pero si es una ofrenda!

—¡De los griegos no me fío por más regalos que traigan!^[2]

Dicho lo cual, arrojó con vigor una lanza contra el caballo de madera. El arma penetró unos centímetros en el dorso del coloso, sembrando el pánico entre sus ocupantes. Si los troyanos no hubiesen acompañado el gesto del sacerdote con un griterío ensordecedor, seguramente habrían oído un sombrío retumbar de armas y el grito de pánico de Epeo. Leonte también había estado a punto de gritar y se comprende: estaba en el interior de un féretro de madera, a oscuras, en compañía de veintidós extraños, a sus dieciséis años y con el peligro de que en cualquier momento lo descubrieran y terminase sus días asado. Las propuestas de los troyanos que había oído hasta ese momento lo habían aterrorizado: primero «quemémoslo», después «arrojémoslo al mar», más tarde la sugerencia de Timetes de que lo encerrasen en la ciudadela, los alaridos de Casandra y la lanza de Laocoonte que había aparecido repentinamente a dos centímetros de la cabeza de Neoptólemo. ¡Bastaba para morir de infarto! Por el contrario, el hijo de Aquiles, hay que decirlo en su honor, se mantuvo imperturbable; solamente le pidió a su vecino de banco, Toas, que se desplazase un poco porque le molestaba la punta de bronce que asomaba por la madera.

Alguien, entre los troyanos, temiendo que la diosa pudiese sentirse ofendida, se encargó de extraer del caballo la lanza, iniciativa que en seguida significó una considerable ventaja para los ocupantes. En efecto, hasta ese momento habían

permanecido en la más absoluta oscuridad; ahora, en cambio, gracias al agujero que dejaba el arma, algo lograban percibir, aunque a duras penas. Leonte, por ejemplo, vio a Epeo que, sentado delante de él, lloraba silenciosamente. Pero repentinamente se oyó un confuso rumor de voces: algunos troyanos habían capturado a Sinón, el «señuelo» que Ulises había dejado en el pantano, y ahora lo estaban arrastrando, atado de pies y manos, a presencia de Príamo. El aqueo lloraba desconsoladamente, sin escatimar maldiciones e improperios dirigidos a la persona de su primo.

—¡Oh magnífico Príamo, célebre por tu sabiduría allende y aquende la mar, apiádate de Sinón! —dijo entre sollozos—. ¡Estoy aquí por culpa de Ulises, el más infidente entre todos los mortales!

—A Ulises lo conozco demasiado bien, tal vez más que tú —admitió el viejo soberano—, y más por su astucia que por sus hazañas en el campo de batalla. Pero cuéntanos por qué te quejas de él.

—Oh descendiente de Zeus —prosiguió Sinón, tranquilizado por la cordialidad de Príamo—, aunque soy su primo hermano, Ulises me designó ante los aqueos para que me sacrificasen en honor a Poseidón; pero no lo hizo a fin de conseguir la benevolencia del dios, lo que incluso hubiera sido comprensible dado que estaba a punto de emprender tan largo viaje, sino para eliminar a un peligroso testigo que, de regreso a la patria, hubiera podido acusarlo de homicidio. Ocurrió que cierto día tuve la desventura de recibir la confesión de un esclavo y así enterarme del delictuoso plan que ese hombre de innumerables astucias había tramado contra el infeliz Palamedes.

—Si lo que dices es verdad —objetó el rey—, ¿cómo se explica que todavía estés vivo? Que yo sepa, Ulises jamás ha perdonado a sus enemigos.

—Porque cuando el sacerdote ya había levantado contra mí la espada del sacrificio, Bóreas envió desde la lejana Cólquide un fresco viento y todos corrieron a empujar las naves. Rodé entonces hasta la base del altar y en medio de aquella confusión conseguí, aunque atado, esconderme en las aguas pantanosas.

—Dime entonces, oh Sinón —siguió preguntando Príamo—, ¿por qué los aqueos han dejado en la playa una estatua tan grande? ¿Y por qué de un caballo?

—Porque nosotros, los griegos, honramos a Atenea en cuanto protectora de los caballos, tan es así que frecuentemente la llamamos Hípia. Últimamente, sin embargo, la diosa se encolerizó con nosotros a causa del hurto del Paladión; y Calcas nos aconsejó que construyéramos un caballo a fin de aplacar sus iras.

—¿Y por qué de tales dimensiones?

—Para impedir que los troyanos pudieseis llevarlo al interior de la ciudadela y obtener los favores de la diosa. En cierta ocasión, Ulises y Epeo se acercaron a las Puertas Esceas y midieron a ojo la altura de sus arcadas: a continuación construyeron el caballo con medidas tales que no pudiese pasar por debajo de ellas.

—¡Estas palabras parecen pergeñadas por Ulises! —gritó entonces Laocoonte

abalanzándose hacia Sinón espada en mano; pero dos guardias de Príamo lograron contenerlo.

—Pero... ¡si yo odio a Ulises más que a cualquier otro ser en el mundo! —mintió el aqueo.

—¡No es verdad, no es verdad! —chilló Laocoonte dirigiéndose a los troyanos—. Ulises le ha dictado esas palabras, ¡y él sabe que está mintiendo!

—¡Que Atenea me quite la vida en este mismo instante si lo que he dicho no es la pura verdad! —juró entonces Sinón con la cara más dura del universo.

—De acuerdo —dijo Laocoonte—, pero si de caballos hemos de hablar, que sea Poseidón quien establezca si mientes o no.^[3] Ahora le sacrificaré un toro al inventor del caballo y le pediré a cambio que nos envíe una señal.

¡Mejor no lo hubiera dicho! De las aguas del mar, desde la cercana Ténedos, emergieron dos enormes serpientes marinas, Porce y Caribia, que llegaron a la playa y atraparon a dos chiquillos que jugaban en la arena: eran los hijos de Laocoonte. Inútilmente el sacerdote intentó librarlos de la presa mortal: tras una breve lucha, él también terminó por sucumbir, triturado por los dos monstruos.

En el Parque Municipal de Nápoles hay una reproducción en mármol del «grupo de Laocoonte» cuyo original está actualmente en los Museos Vaticanos.^[4] De niño me quedaba hipnotizado contemplándolo y me preguntaba si mi padre, en una situación parecida, se habría batido contra las serpientes para salvarme la vida. Recuerdo que, para «sentir» mejor la escena, trepaba a la base de la escultura y declamaba de memoria los versos de Virgilio: «*Con marcha segura las serpientes se dirigen hacia Laocoonte; primero la una, después la otra, aferran los pequeños cuerpos de los hijos y los aprietan, y a mordiscos pacen de sus míseros miembros.*»^[5]

Concluido el almuerzo, los dos monstruos marinos entraron en la ciudad y fueron a acurrucarse a los pies de Atenea. Llegados a ese punto, el mensaje resultó incluso demasiado claro: «Las serpientes castigaron a Laocoonte por oponerse a la entrega del regalo a Atenea, y luego se acurrucaron a los pies de la estatua para demostrar que pertenecían a la diosa». Bien mirado, la interpretación habría podido ser más simple, y, sobre todo, más útil: «¡Cuidado con la amenaza que proviene de Ténedos!»

Tras todo lo ocurrido, los troyanos no dudaron más: había que introducir el caballo en la ciudad y colocarlo en lo más alto de la ciudadela, tal como la diosa había dado a entender mediante el prodigio de las serpientes. Hay que reconocer que la empresa no era de las más fáciles, incluso porque al peso de la madera se sumaba el de veintitrés guerreros. Pero los egipcios ya habían demostrado con las pirámides que, si realmente se quiere, todo es posible; y los troyanos no quisieron ser menos. Gracias a un ingenioso sistema de cuerdas y rodillos, lograron arrastrar la enorme bestia hasta situarla delante de las Puertas Esceas. A continuación rompieron el dintel

de la entrada, exactamente en el centro, y así la cabeza del caballo pudo pasar al otro lado.^[6] Después subieron por el trecho más empinado, el que iba de las murallas al templo de Atenea. Se trataba de una callejuela en pendiente y sin paredes de protección. Más de una vez el caballo estuvo a punto de escapárseles a sus transportadores y desplomarse encima de las casas que había debajo.

Aquella noche los troyanos bebieron y cantaron largamente. Les parecía un sueño poder irse a dormir, por fin, sin la pesadilla de tener que levantarse repentinamente para rechazar algún ataque enemigo. Los aqueos se habían ido y, con la venia de Zeus, la guerra había terminado. ¡Tras diez años de combates, de lágrimas y sangre, por fin los troyanos podrían dormir tranquilos!

Las mujeres prepararon por las calles centenares de mesas cubiertas de manjares y adornadas con flores y ramas de laurel. Príamo hizo sacrificar doce bueyes para que todo el mundo, esa noche, pudiese comer hasta saciarse, y de sus bodegas llegaron doce tinajas de vino tan altas como un hombre.

Hubo alguien, sin embargo, que no participó en los festejos, aunque sólo fuera porque no se había tragado lo de la partida de los aqueos: ese «alguien» era Helena, una griega que conocía perfectamente las triquiñuelas de Ulises. Mientras todos se dedicaban a comer y beber, ella fue hasta la ciudadela y se sentó delante del caballo. Allí permaneció, en silencio, mirándolo durante largas horas; después dio tres vueltas en torno a él y a continuación acarició sus patas, casi como queriendo sentir sus vibraciones. De pronto percibió la presencia de los héroes y empezó a imitar las voces de sus mujeres.

«¿Me oyes, Diómedes? Soy Egialea, tu tierna esposa. Ah, cómo quisiera estrecharte contra mi blanco seno... Y tú, Estenelo, ¿no me reconoces? Dime, ¿cuánto tiempo ha transcurrido desde el día en que te vi alejarte de Tirinto? ¡Oh marido adorado! Sal del vientre de este caballo y bésame con todo tu ardor, como sólo tú sabes hacerlo... Y tú, Anticlo, fiel esposo, ¿acaso has olvidado nuestros amorosos abrazos? ¿Cómo es posible que estando yo aquí, prisionera de los dárdanos, tú rehúses acudir a liberarme?»^[7]

En ese momento Anticlo perdió la cabeza: se puso de pie de un brinco y trató, desesperadamente, de abrir la portezuela para salir, pero Ulises fue más rápido y se lo impidió. Según Trifiodoro, poeta griego del siglo v, directamente lo estranguló,^[8] en opinión de Homero, en cambio, se limitó a mantenerle tapada la boca mientras Helena imitaba la voz de su esposa.^[9]

Cuando la provocadora se hubo alejado, Ulises inició la cuenta atrás. El primero que puso pie en tierra fue Equión: si hemos de ser exactos, más que el pie puso la cabeza, pues resbaló por la escala de cuerdas y se desnucó. Una vez fuera, los héroes se organizaron en tres grupos: el primero, encabezado por Diómedes, se encargó de eliminar a los centinelas; el segundo se encaminó hacia el palacio a fin de que

Menelao y Neoptólemo pudieran satisfacer sus venganzas; y el tercero, a las órdenes de Ulises, fue a abrir las Puertas Esceas para dar paso a los veinte mil aqueos que, mientras tanto, se habían acercado a las murallas.

Pero, materialmente, ¿quién encendió el fuego para indicar a los aqueos que la estratagema del caballo había llegado a buen fin? Según unos fue Ulises, según otros Sinón, e incluso en opinión de algunos la propia Helena, una Helena del todo desconocida: arrepentida, habría decidido colaborar con sus ex compatriotas.

A Leonte le había tocado formar parte de la patrulla de vengadores, la que debía dar muerte a Príamo y a toda la familia real. Pero al chico le bullían otras ideas en la cabeza: lo que le importaba era salvar a Ekto para después llevársela a casa y vivir feliz el resto de su existencia. Ahora bien: si Ekto y Helena eran la misma persona, obviamente no podría disponer de ella, ya que Menelao era el único a quien correspondería decidir su destino; pero si Ekto era Ekto y no otra, entonces él, que era uno de los guerreros escondidos en el caballo, podría conseguir que se la diesen como botín de guerra. De esta guisa pensaba Leonte mientras atravesaba en silencio las callejuelas de Troya.

El joven cretense ocupó la retaguardia y, apenas pudo, se escabulló por una calleja escalonada lateral: era imprescindible llegar a la casa de Ekto antes que ningún otro. Hacía calor y las calles estaban llenas de troyanos ebrios. Uno de ellos, despatarrado en una esquina, alcanzó a verlo y, acaso creyendo que soñaba, lo señaló con el índice de la mano derecha.

—¡Oh maldito aqueo, que Zeus te fulmine! ¿Qué estás haciendo en Troya? ¿Acaso ignoras que la guerra ha terminado?

Leonte habría podido matarlo con facilidad, el desgraciado estaba allí, echado en el suelo, borracho, y no habría opuesto la menor resistencia; pero Leonte no había acudido a Troya para matar: se había metido en aquel espantoso caballo solamente por salvar a Ekto. Y ahora su único objetivo era encontrarla y regresar con ella a las naves: la defendería incluso a costa de su vida... tenía que convertirla en la reina de Gaudos...

Su anterior visita a Troya le resultó muy útil: después de un par de encrucijadas se vio justamente delante de la casa del umbral roto. La puerta estaba abierta: la primera habitación, desierta, e igualmente la segunda y la tercera. Por lo que podía observar, no había allí el menor rastro de vida, ni presente ni pasada: ni ropas, ni muebles, ni tinajas de trigo y de agua. En otras palabras: Ekto le había mentado, ¡aquella casa estaba deshabitada desde hacía por lo menos un año!

Y ¿si la propia Ekto nunca hubiese existido? ¿Si realmente hubiese sido un simulacro, un espejismo, un parto de la fantasía, una proyección de su anhelo de amar, tal como, por otra parte, siempre había sostenido Tersites? Llegado a ese punto, no le quedaba otro remedio que acudir al palacio y constatar *de visu* si Ekto y Helena

eran la misma persona.

Mientras tanto, Ulises había abierto de par en par las Puertas Esceas y los aqueos se habían esparcido por las calles de Troya. Las escenas que entonces se ofrecieron a la mirada del joven cretense iban más lejos que cualquier morbosa imaginación: estupros, carnicerías, incendios, centinelas degollados, recién nacidos arrojados por las ventanas y atropellos sin cuento.

Leonte no soportó el espectáculo y, a pesar suyo, tuvo que detenerse más de una vez para vomitar.

«¿Quién podría expresar con palabras el estrago y las matanzas de aquella noche, e igualar con las lágrimas las penas?», se pregunta Virgilio, y no exagera.^[10]

Muchos troyanos murieron mientras dormían, con una expresión de beatitud todavía pintada en el rostro: acababan de comer y beber hasta el hartazgo para festejar el final de la guerra.

Todo troyano de sexo masculino era pasado por las armas, sin consideración alguna por motivos de edad: especialmente se eliminaba a los niños, a fin de evitar que con el tiempo se convirtieran en peligrosos vengadores. Astianacte, hijo de Héctor, pese a no haber cumplido todavía los dos años de edad, fue víctima de Neoptólemo: cogido de un pie, voló por encima de las murallas. Con respecto a las mujeres, la decisión de ejecutarlas o no dependía de su aspecto físico: las más atractivas y en condiciones de trabajar fueron llevadas a las naves. Para todas las demás, un sablazo y basta, sin vacilaciones.

Leonte veía, de vez en cuando, a algún aqueo que salía de una casa con una mujer debatiéndose en sus brazos, entre alaridos, y temblaba ante la mera idea de que pudiera tratarse de Ekto. Ora esquivando cadáveres, ora evitando recibir el impacto de los objetos que caían de las ventanas, el muchacho consiguió llegar al palacio. Por las amplias estancias resonaba el eco de llantos, gritos y gemidos.

El primer aqueo que vio fue Neoptólemo, seguido de Automedonte y Perifante. El despiadado hijo de Aquiles salió a su encuentro y le mostró, con una mueca, la cabeza cortada de un viejo: se trataba de Príamo, rey de Troya. Ante esa visión, Leonte sintió que nuevamente lo acometía un conato de vómito.

—¡Éste es el fin que les corresponde a los enemigos de mi padre! —proclamó Neoptólemo, triunfante.

—¡Déjate de historias! —no pudo dejar de contestarle Leonte—. Yo mismo vi, con mis propios ojos, cómo Príamo le besaba las manos tras la muerte de Héctor.

—Y volverá a besárselas, Leonte, puedes creerme: se las besaré más aún, ahora que tuvo ocasión de probar mi espada. ¡Quién sabe si a estas horas no lo ha encontrado ya en el oscuro Hades para contarle que su hijo Neoptólemo es, con mucho, el más fuerte de los aqueos!

A continuación arrojó la cabeza, que todavía sangraba, sobre un montón de

desechos. Leonte habría recogido aquella cabeza canosa para entregársela a la esposa, pero no se atrevió a hacerlo. Decididamente, la guerra no era lo suyo. ¡Ah, si consiguiera encontrar a Ekto! ¡Huirían juntos en seguida, lo más lejos posible!

Entró en el patio posterior del palacio y vio, detrás de un altar, a una mujer anciana con una docena de niñas que se apretujaban en un desesperado intento de evitar que la soldadesca que merodeaba por el palacio las raptase: se trataba de Hécuba y sus criadas. Sin embargo, Helena no estaba con ellas. Acamante, un héroe ático que en el interior del caballo estaba justamente al lado de Leonte, había cogido del brazo a una joven llamada Climene y estaba por llevársela, mientras las otras se esforzaban por impedirselo.

—¿Dónde está Helena? —le preguntó Leonte a su amigo.

—No lo sé —contestó Acamante, ocupadísimo con su Climene—. Sigue a Menelao, él la está buscando.

—La portadora de desdichas se ha ocultado en el templo —sugirió prestamente Hécuba, en la vana esperanza de que Acamante renunciara a su presa para lanzarse él también a la caza de Helena—. ¡Ella ha sido la causa de todos nuestros males! ¡Violadla si os place, oh guerreros, pero no os ensañéis con las mujeres honestas!

Acamante no hizo caso de la sugerencia y redobló sus esfuerzos por apropiarse de la bella Climene. Leonte recorrió en un santiamén las callejuelas que acababa de transitar, pero cuando llegó al templo no halló rastros de Helena, y menos aún de Ekto. En cambio, vio a Casandra que estaba a la greña con el feroz Áyax Oileo.

El guerrero había agredido a la virgen y trataba de someterla a sus deseos. Casandra, a fin de resistírsele, se había aferrado a la estatua de madera de Atenea (la que había sustituido al Paladión) y chillaba más aún de como solía hacerlo cuando profetizaba.

Leonte presenció la escena, impotente: ¿qué hacer? Sólo alguien que emprendiera un duelo a última sangre con Áyax el Menor podría obligarlo a desistir. Por Ekto, claro, se habría batido, pero por Casandra...

Áyax Oileo, mientras tanto, a fuerza de tirones logró derribar la virgen al suelo con estatua y todo. El fogoso guerrero, desdeñando el hecho de que la mujer se había quedado abrazada a la estatua, igualmente la forzó, por detrás. Dicen los antiguos textos que durante la violación los ojos de la estatua se volvieron hacia arriba y que así quedaron, incluso después del hecho, para demostrar que Atenea había rehusado desde el primer momento presenciar el sacrilegio. Pero no le dejó libre de castigo: mientras regresaba a casa, efectivamente, Áyax el Menor naufragó y, mientras buscaba salvarse trepando a un escollo, Atenea, con un rayo que le había sustraído a Zeus, lo pulverizó bajo sus pies. De tal suerte, Áyax Oileo murió ahogado.

Leonte sentía un peso en su corazón: no encontraba a ninguna de las dos mujeres, ni a Helena ni a Ekto, y tampoco sabía dónde buscarlas; y tuvo suerte al desconocer

dónde se hallaba la morada de Deífobo, de lo contrario hubiera presenciado una escena todavía más violenta que la que había visto en el interior del templo.

Deífobo, hermano menor de Paris, se había casado con Helena apenas un mes antes, y, al igual que todos sus antecesores, se había enamorado perdidamente de ella. Pues bien, para su desdicha, esa noche se vio obligado a defender a su nueva esposa del ataque conjunto de dos de los más terribles jefes aqueos, Menelao y Ulises. Mientras el primero se le plantó delante empuñando la espada, el otro, subrepticio como de costumbre, entró por una puerta trasera y lo atacó por la espalda. Deífobo se volvió a toda prisa y Menelao aprovechó la ocasión para infligirle una estremecedora serie de mutilaciones: primero le cortó los brazos, después las piernas, a continuación la nariz, las orejas y la lengua, y sólo cuando lo vio ya reducido a un informe muñón de carne ensangrentada, le dio muerte.

Habiendo suprimido a Deífobo, el traicionado esposo estuvo a punto de abalanzarse sobre la bella Helena levantando sobre su cabeza la espada vengadora, pero la hija de Tíndaro, antes de que el furibundo héroe pudiera traspasarla, se soltó la túnica de seda y exhibió el cándido seno. A Menelao le flaquearon las fuerzas y la espada se le cayó de la mano.^[11]

—¡Ekto, Ekto, amor mío, dónde estás! —gritaba, mientras tanto, Leonte por las calles de Troya.

Gritaba y lloraba al mismo tiempo. Entraba en las casas abandonadas, o llenas de cadáveres y agonizantes, sólo para lanzar su grito de amor. Pero ya no había ni un solo troyano en condiciones de contestarle.

—¡Ekto, Ekto, dónde estás!

Observaba todos los cadáveres de mujeres que encontraba en su camino. Inútilmente, trataba de interrogar a algún que otro moribundo en plena agonía.

—¡Ekto! ¿Has visto a Ekto?

Nadie sabía nada. Al mismo tiempo, los primeros incendios empezaban a desatarse: Troya era una hoguera y él no tenía la menor idea de dónde podía estar Ekto. De pronto, mientras corría a lo largo de la parte interior de las murallas, vio el almacén que ocultaba la entrada del pasadizo secreto. ¿Y si Ekto hubiese huido justamente por allí, por la galería? Pero el incendio se había extendido también al almacén de leña, y para entrar era necesario cruzar una cortina de fuego. A pesar de todo Leonte no desistió: le quitó la túnica a un cadáver para envolverse la cara y se lanzó como una tromba a través de las llamas.

Durante casi un minuto sintió que el humo lo sofocaba; desembocó luego en la gruta que servía de vestíbulo al pasadizo secreto y lo primero que vio, contra la pared del fondo, fue la figura de Ekto: tenía en brazos a un niño muy pequeño y a su lado había un hombre de pelo gris, mutilado de la mano derecha, que con la otra blandía una larga lanza de fresno. El hombre, al verlo avanzar, se interpuso entre él y la mujer

y le apuntó con la lanza. Quitándose la túnica que hasta ese momento le había protegido el rostro, Leonte desenvainó la espada. Estaba a punto de herir al troyano, cuando Ekto lo reconoció.

—¡Detente, oh Leonte!

Y entonces, casi simultáneamente, el hombre que estaba junto a ella bajó la lanza.

—¡Hijo, hijo mío! ¡Soy Neópulo, tu padre!

EPÍLOGO

Me llamo Creneo y acabo de cumplir quince años. Soy hijo de una troyana llamada Ekto y de un héroe cretense, Neópulo. He nacido en Troya, donde viví hasta la edad de tres años. En otros tiempos mi padre fue el rey de Gaudos, una pequeña isla poco distante de Creta, hacia el sur, pero actualmente vagabundea desesperado por el tétrico Hades, ya que le dio muerte su hermano Antifinio el mismo día en que regresó a su patria.

Dado que por aquel entonces yo sólo tenía tres años, no poseo memoria de lo que relataré; sin embargo, a menudo tengo la viva sensación de haber presenciado personalmente el asesinato de mi padre. Percibo cada detalle: la hoja del cuchillo que se hincó en el tórax, la sangre que brotó de la herida, la angustia y los llantos de mi madre, los alaridos de la plebe.

Aquel día acabábamos de llegar a Gaudos, tras un prolongado e incómodo viaje por mar. El pueblo nos recibió con gritos de júbilo y en menos de una hora los sacerdotes prepararon todo lo necesario para agradecerle a Poseidón el favor de los vientos: un torito negro fue adornado con hojas de laurel y preparado para el sacrificio; las vírgenes se aprestaron para ejecutar danzas cretenses, y sobre la playa se erigió una tarima de madera orientada hacia Troya.

Estaba empezando la ceremonia, cuando entre ambos hermanos estalló la disputa sobre quién había de sentarse en el centro del entarimado. Antifinio le dijo a mi padre: «No veo por qué razón pretendes sentarte en el trono, dado que te alineaste en el bando de los troyanos. ¿Acaso quieres que los habitantes de Gaudos tengan como reina a una esclava, que, encima, para ellos ha sido una enemiga?» «Para que lo sepas, oh Antifinio», repuso duramente mi padre, «Ekto ha sido la persona que me salvó la vida cuando yo estaba ya con un pie en el Tártaro. Y, de todas maneras, jamás la habría asumido como legítima esposa de no haber muerto mi primera mujer el año pasado. Pero si ahora tú ya no me consideras digno de gobernar Gaudos, por lo menos acepta que me suceda mi hijo Leonte: él arriesgó su vida por la patria, en tanto que tú, permíteme decirlo, te quedabas aquí bien guarecido y gozando de los privilegios del poder».

Muy pronto la disputa se agudizó y llegaron a las manos: Antifinio aprovechó la circunstancia para apuñalar a Neópulo, pero, a su vez, padeció la lapidación hasta la muerte por parte de los isleños, que lo detestaban a causa de los numerosos atropellos que habían padecido.

Actualmente el rey de la isla es Leonte, que, además de mi hermano, en cierto sentido también es mi padre, habiéndose casado con mi madre Ekto un año después de que la pobrecilla enviudara. Leonte es bondadoso y nos tiene cariño, como

nosotros a él.

Cuando los aqueos incendiaron Troya, los héroes que habían tomado parte en la aventura del caballo tuvieron el privilegio de escoger sus prisioneras antes que nadie, y Leonte, en vez de escoger alguna esclava para su propio placer personal, consiguió de Agamenón la libertad de Neópulo y de su esposa Ekto. Tal como solía decir mi viejo maestro Gemónides, nadie hubiera podido negarle nunca nada a Leonte, en vista del valor que siempre había demostrado en el combate. En lo que se refiere a los demás, Menelao quiso a Helena nuevamente, Neoptólemo obtuvo a Andrómaca, la esposa de Héctor, Acamante se aseguró la posesión de Climene, Agamenón le arrebató Casandra a Áyax el Menor para castigarlo por haber ultrajado a Atenea, y Ulises se llevó a Hécuba en su nave, aunque muy pronto se vio obligado a arrojarla al mar porque ella no cesaba de injuriarlo.

Yo nací a consecuencia de una serie de afortunadas circunstancias: en los primeros años de la guerra mi padre combatía junto con las tropas aqueas. Cierta día, sin embargo, durante una refriega perdió de cuajo la mano derecha y él fue a parar, más muerto que vivo, bajo un montón de cadáveres de griegos y troyanos. Mi madre Ekto, que había salido junto con otras troyanos para socorrer a los suyos, se percató de que ese aqueo aún respiraba y, movida por repentina compasión, con algunas vendas que improvisó desgarrando su vestido consiguió restañar la sangre que fluía por el muñón. Después, para reanimarlo, le dio el agua de una fuente milagrosa que, aparte de curarlo en muy breve tiempo, también logró enamorarle. Habiendo bebido aquella agua, Neópulo se vio asaeteado por Eros.

Mucho le debo a aquella fuente, y si hoy me llamo Creneo es precisamente porque he nacido de un manantial. De todas maneras, aparte del agua milagrosa, hay que decir que mi madre era hermosísima y todavía lo sigue siendo. Muchos la llaman Helena a causa de su extraordinario parecido con la reina de Esparta; pero, al contrario de ésta, ella es hermosa también en el alma.

PEQUEÑO DICCIONARIO DE MITOLOGÍA

Academo: personaje menor, conocido sólo por haber revelado a Cástor y Pólux el sitio en que Teseo había ocultado a Helena después de secuestrarla. Los atenienses le dedicaron un bosquecillo. Mucho tiempo después Platón instituyó, justamente en ese bosque, su Academia. ¿Quién le hubiera vaticinado al desconocido Academo que, por el mero hecho de haber sido una vez soplón, su nombre serviría para denominar grandes instituciones artísticas y científicas, como la Academia de Francia o el Academy Hall?

Acamante: hijo de Teseo y Fedra. Uno de los héroes que se ocultó en el caballo. Había acudido a Troya en busca de su abuela Etra, doncella privada de Helena que huyó junto a su ama en ocasión del célebre rapto.

Acasto: hijo de Pelias. Participó en la expedición de los Argonautas (*véase*) y en la caza del Jabalí Calidonio. Su esposa Astidamia quedó preñada de Peleo y, al no verse correspondida, lo acusó de violencia carnal. Acasto trató entonces de eliminar al supuesto amante y ordenó a los ferocísimos Centauros que le dieran muerte, pero Peleo se salvó gracias a Quirón, único centauro de espíritu amable.

Actor: rey de Feres. Dio hospitalidad a Peleo, obligado a huir tras haber dado muerte por error a su hermanastro Foco. Tomó parte en la expedición de los Argonautas.

Admeto: se casó con Alcestes y recibió de Artemisa el don de postergar su propia muerte si hallaba a alguien dispuesto a sustituirlo. Viendo cercana la muerte, se dirigió a sus padres con una copa de veneno, pero éstos, pese a ser ya muy ancianos, se negaron a morir por él. Quien lo sustituyó fue su esposa Alcestes (*véase*). Participó en la expedición de los Argonautas.

Adonis: nació en Chipre del tronco de un árbol. Recogido por Afrodita, fue puesto en manos de Perséfone y se convirtió en un joven hermosísimo que ambas diosas se disputaban. Intervino Zeus y dictaminó que viviese cuatro meses con Afrodita, cuatro con Perséfone y cuatro con quien quisiera. Pero ocurrió que Adonis dedicó sus cuatro meses «libres» a Afrodita, cosa que provocó los celos de Ares (Marte para los romanos), quien lo hizo matar por un jabalí. Afrodita lloró desconsoladamente la muerte de Adonis y sus lágrimas se transformaron en anémonas.

Afrodita (Venus para los romanos): diosa del amor. Nació de la espuma que se formó alrededor de los genitales cortados de Urano; por lo tanto, es más «anciana» que los demás dioses del Olimpo, incluso Zeus. Tuvo solamente un marido, Hefestos (Vulcano para los romanos), y numerosos amantes, entre los cuales Ares, Adonis, el argonauta Boutés, Hermes, Poseidón y Anquises: de este último concibió a Eneas. Fue consagrada como la más bella del Olimpo tras el célebre juicio de

Paris.

Agamenón: hijo de Atreo; rey de Micenas y hermano de Menelao. Jefe del ejército aqueo. Se vio forzado a sacrificar a su hija Ifigenia a fin de que la flota aquea pudiese zarpar hacia Troya. Tras el regreso a la patria, fue asesinado por su esposa Clitemnestra y el amante de ésta, Egisto, durante un banquete.

Agelao: pastor que, en lugar de dar muerte a Paris según las órdenes de Príamo, terminó por adoptarlo.

Agenor: guerrero troyano, hijo de Antenor. Apolo asumió su aspecto para distraer a Aquiles y permitir que los troyanos se pusieran a salvo detrás de las murallas.

Aglaé (el Esplendor): también llamada Pasitea. La más joven de las tres Gracias, hermana de Eufrosine y Talía. La cortejaba Morfeo.

Agrio: padre de Tersites.

Alcestes: hija de Pelias, rey de Iolcos. A fin de escogerle marido, su padre organizó una competición que ganó Admeto, rey de Feres. Pero Admeto olvidó celebrar un sacrificio en honor de Artemisa, y, cuando acudió al tálamo, en lugar de la esposa encontró una maraña de horribles víboras. Aplacada Artemisa mediante los oportunos sacrificios, el joven obtuvo de la diosa la facultad de poder postergar su propia muerte si encontraba a alguien que lo sustituyera. Cuando Hades vino en su busca, Admeto se dirigió a sus ancianos padres con una copa de veneno y pidió que uno de los dos ocupase su sitio; pero los progenitores, pese a la avanzada edad, se negaron a ello. Entonces Alcestes, arrebatándole de las manos el veneno, se sacrificó por él.

Álcimo: compañero de Aquiles.

Alcmena: madre de Heracles (*véase*) y de Ificles (*véase*).

Alecto: diosa de la cólera. Una de las tres Erinnias (Furias para los romanos), junto con Tisífone (la Venganza) y Megera (el Odio).

Alejandro: «el que defiende a los hombres». Nombre que se granjeó Paris cuando aún vivía en las laderas del monte Ida.

Altea: hija de Testio, madre de Deyanira y Meleagro (*véase*). Cuando nació Meleagro, las Moiras le vaticinaron que el niño viviría mientras el tizón que en ese momento ardía en el hogar continuase consumiéndose. Altea apagó el tizón y lo escondió en sitio bien resguardado. Pero cuando su hijo se enamoró de Atalante y dio muerte a todos sus tíos por una trivial disputa de caza, Altea recuperó el tizón y lo dejó arder hasta el final.

Amazonas: *véase* el texto, cap. XIV.

Amicos: hijo de Poseidón y de la ninfa Melia, rey de los bébricos e inventor del pugilato. Gigante de vigor desmesurado, se enfrentó con Pólux en un duelo a muerte. Pólux venció, pero le perdonó la vida.

Amisodaro: padre de dos guerreros troyanos, Atimnio y Márides.

Ananké: también llamada Necesidad, madre de las Moiras. Representa el Destino, y, en cuanto tal, es superior incluso a la voluntad de los dioses.

Anceo el Mayor: hijo de Actor. Participó en la expedición de los Argonautas y en la caza del Jabalí Calidonio, durante la cual fue el primero en perder la vida.

Anceo el Menor: primo hermano del anterior. Participó en la expedición de los Argonautas.

Andrómaca: hija de Eetion, esposa de Héctor y madre de Astianacte. Junto con Penélope, es una de las esposas ideales de la época homérica. Tras la caída de Troya se convirtió en esclava de Neoptólemo, del que tuvo tres hijos: Moloso, Pielo y Pérgamo. Según algunos, tras la muerte de Neoptólemo se casó con Heleno, el hermano de Héctor que había traicionado a los troyanos. En opinión de otros, la bellísima Hermione, ex mujer de Neoptólemo, la mató en un arrebato de celos junto con su hijo Moloso.

Anfiarao: hijo de Oicles, tomó parte tanto en la aventura de los Argonautas como en la caza del Jabalí Calidonio.

Anficlo: guerrero troyano.

Anfímaco: hijo de Cteato, jefe epeo, aliado de los aqueos.

Anfímaco: hijo de Nomión, jefe de los carios, aliado de los troyanos.

Anfitrión: hijo de Alceo, rey de Tirinto. Zeus, enamorado de su esposa, la bellísima Alcmena, asumió la apariencia de Anfitrión después de interrumpir el curso del tiempo deteniendo el Sol, la Luna y las Horas. De la unión de Zeus y Alcmena nació Heracles.

Anfritita: amante de Poseidón, ninfa hija de Nereo. Habitaba en las profundidades del mar, en una casa de oro.

Anquises: hijo de Capis y Temis, padre de Eneas. Amó a Afrodita, pero, por haberse jactado de ello, Zeus lo dejó tullido. Según la leyenda, fue uno de los pocos supervivientes de la destrucción de Troya, llevado a hombros por su hijo Eneas.

Antenor: consejero de Príamo, el más sabio de los troyanos. Desde el primer momento trató de convencer a Paris para que restituyese a Helena. Este hecho le salvó la vida durante la matanza, pero, al mismo tiempo, le hizo aparecer como un traidor a la patria. Llegado a Italia, fundó la ciudad de Padua.

Antianara: reina de las Amazonas, célebre por haber declarado que los cojos son los más hábiles en los «juegos del amor».

Anticlo: guerrero griego, uno de los que se escondieron en el vientre del caballo de madera. Fue el único que realmente creyó oír la voz de su esposa (mutilada por Helena) llamándolo desde el exterior. Ulises lo estranguló para evitar que contestase.

Antifinio: tío de Leonte (personaje creado por el autor).

Antíloco: hijo de Néstor y amigo de Aquiles. Memnón le dio muerte en Troya

cuando con su cuerpo protegía a su anciano padre.

Antíope: tal vez otro nombre de Melanipa (véase), reina de las Amazonas.

Apisaón: guerrero peonio, hijo de Hípaso, aliado de los troyanos.

Apolo: acaso el más importante entre los dioses después de Zeus. Hijo de este último y de Latona, nació en la isla de Delos, junto con su hermana Artemisa (Diana para los romanos). Durante el embarazo, por orden de Hera, la madre había sido acosada por la serpiente Pitón. Apolo, cuando sólo tenía tres días, eliminó a Pitón manifestándose así como un dios proclive a la venganza. Entre sus más célebres venganzas destacan la muerte de Níobe, el despellejamiento del sátiro Marsias (que había osado desafiarlo en un torneo de flauta) y la pestilencia que envió al campamento aqueo por las ofensas hechas a su sacerdote Crisís. Tuvo innumerables amores, pero también recibió desplantes: basta mencionar a Dafne, que, con tal de eludirlo, prefirió convertirse en árbol (el laurel). Se le consideraba protector de la música y la poesía, y tenía a las nueve Musas a su servicio. A él estaba dedicado el más famoso de los oráculos del mundo griego, el de Delfos.

Apsirto: hermano pequeño de Medea e hijo del rey de la Cólquida. La terrible Medea y su amante Jasón lo despedazaron y arrojaron al mar para demorar la persecución del padre que se vio obligado a ir recogiendo los trozos.

Aquiles: hijo de Peleo y Tetis, el más famoso de los héroes griegos. A fin de volverlo invulnerable, su madre lo sumergió, recién nacido, en el río Estigio, pero el talón del infante quedó fuera del agua. Lo crió el centauro Quirón, quien le enseñó el manejo de las armas. Sabiendo que estaba destinado a morir en la guerra, Tetis trató de evitar que partiera hacia Troya y lo ocultó en Esciros, entre las hijas del rey Licomedes; pero Ulises lo desenmascaró mediante un truco que lo obligó a tomar las armas. Durante el sitio de Troya, Aquiles riñó con Agamenón por causa de una esclava, Briseis, y, despechado, se apartó de los combates. Volvió a la lucha cuando Héctor dio muerte a Patroclo, su amigo más querido. Para vengarlo, el héroe dio muerte a Héctor en duelo singular. Murió por obra de Paris, quien lo hirió en el talón con una flecha.

Arcesilao: jefe beocio. Llegó a Troya con cincuenta naves.

Ares (Marte para los romanos): dios de la guerra, hijo de Zeus y Hera. Símbolo de la fuerza bruta, una especie de Rambo de la antigüedad. A pesar de su prestancia física no era del todo imbatible: fue herido por Diómedes, por Atenea, por Heracles y muchos más. Se excitaba a la vista de la sangre, y, cuando escaseaban las guerras y las muertes violentas, iba a quejarse ante Zeus. Sus hijos heredaron el carácter belicoso. Bastará con mencionar algunos: Deimos (el Terror), Fobos (el Miedo) y Enio (el Estrago). Muy afortunado con las mujeres, tuvo por amante a Afrodita.

Argo: constructor de la nave en que partieron los Argonautas, él mismo formó parte

de la expedición.

Argonautas: miembros de la expedición en busca del Vello de Oro. Según la tradición eran cincuenta, pero se registran cincuenta y seis nombres: Acasto, Actor, Admeto, Anceo el Mayor, Anceo el Menor, Anfiarao, Argo, Ascálafo, Asterio, Augias, Boutés, Calas, Canto, Cástor, Cefeo, Ceneo, Ceti, Corono, Deucalión, Equión, Egiro, Estafilo, Eufemo, Euríalo, Euridamante, Falero, Fano, Heracles, Idas, Idmón, Ificles, Ifito, Has, Jasón, Laertes, Linceo, Melampo, Meleagro, Mopso, Nauplio, Néstor, Oileo, Orfeo, Palemón, Peante, Peleo, Peneleo, Periclimeno, Piritoo, Polifemo, Pólux, Telamón, Tideo, Tifis, Yálmeno y la argonauta femenina Atalante. Los nombres son cincuenta y seis a causa del localismo de las ciudades griegas, ya que todas pretendían haber visto nacer a por lo menos uno de los Argonautas.

Ariadna: hija de Minos y Pasifae, hermanastra del monstruoso Minotauro. Se enamoró de Teseo y lo ayudó a no extraviarse en el Laberinto proporcionándole un ovillo de lana: el hilo le permitió al héroe volver sobre sus propios pasos. Teseo huyó de Creta con Ariadna, pero luego la abandonó en la isla de Naxos. De la chica se encargó Dionisos, que se enamoró de ella y la llevó triunfalmente al Olimpo.

Ariaso: guerrero cretense (personaje creado por el autor).

Artemisa (Diana para los romanos): hija de Zeus y Latona, hermana de Apolo, diosa de la caza. Tan vengativa como su hermano, mató a muchos humanos sólo por haberla ofendido o por haber intentado avances amorosos. Entre ellos mencionaremos al gigante Ticio, a los catorce hijos de Níobe y al gigante Orión. Era una diosa bella, cruel, virgen y fría como un sorbete. Generalmente se la identificaba con la Luna, en tanto que Apolo tenía su imagen en el Sol.

Artineo: vecino de tienda de Leonte (personaje creado por el autor).

Ascálafo: hijo de Ares, hermano de Yálmeno, junto con el cual reinó en Orcomene. Tomó parte en la aventura de los Argonautas y en la guerra de Troya, donde pereció a manos de Deífobo.

Asclepio (Esculapio para los romanos): hijo de Apolo, está considerado el padre de la medicina. Su madre era Coronis, una muchacha que Apolo divisó mientras se lavaba los pies en el lago Beobis, en la Tesalia. Eso fue suficiente para que el dios se enamorase y la embarazara; tras ello, dejó un cuervo de plumaje blanco como guardián de Coronis, pero ese mismo día la chica lo traicionó con un muchacho llamado Isquis. Apolo aseteó a Coronis hasta dejarla como una especie de acerico; a continuación fulminó a Isquis y, en su furor, convirtió al cuervo en un pájaro de plumaje negro. Posteriormente, asaltado por los remordimientos, bajó al Hades y, con la ayuda de Hermes, sacó del cadáver de su ex amante una criatura aún viva: se trataba de Asclepio. Según los habitantes de Epidauro, Asclepio

aprendió el arte de la medicina por obra del centauro Quirón. La diosa Atenea le proporcionó dos redomas con sangre de la Medusa (*fármakon*). Con las gotas del lado izquierdo podía resucitar a los muertos, y con las del derecho dar muerte a los vivos. En griego, *fármakon* significa tanto «medicina» como «veneno». Asclepio tuvo dos hijos, también médicos: Macaón (*véase*) y Podaliro (*véase*).

Asio: hijo de Dimante y hermano de Hécuba.

Asterio: hijo de Cometes, participó en la empresa de los Argonautas.

Astérope: doncella troyana. De ella se enamoró Esaco, primogénito de Príamo.

Astéropo: una de las siete Atlántidas. Transformada en estrella, forma parte de la Pléyade (*véase*).

Asteropeo: guerrero peonio, hijo de Pelagón. Murió a manos de Aquiles.

Astianacte: hijo de Héctor y Andrómaca. Neoptólemo lo arrojó desde lo alto de las murallas troyanas cuando aún no había cumplido dos años.

Atalante: hija del rey arcadio Iosón y Climene. Recién nacida, fue abandonada por su padre en el monte Partenio. Criada por una osa, creció fuerte, valiente y de carácter viril. Tras su retorno a casa, su padre la obligó a buscar marido; ella puso como condición que el candidato la venciese en una carrera, bajo pena de muerte si no lo conseguía. Así pudo matar uno tras otro a todos los pretendientes, hasta que la desafió Melanión (o Hipómenes, según otros). El desafiante, aconsejado por Afrodita, dejó caer a lo largo de la carrera tres manzanas de oro, y las tres veces Atalante cedió a la tentación de recogerlas. Habiendo perdido la carrera, la muchacha se vio obligada a casarse y tuvo un hijo llamado Partenopeo. Tomó parte en la empresa de los Argonautas, así como en la caza del Jabalí Calidonio.

Ate: diosa del error. Era tan ligera que cuando se posaba sobre la cabeza de un hombre nadie se daba cuenta de ello. Zeus la cogió de los pelos y la arrojó del Olimpo, acusándola de haberlo aconsejado mal con ocasión del nacimiento de Heracles. Cayó en la Frigia, sobre un montículo que recibió el nombre de «Colina del Error».

Atenea (Minerva para los romanos): nació del cerebro de Zeus. En cierta ocasión, aquejado por un terrible dolor de cabeza, el Padre de los Dioses solicitó ayuda de su hijo Hefestos, quien, siendo herrero y no médico, no supo hacer otra cosa que partirle la cabeza de un hachazo. Del boquete salió Atenea vistiendo equipo de guerra completo, con la lanza en la mano y el yelmo en la cabeza. Tanto para los griegos como para los romanos representó la inteligencia, y por inteligente derrotó reiteradas veces a Ares, la fuerza bruta. Tomó partido abiertamente por los aqueos, al haberla suspendido Paris en el célebre juicio. Conocida también con el nombre de Palas.

Atimnio: hijo de Amisodaro, guerrero troyano.

Atreo: hijo de Pelops, padre de Agamenón y Menelao. Odiaba más que a nadie en el

mundo a su hermano Tiestes. Éste, anhelando el trono de Micenas, propuso que reinase aquel de los dos que exhibiese antes un vellocino de oro. Atreo aceptó de buena gana, porque creía tener el vellocino en su poder, pero Tiestes se lo había robado el día anterior con la complicidad de Erope, su cuñada y amante. Entonces Atreo, para vengarse, mató a los tres hijos de Tiestes y se los sirvió durante una cena. Concluido el banquete, lo informó sobre el menú y le mostró las cabezas de los hijos. A esas alturas Tiestes recurrió a un oráculo, y supo que lograría vengarse sólo emparejándose con su hija Pelopia. Nació de esta manera Egisto, que dio muerte a Atreo y devolvió el trono a Tiestes. Debo señalar que Pelopia, tras haberse unido con su padre, también quiso hacerlo con su tío.

Átropos: una de las tres Moiras o Parcas. Átropos era la que cortaba con sus tijeras el hilo de la existencia. En griego su nombre significa «inamovible».

Augias: hijo de Forbante, rey de la Élide, en realidad hijo de Poseidón. Tomó parte en la expedición de los Argonautas. Propietario de los célebres establos que Heracles había de limpiar en su séptimo trabajo. El héroe aseguró que le bastaba con un día; Augias aceptó el desafío y apostó la décima parte de su rebaño a que no lo conseguiría. Cuando Heracles alcanzó su objetivo desviando dos ríos y haciendo pasar sus aguas por los establos, Augias no quiso pagar lo pactado y Heracles le dio muerte.

Autólico: hijo de Hermes y un tanto bribón. Habiendo recibido de su padre el poder de convertir las vacas blancas en negras y viceversa, robaba constantemente las reses de Sísifo, su vecino de hacienda. Éste, observando que sus rebaños raleaban cada vez más y se engrosaban los de Autólico, hizo grabar en las pezuñas de su ganado la inscripción «robado a Sísifo». Demostrada la culpabilidad, Autólico fue detenido y, mientras en el pueblo se celebraba el juicio, Sísifo aprovechó para requerir a su hija Anticlea, ya casada con Laertes. De esa unión nació Ulises, quien, a fin de cuentas, tenía un padre ladrón, un abuelo ladrón y un bisabuelo, Hermes, dios de los ladrones.

Automedonte: auriga de Aquiles.

Axio: dios del río homónimo, padre de Pelagón.

Áyax Oileo: rey de los locrios. Al contrario de Áyax Telamón, era de muy baja estatura; en compensación, era el mejor de los aqueos arrojando la lanza y en velocidad sólo le superaba Aquiles. De carácter arrogante y agresivo, solía llevar consigo, como si de un perro se tratase, una serpiente amaestrada de dos metros de longitud.

Áyax Telamón: hijo de Telamón; rey de Salamina y primo hermano de Aquiles. Célebre por su prestancia física, era de carácter benigno. Recién nacido, fue envuelto por Heracles en la piel del León de Nemea: así su cuerpo se volvió invulnerable, salvo en los puntos que correspondían a los agujeros que tenía la

pelliza para dar paso a las correas de la aljaba. Enloqueció y se suicidó porque no le asignaron las armas de Aquiles.

Balio y Janto: hijos de Céfiro y de Podagra, eran dos caballos inmortales. Fueron el regalo de bodas de Poseidón a Peleo, y, junto con un tercer caballo, Pedaso, fueron usados por Aquiles durante la guerra de Troya. Janto era el único de los tres dotado del don de la palabra.

Baticles: hijo de Calcón, guerrero mirmidón al servicio de Aquiles.

Bóreas: hijo de Astreo y Eos. Vivía en la helada Tracia y representaba el viento del Norte (la tramontana). Sus hermanos eran Céfiro, el viento de Poniente, y Noto, el del Sur (siroco).

Boutés: participó en la expedición de los Argonautas y fue uno de los amantes de Afrodita.

Briareo: hijo de Urano y Gea, era uno de los Centímanos, gigantes con cien manos y cincuenta cabezas. Arrojado a los Infiernos por su padre, fue liberado por Zeus, a cuyo lado combatió contra los Titanes.

Briseis: hija de Brisés, llamada también Hipodamia. Tuvo existencia desdichada: primero esclava de Aquiles (véase), que había dado muerte a su marido Lirneso, y después de Agamenón, que la exigió como resarcimiento por la pérdida de Criseis.

Brisés: padre de Briseis.

Cadmo: hijo de Agenor y Telefasa. Su padre lo envió en busca de su hermana Europa, raptada por Zeus, y, no habiéndola encontrado, ya no pudo regresar al hogar. Ayudó entonces a Zeus para que derrotase al gigante Tifón. El oráculo de Delfos le aconsejó seguir los pasos de una vaquilla y fundar luego una ciudad en el sitio en que la bestia se detuviera. El animal cayó al suelo en la Beocia, donde Cadmo fundó la ciudad de Tebas; para hacerlo, antes tuvo que dar muerte a un dragón que era hijo de Ares. Los dientes del dragón, sembrados en la tierra, se convirtieron en los espartos (los sembrados), soldados ferocísimos. En Tebas se casó con Harmónica.

Calas: hijo de Bóreas, tenía pies alados. Participó en la expedición de los Argonautas junto con su hermano Ceti.

Calcas: hijo de Téstor y nieto de Apolo, adivino oficial del ejército aqueo. Se suicidó por haber sido derrotado en una competición adivinatoria con el adivino Mopso.

Calimnia: novia de Leonte (personaje creado por el autor).

Calíope: musa de la poesía épica y de la elocuencia, esposa de Apolo y madre de Orfeo y las Sirenas. (Véase Musas.)

Canto: llamado Eubeo. Participó en la expedición de los Argonautas.

Capis: guerrero troyano, amigo de Eneas, fundador de la ciudad de Capua.

- Capis:** hijo de Axaraco, rey de los dárdanos. Esposo de Temis, padre de Anquises y abuelo de Eneas.
- Caribia:** uno de los dos monstruos marinos que Poseidón envió para que destrozasen a Laocoonte.
- Caribdis:** hija de Poseidón y de Gea. Devoró los rebaños de Gerión, anteriormente robados por Heracles. En castigo, Zeus la convirtió en monstruo marino y la instaló frente a Escila en el estrecho de Mesina. Su especialidad era sorber el agua del mar con todo lo que sobre ella flotase, navíos y navegantes incluidos.
- Cárites** (Gracias para los romanos): hijas de Zeus y de Eurínome. Se llamaban Aglaé (el Esplendor), Eufrosine (la Serenidad) y Talía (la Abundancia).
- Cariclo:** esposa del centauro Quirón.
- Cassandra:** hija de Príamo y Hécuba. Apolo se enamoró de ella y le dio el don de la clarividencia, pero después, al verse rechazado, le escupió en los labios condenándola así a que nunca la creyeran. Acabó como esclava de Agamenón y fue asesinada por Clitemnestra.
- Cástor y Pólux** (o Dióscuros): hijos de Leda, de Zeus y de Tíndaro. A causa de la doble inseminación de Leda, nacieron uno mortal y el otro inmortal. A la muerte de Cástor, Pólux le pidió a Zeus poder sustituirlo en la tumba. Entonces el Padre de los Dioses les concedió a ambos la semi-inmortalidad (un día en el Hades y otro en el Olimpo) y les dedicó una constelación: la de Géminis (los Gemelos). Participaron en la expedición de los Argonautas.
- Cebren:** dios de los ríos.
- Cebrión:** auriga y hermanastro de Héctor.
- Cedalión:** enano ayudante de Hefestos. Cuando Orión encegueció, Cedalión montó sobre sus hombros y le hizo recobrar la visión orientando su rostro hacia Levante.
- Cefeo:** hijo de Licurgo, participó tanto en el viaje de los Argonautas como en la caza del Jabalí Calidonio.
- Céfiro:** hijo de Astreo y Eos, hermano de Noto y Bóreas. Representaba al viento de Poniente.
- Ceneo:** hijo de Élato, es el primer transexual de la historia. Originariamente era una bellísima ninfa llamada Cenis. Cierta día Poseidón se enamoró de ella y la requirió de amores. La ninfa aceptó entusiasmada, a condición de que el dios la transformase (después, es de suponer) en invencible guerrero. También participó en la empresa de los Argonautas y en la caza del Jabalí Calidonio.
- Centauros:** hijos de Ixión (véase). Mitad hombre y mitad caballos, eran célebres por su crueldad. Fueron derrotados por los lapitas y exiliados a la Tesalia.
- Cerano:** en Troya había dos Ceranos, uno de ellos el licio, que combatía con los troyanos, y otro cretense, que lo hacía en el bando aqueo. Este último era escudero de Merión de Cnosos.

- Cercisera:** uno de los nombres que supuestamente habría asumido Aquiles cuando se ocultó, bajo prendas femeninas, en el palacio del rey Licomedes.
- Ceti** (o Cetes): hijo de Bóreas. Participó en la expedición de los Argonautas junto con su hermano Calas.
- Cicnos** (Cisne): numerosos personajes llevan este nombre, algunos son hijos de Ares, otros de Apolo y otros de Poseidón. El que nos interesa participó en la guerra de Troya y fue herido por Aquiles. A punto de morir, lanzó un grito similar al del cisne moribundo y se transformó en el ave cuyo nombre llevaba.
- Cila:** hermana de Príamo, madre de Munipo.
- Cleopatra:** hija de Idas y esposa de Meleagro. Cuando murió su marido se ahorcó por el dolor. Los dioses la transformaron en un ave, la pintada. No ha de confundirse con la homónima reina de Egipto.
- Climene:** criada de Helena y madre de Atalante.
- Clitemnestra:** hija de Tíndaro y Leda, hermana gemela de Helena, Cástor y Pólux. Primero se casó con Tántalo (un hijo de Tiestes, no el Tántalo que fue padre de Pelops) y, en segundas nupcias, con Agamenón. Habiéndose marchado a Troya su marido, durante algún tiempo le fue fiel, pero después le traicionó con Egisto. Por otra parte, ¿cómo culparla? Agamenón había dado muerte a su marido, a los hijos que tenía con éste, a la hija de ambos (Ifigenia) y, para colmo, se había enamorado de Criseis y de Casandra. Cuando el Atrida regresó de la guerra, Clitemnestra le regaló una túnica con las mangas cosidas; así, mientras el desdichado intentaba ponérsela, Egisto pudo atravesarlo con la espada. Y, dado que había puesto manos a la obra, hizo matar también a la esclava Casandra. Halló la muerte a manos de su hijo Orestes.
- Clitio:** hijo de Laomedonte, hermano de Príamo, uno de los ancianos de Troya.
- Cloto:** la hilandera, una de las tres Moiras.
- Cnosia:** amante de Menelao (personaje creado por el autor).
- Corono:** apodado el Lapita, hijo de Ceneo. Participó en la empresa de los Argonautas.
- Cosínides:** padre de Evanio (personaje creado por el autor).
- Creneo:** hijo de Neópulo y de Ekto (personaje creado por el autor).
- Creonte:** hijo de Meneceo y hermano de Yocasta. Hace de malvado en algunas tragedias de Sófocles. Ofreció la mano de Yocasta, viuda de Layo, al que librase de la Esfinge el reino. Consiguió la hazaña Edipo, que, de tal suerte, además de haber matado a su padre Layo, terminó casándose con su propia madre, Yocasta. Entre los peores crímenes de Creonte se cuenta el de haber dado muerte a Antígona, hija de Edipo, culpable de haberse atrevido a dar sepultura al hermano Polinices contrariando sus órdenes.
- Creteo:** hijo de Eolo y fundador de la ciudad de Iolcos.

Creusa: (véase Glaucos).

Criseis: hija de Crisis, sacerdote de Apolo. Reducida a la esclavitud en Tebas por obra de Agamenón, fue devuelta a su padre para aplacar las iras de Apolo.

Crisis: sacerdote de Apolo, padre de Criseis.

Cronos: hijo de Urano y Gea, fue arrojado por su padre a las profundidades del Tártaro, pero logró librarse y castrar al progenitor con una guadaña que le había proporcionado su madre Gea. Cronos, a su vez, a fin de evitar que alguno de sus hijos pudiera destronarlo, adoptó la costumbre de comérselos apenas nacían. Sin embargo, cuando le tocó el turno a Zeus, Gea le entregó una piedra envuelta en pañales y Cronos se la tragó sin percatarse de nada. Ya crecido, Zeus dio a beber una pócima a su padre y le hizo vomitar todos los hijos que había devorado. Entre ellos, Hades, Poseidón, Hera, Deméter y Hestia (Vesta para los romanos).

Deicoonte: hijo de Pergaso, guerrero troyano.

Deífobo: hijo de Príamo y Hécuba. Tras la muerte de Paris se casó con Helena, razón por la cual Menelao le dio muerte de manera particularmente atroz.

Deimos: apodado el Terror, hijo de Ares.

Deméter (Ceres para los romanos): diosa de la vegetación. Hija de Cronos y Rea, hermana pero también amante de Zeus, del que tuvo una hija, Perséfone. Ésta fue raptada por Hades y llevada a los Infiernos. Desde ese momento Deméter rehusó hacer crecer las mieses. Por mediación de Zeus, a Perséfone se le asignaron tres meses al año con Hades y nueve con su madre; durante los tres meses que la chica pasaba con Hades su madre no trabajaba, causando así el invierno.

Deucalión: hijo de Prometeo, y, según algunos, de Prinea o de Pandora. En cierta ocasión Zeus, airado con los mortales, trató de aniquilar a la humanidad mediante un diluvio. Tan sólo se salvaron Deucalión y Pirra, su esposa. Tuvieron un hijo, Heleno, que según la tradición dio origen a los helenos. Deucalión participó en la empresa de los Argonautas.

Deyanira: hija de Eneo y Altea, hermana de Meleagro y Tideo. Se casó con Heracles, pero al verse traicionada se vengó regalándole una túnica teñida con la sangre del centauro Neso, ex enamorado de ella. Una vez puesta la envenenada túnica, Heracles ya no logró quitársela y prefirió darse a las llamas antes que seguir viviendo entre atroces sufrimientos.

Diómedes: hijo de Tideo. Entre sus muchas gestas se le atribuye el haber herido a Ares y Afrodita durante la guerra de Troya, y la fundación de algunas ciudades italianas como Benevento, Brindisi y Canosa. Traicionado por su esposa Egialea (bajo inspiración de Afrodita), se refugió en Italia, en una región llamada Daunia, donde se casó con la hija del rey Dauno.

Dionisos (Baco para los romanos): dios del vino, hijo de Zeus y Semele. El mismo día de su nacimiento, su madre quiso contemplar el rostro de Zeus y fue

fulminada. Ya adulto, Dionisos descubrió la vid y a partir de ese momento, infatigablemente, recorrió el mundo a lo ancho y a lo largo para difundir la viticultura: dicen que incluso llegó hasta la India, a la cabeza de un cortejo de silenos borrachos y mujeres delirantes, las Ménades. Se enamoró de Ariadna, abandonada por Teseo, y la condujo consigo al Olimpo. El culto a Dionisos se arraigó tanto en Grecia como en Roma y se manifestó con celebraciones (dionisiacas, bacanales) de carácter orgiástico.

Dióscuros: (véase Cástor y Pólux).

Dite: otro pseudónimo de Hades.

Dolón: guerrero troyano. En cierta ocasión Ulises y Diómedes lo capturaron y le prometieron respetar su vida a cambio de algunos secretos militares. Obteniendo su propósito, traicionaron la promesa y lo eliminaron.

Doris: hija de Océano y Tetis, esposa de Nereo y madre de las cincuenta Nereidas.

Eaco: padre de Peleo y Telamón. Nació de Egina, que había sido violada por Zeus, y se convirtió en rey de la isla que llevaba el nombre de su madre. Celosa a causa de esta enésima infidelidad, Hera envió miles de serpientes a la isla para que envenenasen sus aguas. En poco tiempo todos sus súbditos murieron, razón por la cual Eaco le pidió a Zeus que transformara las hormigas en hombres. Este es el origen de los «mirmidones».

Écate: hija de Persetes, diosa de la magia y de los hechizos, madre de mujeres célebres por su maldad, como Circe y las Empusas.

Eco: ninfa dicharachera de la que Zeus se valía para distraer a Hera durante sus correrías amorosas. Habiéndose percatado del engaño, Hera castigó a la ninfa privándola de la voz, o, para ser más precisos, limitándola a sólo poder repetir la última palabra que dijeran los demás. Eco se enamoró de Narciso, y, no correspondida, se consumió de amor hasta desvanecerse. Todavía hoy, en algunos sitios, se puede escuchar su voz, pero nunca verla.

Eetes: hijo de Helio y rey de la Cólquide, padre de Medea y de Apsirto. Cuando persiguió por mar a Jasón y a su hija Medea, que le habían robado el Vello de Oro, se vio obligado a detenerse reiteradas veces para recoger los restos de su hijito Apsirto, que la pérfida Medea había despedazado y arrojado al mar.

Egialea: hija de Adrasto, rey de Sición, esposa de Diómedes. Traicionó a su marido con Cometes, instigada por los comadros de Nauplio (véase).

Egisto: hijo, pero también sobrino de Tiestes. En la tragedia griega se le asigna el papel de vengador. No sólo mató a su tío Atreo, sino que eliminó a su primo Agamenón tras haber seducido a su esposa Clitemnestra. Fue muerto por Orestes, hijo de Agamenón.

Ekto: mujer troyana amada por Leonte (personaje creado por el autor).

Electra: hija de Agamenón y Clitemnestra. Junto con su hermano Orestes (véase)

vengó la muerte del padre. Heroína de numerosas tragedias clásicas.

Empusas: hijas de Hécate. Eran inmundos demonios con apariencia femenina: bajo las largas faldas ocultaban nalgas de burro y pezuñas de bronce. Se apostaban en los cruces de caminos y, para atraer a los viandantes, solían destaparse repentinamente el seno. Una vez engatusado el hombre, lo besaban en el cuello y le chupaban la sangre hasta dejarlo moribundo.

Eneas: hijo de Anquises y de Afrodita, rey de los dárdanos. Durante la guerra de Troya recibió la ayuda de los dioses, especialmente de Poseidón, Apolo y su madre Afrodita. Logró salvarse de la matanza junto con su hijito Ascanio y su anciano padre Anquises. Cuando llegó al Lacio derrotó a Tumo, rey de los róticos. Sus descendientes fundaron la ciudad de Roma.

Enio (Belona para los romanos): hija de Ares y diosa de la guerra. Llamada también Estrago, acompañaba a su padre en las batallas y llevaba la túnica empapada en sangre.

Enone: ninfa del monte Ida. Apolo se enamoró de ella y le concedió el don de la profecía. Posteriormente la ninfa se quedó preñada de Paris y, al verlo partir hacia Esparta, profetizó todo lo que ocurriría si raptaba a Helena. Cuando los troyanos le llevaron a Paris mortalmente herido, rehusó prestarle ayuda, aunque sabía que era la única que podía salvarle la vida; después, arrepentida, acudió a Troya llevando un fármaco milagroso, pero Paris ya había muerto.

Eos: diosa de la Aurora, hija de Hiperión y Teia, hermana de Helios (el Sol) y de Selene (la Luna), madre de los vientos Céfiro, Bóreas y Noto. Con sus rosados dedos solía abrirle al carro del Sol, todas las mañanas, las puertas del cielo. Entre sus numerosos amores mencionaremos a Ares (amorío que provocó los celos de Afrodita), Orión, Céfalo y Titón.

Epeo: hijo de Panopeo. Famoso por su cobardía y por su destreza en el pugilato. Participó victoriosamente en los juegos fúnebres en honor de Patroclo. Construyó el caballo de madera. Durante el viaje de regreso estuvo en Italia, donde fundó la ciudad de Metaponto. Según otros, habiendo perdido la nave en una tormenta, recorrió a pie la península itálica y fundó la ciudad de Pisa, en memoria de su natal Pisa de Élide. En cierta ocasión, en Troya, esculpió una hermosísima estatua de Hermes. Algunos pescadores quisieron usarla como leña, pero no lograron siquiera hacerle un rasguño; trataron entonces de quemarla, pero no ardió; por último, la arrojaron al mar, pero apareció en las redes de la pesca. A esas alturas se rindieron y la situaron en un santuario.

Epístrofo: jefe de los focenses. Participó en la guerra de Troya.

Equidna: apodada la Víbora, novia de Tifón. Mitad mujer y mitad serpiente, vivía en una caverna montañosa de la Cilicia, en el Peloponeso. Su dieta predilecta, el hombre crudo. La mató Argos, el de los cien ojos, mientras dormía.

Equión: primero de los héroes griegos que salió del vientre del caballo, pero también el primero en morir, ya que tropezó y se desnucó.

Ergino: hijo de Poseidón y rey de Mileto, tenía el pelo blanco pese a su juventud. Tomó parte en la expedición de los Argonautas.

Erilao: guerrero troyano.

Erinnias (Furias para los romanos): nacidas de las gotas de la sangre de Urano al ser éste mutilado, se llamaban Alecto, Tisífone y Megeira. Se las representaba empuñando un látigo o una tea encendida. Su principal ocupación consistía en atormentar a quienes habían cometido delitos particularmente abominables. En otras palabras, representaban a los Remordimientos, y se transformaban en dulces doncellas apenas el criminal se arrepentía. En este último caso cambiaban de nombre y se llamaban Euménides.

Eris: diosa de la discordia, hija de Érebo y de la Noche. Ofendida por no haber sido invitada a las bodas de Peleo y Tetis, arrojó sobre la mesa de los dioses la llamada «manzana de la discordia» con la inscripción «A la más bella». Desencadenó así la pugna entre Hera, Atenea y Afrodita, y, en consecuencia, la guerra de Troya.

Erodo: hijo de Poseidón y Afrodita.

Erofilo: hijo de Poseidón y Afrodita.

Eros (Cupido para los romanos): dios del amor. Los datos de su genealogía son confusos: unos pretenden que fue hijo de Ares y Afrodita, otros de Hermes y Artemisa, y otros que era hijo directo del Caos y primer individuo que había salido del Huevo de Plata. Gracias a él nacieron todos los demás seres, mortales e inmortales. Se le representaba como un jovencito alado con un arco de oro en las manos: el que recibía uno de los flechazos se enamoraba instantáneamente de la primera persona con que topaba.

Esa (o Isa): nombre adoptado por Aquiles cuando se ocultó bajo prendas femeninas en el palacio del rey Licomedes.

Esaco: hijo primogénito de Príamo y Arisbe. Tenía la facultad de interpretar los sueños. Fue él, junto con Casandra, quien dio la justa interpretación del sueño que tuvo Hécuba cuando estaba a punto de nacer Paris. A Esaco no le dieron crédito porque era un sujeto algo extraño, afectado de crisis epilépticas. Dicen que, enamorado de una muchacha, Astérope (véase), y no correspondido por ella, todos los días se arrojaba al mar desde un peñasco, sin morir nunca: por fin los dioses, compadecidos, lo convirtieron en un ave marina.

Escamandro: uno de los ríos que atraviesan la llanura de Troya. Para los antiguos era también un dios, hijo de Zeus y Dóride. Se casó con la ninfa Idea y engendró a Teucro, de quien descendían los reyes de Troya.

Escila: única de las hijas de Lamia que se libró de ser muerta por Hera. Una vez adulta sedujo a Glauco y provocó los celos de la maga Circe, que viéndola nadar

en un estanque, envenenó las aguas y la convirtió en un ser monstruoso dotado de seis cabezas y doce patas. Escila sintió tal vergüenza que fue a ocultarse en el estrecho de Mesina, en un antro marino del que sólo salía para devorar a los navegantes. En la otra orilla del estrecho, la de la costa siciliana, vivía otra divinidad monstruosa, Caribdis. En la *Odisea*, Homero las menciona a ambas: la primera como «la que destroza», y la segunda como «la que absorbe».

Esón: hijo de Creteo. Rey de Iolcos y padre de Jasón. Su hermanastro Pelias lo destronó, pero su hijo, de regreso de la conquista del Vello de Oro, se encargó de vengarlo.

Esquedio: hijo de Perimedes, jefe focio.

Estaciones: hijas de Zeus y Temis. Originariamente sólo eran tres y se las confundía con las Horas; después, con el agregado del otoño, fueron cuatro, cada una con su protector: Hermes para la primavera, Apolo para el Verano, Heracles para el Invierno y Dionisos para el Otoño.

Estafilo: hijo de Dionisos. Junto con su hermano Fano tomó parte en la expedición de los Argonautas.

Estenelo: hubo varios héroes con este nombre. El que más nos interesa era uno de los ocupantes del Caballo de Troya. Hijo de Capaneo y amigo de Diómedes, acudió a Troya con veinticinco naves.

Estenobio: piloto de la nave de Leonte (personaje creado por el autor).

Etiolao: supuesto hijo de Menelao y Helena.

Eudoro: hijo de Hermes, cabecilla de los mirmidones en la guerra de Troya.

Eufemo: hijo de Poseidón y de Europa, recibió de su padre el don de caminar sobre las aguas. Tomó parte en la expedición de los Argonautas y en la caza del Jabalí Calidonio.

Euforbo: hijo de Pantoo, héroe troyano. Pitágoras, que creía en la reencarnación, sostuvo haber sido primero Etálides, después Euforbo, después Pirro y por último Hermotimo (siendo este último había incluso reconocido el escudo de Menelao).

Eufrosine: llamada también «la Serenidad», una de las tres Cárites (véase).

Euménides: nombre que asumían las Erinnias (véase) después que el criminal se arrepentía de su delito. Tenían el aspecto de tres cariñosas jóvenes.

Euneo: hijo de Jasón e Hipsipila (véase).

Euríalo: hijo de Mecisteo. Participó en la expedición de los Argonautas y en la guerra de Troya.

Euridamante: nada sabemos de él, salvo que era un argonauta, nativo del lago Siníades.

Eurídice: hermosa ninfa, hija de Apolo. Se enamoró de Orfeo, fascinada por la dulzura de su canto. Sin embargo, mientras huía de otro pretendiente, fue mordida por una serpiente venenosa. Orfeo (véase), transido de dolor, viajó a la

Ultratumba para intentar recuperarla, pero al no cumplir al pie de la letra las disposiciones de los dioses la perdió para siempre.

Eurimedonte: auriga de Néstor.

Eurínome: en rigor, debería ser el primer personaje de la historia. Esta diosa emergió desnuda del Caos, luego, deseando bailar, separó el cielo del mar, aunque sólo fuese para tener algún punto de referencia bajo los pies. Con sus evoluciones generó el viento, que, a su vez, se transformó en una serpiente llamada Ofión. No más verla, el reptil no se contuvo y la violó. Tras esta unión, Eurínome parió un Huevo Universal del que brotaron, uno tras otro, el sol, la tierra, la luna, las estrellas, los árboles y los animales. Seguramente ambos amantes habrían vivido felices si Ofión no se hubiese jactado de ser el creador del Universo: ante tal afirmación, Eurínome le dio un puntapié en la boca y le hizo caer todos los dientes. De los dientes de Ofión nacieron los hombres.

Euripilo: hijo de Evemón, jefe tesalio de la guerra de Troya. Tras el saqueo de Troya le tocó en suerte una estatua de Dionisos y enloqueció sólo de verla. Sin embargo, un oráculo predijo que se curaría apenas presenciara un espectáculo verdaderamente cruel. La curación se produjo en la Arcadia, cuando lo obligaron a ver el sacrificio de una niña y un niño en honor de Artemisa.

Euristeo: rey de Tirinto y de Micenas, nieto de Perseo, descendiente de Zeus, que le obsequió inmenso poder en detrimento de su primo Heracles (*véase*), nacido después que él. Por voluntad de Hera, Euristeo sometió a su primo a desmesurados trabajos.

Euritió: hijo de Actor y rey de Ptía. Padre de Antígona, murió por un error de su yerno Peleo durante la caza del Jabalí Calidonio.

Evanio: rey de Matala (personaje creado por el autor).

Evasto: hermano de Evanio (personaje creado por el autor).

Evemón: padre de Euripilo.

Falero: hijo de Alcón, fue salvado en la cuna por su padre cuando estaba a punto de ser devorado por una serpiente. Participó en la expedición de los Argonautas. Era un habilísimo arquero y le fue dedicado el puerto de Atenas.

Fano: hijo de Dionisos, originario de Creta, miembro de la expedición de los Argonautas.

Fares: hijo de Jasón y Medea, asesinado en su adolescencia por su madre como venganza contra Jasón.

Fénix: hijo de Amintor, rey de Eleón en la Beocia. Injustamente acusado de haber violado a la amante de su padre, fue cegado y enviado al exilio. Acogido por Peleo, Fénix recobró la visión gracias a una milagrosa curación de Quirón. A continuación Peleo le encargó la educación de su hijo, con la misión de ejercer como consejero también durante la guerra de Troya.

Fereclo: célebre carpintero, hijo de Tectón («el arquitecto») y nieto de Armón («el ajustador»). Construyó la nave con que huyeron juntos Paris y Helena.

Filoctetes: hijo de Peante. Heracles le regaló un arco y una aljaba llena de flechas envenenadas, en agradecimiento por ayudarlo a dar fuego a la hoguera en que se proponía morir para librarse del suplicio que le infligía la camisa de Neso. A causa de la mordedura de una víbora y del horrible hedor que emanaba la herida, Filoctetes fue abandonado por los aqueos en una isla desierta durante el viaje hacia Troya. Rescatado por Ulises unos diez años más tarde, dio muerte a Paris en un duelo con arcos y flechas.

Filótero: comandante de navío (personaje creado por el autor).

Fobos: llamado también «el Miedo», uno de los hijos de Ares.

Foco: hijo de Eaco, muerto por error durante una competición de lanzamiento del disco, por obra de los hermanastros Telamón y Peleo.

Forcis: jefe frigio, aliado de los troyanos.

Friox: hijo de Atamante y Nefele. Para eludir a su madrastra Ino, que quería darle muerte, montó en un carnero de oro, junto con su hermana Hellé, y llegó volando a la Cólquida. Hellé cayó en una zona del mar que, desde entonces, se llamó Helesponto. Friox, apenas llegó a su destino, sacrificó al carnero en honor de Zeus y colgó su vellón en un árbol.

Gadenor: padre de Ariaso (personaje creado por el autor).

Ganimedes: hijo de Tros. Era tan hermoso que Zeus ordenó que un águila lo raptase. Es posible que la rapaz fuese el mismísimo Zeus en una de sus transformaciones. Lo seguro es que, inmediatamente después del rapto, Zeus puso en el centro del firmamento una constelación con la figura del águila. Ya en el Olimpo, Ganimedes tuvo la misión, junto con Hebe (*véase*), de servir la mesa de los dioses.

Gea: madre de todos los dioses y de los hombres, fue también identificada con Temis (*véase*), que, por su parte, era la madre de las Horas y principio de la armonía de la Naturaleza. Con su hijo Urano (el Cielo) tuvo a Rea, madre de Deméter, y, por tanto, fue respetada como protectora del hogar y del campo. Pero con Urano tuvo también los Cíclopes y los Titanes, que más tarde osaron sublevarse contra el padre.

Gemónides: maestro de Leonte (personaje creado por el autor).

Gerenio: epíteto de Néstor (*véase*).

Glauce: otro nombre de Creusa, hija de Creonte y prometida de Jasón.

Gorgonas: hijas de Fócides y Ceto. Se llamaban Esteno, Euríala y Medusa. Tan sólo las dos primeras eran inmortales.

Grayas: monstruos con rostro de mujer, hermanas de las Gorgonas. Eran Enio, Pefredo y Dino. Habían nacido ya viejas, tenían solamente un ojo y un diente para

las tres, de manera que, cada vez que necesitaban ver o comer, se veían obligadas a intercambiárselos. Perseo les quitó el ojo y el diente a fin de obtener información para dar muerte a Medusa.

Hades (Plutón para los romanos): dios de los infiernos. Hijo de Cronos y Rea, hermano de Zeus y Poseidón. Cuando Cronos fue destronado, el mundo se distribuyó en tres partes: a Zeus le tocó el Cielo, a Poseidón el Mar y a Hades el reino de Ultratumba. Se casó con Perséfone (Proserpina para los romanos), contra la voluntad de Zeus y Deméter. Los antiguos, por supersticioso conjuro, nunca pronunciaban su nombre y lo mentaban con los más variados pseudónimos, como Hagesilao, Dite o Polidégmon.

Hado: (véase Ananké).

Hagesilao: uno de los pseudónimos de Hades.

Harpías: hijas de Taumante y de Electra, tenían cuerpo de ave y cabeza de mujer. Se llamaban Aello, Celeno y Occipete. Los navegantes las consideraban portadoras de tormentas. Para castigar al ciego Fineo por haber sido el primero en practicar las artes adivinatorias, lo atormentaron cubriendo de excrementos su mesa cada vez que se sentaba a comer.

Hebe (para los romanos Iuventus, no Juventus): hija de Zeus y Hera. Copera de los dioses y diosa de la juventud.

Héctor: hijo de Príamo y Hécuba, el más prestigioso de los héroes troyanos. Se casó con Andrómaca, con la que tuvo un único hijo, Astianacte. Es el símbolo del soldado valiente, marido ejemplar y padre afectuoso. Mató a Patroclo en duelo singular y, a su vez, fue muerto por Aquiles. Solamente tras mucho suplicar, Príamo consiguió que Aquiles le devolviese su cadáver.

Hécuba (Ekabe para los griegos): conocida sobre todo como esposa de Príamo. Tras la caída de Troya se convirtió en esclava de Ulises. Según algunos, con tal de no vivir en la esclavitud se dio muerte arrojándose al mar. Otros, en cambio, sostienen que fue lapidada por los compañeros de Ulises, hartos de oírse insultar. Cuando sus verdugos removieron las piedras debajo de las cuales la habían sepultado, hallaron en su lugar una perra con ojos de fuego.

Hefestos (Vulcano para los romanos): hijo de Zeus y Hera. La madre, a la vista de su fealdad, lo arrojó recién nacido al Egeo. Lo recogieron Tetis y Eurínome, quienes lo criaron en una gruta submarina. Era el más ingenioso de los dioses, e innumerables fueron sus inventos. En cierta ocasión, por salir en defensa de su madre, fue nuevamente arrojado del Olimpo por Zeus y se rompió ambas piernas al caer en la isla de Lemnos. Se casó con Afrodita, la más bella de las diosas, que lo traicionó sin el menor recato.

Helena: la diosa Némesis, para evitar los amorosos requerimientos de Zeus, se transformó en pez, ratón, abeja, gamo y otros animales silvestres, pero no

consiguió salvarse porque, simultáneamente, Zeus se transformaba en castor, gato, zángano, león y otros animales. Durante la enésima metamorfosis, mientras ella era una oca y él un cisne, logró violarla: el huevo resultante fue recogido por Zeus y albergado en el vientre de Leda, esposa de Tíndaro, rey de Esparta, un día que ella estaba sentada en un taburete con las piernas abiertas. De ese huevo nacieron Helena, Clitemnestra, Cástor y Pólux. No todos eran hijos de Zeus, ya que durante esos días Leda había yacido también con su marido. Considerada la mujer más bella del mundo, Helena disfrutó de una vida acomodada: el primero en raptarla fue Teseo, cuando era aún una chiquilla; se casó después con Menelao, pero volvió a ser raptada, esta vez por Paris; posteriormente se casó con Deífobo, para después volver a casarse con Menelao. Hay quienes dicen que, después de muerta, se emparejó con Aquiles en el más allá.

Heleno: hijo de Príamo y Hécuba, gemelo de Casandra, experto en oráculos. Tras la muerte de Héctor asumió el mando de las fuerzas troyanas, pero cuando, tras la muerte de Paris, no le concedieron la mano de Helena, huyó a refugiarse entre los aqueos y le confió a Ulises las condiciones necesarias para la capitulación de Troya: robar el Paladión (estatua de Palas, protector de Troya), recuperar el hueso del hombro de Pelops, la ayuda de Neoptólemo y Filoctetes con el arco y las flechas de Heracles, y la construcción del caballo de madera. Habiéndose trasladado a Grecia, tras la muerte de Neoptólemo heredó su reino y se casó con Andrómaca, ex esposa de Héctor.

Helios: dios del Sol, a veces confundido con Apolo. Hijo de Hiperión y Tea, era hermano de Selene (la Luna) y de Eos (la Aurora). Conducía un carro de fuego arrastrado por cuatro corceles: Eco, Etón, Flegón y Piroides. Se suponía que brotaba de las tierras de los etíopes y que todas las noches se zambullía en el Adriático.

Hera (Juno para los romanos): hija de Cronos y Rea, hermana y esposa de Zeus. Es la personificación misma de los celos: no es que Zeus dejase de darle motivos, sino que sus venganzas eran constantes y obsesivas. Se encarnizó obstinadamente contra los troyanos sólo porque Paris (*véase*) había osado considerar que Afrodita era más hermosa que ella: uno más, entre los tantos ejemplos de su carácter tenaz y vengativo.

Heracles (Hércules para los romanos): hijo de Zeus y de Alcmena. Su nacimiento fue azaroso. Alcmena le gustaba mucho a Zeus, pero ella era fiel a su marido Anfitrión y jamás habría aceptado las ofertas amorosas del Padre de los Dioses. Entonces Zeus asumió la apariencia de Anfitrión y detuvo el tiempo, es decir la Luna, el Sol y las Horas, a fin de consumir el adulterio en santa paz. Heracles nació de esa unión. Era tan vigoroso que, cuando la celosa Hera envió contra él dos serpientes para que lo mataran, pese a ser sólo un crío de pocos meses, las

estranguló en la cuna. Heracles quiso ser inmortal y Zeus se lo concedió, a condición de que superase las doce fatigas impuestas por Euristeo, rey de Tirinto y Micenas. Euristeo le ordenó enfrentarse con algunos animales monstruosos: el León de Nemea, la Hidra de Lerna, el jabalí de Erimanto, la cierva de Cirinea, los pájaros de Estinfalos, el toro de Creta, los caballos de Diómedes, los bueyes de Gerión y el perro Cerbero, además de resolver algunos trabajos más o menos ingratos, como limpiar los establos de Augias, robar el cinturón de oro de Hipólita y coger las manzanas del jardín de las Hespérides.

Hermafrodita: hija de Hermes y Afrodita. Al nacer era solamente varón, pero más adelante, cierto día, la ninfa Salmaces lo abrazó tan apasionadamente que los dioses, emocionados, fundieron ambos cuerpos en el de un único ser dotado de caracteres masculinos y femeninos a la par.

Hermes (Mercurio para los romanos): hijo de Zeus y de Maya, dios de los ladrones y mensajero de los dioses. Nació en una gruta, y, el día mismo de su nacimiento, con el caparazón de una tortuga fabricó la lira; luego robó los rebaños de Apolo y, cuando éste exigió su devolución, le dio a cambio la lira que acababa de inventar. Se le representaba como un joven barbado, con alas en los pies, un gorro cónico en la cabeza (el petaso) y una vara con dos sierpecillas enroscadas (el caduceo), símbolo de su oficio de heraldo.

Hermione: hermosísima hija de Helena y Menelao. Su padre se la había prometido a Orestes, pero después cambió de parecer y la casó con Neoptólemo, hijo de Aquiles. Hermione mató a Andrómaca, esclava de Neoptólemo y ex esposa de Héctor; cuando éste murió a manos de Orestes, se casó con este último realizando así su antiguo sueño de amor.

Hespérides: hijas de Atlas (titán al que Zeus había condenado a sostener el mundo sobre los hombros). Eran tres: Egle, Eriteida (también Eritia o Aretusa) y Hespera (Hesperatusa o Hesperia). Su jardín, cargado de frutos de oro, estaba situado en la mítica Atlántida, es decir, en medio del océano Atlántico. Según otras opiniones, estaba en Marruecos.

Hestia (Vesta para los romanos): diosa del hogar, hija de Cronos y Rea. Fue la primera en ser devorada por su padre, de cuyas vísceras volvió a brotar gracias a la intervención de Zeus. Hestia aparece muy pocas veces en la mitología de los griegos porque es una diosa inmóvil, o incluso una abstracción sin más: protegía las moradas (Olimpo incluido) y nunca se la veía deambular por otros sitios.

Hicetaonte: hijo de Laomedonte, hermano de Príamo.

Hilas: bellissimo mancebo, muy probablemente amante de Heracles. Participó en la expedición de los Argonautas, pero cuando, durante una breve interrupción del viaje, bajó a tierra para aprovisionarse de agua, unas ninfas lo raptaron. El acongojado Heracles lo buscó en vano por toda la isla.

Hipasa: jovencita troyana (personaje creado por el autor).

Hiperenor: hijo de Pantoo, hermano de Euforbo. Muerto a manos de Menelao durante la guerra de Troya.

Hipia: apodo de Atenea, llamada así a causa de su amor por los caballos.

Hipólita: hija de Ares, reina de las Amazonas. En el noveno de los trabajos que le encargara Euristeo, Heracles le robó el cinturón de oro que le había dado su padre. En opinión de algunos, el héroe lo consiguió por la fuerza; según otros, rindiéndola por amor. Los primeros sostienen que Heracles le dio muerte; los segundos, que fue obra de su hermana Pentesilea, por error.

Hipotoo: jefe de los pelasgos.

Hipsipila: hija de Mirina, reina de Lemnos, la isla de las mujeres. Recibió a los Argonautas y les dio agua y víveres a cambio de prestaciones sexuales. Se dice que durante esta operación se enamoró de Jasón y tuvo con él dos hijos: Euneo, futuro rey de la isla, y Nebrófono.

Horas: hijas de Zeus y Temis. Al principio eran solamente tres: Eunomia (la Equidad), Diké (la Justicia) e Irene (la Paz). Se convirtieron más tarde en cinco (junto con Carpo y Talos), después en doce y, por último, en veinticuatro.

Idas: hijo de Alfareo, gemelo de Linceo. Tomó parte en la expedición de los Argonautas y en la caza del Jabalí Calidonio. Junto con Linceo estaba a punto de casarse con las Leucípidas, Febe e Hilaria, cuando éstas fueron raptadas por los Dióscuros (véase). En la riña consiguiente Idas dio muerte a Cástor y Linceo murió a manos de Pólux. Zeus puso fin al episodio dando muerte a Idas.

Idmón: hijo de Apolo y Cirene, célebre adivino. Participó en la empresa de los Argonautas.

Idomeneo: rey de Creta y nieto de Minos, era uno de los guapos del ejército aqueo. Ex pretendiente de Helena, llegó a Troya al mando de ochenta naves. Como casi todos los aqueos, tuvo un regreso difícil: sorprendido por una tempestad, hizo voto a Poseidón de sacrificar en su honor al primer ser humano que viese al poner pie en tierra. Obviamente, tuvo mala suerte: el primero al que vio era su hijo. El chico alcanzó apenas a decir «papá» y él ya había empuñado la espada para degollarlo: pero un estruendo repentino le permitió al niño salir corriendo y a él pensárselo mejor.

Ificles: hijo de Anfitrión y Alcmena. Era gemelo de Heracles, pese a no ser hijo de Zeus. Cuando Hera envió a dos serpientes para que asfixiasen a los gemelos en su cuna, Ificles, que tenía naturaleza humana, se echó a llorar, despertando así a Heracles, que las estranguló con la simple fuerza de sus manos. Tomó parte en la expedición de los Argonautas y en la caza del Jabalí Calidonio.

Ifigenia: hija de Agamenón y Clitemnestra, o, según otros, de Teseo y Helena. Según esta segunda hipótesis, habría sido concebida durante el primer rapto de Helena (a

manos de Teseo), y para evitar el escándalo, se habría atribuido su maternidad a su tía, ya casada con Agamenón.

Ifito: hijo de Estáñelo y hermano de Euristeo. Fue uno de los Argonautas.

Ileo: centauro que fue muerto por Atalante cuando intentaba poseerla por la fuerza.

Iosón: hijo de Licurgo, marido de Climene y padre de Atalante.

Iris: diosa del Arco que lleva su nombre. Hija de Taumas, hermana de las Harpías. Mensajera de paz.

Ixión: rey de los lapitas. Se casó con Día, la hija de Deioneo. Para no pagar la dote, invitó a cenar a su suegro y lo arrojó a un pozo lleno de tizones encendidos. Intrigado por los detalles del crimen, Zeus lo convocó al Olimpo donde Ixión, nada corto de genio, se puso a galantear a Hera. El Padre de los Dioses perdió la paciencia y le tendió una celada: fabricó una nube con la apariencia de su esposa y lo sorprendió en la cama con ella (la nube). El castigo fue terrible: Zeus flageló a Ixión hasta que gritó mil veces «Hay que honrar a los benefactores», para después atarlo a una rueda y lanzarlo a rodar eternamente por el cielo. De sus amores con la nube nacieron los Centauros.

Jabalí Calidonio: fiera enviada por Artemisa para castigar a Eneo, rey de Calidonia. En su caza tomaron parte muchísimos héroes, entre ellos, Idas, Linceo, Teseo, Ificles, Piritoo, Cástor, Pólux, Jasón, Telamón, Néstor, Peleo, Euricio, Anfiarao, Admeto, Ceneo el Mayor, Cefeo y Atalante. Con los cazadores iba también Asclepio, el más célebre cirujano del mundo homérico.

Janto: (véase Balio y Janto).

Jasón: hijo de Esón. Su tío Pelias lo envió a la Cólquida en busca del Vello de Oro (Pelias había usurpado el trono de Iolcos, al que Jasón tenía derecho). Encabezó la expedición de los Argonautas, en la que participaron los más grandes héroes de la época. En la empresa, Jasón recibió la ayuda de Medea, hija del rey Eetes, custodio del Vello de Oro; pero cuando, diez años después, quiso abandonarla para casarse con Creusa (véase), Medea se vengó asesinando a dos de los tres hijos que habían tenido y enviándole a la joven esposa una túnica nupcial envenenada.

Laertes: conocido sobre todo por ser el padre de Ulises. Tal vez no lo fuese, porque su esposa Anticlea fue violada por Sísifo nueve meses antes del nacimiento de Ulises. Aún vivía cuando el héroe regresó a Ítaca, y, pese a su avanzada edad, echó una mano en la matanza de los pretendientes. Tomó parte en la expedición de los Argonautas.

Lamia: hija de Belos y Libia, tuvo amores con Zeus. Hera, celosa, le mató todos los hijos salvo Escila (véase). Enloquecida de dolor, en breve tiempo la desdichada se volvió espantosa y se dedicó a merodear tratando de robar los hijos ajenos. Por las

noches solía quitarse los ojos a fin de que montasen guardia mientras ella dormía.

Lampado: reina de las Amazonas.

Lampo: hijo de Laomedonte, uno de los ancianos de Troya.

Lanicia: hermana de Leonte (personaje creado por el autor).

Laocoonte: sacerdote de Apolo, hijo de Antenor, famoso por haberse opuesto al ingreso del caballo de madera tras las murallas de Troya. Cuando expresó sus reservas ante el extraño regalo de los aqueos, dos monstruosas serpientes marinas salieron de las aguas y lo trituraron, junto a sus hijitos, ante la horrorizada mirada de los troyanos.

Laodamia: escultora, hija del rey Acasto. Se casó con Protesilao pero sólo yació con él la noche de bodas. Muerto en Troya su marido, le pidió a Perséfone que le devolviera la vida una noche tan sólo. Aceptado su ruego, utilizó a Protesilao como modelo para confeccionar una estatua de cera junto a la cual dormir todas las noches. Acasto, considerando que su hija había enloquecido, ordenó arrojar la estatua a un caldero de aceite hirviente, al que inmediatamente después se arrojó la propia Laodamia.

Laódoco: en Troya había dos Laódocos, uno aqueo y el otro troyano. El que nos interesa era uno de los hombres más sabios de Troya, hijo de Antenor y hermano de Laocoonte.

Laogón: guerrero troyano.

Laomedonte: hijo de Ilo II y de Eurídice, padre de Príamo, Clitio, Hesione e Hicetaonte. Para erigir las murallas de Troya pidió ayuda a Apolo y a Poseidón, pero se negó a pagar lo pactado una vez concluido el trabajo. Los dioses se enfadaron y Poseidón envió contra él un monstruo marino; para aplacarlo, Laomedonte se vio obligado a atar a una roca a su hija Hesione, posteriormente salvada por Heracles.

Laotoe: esclava de Príamo, madre de Licaón y Polidoro.

Láquesis: «la medidora», una de las tres Moiras (Parcas para los romanos). Su función consistía en comprobar que la vida de un hombre había llegado a su fin.

Latona: nombre latino de la diosa griega Leto. Hija de Ceo y Febe, fue amada por Zeus y, por tal motivo, perseguida por Hera, que le echó encima la serpiente Pitón para que nunca pudiera dar a luz. Pero Latona se hizo llevar en vuelo por el viento Noto hasta la isla vagante de Delos, donde nacieron Apolo y Artemisa.

Leda: esposa de Tíndaro y madre de Helena, Clitemnestra, Cástor y Pólux. Algunos opinan que fue violada por Zeus, que se había transformado en cisne; otros, que se limitó a hospedar el huevo que Némesis-oca había concebido tras unirse con Zeus-cisne.

León de Nemea: nacido de una relación incestuosa entre Ortro y su madre Equidna, su piel era invulnerable a cualquier clase de metal. Heracles, tras haber intentado

vanamente traspasarlo con sus flechas, lo encerró en una caverna y lo estranguló con las manos. Con su cabeza se hizo un yelmo y con la piel una capa.

Leonte: joven de la isla de Gaudos (personaje creado por el autor).

Leonteo: jefe tesalio en la guerra de Troya.

Leucipo: rey de Mesenia, conocido por ser el padre de las Leucípidas, Febe e Hilaria, primeramente raptadas por Cástor y Pólux y posteriormente casadas con los gemelos Idas y Linceo (véase).

Licaón: hijo de Príamo y Laotoe, muerto a manos de Aquiles.

Licofrón: guerrero aqueo, hijo de Mástor. Escudero de Áyax Telamón.

Licomedes: rey de Esciros. En su morada escondió Tetis a su hijo Aquiles (véase) tras disfrazarlo con vestimentas femeninas. También dio hospitalidad a Teseo, pero, temiendo que el héroe quisiera usurpar su trono, lo mató arrojándolo desde lo alto de un peñasco.

Lisipe: reina de las Amazonas. Por su hijo Tanais sintió un cariño morboso y, en consecuencia, quebrantó las leyes de las Amazonas, que imponían la expulsión de los varones. Causante de este amor fue, al parecer, Afrodita, quien quería castigar a Lisipe por su aversión al matrimonio. Se dice que Tanais, para eludir el incesto, prefirió darse muerte.

Listodemo: guerrero locrio (personaje creado por el autor).

Litai (o Lité): hijas de Zeus, simbolizan las súplicas que el arrepentido dirige a la persona ofendida.

Macaón: hijo de Asclepio. Es el más célebre cirujano de la época homérica. Junto con su hermano Podaliro aprendió el arte de la medicina gracias a su padre Asclepio. Siempre con Podaliro, participó en la guerra de Troya y tuvo ocasión de curar, entre otros, a Menelao, Télefo y Filoctetes.

Marafio: supuesto hijo de Menelao y Helena.

Maris (o Márides): guerrero troyano, hijo de Amisodaro.

Marpesia: reina de las Amazonas. Conquistó la Tracia y Siria, y extendió su reino hasta el mar Egeo.

Maya: una de las Pléyades. Hija de Atlas; de sus amores con Zeus nació Hermes (véase).

Medea: hija de Eetes, personaje muy discutido. Enamorada de Jasón, lo ayudó a robar el Vello de Oro que custodiaba su padre en un bosque de la Cólquida. Para retrasar la persecución de su padre por mar, despedazó y arrojó al agua a su propio hermano pequeño, Apsirto. Experta en filtros y hechizos, con la excusa de que el baño lo rejuvenecería convenció a Pelias, enemigo de Jasón, de que se metiera en una caldera de agua hirviente. Cuando Jasón la abandonó para casarse con Creusa, primero dio muerte a dos de los hijos que habían tenido, y después le regaló a la novia una túnica nupcial envenenada que la mató entre innumerables

tormentos.

Medusa: la menor de las tres Gorgonas (*véase*). Bellísima de nacimiento, cometió el error de hacer el amor con Poseidón ante una estatua de Artemisa. La virginal diosa se consideró ofendida y la transfiguró en monstruo espantoso, con sibilantes víboras por cabellos, largos colmillos de jabalí, uñas de bronce, ojos llameantes y alas de murciélago. Quien mirase su rostro quedaba petrificado. Perseo le dio muerte mirándola reflejada en su escudo. Del cuello truncado de Medusa salieron dos hijos de Poseidón: Crisaor y Pegaso, el caballo alado. Con gotas de la sangre de Medusa, Atenea fabricó dos compuestos: con las del lado derecho el fármaco, medicina capaz de resucitar a los muertos, y con las del lado izquierdo un terrible veneno (*véase* Asclepio).

Megera: una de las tres Erinnias (*véase*), junto con Alecto y Tisífone.

Melampo: hijo de Amitaón (o de Poseidón, según los más maliciosos). Su nombre significaba «pies negros»; ello se debía a que su madre, cuando era un recién nacido, lo dejó a la sombra de un árbol pero con los pies expuestos al sol. Por haber rendido honras fúnebres a dos serpientes y haberse hecho cargo de sus hijos, fue muy amado por los animales. Entendía el lenguaje de los pájaros, de los cuadrúpedos e incluso el de los insectos. Gracias a esa facultad oyó cierto día la conversación entre dos carcomas y logró prever la caída de un techo de madera. Participó en la expedición de los Argonautas.

Melanipa: acaso otro nombre de Antíope (*véase*), reina de las Amazonas. Consiguió liberar a su hermana Hipólita, prisionera de Heracles, pero fue muerta por obra de Telamón.

Meleagro: hijo de Oineo y Altea, hermano de Deyanira. Cuando nació, las Moiras predijeron que viviría mientras no se consumiese del todo un tizón que en ese momento ardía en el hogar. Oineo y Altea ocultaron el tizón, apagado, en una especie de caja de seguridad; pero cuando Meleagro mató a sus tíos, la madre, para vengar la muerte de sus hermanos, volvió a echar el tizón al fuego. Al morir Meleagro, Altea y las hermanas del héroe se suicidaron en masa y Artemisa las convirtió en aves (las pintadas).

Memnón: hijo de Titón y Eos, rey de Etiopía y de Egipto. Estaba considerado el más hermoso entre los hombres de color. Llegó a Troya para socorrer a Príamo y dio muerte a numerosos aqueos, entre ellos Antíloco, hijo de Néstor. Murió a manos de Aquiles tras un largo duelo. Durante sus funerales, sus cenizas se convirtieron en aves rapaces, llamadas Memnónidas, y las lágrimas de su madre en gotas de rocío.

Ménades (Bacantes para los romanos): las secuaces de Dionisos. Constantemente mascaban hojas de hiedra (o de otras plantas) e invadidas por el «furor dionisiaco» se entregaban a ritos orgiásticos.

Menecio: rey de Opunta, hijo de Áctor y padre de Patroclo.

Menelao: hijo de Atreo y hermano de Agamenón. Célebre por haberse casado con Helena, que después lo abandonó para seguir a Paris (véase Helena y Paris). Con Helena tuvo solamente una hija, Hermione (pero algunos autores le acreditan más descendencia). De una esclava tuvo también un hijo varón, al que llamó Megapente («gran dolor») para señalar lo mucho que había sufrido por causa de su esposa. Recuperada Helena, al principio la habría matado, pero, arrobado una vez más por su belleza, prefirió perdonarla.

Menesteo: troyano, compañero de viaje de Eneas.

Menestio: jefe mirmidón. Participó en la guerra de Troya.

Menesto (o Menestes): guerrero aqueo muerto a manos de Héctor.

Merione: jefe cretense, compañero de Idomeneo. Venció en la competición de tiro con arco durante los juegos fúnebres en honor de Patroclo.

Mermero: hijo de Jasón y Medea. Asesinado por su madre, aún adolescente, como venganza contra Jasón.

Minicia: reina de las Amazonas.

Minos: rey de Creta, marido de Pasifae. Para conseguir el trono le prometió a Poseidón sacrificar en su honor el más bello toro que jamás hubiera visto. El dios le envió desde el mar un toro hermosísimo, pero Minos lo vio tan bello que prefirió sacrificar otro. Ofendido, Poseidón hizo que Pasifae se enamorase del animal y engendrarse así el Minotauro, monstruo medio toro y medio hombre, que se alimentaba de carne humana. Entonces Minos le encargó al arquitecto Dédalo un laberinto donde ocultar el monstruo, y, para que nadie pudiese conocer los secretos de la construcción, encerró dentro también al propio Dédalo y a su hijo Ícaro. Sin embargo, ambos consiguieron huir gracias a dos pares de alas de cera fabricadas por Dédalo ex profeso. Para satisfacer al Minotauro, Minos impuso en sus dominios un tributo de siete mancebos y siete jovencitas cada año. En una de estas remesas, la que provenía de Atenas, se infiltró voluntariamente el héroe Teseo, quien, con ayuda de una hija de Minos, Ariadna (véase), consiguió matar al Minotauro y salir del Laberinto. En el reino de Ultratumba, Minos se convirtió en el juez de las almas de los muertos.

Minotauro: feroz monstruo de la mitología, nacido de la unión entre Pasifae, esposa de Minos (véase), rey de Creta, y un toro. Le dio muerte Teseo.

Mirina: nombre que adoptó Batiea, reina de las Amazonas. Ex reina de Libia, mató a todos los varones de su reino y después se trasladó a Lemnos, donde, de hecho, hizo otro tanto. Madre de Hipsipila y esposa de Toante.

Mnemón: «el que recuerda». Tetis le había encargado la custodia de Aquiles para recordarle que jamás debía dar muerte a los hijos de Apolo, porque de lo contrario el dios lo mataría; Mnemón tenía que declararlo en voz alta cada media hora.

Lamentablemente no lo hizo cuando Aquiles mató a Cicnos (*véase*), que era precisamente uno de los hijos de Apolo: a causa de ese olvido tuvo que morir Aquiles.

Mnemosina: la Memoria, hija de Urano y Gea. Madre de las nueve Musas.

Moiras (Parcas para los romanos): según algunos, eran hijas de Érebo y la Noche (Hesíodo, *Teogonía*, 217); para otros, de Zeus y Temis, o de Ananké (Plutarco, *El daimon de Sócrates*, 591 b). Hay quienes las consideran sólo hermanas de Ananké (Platón, *La República*, X, 14). Controlaban al hombre desde su nacimiento hasta su último suspiro. Cloto, «la hilandera», hilaba el hilo de la vida; Láquesis, «la medidora», comprobaba su longitud, y Átropos, «la que no puede ser eludida», se encargaba del corte final.

Momo: hijo de Hipnos y la Noche, dios de la maledicencia. Él fue quien le aconsejó a Zeus que hiciera nacer a Helena, dando así origen a un amplio conflicto.

Mopso: hijo de Apolo y Manto, acaso el más hábil adivino de todos los tiempos. Llevó al suicidio a Calcas tras derrotarlo en una competición adivinatoria.

Morfeo: hijo de Hipnos y la Noche, dios del sueño. Lo imaginaban como un viejo de grandes y ligerísimas alas. Su acercarse al lecho era tan leve que nadie pudo nunca contemplar su rostro. Según Ovidio, sus hermanos eran Fantasio (dios de los sueños bellos) y Fobetón (dios de los malos sueños, es decir, de las pesadillas). De su nombre deriva el sustantivo «morfina».

Munipo: hijo de Cila y sobrino de Príamo.

Musas: hijas de Zeus y Mnemosina. Eran nueve y vivían en el monte Helicón, protegidas por Apolo. Cada una de ellas, a su vez, protegía una forma de arte: Calíope, la poesía épica y la elocuencia; Clío, la historia; Erato, la poesía amorosa; Euterpe, la música; Melpómene, la tragedia; Polimnia, el canto sacro; Talía, la comedia; Terpsícore, la danza, y Urania, la astronomía.

Narciso: hijo de Cefiso y de la ninfa Liríope. Cuando nació, el adivino Tiresias predijo que viviría hasta que se contemplase en un espejo, razón por la cual su madre quitó del hogar todos los espejos y cualquier superficie reflectante. Pero cierto día, presa de gran sed, Narciso se inclinó sobre un estanque para beber y vio su propia imagen reflejada. Según algunos, al intentar abrazar la imagen, cayó al agua y murió ahogado; otros dicen que se dio muerte con una espada, ante la imposibilidad de amarse a sí mismo. De las gotas de su sangre nació la flor que lleva su nombre.

Nastes: hijo de Nomión, cabecilla de los carios, aliados de los troyanos.

Nauplio: hijo de Nauplio, habilísimo navegante. Participó en la expedición de los Argonautas. Cuando supo que los aqueos habían dado muerte a su hijo Palamedes culpándolo, injustamente, de traición, a fin de vengarse hizo correr la voz de que los jefes aqueos mantenían relaciones amorosas con las mujeres troyanas. Como

consecuencia de esas habladurías Clitemnestra traicionó a Agamenón con Egisto, Egialea hizo lo propio traicionando a Diómedes con Cometes, y Meda, esposa de Idomeneo, yació con Leuco. También encendió falsos faros a lo largo de toda la costa de la Eubea, a fin de que naufragasen las naves aqueas que regresaban de Troya.

Nebrófono: hijo de Jasón e Hipsipila.

Neleo: padre de Néstor.

Némesis: diosa de la venganza, a la que honraron tanto los griegos como los romanos.

Neoptólemo: hijo de Aquiles y de Deidamia, también conocido bajo el nombre de Pirro. Aunque muy joven (acaso no tenía ni quince años), se distinguió por las crueldades cometidas durante el saqueo de Troya. Mató con sus propias manos a Príamo y Polixene, y arrojó desde lo alto de las murallas al pequeño Astianacte. Después de su retorno a la patria, se unió a la esclava Andrómaca, ex esposa de Héctor, suscitando las iras de Hermione, su prometida. Entonces la doncella soliviantó a los habitantes de Delfos para que lo lapidasen, aduciendo que, si no lo mataban, saquearía el oráculo de Delfos.

Neópulo: padre de Leonte (personaje creado por el autor).

Nereidas: cincuenta diosas marinas, hijas de Nereo y Dóride. Casi siempre se las representaba cabalgando delfines y otros monstruos marinos. Las más célebres fueron Tetis, Anfitrites y Galatea.

Nereo: hijo de Ponto y Gea. Dios del mar antes que Poseidón. Padre de las cincuenta Nereidas. Vivía en las profundidades del mar, en una caverna de oro.

Neso: centauro hijo de Ixión y de Nefeles. Se enamoró de Deyanira, la mujer de Heracles, y éste lo mató mientras trataba de raptarla. Sin embargo, antes de expirar, el centauro le regaló a Deyanira un poco de sangre, aconsejándola que la utilizase cuando alguien le faltase al respeto debido. Siguiendo esa sugerencia, Deyanira, cuando Heracles empezó a cortejar a Yole, hija de Eurito, le regaló al héroe una túnica empapada en la sangre de Neso. Apenas el pobrecillo se la puso, se sintió arder e inútilmente trató de librarse de la prenda: el veneno del centauro no se lo permitía, la camisa parecía fusionada con la piel. El héroe, antes que seguir viviendo entre indescriptibles sufrimientos, prefirió hacerse quemar en una hoguera.

Néstor: hijo de Neleo y Cloris, rey de Pilos, también llamado Gerenio. Célebre por su sabiduría, fue el único de los hijos de Neleo que no mató Heracles: ocurrió que se había ausentado. Vivió largos años, cosa que le permitió tomar parte en la pugna de los lapitas contra los Centauros, en la expedición de los Argonautas, en la caza del Jabalí Calidonio y en la guerra de Troya.

Níobe: hija de Tántalo. Cometió el error de jactarse ante una amiga de su

abundantísima prole. «Latona», dijo, «no tiene más que dos hijos. Yo, en cambio, ¡tengo catorce!». Mejor no lo hubiera dicho: los archiveros Apolo y Artemisa echaron mano a arcos y flechas y dieron muerte a todos sus descendientes (Apolo se encargó de los varones, Artemisa de las hembras). Convertida en una roca por obra de los dioses, siguió llorando a través de un manantial.

Notos: hijo de Astreo y de Eos, hermano de Céfiro y Bóreas. Representaba el viento del Sur, el siroco.

Océano: hijo de Urano y Gea. De su unión con su hermana Tetis nacieron los océanos, mares y ríos. Fue el único de los titanes que no se rebeló contra los dioses.

Oileo: rey de la Lócride, padre de Áyax Oileo (el Menor). Participó en la expedición de los Argonautas.

Oineo: rey de Calidonia y padre de Deyanira, Tideo y Meleagro. Artemisa, a la que había faltado al respeto durante un sacrificio, lo castigó enviando a su reino un monstruoso jabalí. Abrumado por las devastaciones causadas por la fiera, Oineo pidió ayuda a sus vecinos y así se organizó la más colosal batida de caza de la antigüedad. En ella tomaron parte los más prestigiosos héroes griegos (véase Jabalí Calidonio).

Onfalía: reina de las Amazonas. Obligó a Heracles (que se presentó ante ella para purificarse por el asesinato de Ifito) a vestir prendas femeninas e hilar lana durante tres años. Terminó enamorándose del héroe y dándole dos hijos.

Orestes: hijo de Agamenón y Clitemnestra. Ha pasado a la historia como la personificación del vengador: con la ayuda de su hermana Electra, vengó el asesinato de su padre matando a su madre Clitemnestra (véase) y al amante de ella, Egisto (véase).

Orfeo: hijo de Eagro (o de Apolo) y de Calíope. Excepcional cantor. Con la belleza de su canto atraía a los animales y movía las montañas. Se enamoró de Eurídice (véase) y al morir ella por la mordedura de una víbora bajó a los Infiernos para intentar devolverla al mundo de los vivos. Siempre cantando, subyugó a Caronte, a Cerbero, a los jueces de los muertos, a Hades y a Perséfone. Sin embargo, habiendo conseguido permiso para llevarse consigo a Eurídice, la perdió por haberse vuelto a mirarla antes de tiempo, cuando la muchacha aún no había salido del antro de la Ultratumba. Murió despedazado por las Ménades, secuaces de Dionisos, por haber rehusado tener contacto con ninguna otra mujer tras haber perdido para siempre a Eurídice.

Otos: jefe epeo nativo de Cilene.

Palamedes: hijo de Nauplio. Considerado el inventor de los números, del disco, de

los faros, de la balanza, de las medidas, de algunos caracteres del alfabeto, del arte de apostar centinelas, y, sobre todo, de los dados y de un juego similar al de las damas o el ajedrez. Desenmascaró a Ulises cuando éste simuló estar loco para no ir a la guerra. Posteriormente Ulises, para vengarse, lo acusó de traición, tras haber ocultado en su tienda un montón de monedas de oro. Fue lapidado por los aqueos.

Palemón: hijo de Hefestos. Participó en la expedición de los Argonautas.

Pan: dios de los bosques, hijo de Hermes y de la ninfa Penélope. Tenía patas de cabra, dos pequeños cuernos y el cuerpo recubierto de pelos. Tan feo era su aspecto que su propia madre, cuando nació, lo arrojó lejos de sí; pero Hermes lo recogió y lo llevó consigo al Olimpo, donde, en cambio, gustó muchísimo. Dos fueron sus ocupaciones: perseguir a las ninfas y tocar la siringa. Al parecer, estos dos *hobbies* están estrechamente relacionados. La ninfa Siringa, para sustraerse a las persecuciones de Pan, le imploró a Gea que la convirtiese en una caña, y él aprovechó para hacerle unos agujeros y convertirla en un instrumento musical.

Pándaro: hijo de Licaón, cabecilla de los licios. Célebre por su habilidad como arquero, hirió de un flechazo a Menelao, que acababa de concluir su duelo con Paris, y de tal suerte se reiniciaron las hostilidades entre griegos y troyanos.

Pantoo: aristócrata troyano, amigo de Príamo, padre de Hiperenor, Euforbo y Polidamante.

Paris: hijo de Príamo y Hécuba. Sus padres decidieron abandonarlo en las laderas del monte Ida tras una pesadilla de su madre, pero gracias a una osa que lo amamantó y al pastor Agelao, que se lo llevó a su morada, creció sano y vigoroso. Designado por Zeus para decidir cuál de las tres diosas en liza (Hera, Atenea y Afrodita) era la más hermosa, se metió en una maraña de líos: escogió a Afrodita y como compensación tuvo el amor de Helena, la mujer más bella del mundo. Así se generaron los fundamentos de la guerra de Troya. Mató a Aquiles, pero, a su vez, fue muerto por Filoctetes.

Pasitea: otro nombre de Aglaé (*véase*), una de las tres Cárites o Gracias.

Patroclo: hijo de Menecio, rey de Opus. Era el amigo más querido de Aquiles. Por así decirlo, habían sido compañeros de colegio, ya que ambos habían estudiado con el centauro Quirón. Cuando Aquiles abandonó la lucha como protesta contra la prepotencia de Agamenón, Patroclo vistió sus armas y dio muerte a muchos troyanos, entre ellos Sarpedón (un hijo de Zeus), pero por último murió a manos de Héctor y su cadáver a duras penas pudo ser recuperado por los aqueos. En su honor se celebraron solemnes juegos fúnebres y, tras la muerte de Aquiles, las cenizas de ambos fueron mezcladas y guardadas en la misma urna.

Peante: hijo de Taumaco el Magnesio, y padre de Filoctetes. Tomó parte en la expedición de los Argonautas.

Pedaso: junto con Balio y Janto (*véase*) componía el trío de caballos que tiraban del carro de Aquiles.

Pelegón: hijo del río Axio, rey peonio, padre de Asteropeo.

Peleo: hijo de Eaco y hermano de Telamón. Con las armas no era muy afortunado que digamos: mató por error a su hermanastro Foco, y, siempre por error, despachó a su suegro Euritión durante la caza del Jabalí Calidonio. Entregado a los Centauros para que los destrozasen, fue salvado por Quirón, centauro de ánimo amable. Por orden de Zeus yació con Tetis y engendró a Aquiles. Participó en la aventura de los Argonautas (*véase*).

Pelopía: hija y amante de Tiestes.

Pelops: hijo de Tántalo, padre de Atreo y de Tiestes. Dio nombre al Peloponeso. Los turbios asuntos domésticos de su familia estimularon la fantasía de Sófocles, Esquilo y Eurípides, dando una notable contribución a los desarrollos de la tragedia griega. Cuando no era más que un niño fue despedazado por su padre, después hervido y servido en el banquete de los dioses. Descubierta la treta, los dioses castigaron a Tántalo y resucitaron a Pelops.

Peneleo: hijo de Mecisteo. Participó en la expedición de los Argonautas y en la guerra de Troya.

Penélope: hija de Icario, esposa de Ulises y madre de Telémaco (*véase*). Se la considera modelo de esposa fiel; de hecho, la figura opuesta a Helena. Cuando se casó, su padre Icario hubiera deseado que ella y su marido se quedasen a vivir con él en Acarnania, pero Penélope se cubrió el rostro con un velo dando a entender: «Papá, quiero quedarme a solas con Ulises». Icario advirtió la insinuación y para consolarse erigió un templo al Pudor. Famosa por el tapiz que tejía durante el día para destejerlo por la noche, Penélope postergó mediante ese recurso la decisión de tener que casarse con alguno de sus pretendientes.

Pentesilea: hija de Ares, reina de las Amazonas. Por error dio muerte a su hermana Hipólita, y, a fin de purificarse, se dirigió a Troya para presentarse ante Príamo. Allí se encontró en plena guerra y consideró que era su deber alinearse con los troyanos. Se batió contra Aquiles, que le dio muerte y posteriormente la violó.

Periclimeno: hijo de Neleo y descendiente de Poseidón. Participó en la expedición de los Argonautas, durante la cual se enfrentó en mortal duelo con Heracles. Dado que Poseidón le había donado la facultad de convertirse en cualquier animal, logró evitar la ira del héroe hasta que, convertido en águila, fue alcanzado de pleno por una flecha envenenada.

Perifante: con este nombre había en Troya dos personajes. Uno de ellos, hijo de Epito, era el heraldo troyano; el otro, hijo de Oquesio, era amigo de Neoptólemo.

Perifetes: hijo de Copreo, guerrero aqueo.

Perséfone (Proserpina para los romanos): hija de Zeus y Deméter, fue raptada por

Hades, quien la llevó consigo a los Infiernos. Su madre, diosa de las mieses, la buscó durante nueve días y nueve noches y por fin descubrió la identidad del raptor. Entonces Zeus le ordenó a Hades que restituyera la muchacha, siempre que ésta no hubiese aún comido el alimento de los muertos. Perséfone juró no haber probado bocado y estaba a punto de volver a casa cuando un jardinero llamado Ascálafo la desmintió: «A decir verdad, yo he visto a la señora comer un grano de granada» (fruta que, a partir de ese momento, se convirtió en manjar de los muertos). El asunto de la granada bloqueó las negociaciones: Deméter se declaró en huelga y ordenó a árboles y mieses que no diesen más frutos. En poco tiempo las campiñas quedaron estériles y el género humano corrió peligro de desaparecer. Nueva intervención de Zeus y nuevo compromiso: Perséfone vivirá nueve meses con su madre y tres con el marido. Deméter aceptó el veredicto, pero durante el trimestre que su hija pasaba con Hades siguió manteniéndose inactiva (ésta es la causa del invierno). El soplón Ascálafo fue convertido en lechuga por obra de Deméter.

Perseo: hijo de Zeus y Dánae. El padre de Dánae, Acrisio, rey de Argos, a causa de una profecía que le vaticinaba la muerte a manos de Perseo, arrojó al mar a su hija y a su nieto metidos en una cesta. Guarecidos cerca de la isla Sérifos, su rey, Polidectes, habiéndose enamorado de Dánae trató de deshacerse del muchacho sometiéndolo a pruebas inhumanas. Perseo entonces robó a las Grayas el único ojo y el único diente que tenían en común para obligarlas a revelar dónde se ocultaba una capa que volvía invisible a quien se la ponía y unas sandalias aladas, prendas que le servirían para llegar hasta las Gorgonas y matar a la Medusa (véase). Con la cabeza de la Medusa, que petrificaba a quien mirase su rostro, exterminó a Polidectes y a sus secuaces. Regresó luego a Argos, pero su abuelo, siempre temeroso de la profecía, huyó a Larisa. Perseo lo convenció de que volviera, pero durante un torneo de lanzamiento del disco le dio muerte involuntariamente. Dolorido por el suceso, el héroe decidió no volver jamás a Argos y se refugió en Tirinto, donde llegó a reinar para posteriormente dar origen a la dinastía persa de los Aqueménidas.

Piritoo: hijo de Ixión y Día. Rey de los lapitas, participó en la caza del Jabalí Calidonio y en la expedición de los Argonautas. Cuando se casó con Hipodamia invitó a los Centauros, que, tras emborracharse, trataron de raptar a su esposa; entonces él, con la ayuda de los lapitas, de Néstor y Teseo, dio muerte a unos cuantos. Junto con Teseo raptó a Helena, pero perdió la apuesta cuando ambos echaron suertes para ver quién se la quedaba como amante. Intentó, siempre con Teseo, raptar también a Perséfone, pero fueron aprisionados por Hades, que los sentó sobre una roca de la que no era posible desprenderse. Aunque a duras penas, Heracles logró liberar a Teseo, pero con Piritoo no hubo nada que hacer.

Piropo: hijo de Imbraso, jefe de los tracios.

Pirra: uno de los nombres que adoptó Aquiles cuando se ocultó bajo prendas femeninas en el palacio del rey Licomedes. No confundir con Pirra, esposa de Deucalión (*véase*).

Pisandro: en Troya había dos Pisandros. Uno era troyano, hijo de Antímaco, y el otro aqueo, hijo de Mémalo, jefe de los mirmidones.

Pitia o **Pitonisa:** sibila del oráculo de Delfos. Decía sus respuestas sentada sobre un trípode en el sitio en que Apolo había matado a la serpiente Pitón. Hablaba una sola vez al año, tras haber ayunado tres días. En general, todo lo que decía parecía no tener sentido alguno.

Pitón: serpiente adivina, bien querida por Hera. Cierta día ésta, celosa porque Latona estaba encinta de Zeus, le ordenó a Pitón que la siguiese por doquiera para impedirle parir; pero Latona se hizo llevar por el viento Noto hasta una isla a la deriva llamada Delos, donde alumbró a Apolo y Artemisa. Se dice que después de ese nacimiento Delos dejó de ir a la deriva y se detuvo en el centro del Egeo apoyada sobre cuatro columnas de oro. También se dice que ya nunca se permitió ningún nacimiento en esa isla: las mujeres de Delos que estaban a punto de dar a luz eran trasladadas a otras islas cercanas. Recién nacido, cuando solamente contaba cuatro días, Apolo le pidió a Hefestos arco y flechas y dio muerte a la Pitón en la caverna de Delfos. En ese preciso lugar se instauró a continuación al más prestigioso de sus oráculos. Para honrar a Pitón se instituyeron los juegos Pitios.

Plexipo: hijo de Testio, hermano de Altea. Su sobrino Meleagro le dio muerte por haber osado arrancar de las manos de Atalante la piel del Jabalí Calidonio.

Pléyades: nombre de siete ninfas, hijas de Atlas y Pleione. Nacieron en la Arcadia, pero, perseguidas por Orión, ayudadas por Zeus se refugiaron junto con su madre en la bóveda celeste, dando nombre al homónimo grupo de estrellas. La más famosa fue Maya, madre de Hermes (*véase*). Las otras seis se llamaban: Alcione, Estérope, Celeno, Electra, Merope y Taigeto.

Plístenes: supuesto hijo de Menelao y Helena.

Podaliro: hijo de Asclepio y hermano de Macaón. Habilísimo médico, como su padre y su hermano, era más experto en medicina interna que en cirugía, especialidad ésta de Macaón.

Podarces: hijo de Ificlo y hermano de Protesilao, célebre por ser el más veloz entre los mortales (después de Aquiles) y por haber dado muerte a la amazona Clonia.

Podeo: hijo de Eetión, guerrero troyano.

Polidégmon: otro pseudónimo de Hades (*véase*).

Polidoro: hijo de Príamo y de Laotoe (o de Hécuba). Según Homero, Aquiles le dio muerte. Según otros, fue llevado a salvo antes de la matanza, junto con una

notable cantidad de oro, y acogido por Poliméstor, rey del Quersoneso. Tras la caída de Troya, Poliméstor le dio muerte y se apoderó del oro.

Polifemo: hijo de Poseidón y de Hipes (no confundirlo con el célebre Cíclope). Participó en la aventura de los Argonautas.

Polixene: hija de Príamo y Hécuba. Presenció aterrada el asesinato de su hermano Troilo a manos de Aquiles y juró venganza. Fingió haberse enamorado del héroe y se ofreció como recompensa por la restitución del cadáver de Héctor. Mientras yacía con Aquiles le sonsacó qué parte de su cuerpo era vulnerable; después lo atrajo al templo de Apolo Timbreo e hizo que Paris lo hiriera de un flechazo en el talón. Pagó con la vida su venganza porque Neoptólemo le dio muerte sobre la tumba de su padre.

Pólux: (véase Cástor y Pólux).

Porce: uno de los dos monstruos marinos que envió Poseidón para destrozarse a Laocoonte. El otro era Caribia.

Poseidón (Neptuno para los romanos): hijo de Cronos y Rea, hermano de Zeus y de Hades, dios del mar. Apenas nació fue devorado por su padre, pero posteriormente fue vomitado cuando Zeus dio a beber un emético a Cronos. Vivía en un gigantesco palacio de oro en el fondo del mar, del que salía en una carroza tirada por caballos cuyas pezuñas eran de bronce. El símbolo de su poder era el tridente que le habían regalado las Telquinas (véase).

Príamo: hijo de Laomedonte y rey de Troya. Tuvo cincuenta hijos, diecinueve de ellos con Hécuba. Los más célebres fueron: Héctor, Paris, Troilo, Deífobo, Casandra y Polixene.

Prometeo: defensor de los humanos, hijo del titán Japeto. Cierta día, teniendo que sacrificar un buey y dar la mitad a su primo Zeus y el resto al pueblo de Sición, se encargó de reunir los huesos en la mitad de Zeus y la carne en la de la población. El asunto no le gustó nada al Padre de los Dioses, quien, para vengarse, quitó el fuego a los hombres. «Ya que queríais la carne», dijo el Crónida, «coméosla cruda». Mas Prometeo no se dio por vencido: ascendió al Olimpo, robó una chispa del carro del Sol y trajo nuevamente el fuego a la Tierra. Por esta segunda afrenta Zeus lo encadenó a una montaña, en el Cáucaso, condenado a que un águila le devorase eternamente el hígado.

Proteo: hijo de Poseidón, custodio de los monstruos marinos. Vivía en el fondo del mar, cerca de la isla de Faro, junto a la desembocadura del Nilo. Su especialidad era convertirse en cualquier cosa: animal o elemento, lluvia o fuego; de ahí el término «proteiforme». Las transformaciones se producían cuando alguien intentaba hacerle predecir el futuro. En cierta ocasión, para librarse de Menelao, se transformó sucesivamente en león, dragón, pantera, jabalí, árbol y agua. Ya viejo, se convirtió en rey de Egipto.

Protesilao: hijo de Ificles. El nombre Protesilao, «aquel que salta primero», se le adjudicó después de ser muerto por Héctor cuando, el primero entre los griegos, desembarcó ante Troya.

Quimera: pertenecía a una especie de «familia Adams» de la antigüedad. Padre y madre eran, respectivamente, el monstruoso Tifón y Equidna, también llamada la Víbora. Sus hermanitos eran: Cerbero, perro de tres cabezas que custodiaba las puertas del Infierno; la Hidra de Lema, serpiente acuática de innumerables cabezas, y Ortro, también perro, pero de sólo dos cabezas, que tuvo una relación incestuosa con su madre Equidna, dando origen al León de Nemea y a la célebre Esfinge (leona alada con cabeza de mujer).

Quirón: hijo de Cronos. A diferencia de los demás Centauros, era de carácter pacífico y uno de los pocos personajes cultos de la mitología. Experto en medicina, música, astronomía y manejo de las armas, fue maestro de numerosos héroes, entre ellos Peleo, Aquiles, Néstor, Diómedes, Asclepio, Meleagro, Patroclo, Cástor y Pólux.

Rea: una de las Titanesas, hijas de Urano y Gea, y, por tanto hermana y también esposa de Cronos, con quien generó, entre otros, a Zeus, Hera, Deméter, Hestia, Poseidón y Hades. Cuando se dio cuenta de que Cronos devoraba a sus hijos para impedir que alguno pudiese destronarlo, sustituyó al último, Zeus, por una piedra y se la dio a comer a su marido; luego crió secretamente a Zeus en la isla de Creta.

Reco: centauro muerto por Atalante cuando intentaba violarla.

Reso: cabecilla de los tracios y aliado de los troyanos. Era famoso por sus caballos blancos. Según una profecía, Troya no caería en manos enemigas mientras aquellos caballos no se abrevasen en las aguas del Escamandro. Ulises y Diómedes le dieron muerte mientras dormía.

Sarpedón: hijo de Zeus y Laodamia. Luchó en la guerra de Troya y pereció a manos de Patroclo (*véase*).

Selene: diosa de la Luna, hija de Hiperión y Tea, hermana de Helios y de Eos. Se la representaba como bellísima doncella montada en un carruaje tirado por dos caballos blancos. A veces se la identifica con Artemisa.

Sinón: hijo de Esimo, primo de Ulises. Cuando los aqueos simulaban marcharse de Troya, Sinón fingió haber sido abandonado en la playa a fin de que lo capturasen los troyanos. Conducido ante Príamo, dijo haberse librado por los pelos de la muerte como testigo de los engaños de Ulises respecto a Palamedes. Añadió que el caballo de madera era una ofrenda que habían dejado los aqueos en honor a Atenea. De él también se cuenta que fue quien encendió un fuego sobre las

murallas de Troya para avisar a sus compañeros que todo había resultado según lo previsto.

Sísifo: hijo de Éolo, fundador de Corinto. Pasa por haber sido el hombre más astuto de su época. Cuando Zeus raptó a Egina, él informó del asunto al padre de la chica, el río Asopo, y pidió a cambio una nueva fuente para Corinto. Castigado por Zeus, a quien le irritó el chivatazo, fue a parar a los Infiernos; allí le sonsacó a Hades cómo funcionaban los cepos a que lo habían condenado, y, con la excusa de no haber entendido bien el mecanismo, terminó por aprisionar al mismísimo Hades. Tras este percance, en la Tierra ya nadie se moría, con gran irritación de Ares, que lo hizo todo por liberar al Rey de las Tinieblas. Pero Sísifo tuvo otra ocurrencia: arguyó que su esposa lo había dejado sin sepulcro y solicitó tres días de permiso para acondicionar su propia tumba. Obviamente, no regresó. Cuando murió realmente (de muerte natural) fue condenado a transportar eternamente hasta lo alto de un collado una roca que luego volvía a rodar hacia el llano, sin descansar jamás a fin de que no tuviera tiempo para pensar.

Soco: hijo de Hipaso, guerrero troyano.

Talía: una de las nueve Musas, protectora de la comedia. También se llama así una de las tres Cárites o Gracias, apodada «La Abundancia».

Talos: también llamado «sirviente de bronce». Era un robot, invento de Hefestos, que éste le había regalado a Minos para defender a Creta de los ataques piratas. Todas las noches Talos recorría a la carrera el perímetro de la isla tres veces, arrojando enormes piedras contra cualquier navío que se acercase a la costa. Tenía una sola vena, que le iba de la boca al talón. Le dio muerte Medea, quien, tras haberlo hipnotizado, logró quitarle el tapón que tenía en el talón y así desangrarlo.

Taltibio: el más célebre de los heraldos. Trabajaba al servicio de Agamenón y era tan célebre que, cuando regresó a Esparta, sus conciudadanos le dedicaron un templo. Su nombre se convirtió en sinónimo de «heraldo».

Tanais: hijo de Lisipe, reina de las Amazonas. Prefirió arrojarse a las aguas del río homónimo y ahogarse antes que someterse a los incestuosos requerimientos amorosos de su madre.

Tántalo: rey con la manía de la vida mundana. A menudo lo invitaban a los banquetes del Olimpo. En cierta ocasión, para corresponder, quiso invitar a los dioses a su casa, pero a último momento se dio cuenta de que le faltaba un segundo plato, por lo cual decidió despedazar y hervir a su propio hijo Pelops. Sin embargo, los dioses se dieron cuenta de la fechoría y se apartaron disgustados de la mesa, con excepción de Deméter, que, distraída, siguió royendo un hombro del muchacho. El castigo fue ejemplar: a Tántalo lo condenaron a sentir eternamente hambre y sed. Los frutos del árbol al que estaba atado se acercaban a su boca para alejarse apenas trataba de hincarles el diente; asimismo, el agua del estanque en

que estaba sumergido bajaba de nivel cada vez que intentaba beber un sorbo. Señalemos que a su hijo lo compusieron y resucitaron. Hefestos le reconstruyó el hombro con un trocito de marfil. Pelops más tarde fue rey y dio nombre al Peloponeso.

Taumas: hijo de Ponto y Gea, padre de las Harpías.

Telamón: hijo de Eaco, hermano de Peleo. Tras haber dado muerte por error a su hermanastro Foco, fue exiliado junto con Peleo en la isla de Salamina. Participó en la caza del Jabalí Calidonio y en la empresa de los Argonautas. Tuvo tres esposas: Glauces, Peribea (madre de Áyax Telamón) y Hesíone (madre de Teucro).

Telémaco: hijo de Ulises y Penélope, nacido pocos meses antes de que su padre partiese hacia Troya. Cuando era un recién nacido, Palamedes lo depositó sobre la arena delante del arado de su padre para desenmascarar la locura simulada de éste. Más tarde, Telémaco, viendo que tras diez años de acabada la guerra su padre aún no había regresado, empezó a buscarlo por toda la Hélade y fue a parar a Esparta: allí Helena, para calmar sus angustias, le suministró el *helenón*, un tranquilizante (o acaso directamente una droga).

Telón: tabernero licio (personaje creado por el autor).

Telquinas (o Telquines): hijas (o hijos) del mar. Su aspecto no era gran cosa: tenían cara de perro y aletas en vez de manos. A Poseidón le regalaron el tridente, y a Cronos la guadaña para que castrase a su padre. Se dice que inventaron la niebla, razón por la cual Zeus quiso eliminarlas. Para evitar el castigo, vivieron huyendo sin pausa de un sitio a otro.

Temis: diosa de la justicia. Hija de Urano y Gea, era hermana y amante de Zeus, con quien procreó muchas hijas, entre ellas las Horas y las Estaciones (*véase*); de su marido Capis tuvo a Anquises. Consejera de Zeus en numerosas ocasiones, se la representaba con una balanza en la mano.

Tersites: hijo de Agrio, guerrero aqueo tullido, primo de Diómedes. Su principal característica era decir siempre todo lo que pensaba de sus semejantes. Acusó de necrofilia a Aquiles, que lo mató de un puñetazo en el mentón.

Tesalo: tercer hijo de Jasón y Medea. Al igual que sus hermanitos Mermero y Fares, estaba a punto de ser asesinado por su madre, pero logró huir. Ya adulto, fundó el reino de Tesalia.

Teseo: hijo de Egeo y Etra, uno de los más célebres héroes griegos. Entre sus innumerables empresas mencionaremos el primer rapto de Helena (*véase*), la muerte del Minotauro (*véase*), la muerte del salteador de caminos Perifetes (el que mataba a los viandantes con una clava de bronce) y el descenso a los Infiernos en compañía de Piritoo (*véase*). Gobernó Atenas y fue el primero que intentó crear una alianza entre todos los pueblos griegos. Combatió contra las

Amazonas codo a codo con Heracles y participó, como todos los principales héroes, en la empresa de los Argonautas y en la caza del Jabalí Calidonio. De regreso a Atenas, se encontró con que Menesteo le había usurpado el trono. Se refugió entonces en Esciro, huésped de Licomedes, pero éste lo arrojó desde lo alto de un peñasco.

Téstor: sacerdote de Apolo, padre de Calcas, de Teonoe y de Leucipa. Presenció el rapto de Teonoe por parte de unos piratas e intentó dar caza a los raptos, pero, capturado él también, fue vendido a Ícaro, rey de los carios. Posteriormente recobró la libertad, junto con Teonoe, gracias a su hija menor, que se introdujo en el palacio de Ícaro disfrazada de sacerdote.

Tetis: hija de Urano y Gea, esposa de Océano, con quien tuvo innumerables hijos, entre ellos los océanos, mares y ríos.

Tetis: hija de Nereo y Dóride. Dado que un oráculo había vaticinado que su primogénito sería invencible, Zeus no le permitió aparearse con ningún dios. Violada por Peleo, tuvo un hijo, Aquiles, al que predijo una muerte gloriosa en la guerra. Tetis hizo todo lo posible por salvarle la vida: trató de volverlo invulnerable sumergiéndolo en el Estigio, lo ocultó disfrazado de muchacha en el palacio de Licomedes (véase), estuvo siempre a su lado en los combates, pero por último tuvo que rendirse ante el Hado.

Teucro: hijo de Telamón y Hesione. De pequeña estatura, solía ocultarse tras el escudo de su hermanastro Áyax Telamón, para luego aparecer repentinamente y herir al enemigo. Cuando regresó a Salamina, su padre lo envió al exilio por no haber cuidado mejor de Áyax (véase).

Tideo: hijo de Oineo y Peribea. Con su esposa Deipila engendró a Diómedes. Participó en la expedición de los «siete contra Tebas» y en la de los Argonautas.

Tiestes: hijo de Pélope y hermano de Atreo.

Tifis: timonel de la nave Argos durante el viaje de los Argonautas. Murió por enfermedad antes de llegar a la Cólquida. Lo reemplazó Anceo el Menor.

Timetes: cuñado de Príamo, esposo de Cila. Príamo, malinterpretando una profecía de Casandra y Esaco, dio muerte, junto con otras mujeres troyanas embarazadas, a su propia hermana Cila que estaba a punto de dar a luz a Munipo, hijo de Timetes. Éste se vengó diez años más tarde convenciendo a los troyanos de que introdujeran el caballo de madera en la ciudad.

Tíndaro: hijo de Perieres y Gorgófona. Se casó con Leda (véase), de la que tuvo cuatrillizos: Helena, Clitemnestra, Cástor y Pólux. En realidad, no todos estos hijos tan prestigiosos eran suyos, ya que Leda se había unido a Zeus ese mismo día. Cuando Tíndaro decidió conceder la mano de la requeridísima Helena a un príncipe aqueo, a sugerencia de Ulises pretendió que todos los candidatos suscribieran un pacto de alianza en caso de que un extranjero ofendiese el honor

de la esposa. A cambio de dicho consejo, convenció a su hermano Icaro para que le cediera a Ulises la mano de Penélope.

Tiresias: fue cegado por Atenea por haberla espiado mientras se bañaba en un estanque. En opinión de algunos, sufrió el castigo de la ceguera por no haber dado la razón a Hera en una de sus tantas disputas matrimoniales con Zeus. A fin de atenuar la pena se le concedió el don de la clarividencia.

Tisífone: diosa de la Venganza. Es una de las tres Erinnias, junto con Megera (el Odio) y Alecto (la Cólera).

Titón: hijo de Laomedonte, uno de los varones más hermosos de la mitología. De él se enamoró Eos, diosa de la aurora, que, presa de la pasión, le solicitó a Zeus que lo volviera inmortal. Lamentablemente la diosa olvidó solicitar también la eterna juventud, razón por la cual Titón se volvió cada vez más viejo y decrepito hasta verse abandonado por todos, incluso por Eos.

Toas: hijo de Dionisos y de Ariadna, rey de Lemnos, esposo de Mirina y padre de Hipsipila, hija que lo salvó poniéndolo sobre una barca cuando las mujeres de Lemnos decidieron dar muerte a todos los varones de la isla.

Toas: hijo de Andrémona y Gorges, rey de los etolios. Llegó a Troya al mando de cuarenta naves. Fue uno de los que se ocultaron en el interior del caballo de madera.

Tonis: sacerdote egipcio al servicio de Proteo.

Troilo: el más joven de los hijos de Príamo y Hécuba. Le dio muerte Aquiles en el templo de Apolo Timbreo, ante la mirada de su hermana Polixene (*véase*).

Ucalegonte: uno de los ancianos de Troya.

Ulises (Odiseo para los griegos): hijo de Laertes y rey de Ítaca. Famoso por su astucia. No pudiendo aspirar a la mano de Helena, logró que Tíndaro le prometiera la de Penélope, con la que tuvo un hijo, Telémaco. Para evitar acudir a la guerra de Troya fingió estar loco poniéndose a sembrar sal en la playa, pero fue desenmascarado por Palamedes, que más tarde pagaría con la vida esa intromisión. La guerra de Troya está caracterizada por las astucias de Ulises, la última de ellas el proyecto del caballo de madera que permitió a los aqueos entrar en el recinto de la ciudad. Tras la conquista de Troya, el hijo de Laertes tuvo que pasar toda clase de aventuras durante diez años antes de regresar a Ítaca. Allí se encontró con que los pretendientes asediaban a su esposa Penélope con la finalidad de apoderarse del reino. Recurriendo una vez más a la astucia, eliminó a sus rivales y volvió a asumir el trono de la isla.

Urano: representaba el cielo. Hijo y, al mismo tiempo, esposo de Gea, tuvo muchos hijos: los Titanes (Ceo, Crio, Cronos, Japeto, Hiperión y Océano), las Titanesas (Febe, Mnemosina, Rea, Tea, Temis y Tetis), los Cíclopes (Arges, Bronte y Estéropo) y los Centímanos (Briareo, Cocto y Giges). Temiendo que alguno de

sus hijos pudiese algún día arrebatarse el poder, los confinó a todos en el profundo Tártaro. Su mujer, sin embargo, los convenció para que se rebelaran y Cronos, el más joven de ellos, lo castró con una guadaña.

Yálmeneo: hijo de Ares y Astíoques. Participó en la expedición de los Argonautas y en la guerra de Troya.

Yolao: primer nombre de Protesilao (*véase*).

Zeus (Júpiter o Jove para los romanos): hijo de Cronos y Rea. Único entre los hijos de Rea que no fue devorado por su padre. Creció ocultamente en la isla de Creta, criado por la cabra Amaltea. Ya adulto, obligó a su padre a que vomitara a sus hermanos devorados, y con dos de ellos se repartió el Universo. A Zeus le tocó el Cielo, a Hades el reino de los Infiernos y a Poseidón el del Mar. Considerado como el más importante de los dioses, engañó incontables veces a su esposa (y hermana) Hera, diseminando hijos por todas partes. Presidía los fenómenos atmosféricos. Su arma predilecta era el rayo y solía apodársele «tonante».



LUCIANO DE CRESCENZO. Nacido en Nápoles, en 1928, abandonó la ingeniería por la literatura en 1977. Hombre polifacético, también ha ejercido como guionista, actor, realizador cinematográfico, colaborador periodístico y presentador de televisión.

Sus dos volúmenes de *Historia de la filosofía griega* constituyen una magnífica aproximación a la filosofía y su mayor éxito literario. Son una gran obra divulgativa escrita con un estilo desenfadado y tono irónico.

Autor de éxito internacional, entre 1977 y 2000 vendió 18 millones de libros (siete millones de ellos en Italia). Sus libros han sido traducidos a 19 lenguas en 25 países.

Notas

[*] En italiano, *troia* equivale a puta. (N. del t.) <<

[1] En las naves griegas arcaicas a los remeros se les denominaba *thranitai*, *zughitai* o *thalamitai* según donde les correspondiera remar (sobre cubierta, un piso bajo cubierta o dos pisos bajo cubierta). El zugón era el banco al que iban encadenados.

<<

[2] En aquella época no existía el ancla de hierro: éste era un metal más raro aún que el oro. Las anclas del período homérico (las *eunai*) consistían en piedras perforadas y atadas a un cabo (Homero, *Ilíada*, I, 436) y sólo conseguían aminorar la deriva. De hecho, cuando una nave llegaba a destino se la instalaba en seco sacándola del agua a fuerza de brazos. <<

[3] De ahí la expresión «risa sardónica» (*Suidas*, ed. Westermann, bajo la voz *Risus sardonicus*). <<

[4] El pueblo griego era muy aficionado a los sacrificios porque terminaban con grandes distribuciones de carne que favorecían a los más pobres, que, en la ocasión, eran calificados de «parásitos» («aquellos que comen con»). Sin embargo, no todos se comían el animal después del sacrificio: en algunas regiones la exclusividad del dios se sentía con tal intensidad que los animales sacrificados eran enterrados o arrojados al mar. Más aún: se cuenta que en tiempos antiquísimos todos los hombres eran vegetarianos y que cierto día un sacerdote, habiendo recogido del suelo un trozo de grasa recién asado que se había caído del altar, tras chuparse los dedos inauguró la dieta carnívora (Sissa e Deitenne, *La vita quotidiana degli Dei greci*, Laterza, pp. 62 y 158). <<

[5] Áulide, ciudad marítima de la Beocia. <<

[6] Táuride, la actual Crimea. <<

[7] Por supersticioso conjuero, los griegos evitaban pronunciar el nombre de Hades, rey de Ultratumba, y se valían de sinónimos como Hagesilao, Plutón, Dite o Polidégmon.

<<

[8] Las festividades dionisiacas eran ritos que tenían tanto de procesiones religiosas como de orgías: el pueblo aprovechaba la ocasión para disfrazarse, embriagarse y comportarse con desenfreno. <<

[9] El bosque de Onquesto, en la Beocia, dedicado a Poseidón, fue tal vez el primer sitio en que se celebraron regularmente carreras de carros. Homero lo menciona en la lista de las naves (*Ilíada*, II, 506). <<

[1] Alusión a la muerte de Foco por obra de los hermanos Peleo y Telamón. Los dos héroes se justificaron alegando que se había tratado de un desgraciado accidente (un disco que se escapó de la mano durante una competición deportiva). Con la ayuda de otro accidente (otra vez un lanzamiento fuera de medida) Peleo despachó también a su suegro Actor. <<

[1] Troya controlaba todo el tráfico que provenía de Oriente. Por el estrecho de los Dardanelos pasaban metales preciosos como el oro, la plata y el cobre, además de géneros raros como el cinabrio, los jades, el lino y los cáñamos; por no mencionar el trigo, que en los mercados del mar Negro tenía un precio muy inferior al de Grecia. Por otra parte, no debe olvidarse que en aquella época, dada la inexistencia de carreteras, todo el comercio se llevaba a cabo por mar. <<

[2] Actualmente, promontorio de Jeni Schehr. <<

[3] La edad aproximada de las diez ciudades de Troya que se han descubierto en la colina de Hissarlik debería ser la siguiente: Troya I, 3000 años a.C.; Troya II, 2500 años a.C.; Troya III, 2300 años a.C.; Troya IV, 2150 años a.C.; Troya V, 2000 años a.C.; Troya VI, 1800 años a.C.; Troya VII^a, 1200 años a.C.; Troya VII^b 1000 años a.C.; Troya VIII, 800 años a.C., y Troya IX, 400 años a.C. La Troya de Homero estaba entre los niveles VII^a y VII^b, contrariamente a lo que sostenía Schliemann, que creía que el nivel incendiado por los aqueos correspondía al III. <<

[4] Por razones sentimentales, hemos preferido la dicción latina «Hécuba» en vez de la más propiamente griega «Hécabe». <<

[5] Orestes, tras haber dado muerte a su madre, fue largamente atormentado por las Erinnias, aunque, de hecho, el tribunal de los dioses lo había absuelto. Apolo, su defensor, sostuvo la tesis, a decir verdad un tanto machista, de que el matricidio no era al fin y al cabo un delito tan terrible, dado que la mujer no era otra cosa (siempre en opinión de Apolo) que la vaina en cuyo interior el varón arrojaba su simiente (Esquilo, *Las Euménides*, 657). <<

[6] Ovidio, *Las Metamorfosis*, XI, 755-795. <<

[7] Alejandro significa «aquel que defiende a los hombres». <<

[8] El caduceo era el emblema que distinguía a los mensajeros. Tenía la forma de un pequeño cetro con dos pequeñas serpientes enroscadas. A Hermes se lo regaló Apolo a cambio de una flauta. <<

[9] Parnaso, monte de la Fócida, de unos 2500 metros de altura. Los griegos lo consideraron como sede de la poesía. El Parnaso tenía dos cumbres: una alojaba a Apolo y las Musas; la otra, a Dionisos y las Ménades. <<

[10] *Ghymnos* en griego significa «desnudo». <<

[11] El hecho de que un rey pudiese ser pobre no ha de asombrarnos en absoluto: ante todo, porque para ser rey bastaba con asumir el mando de una población cualquiera, incluso minúscula, o de una pequeña isla pedregosa, y, además, porque la pobreza era la condición normal de todos los seres humanos en el siglo XII a.C. En la mitología se encuentran, de vez en cuando, reyes que son pastores de ovejas (por ejemplo, Anquises) o simples campesinos. Herodoto nos lo confirma cuando narra que «en los tiempos antiguos también los reyes padecían escasez, no tan sólo el pueblo» (*Historias*, VIII, 137). <<

[12] Según Homero (*Odisea*, IV, 12-14) y también según Pausanias (II, 18, 6), Helena sólo había tenido una hija, Hermione. Según Graves (159 *d*), habría también otros tres hijos varones. <<

[1] Para no ir a Troya, donde con toda certeza encontraría la muerte, Aquiles se escondió con la ayuda de su madre en el palacio del rey Licomedes. Se dice que el héroe vivía entre las hijas del rey, con prendas femeninas, y que se hacía llamar Pirra, Esa o Cersisera. También cuentan que en cierta ocasión Ulises, Néstor y Áyax visitaron el palacio y, para desenmascarar a Aquiles, depositaron ante la vista de las princesitas un montón de joyas y preciosos ropajes, rogándoles que escogiesen cada una a su gusto. Sin embargo, bajo esos regalos Ulises había escondido unas armas de guerra. Al verlos, Aquiles se desnudó el pecho y vociferando blandió lanza y escudo.

<<

[2] La isla de Ténedo se hallaba a pocas millas de la Tróade. Antes de la guerra, los troyanos la utilizaban como avanzadilla para defenderse de los invasores occidentales. Posteriormente se convirtió en base naval de los aqueos. <<

[3] En aquella época eran cinco los metales conocidos: oro, plata, cobre, plomo y estaño. En calidad de aleación estaba muy difundido también el bronce (90% de cobre y 10% de estaño). El hierro, en cambio, era escasísimo. Al no conocerse la extracción del hierro, la reducida cantidad que circulaba debía ser de origen meteórico. Por lo demás, los griegos pensaban que la bóveda celeste estaba hecha de hierro. No por casualidad el hierro recibía el nombre de *sideros*, que explicaría tanto la etimología de «siderurgia» como de «sideral», aunque los mejores etimólogos no están de acuerdo con esta correlación. <<

[4] *Ilíada*, XXIII, 1054-1061 (trad. italiana de V. Monti) y 831-835 (trad. italiana de Calzecchi Onesti). <<

[5] *Ilíada*, II, 941-942 (trad. italiana de V. Monti) y 700-703 (trad. italiana de Calzecchi Onesti). <<

[6] Pausanias, I, 34, 2. <<

[7] *Thorax*: coraza que consistía en una casaca de lino o cuero, cubierta de placas de metal (entre 250 y 500). Generalmente era prenda que gastaban los guerreros ricos.

<<

[8] *Cesta*: deporte competitivo que correspondía al actual boxeo. La «cesta» propiamente dicha era el guante: el atleta se vendaba las manos con tiras de cuero reforzado con tachuelas o bullones de plomo. Al parecer, el inventor del pugilato fue Teseo. Los campeones de aquella época fueron Pólux, Amico (el rey de los bébricos) y, obviamente, Heracles. <<

[9] *Gynaikonitis*: especie de gineceo, es decir, ámbito reservado a las mujeres y destinado a la labor de hilar la lana. <<

[10] El Gerenio era Néstor, rey de Pilos. Se le aplicaba este apelativo porque cuando Heracles lo expulsó de Pilos halló refugio en Gerenia, situada en la Mesenia. <<

[11] En el libro II de la *Ilíada*, Homero enumera la lista completa de las naves que llegaron a Troya: eran 1172, y los jefes que las mandaban eran 47. En la hipótesis de un promedio de 50 guerreros por nave (remeros aparte), los aqueos no debían ser menos de 60.000. Eso, sin contar que cada nave podía haber hecho más de un viaje para transportar tropas. <<

[12] *Thranoi*: pequeño taburete de madera, de no más de treinta centímetros de altura.

<<

[13] De la isla de Thera (Santorini), alrededor del siglo XVI a.C., a consecuencia de una gigantesca erupción se desplazó una ola descomunal que sumergió todas las costas del mar Egeo. <<

[14] *Chalvàs*: postre que aún hoy se puede encontrar en Grecia, hecho con almendras, sésamo y miel. <<

[15] Actualmente diríamos: «hacia el loquillo para no ir al frente». <<

[16] En griego, *Odyssomai* significa «enfadarse». <<

[17] Filóstrato, *Heroicas*, 10 (Graves, 162, n. 23). <<

[18] La metáfora sobre el rostro de Selene significa «No antes de dos meses». <<

[1] *Xiphos*: espada estrecha o puñal. <<

[2] *Phasganon*: espada corta. <<

[3] Para los aficionados a la precisión, he aquí la lista de los ancianos que acompañaron a Príamo en lo alto de la torre: Pantoo, Ictión, Antenor, Timeo, Lampo, Clitio y Ucalegonte. <<

[1] Sin olvidar que muchísimos sitios de Grecia reivindican el honor de haber visto nacer a Ulises, con la denominación «reino de las siete islas» se alude al grupo de islas de la costa occidental griega (Ítaca, Zante, Same y Duliquio) que menciona Ulises en la *Odisea* (IX, 21-24), además de Tafos, evocada por Telémaco (*Odisea*, I, 419) y otras dos pequeñas islas que podrían ser Atokos y Arkoudi. <<

[2] En el sacrificio era costumbre dividir el animal en dos partes iguales, una para quemarla en homenaje a los dioses, y la otra para distribuirla como alimento entre la población. Prometeo, en cambio, tuvo la ocurrencia de poner toda la carne en la parte destinada al pueblo y todos los huesos en la de Zeus. <<

[3] El término napolitano *vaiassa* proviene de *vascio* y significa «mujer que vive en los bajos fondos». <<

[4] Las *pornai*, que no han de confundirse con las *heteras* o *hetairas*, eran las prostitutas callejeras, las de ínfima categoría. <<

[5] El Crónida, para quien no lo recuerde, era Zeus, hijo de Cronos. <<

[6] Las sirvientas de Hefestos eran las muchachas mecánicas de oro, que él mismo había fabricado. Lo ayudaban en el trabajo del taller. <<

[7] Primeros versos de la *Ilíada* en la versión de Vincenzo Monti. <<

[8] Los sacerdotes de Apolo llevaban una venda blanca alrededor de la frente. <<

[9] Calcas, hijo de Téstor, había nacido en Troya; por lo tanto, para Agamenón era un traidor. <<

[10] *Ilíada*, IV, 151-157 (trad. italiana de V. Monti). <<

[1] *Ilíada*, V, 87-88 (trad. italiana de Calzecchi Onesti). <<

[2] El «pañó» que aquí se menciona era un peplo confeccionado por las Gracias y dotado de milagrosos poderes. <<

[3] *Ilíada*, V, 859-861 (trad. italiana de Calzecchi Onesti). <<

[4] Aquí aludimos a un episodio que ocurrió en Nápoles durante los tumultos revolucionarios de 1899: cuenta Benedetto Croce que, habiendo realizado san Genaro el milagro de licuar su sangre en presencia del general francés MacDonald, los napolitanos exhibieron en *rua Catalana* un cuadro en que se veía a san Antonio dando de latigazos a san Genaro. <<

[5] En aquella época la estatura media de los hombres era muy baja: un individuo de un metro y setenta estaba considerado como un gigante. Hace unos años fue hallado, prácticamente intacto, el esqueleto de Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno (siglo IV a.C.) y se comprobó que no era más alto que Mickey Rooney. <<

[*] Antiguamente, medida equivalente a la octava parte de una milla. (N. de t.) <<

[6] Pueblo del Asia Menor, aliado de los troyanos, cuyo jefe era el augur Enomo. <<

[7] Se trata de la misma muchacha que posteriormente fue esclava de Aquiles. <<

[8] El Paladión era una estatua de madera que representaba a Palas Atenea. Se decía que había caído del cielo durante la construcción de Troya y que por su propia cuenta se situó en el templo. Tenía un mecanismo interno mediante el cual la diosa lograba agitar su lanza. <<

[1] Para la crónica, señalamos que los nueve fueron: Agamenón, Diómedes, Merión, Euripilo, Idomeneo, Toante, Ulises y los dos Áyax, el Pequeño y el Mayor. <<

[2] *Ilíada*, VII, 241. <<

[3] Para los nombres de cada uno véase, en el pequeño diccionario al final del volumen, la voz «Argonautas». <<

[4] La Cólquide corresponde, más o menos, a la actual república de Georgia. <<

[5] La relación entre el vellón y el oro podría deberse al hecho de que los nativos de la Cólquide solían recoger el oro aluvial del río Fasis (actualmente Rion) extendiendo pieles de animales sobre el lecho del río. Tal vez fueran éstos los «vellones» que buscaban los Argonautas. <<

[6] Según algunos, el Vellocoino de Oro no se encontraba en el mar Negro, sino en Italia, en el Adriático, en la desembocadura del río Po. <<

[7] Cuenta Pausanias que en las proximidades del ágora de Corinto hay una fuente llamada Glaucos, y que en ella la pobrecilla se arrojó en el inútil intento de apagar el vestido autoinflamable que le había obsequiado Medea (Pausanias, *Guía de Grecia*, II, 3, 6). <<

[8] Cuántos hijos tuvieron Jasón y Medea es cosa que nunca se ha aclarado: unos hablan de catorce niños (siete varones y siete niñas) y otros solamente de dos, Mermero y Faretes. En algunos textos se lee que los mataron los corintios, deseosos de vengar la muerte de su rey, Creonte, muerto por Medea; en otros, en cambio, los varones fueron asesinados por la propia Medea para fastidiar a Jasón (salvo uno, llamado Tésalo, que logró escapar y más tarde fundó la Tesalia). <<

[9] En otras palabras: a remar. <<

[10] A veces me pregunto por qué, de todas las frutas que en el mundo existen, las leyendas siempre mencionan las manzanas. Adán y Eva, la bruja de Blancanieves, el juicio de Paris, el jardín de las Hespérides: todos estos mitos hacen referencia a las manzanas. ¿Cómo explicar la ausencia de melocotones, peras, cerezas? <<

[11] Guado: planta de cuyas hojas se extrae un colorante azulado de olor nauseabundo.

<<

[12] Mirina, capital de Lemnos. <<

[13] Una vara sostenida en alto por encima de la cabeza era en aquella época el equivalente a la actual bandera blanca. <<

[14] Todavía hoy, abandonarse en brazos de Morfeo significa irse a dormir. <<

[15] Manera épica de referirse al crepúsculo. <<

[16] Hasta que la línea de flotación de la nave no llega a determinado nivel. <<

[17] Al parecer, cuando Aquiles partió hacia Troya tenía solamente quince años. <<

[18] «Padre» es simplemente la forma afectuosa con que Aquiles se dirige a su tutor.

<<

[19] Es evidente la alusión al asesinato de Troilo. <<

[1] El cóctel homérico no es una licencia del autor, sino que ha sido tomado al pie de la letra del libro XI de la *Ilíada*, versos 638-641. Queda en duda la presencia de la miel, que algunos traductores excluyen, en tanto que otros consideran que está implícita en la palabra *kukesis* (mezcla). <<

[2] Después de la caza, Meleagro, soliviantado por su esposa Cleopatra, dio muerte también a sus otros tíos, provocando así las iras de su madre Altea. <<

[3] Homero menciona Las Dos Fuentes, una caliente y otra fría, en el libro XXV de la *Ilíada* (versos 146-153):

*Por una fluye agua caliente y alrededor un humo
brota de ella como de llameante fuego.*

*La otra hasta en verano fluye como el granizo
o el hielo, o también como gélida nieve. <<*

[4] Homero, *Ilíada*, XI, 474. <<

[5] Aquí Néstor alude a una guerra que libraron Mesenios y Eleos por la posesión de un centenar de bovinos. <<

[1] Uno de los muchos adulterios que cometió Zeus. <<

[2] No siempre Morfeo adormecía a Zeus por encargo de Hera; más aún, por lo general hacía lo contrario. Bastará recordar que en cierta ocasión durmió a la humanidad entera durante tres días y tres noches sólo para permitirle a Zeus yacer sin la menor prisa con la esposa de Anfitrión. <<

[3] Homero, *Ilíada*, XVI, 259-265. <<

[4] En realidad, Apolo y Poseidón también fueron castigados. Zeus los envió a trabajar en calidad de albañiles para Automedonte, que los utilizó para la construcción de las murallas de Troya. <<

[5] Homero, *Ilíada*, XXII, 153-155. <<

[*] Comarca montañosa al sur de Roma. (*N. de t.*) <<

[6] Hera no consiguió eliminar a todos los hijos de Lamia: se olvidó de dar muerte a Escila, la más pequeña. <<

[7] De ahí «ectoplasma». *Ektós* en griego significa «afuera». <<

[8] Los *zughitai* eran los esclavos remeros que vivían encadenados día y noche al banco (el *zugón*). (Véase cap.I, nota 1.) <<

[9] La hipótesis según la cual Helena no había sido más que un fantasma fue enunciada por Herodoto en el libro II de sus *Historias* (113-120), y por Eurípides en la homónima tragedia. «Yo no fui jamás a Troya», dice Helena. «Hera le entregó al hijo de Príamo una estatua viviente con mis facciones, que había compuesto con una nube». <<

[10] En cierta ocasión Zeus y Hera discutieron acerca de quién experimentaba más placer haciendo el amor, si los hombres o las mujeres. Zeus sostenía que disfrutaban más las mujeres, y Hera aseguraba lo contrario. Convocado Tiresias para que pronunciase un juicio definitivo, el buen hombre sostuvo que el placer se repartía así: nueve décimos para las hembras y un décimo para los varones. Ante tal aseveración, Hera, para vengarse, lo cegó. Posteriormente Zeus, a título de indemnización, le concedió el don de la clarividencia. <<

[1] Se cuenta que Ulises, a fin de entrar en Troya y llevar a cabo una inspección directa, se disfrazó de mendigo y le pidió a Diómedes que le diera una brutal paliza. Después, maltrecho, solicitó la hospitalidad de los troyanos. <<

[1] *Ilíada*, XVII, 417-421 (trad. italiana de Calzecchi Onesti). <<

[2] *Ilíada*, XVIII (trad. italiana de V. Monti). <<

[3] El autor es Peppino Fiorelli. La canción dice: «Basta que nos quede el sol / basta que nos quede el mar / una chica corazón a corazón y una canción para cantar... Quien recibió, recibió / quien ha dado, ha dado / olvidemos el pasado, somos de Nápoles, paisano...» <<

[4] La lanza de fresno que Quirón le había regalado a Aquiles no se perdió junto con las demás armas, ya que Patroclo no la llevaba consigo durante el duelo contra Héctor. Se trataba de una lanza muy especial que únicamente el Pelida podía manejar.

<<

[5] Enosigeo; epíteto que se aplica a Poseidón, equivalente a «provocador de terremotos». <<

[¹] *Ilíada*, XXIII, 174-175 (trad. italiana de V. Monti). <<

[2] *Ilíada*, XXII, 199-201 (trad. italiana de Calzecchi Onesti). <<

[3] Dictis Cretense, *Historia de la guerra troyana*, libro III, capítulo XV. <<

[4] *Ilíada*, XXII, 200-201 (trad. italiana de Calzecchi Onesti). <<

[5] *Ilíada*, XXIII, 14-15 (trad. italiana de Calzecchi Onesti). <<

[6] El Leteo (el Olvido) era un río de los Infiernos (Virgilio, *Eneida*, 705) cuyas aguas, una vez bebidas, permitían que las almas de los muertos olvidasen su vida terrenal. Según Platón, las almas bebían esas aguas para olvidar el pasado y luego reencarnarse y emprender una nueva experiencia en la Tierra. En opinión de otros autores, Leteo era una fuente (Pausanias, IX, 39) y hasta una llanura (Aristófanes, *Las ranas*, 186). <<

[1] «Amazona» en griego, vocablo compuesto por *a* privativa y *mazon*, debería significar «carente de mama»; ello secunda una leyenda según la cual las mujeres guerreras se amputaban la mama derecha para mejor tensar el arco. Será así, pero yo no me lo creo; me convencería mucho más una etimología (acaso atrevida) que se fundase en la *a* privativa y *amaxa*, donde con este término nos referimos al carro de guerra. Efectivamente, las Amazonas fueron las primeras que cabalaron sin montura y eliminaron el carro de combate. <<

[2] Las más conocidas entre las reinas de las Amazonas fueron: Antíope, Antianara, Hipólita, Lampado, Lisipe, Marpesia, Melanipa, Minicia, Onfalia y Penthesilea. <<

[3] En el mundo homérico, cuando alguien cometía algún delito particularmente terrible, por ejemplo el de dar muerte a un familiar, para después librarse de las Erinnias del remordimiento recurría a la «purificación» que solamente podía conceder un rey en ejercicio de su cargo. <<

[4] Al parecer, en tiempos de la reina Mirina las Amazonas disponían nada menos que de tres mil infantes y treinta mil guerreras a caballo. <<

[5] A principios del siglo XIX Heinrich von Kleist escribió un drama, *Pentesilea*, en el que la reina de las Amazonas derrota al héroe y termina devorándolo por exceso de entusiasmo erótico. <<

[6] El episodio de Aquiles y Pentesilea no se menciona en la *Ilíada*, acaso por una censura que determinó Pisístrato en el siglo VI a.C. <<

[7] Óbolo, moneda griega. Su valor equivalía a la sexta parte de un dracma. <<

[8] Ovidio, *Las Metamorfosis*, XIII, 600-620. <<

[1] El hecho de que saliera de detrás de la estatua de Apolo acreditó la versión según la cual no había sido Paris quien diera muerte a Aquiles, sino Apolo bajo la apariencia de Paris. De hecho, al parecer el dios le tenía personal inquina a Aquiles porque éste había matado a su hijo Cienos con un golpe de karate en la nuca (su único punto vulnerable). Tetis, desde que Aquiles era pequeño, estaba al corriente del peligro, y, para evitar que su hijo matase, acaso sin proponérselo, a alguno de los tantos hijos del dios repartidos por el mundo, le endosó un sirviente llamado Mnemón con la única finalidad de que cada media hora le recomendase prudencia: así, cuando se dio cuenta de que igualmente Aquiles había dado muerte a Cienos, ella mató a Mnemón por no haber cumplido con su deber. <<

[2] El Prado de los Asfodelos se encontraba en el más allá. De él habla Homero en el libro XI de la *Odisea*, cuando pone en boca del espíritu de Aquiles la declaración de que preferiría ser esclavo de un pobre antes que rey de los Infiernos. El asfodelo era una planta de la familia de las liliáceas, muy estimada por Perséfone. Los griegos, convencidos de que era un alimento agradable para los difuntos, cultivaban asfodelos directamente sobre las tumbas. <<

[3] Cuando nació Áyax, Heracles, a fin de volverlo invulnerable, lo envolvió de pies a cabeza en la piel del León de Nemea; no se dio cuenta, sin embargo, de que a causa de un agujero de la piel destinado a la correa de la aljaba, el cuerpo del niño había quedado desprotegido a la altura de la axila. <<

[4] A fin de cuentas, Neoptólemo no habría debido tener más de once años; pero, dadas las empresas bélicas que se le atribuyen, no podemos creer que tuviera menos de quince. <<

[5] Plutarco, *Moralia*, 234 E 46; Herodoto, *Historias*, XI, 72. <<

[6] Cuando Heracles se puso la camisa que le había regalado Deyanira, empapada en la sangre de Neso, antes que padecer ese suplicio prefirió dejarse morir entre las llamas. En tal ocasión, el desdichado apeló a Filoctetes, que pasaba por casualidad, rogándole que diera fuego a la hoguera, tras lo cual le regaló el arco y las flechas. <<

[7] Nea quería decir «nueva», isla repentinamente emergida a causa de una erupción volcánica, y, muy probablemente, desaparecida más tarde por la misma razón. En cuanto a la isla en que fue abandonado Filoctetes, unos mencionan a Lemnos y otros a Tenedo. <<

[8] Esquilo, *Agamenón*, 689-690. <<

[9] «En el vino que estaban bebiendo ella echó velozmente un fármaco que ahuyenta el dolor, la ira y el recuerdo de todos los males. Aquel que lo bebiese, una vez mezclado en la crátera, ya no derramaría lágrimas ese día, ni siquiera si muriesen su madre y su padre, y tampoco si ante sus ojos dieran muerte al hermano o al hijo a punta de bronce». Homero, *Odisea*, IV, 220-226. <<

[10] «También llora, cuando en el espejo percibe las arrugas de la vejez, la hija de Tíndaro, y se pregunta, sorprendida, por qué dos veces fue raptada. Oh tiempo devorador de las cosas, y tú, envidiosa vejez: a todas las criaturas destrúis. Y tras haberlas agredido con los dientes del tiempo, a todas, poco a poco, las anuláis con lenta muerte». Ovidio, *Las Metamorfosis*, XV, 232-236. <<

[1] Apolodoro, *Epítome*, V, 14-15. <<

[2] Célebre verso de Virgilio que se volvió proverbial: «*Timeo Danaos et dona ferentes!*», *Eneida*, II, 49. <<

[3] Al parecer, el caballo era un invento de Poseidón, dios del mar. Tal vez por eso, aún hoy en italiano las grandes olas se llaman *cavalloni*. De todas maneras, el invento del caballo parece haberse producido tras un intento de estupro de Poseidón en perjuicio de Deméter. Tratando de eludir las atenciones de su igual, la diosa se transformó en una yegua, obligando así al macho a convertirse, a su vez, en potro. De haber sido así, el invento del caballo, o, por lo menos, de la yegua, habría que atribuírselo a Deméter. <<

[4] El grupo marmóreo de Laocoonte, que se conserva en los Museos Vaticanos, había sido atribuido por Plinio el Viejo a los escultores rodios Agesandro, Polidoro y Atenodoro. Estaba instalado en el palacio del emperador Tito los años 79-81. Plinio, *Naturalis historia*, XXXVI, 37. <<

[5] Virgilio, *Eneida*, I, 203 y siguientes. <<

[6] Entre las tantas puertas que aún hoy pueden verse en Troya, hay una en el extremo oeste de la muralla, que está cerrada con piedras no escuadradas y, en cualquier caso, diferentes de las demás. La explicación lógica de esta obturación llevaría a suponer que ésa fue la puerta a través de la cual entró el caballo de madera. En otras palabras: los sucesores de los troyanos, en vez de restaurar la puerta parecen haber preferido tapiarla a toda prisa. <<

[7] Virgilio, *Eneida*, II, 361-362. <<

[8] Trifiodoro, *Iliupersis*, 463-490. <<

[9] Homero, *Odisea*, IV, 271-289. <<

[10] *Eneida*, II, 361-362. <<

[11] Esta escena me trae a la memoria una poesía de Salvatore Di Giacomo. El poeta está airado contra la mujer que acaba de traicionarlo, quisiera insultarla o hacerle vaya uno a saber qué, pero cuando la ve más bella que nunca cierra el poema diciendo: «*Povero core mío, povero core, / comm'ampresso te faie bell'e capace / dopo c'avesse avé n'ato dolore, / voglio fa pace, si, voglio fa pace!*» (Pobre corazón mío, pobre corazón, ¡qué pronto te convences! Aunque tuviera que tener otro dolor, quiero hacer las paces, sí, quiero hacer las paces.) <<